ARTURO SÁNCHEZ SANZ

PRETORIANOS

LA ELITE DEL EJÉRCITO ROMANO

Arturo Sánchez Sanz

PRETORIANOS

La elite del ejército romano

Nos ayudaste a ser más fuertes, pero sobre todo, mejores.
Nos enseñaste que el orgullo no es enemigo del corazón.
Has dejado aquí mucho más de lo que te llevaste
y cuando alcemos la vista,
allí estarás.

Gracias, Elena.

Miles in forum, miles in curiam.

«Soldados en el foro, soldados en la curia».

TÁCITO, *Anales*, I, 7, 5.

AGRADECIMIENTOS

Cualquier obra escrita de esta envergadura supone no solo un reto, sino un gran esfuerzo tanto investigador como de síntesis. Desde que me propusieron el honor de tratar sobre una de las unidades del ejército antiguo más conocidas y laureadas, la sorpresa inicial por esta oportunidad dio paso pronto al agradecimiento y al compromiso por estar a la altura. Quiero dar las gracias Félix Gil, mi editor en La Esfera, por confiar en mí para esta empresa como una apuesta personal cuyos desvelos espero compensar y a quien también debo dar la enhorabuena por las alegrías de este año. A Ignacio Pasamar, sin el cual nada de esto habría sido posible y a quien debo más de lo que podré pagar. A mi hermana Paloma y mi sobrino David, que tantas horas dedicaron a ayudarme en la parte de investigación. A mi madre, que nunca dejó de alentarme día tras día delante del ordenador. A Cristina de Gorospe, por sus consejos, ayuda y apoyo incondicional incluso en los momentos más difíciles. A Carlos y Pilar por cada palabra de aliento y por su cariño. Por supuesto, a todos los grandes historiadores que me han enseñado todo lo que sé y brindado siempre su apoyo: María Cruz Cardete, Francisco Díez de Velasco, Domingo Plácido, Estela García, Carmen Blánquez, Rosa Sanz, Fernando Echeverría, Miriam Valdés, Joaquín Gómez Pantoja, Francisco Javier Espelosín, Ángel Molinero Polo, José Pascual, Adolfo J. Domínguez Monedero, Soledad Millán, Joaquín Córdoba Zoilo, Carmen del Cerro y tantos otros no menos importantes, gracias a los cuales aprendí a amar la Historia. A Héctor Ceñal, por su ayuda y cuya tesis sobre los pretorianos es un referente que se suma a la excelente labor de Adolfo Raúl Menéndez Argüín para acercar su conocimiento al público en castellano. Finalmente, un agradecimiento que llega con casi dos milenios de espera para los grandes autores clásicos sin los cuales nada sabríamos de aquellos momentos y personajes que forjaron parte de lo que ahora somos. A Diodoro, Tácito, Arriano… Allí donde están ellos saben quiénes son, aunque quizá no cuánto les debemos.

La responsabilidad es enorme, tanto para con todos ellos como con vosotros, los lectores. Sí, es a vosotros a quienes también debo más de lo que podáis imaginar. Para aquellos que os acerquéis a esta obra espero haber sido capaz de ayudar a que encontréis lo que buscabais, a que sintáis lo que sintieron los protagonistas de cada capítulo. Ese es el mayor orgullo que puede sentir un historiador, premiar la valentía que demostráis cada vez que os acercáis a un libro para llegar un poco más lejos, para saciar momentáneamente vuestra curiosidad, que es la que, a fin de cuentas, nos hace ser lo que somos. Si no ha sido así, sin duda la responsabilidad es enteramente mía y, al menos, me gustaría pensar que habéis disfrutado con ella tanto como yo lo he hecho escribiéndola.

PREFACIO

El mundo occidental, aquel en el que vivimos, siempre será heredero y deudor de los sucesos que forjaron lo que ahora somos, de los protagonistas que marcaron la senda que nos ha llevado hasta aquí, no solo en la Edad Moderna o la época medieval, sino, y quizá sobre todo, en la Antigüedad. Muchos sucesos cruciales que acontecieron en ese momento aún tienen una enorme repercusión: el surgimiento de la democracia, la relación entre Oriente y Occidente, la expansión de la cultura griega y romana, las guerras que lo propiciaron, etc. Sin duda hubo mucho más, más de lo que habitualmente conocen aquellos que aún no se han adentrado en todo lo que puede ofrecernos. Y a pesar de ello, algunos momentos, personajes, leyendas o recuerdos permanecen en el imaginario colectivo muchas veces sin que sepamos bien de dónde proceden. Grandes mentes como Platón, Aristóteles o Cicerón. Políticos como Pericles, Julio César, Marco Aurelio o Constantino. Fascinantes protagonistas como Cleopatra, Zenobia o Leónidas. Dioses, héroes y leyendas como las de Prometeo, Heracles, Aquiles o las amazonas. Todos ellos conocidos, aunque sea vagamente, pero cuya importancia ha permitido que sus nombres nunca sean olvidados. Los pretorianos forman parte de tales afortunados.

Su nombre se ha utilizado a lo largo de la Historia para infinidad de colectivos, siempre asociados a los valores que con más fuerza han sobrevivido: lealtad, elitismo y custodia. Los pretorianos se convirtieron en sinónimo de aquellos que permanecen cerca del poder, velando por su seguridad, garantizando un apoyo incondicional basado en la confianza. Dieron nombre a la escolta de monarcas, presidentes, caudillos, etc. Fueron los precursores de unidades tan conocidas como los mosqueteros de Luis XIV, la Guardia Imperial de Napoleón Bonaparte, la Guardia Suiza del Sumo Pontífice o las SS de Adolf Hitler.

Hoy en día otros de esos valores que se les asocian han cobrado un mayor protagonismo. La condición de tropa de elite militar, cuyos miembros destacaron por ser considerados los mejores de entre las

legendarias legiones romanas, han sido utilizados para dar nombre a colectivos deportivos que esperan reflejar su compromiso, disciplina y afán de superación. Atrás han quedado la baja estima que los propios ciudadanos romanos tuvieron hacia ellos como unidad militar dominante en la capital imperial, y las críticas de los autores clásicos hacia su participación política a costa de la vida de no pocos emperadores. En la actualidad, la historia oscura que forma parte de los soldados del pretorio ha quedado eclipsada por sus hazañas, del mismo modo que los hechos heroicos de los espartanos casi han eliminado sus episodios menos gloriosos. Sin duda debemos ser justos. Si bien entre los eruditos tradicionalmente se mantuvo esa visión clásica que denunciaba sus desmanes y aborrecía su existencia, pese a ello, los pretorianos han sido muchas veces únicamente un colectivo digno de ser emulado por los valores que se les suponían. Incluso han dado origen al término «pretorianismo» que la Real Academia Española define como «influencia política abusiva ejercida por algún grupo militar». Mientras que la definición de «pretoriano» muestra varias acepciones relativas tanto a los soldados romanos originales como a los encargados de la protección en el caso de importantes personajes públicos, sin aludir a tales actitudes. Ello refleja claramente esta dicotomía en cuanto a su consideración. Los mitos, las leyendas, y aún más la Historia, siempre tienen luces y sombras, méritos y errores. Si pretendemos valorar adecuadamente cualquier episodio o actor del escenario en el que se ha desarrollado la humanidad necesitamos conocer toda la obra en su conjunto, disponer de esa información y utilizarla para crear una opinión propia pero fundada.

Tal misión no es poca cosa, y sería pretencioso intentar ofrecer aquí una historia definitiva que supere todo lo anteriormente expresado. Simplemente trataremos de dar al lector las herramientas que hemos podido crear gracias a la información escrita y arqueológica que ha sobrevivido, y a partir de las cuales sea posible conocer mejor a estos soldados que un día fueron la elite del Imperio romano.

INTRODUCCIÓN

Los pretorianos. Su sola mención evoca recuerdos de poder y gloria alcanzados por el ejército romano. Una máquina militar al servicio directo de omnipotentes emperadores que rigieron los destinos de gran parte del mundo conocido. Su verdadera historia ha permanecido tradicionalmente distorsionada tras el crítico velo tejido con esmero por muchos autores clásicos. Augusto había instaurado sólidamente el Principado, y la idealizada época republicana que añoraban ya nunca volvería. No estaban solos en su oposición a la nueva forma de gobierno. Muchos senadores les apoyaban, ya perdida su antigua influencia, y gran parte del pueblo recelaba abiertamente de la militarización de la capital. La figura imperial atesoraba todos los poderes, pero eran los pretorianos quienes realmente garantizaban su preeminencia contra toda oposición. En gran medida ellos asumieron la condena pública, incluso muchas veces la fomentaron mediante acciones reprobables. Su influencia en Roma propició el ascenso de no pocos emperadores, mientras otros nunca más verían la luz del día tras perder su lealtad, episodios todos ellos que no contribuyeron a mejorar esa imagen. A pesar de ello, no parece justo juzgar a cientos de miles de pretorianos, que formaron parte de esta unidad durante sus más de tres siglos de actividad, por las acciones de algunos de ellos, ni devaluar otros muchos logros y acciones meritorias enfrentando el peligro por aquellas más deshonrosas. Es necesario valorar la Historia en su conjunto, pues, sin ir más lejos, los emperadores proclamados por las legiones superaron con creces al de aquellos encumbrados a manos del pretorio.

Su misión principal, la protección del emperador y su familia, ayudó enormemente a incrementar su poder y ascendiente en la esfera política romana. Es cierto, muchos no tardaron en ser conscientes de ello y tratar de aprovecharlo en beneficio propio,[1] origen de las luces y sombras que marcaron su existencia. No lo es menos que esa tradición crítica ha sobrevivido, reflejada por muchos autores contemporáneos que dejaron de lado la objetividad como principio necesario de todo estudio histórico.

Las cohortes pretorianas nacieron en época republicana como escolta personal de aquellos altos magistrados *cum imperio* en los que depositaron su lealtad, como Escipión, Octavio, Antonio, etc.,[2] hasta convertirse en escudo y espada del emperador. Allí donde este se encontrara lo escoltarían como su guardia personal. Harían cumplir sus órdenes, vigilando que nadie tratara de poner en peligro su vida y asegurando su dominio político. Adicionalmente, como unidad militar de mayor prestigio, sus escogidos miembros no estuvieron exentos de actuar en el campo de batalla cuando fue necesario. Conformaban la última línea de defensa y la más eficaz. La baza que entraba en juego para obtener la victoria o, cuando menos, evitar la captura y muerte de aquellos a quienes servían, cuando las legiones regulares no conseguían imponerse al enemigo. Al menos, esa era su razón de existir, aunque no pocas veces se convertirían en un peligro mayor que aquellos a los que se enfrentaban.

Todos los emperadores romanos fueron conscientes del enorme riesgo que suponía depositar su seguridad y la de sus seres queridos en manos de aquellos soldados. Más aún cuando, con el paso de los siglos, sus episodios de deslealtad comenzaron a ser bien conocidos. Sin embargo, era todavía más peligroso prescindir de ellos y quedar expuestos a manos de sus opositores que tratar de asegurar su fidelidad por todos los medios. Si la responsabilidad de ser elegidos como escolta real no era suficiente honor, esperaban que su juramento y la entregada de grandes cantidades de dinero disiparan cualquier duda o descontento. Ni siquiera ello fue suficiente, pues no pocas veces las arcas del Estado no se encontraban en condiciones de afrontar tales gratificaciones y siempre había mejores postores que prometían multiplicar sus ingresos. La confianza absoluta y lealtad incondicional nunca pudieron asegurarse, aunque solo la leve creencia en que así fuera permitió incrementar paulatinamente sus cometidos iniciales mediante responsabilidades a veces legítimas y otras más cuestionables. Entrega de información, mantenimiento de la seguridad en espectáculos públicos, control de rutas y lugares estratégicos, actuación en procesos judiciales, detenciones y ejecución de sentencias, vigilancia de presos, fueron algunas de sus nuevas funciones hasta, incluso, proporcionar divertimento a la plebe como parte de juegos gladiatorios. En un imperio

abocado al expansionismo con frentes en guerra permanentemente abiertos, inmersos en las luchas por el poder como parte del juego político y siempre dispuestos para la acción, las oportunidades para que los pretorianos se vieran involucrados nunca escasearon a lo largo de la longeva vida de esta unidad.

Su importancia les convertiría en la unidad más prestigiosa del ejército romano, y también la más denostada entre sus compañeros. Su nombre, aún hoy, suscita odio y admiración a partes iguales. En una época donde el destino de gran parte del mundo conocido se dirimía en una sola ciudad, Roma, en manos del emperador, los pretorianos se convirtieron en el *lobby* por excelencia. El emperador los necesitaba también para controlar la actuación de los senadores y los caprichos de la plebe, si quería mantener su poder e integridad. Ellos lo sabían, y muchos no ocultaron su rencor. El pueblo apenas tenía ya influencia política y no pocas veces cualquier acción opositora por su parte fue duramente reprimida, con ayuda de las cohortes urbanas. El Senado se había convertido en una institución simbólica que existía solo para escenificar un ficticio pluralismo, y los pretorianos se encargaron tenazmente de recordar a los senadores menos dispuestos que su momento de gloria había pasado.

Esa situación, unida a los elevados requisitos de ingreso en las cohortes, les hizo sentirse superiores al resto de soldados. Sus méritos militares quedaban en segundo plano. Su existencia dependía del emperador y este nunca hubiera podido perpetuarse sin ellos. Una relación de necesidad institucional mutua se había instaurado por encima de los individuos que, puntualmente, se vieran involucrados. Los pretorianos podían imponer un nuevo soberano o este deshacerse de sus soldados por otros quizá más leales, pero el sistema se perpetuó en esencia hasta el gobierno de Constantino (312 de nuestra era).

En Roma, poco después de su instauración oficial, los *Castra Praetoria* se convirtieron en el hogar de esta elite militar a instancias del prefecto Sejano y del emperador Tiberio. Aún hoy, dos milenios después de su construcción, amplios tramos de su imponente muralla perimetral se yerguen como si todavía tuvieran que proteger aquel campamento. Se ubicaba fuera de los límites de la ciudad, en un intento por apaciguar a

aquellos que rechazaban la presencia de soldados dentro de sus muros, aunque lo suficientemente cerca para intervenir rápidamente. Cuando Julio César cruzó el Rubicón con sus tropas el terror se apoderó de muchos romanos al recordar los tiempos en que aquellos ya casi olvidados primeros reyes mantenían su posición por la fuerza de las armas. Augusto nunca quiso elevar la tensión popular estacionándolos en la capital, aunque su presencia era permanente y su elevado número pronto se convirtió en proporcional al miedo que causaban entre sus opositores.

La Roma republicana representaba el desarrollo de un sistema político donde todos los estamentos sociales habían logrado alcanzar cierta cuota de representatividad a través de los comicios, no sin sacrificios y aunque esta no se repartiera de forma equitativa o proporcional. Con el tiempo, el Senado se convirtió en la principal institución del Estado, supervisando el nombramiento y actuación de los cónsules. Una de sus prioridades fue siempre vigilar que los poderes militares mantuvieran unos objetivos claros al margen de la política, y controlados por esta. Durante siglos lo habían logrado, pero las guerras civiles acabaron con aquella situación y, ahora, la instauración del Principado significaba que los antiguos reyes habían regresado con otro nombre y un poder nunca imaginado. Un poder sustentado en el ejército, cuyo principal exponente eran las cohortes pretorianas, pero no el único. Las cohortes urbanas, los *vigiles*, los *germani corporis custodes* y, más tarde, los *equites singulares Augusti* también se estacionaron en la capital. Los soldados habían vuelto a Roma y esta vez sería para quedarse.

Ni siquiera Constantino fue capaz de cambiar esa realidad incluso tras la disolución del pretorio. Tampoco fue nunca su intención, pues otros militares ocuparían su lugar. Roma era la cabeza del imperio y los pretorianos eran Roma. Allí residía el emperador y se reunía el Senado. Ningún nuevo candidato al trono podía aspirar a alcanzarlo sin su apoyo, menos aún mantenerlo. Ello permitió que los pretorianos fueran siempre los soldados mejor pagados del ejército, y que a su salario se añadieran frecuentemente ingresos extraordinarios en forma de donativos entregados por el emperador. No eran sus únicos privilegios. Su servicio en Roma suponía un destino mucho menos peligroso que la defensa de las fronteras,

donde los legionarios arriesgaban permanentemente sus vidas frente a poderosos enemigos, y su licenciamiento se producía mucho antes que el de aquellos, lo que ayudaba también a mejorar sensiblemente sus expectativas de supervivencia.

Convertirse en pretoriano era el sueño de todo militar y la envidia de sus compañeros. Suponía un orgullo de por vida. Compartían su existencia con un emperador al que el resto de tropas apenas conocían por su efigie en las monedas con las que les pagaban, disfrutaban sin freno de los inimaginables placeres que Roma podía ofrecerles y vivirían holgadamente el resto de sus días. Alcanzar todo ello no era sencillo, solo los más aptos de entre los numerosos aspirantes lo conseguían, y solo tras demostrar su valía en multitud de pruebas. Para ser pretoriano había que ganárselo.

En este estudio trataremos de abandonar mitos y leyendas asociados frecuentemente a esta unidad para centrarnos en su historia. Los hechos que sucedieron y como sucedieron. Algo que no habría sido posible sin la importante contribución que, en las últimas décadas, nos han proporcionado el registro arqueológico y el esfuerzo de excelentes autores como Ceñal Martínez, Guy de Bédoyere, Menéndez Argüín y J. Bingham. Trataremos de aplicar una visión objetiva y crítica al análisis de las fuentes clásicas (Suetonio, Tácito, Herodiano, Aurelio Víctor, Plutarco, Plinio y Dión Casio), priorizando aquellas que destacan por su importancia y fiabilidad en apoyo del registro arqueológico existente (relieves, restos epigráficos, etc.).

Nuestra intención es ofrecer una visión global acerca de la estructura, funciones, características, tácticas de combate, indumentaria, logística, etc. de las cohortes pretorianas; así como de los acontecimientos históricos en los que tomaron parte. Desde su primera mención, a instancias de Escipión, la consolidación de sus características en época de Octavio y Marco Antonio, las importantes reformas introducidas por Septimio Severo y hasta el decreto que las hizo desaparecer. Trataremos sobre todos aquellos aspectos en su relato de los que tenemos noticia. Aclararemos que el término bien conocido de Guardia Pretoriana nunca se empleó en la Antigüedad, ni esta unidad se consideró a sí misma de ese modo. Existían distintas tropas de elite encuadradas en las cohortes, no una sola y única

entidad, por lo que se trata de un constructo moderno que trataremos de eludir en la medida de lo posible.

[1] Como sucedió con el prefecto del pretorio Cornelio Lacón y el emperador Galba (Suetonio, *Galba*, 14). Lo cual, en parte, desmiente la afirmación de Campbell acerca de que, en su deseo de asegurar su posición, normalmente apoyaban al emperador de turno. Campbell (1984), 117.

[2] Dión Casio, LV, 24. 6.

PRIMERA PARTE. LAS COHORTES PRETORIANAS

I. QUIERO SER PRETORIANO

Reclutamiento

> En este tiempo Tiberio dio para los senadores una exhibición de las cohortes pretorianas haciendo la instrucción, como si ellos ignorasen el poder de estas tropas; su propósito era hacer que tuvieran más temor de él, cuando vieron cuan numerosos y fuertes eran sus defensores.
>
> DIÓN CASIO, *Historia romana*, LVII, 24, 5.

Ser pretoriano nunca fue sencillo. El privilegio y honor que suponía atrajo a muchos, pero solo algunos lo consiguieron. En época republicana, antes de que la unidad quedara institucionalizada oficialmente, su asignación dependía exclusivamente de la elevada destreza militar y la confianza que inspirara el candidato a su general. Este realizaba la selección personalmente entre los mejores soldados de infantería y caballería a su servicio, pues a ellos encomendaría su propia seguridad. Al menos esa era la situación ideal. El periodo convulso iniciado a mediados del s. I a. C. provocó un aumento desproporcionado de los efectivos militares que también afectó a los pretorianos, relajando tales requisitos. Augusto instauraría importantes cambios en el sistema de reclutamiento asociados a la nueva situación. El emperador actuaba ahora como mando supremo del ejército *cum imperio*, aunque su presencia en campaña se redujo considerablemente tras alcanzar la paz, lo que dificultaba mucho conocer adecuadamente a sus soldados para seleccionarlos.

Los nuevos comandantes del ejército podían recomendar a sus soldados más capacitados, pero suponía que el emperador no participara en el proceso. Más aún, sus personalidades distintas, criterios dispares y misiones lejos de la capital dificultaban la creación de directrices únicas para su admisión. Inicialmente, Augusto solo tuvo que reestructurar las unidades pretorianas que había unificado tras las guerras civiles, aunque era evidente la necesidad de establecer normas estrictas para el ingreso de nuevos

efectivos, quedando fijadas entre el año 25 y el 24 a. C. La lógica dicta que la elite militar debería formarse a partir de soldados, sin embargo esta opción se descartó a favor de candidatos civiles (*tirones*) que suplirían esas carencias con unas condiciones excepcionales. La experiencia militar se supliría con entrenamiento para garantizar su efectividad. Se buscaban voluntarios destacados por sus cualidades físicas, su estirpe (si era el caso), el nivel económico familiar y su elevada educación. Sin duda no muchos podían aspirar a considerarse aptos, pero en esta época las cohortes tampoco necesitaban reunir un número enorme de miembros como para dificultar su formación y las ventajas de incorporarse eran más que sugerentes. Es más, si algún candidato destacaba en los requerimientos más importantes, existía cierta flexibilidad si presentaba carencias en los menos esenciales. A pesar de ello nadie asumiría el coste y riesgos del viaje a Roma sin la certeza de contar con posibilidades de recuperar la inversión tras el ingreso,[1] pues solo algunos cientos de entre los miles que se presentaban anualmente conseguían su objetivo. Desde la época de Augusto hasta la reforma del pretorio iniciada por Septimio Severo (193-211) se requería:

> **Voluntariedad**. En un puesto destinado a proteger la vida del emperador (y de su familia) la confianza en su capacidad y lealtad debía ser incuestionable. Un soldado obligado a ejercer esa labor difícilmente generaría tal sentimiento. El mejor incentivo necesitaba unas condiciones de servicio más atractivas que cualquier otra opción dentro del ejército. Se esperaba que acudieran los mejores, quienes debían jurar fidelidad sagrada y ser recompensados por ello. Ser seleccionado suponía tal orgullo que su agradecimiento fácilmente tornaría en devoción. Por supuesto, se entendía que el voluntario debía ser un hombre libre.
>
> **Ciudadanía**. Todo voluntario debía ser ciudadano romano. En principio, a mayor antigüedad e importancia de su estirpe mayores serían las posibilidades, dado que estos dos primeros criterios eran los únicos incuestionables, aunque no determinantes. La ampliación gradual de este privilegio tras la expansión territorial romana

propició que gran parte de los ciudadanos existentes en ese momento no contaran con un arraigo romano extenso, aunque al menos cumplían con la condición.

Clase social. Normalmente los miembros de las familias adineradas aspiraban a ocupar cargos más elevados y menos peligrosos que el pretorio, del mismo modo que los más desfavorecidos intuirían su exclusión. Por ello, la mayoría de aspirantes debieron pertenecer a la clase media, sobre todo si la familia era bien considerada. De hecho, la menor educación y toscos modales de los pretorianos admitidos por Septimio Severo generaron continuas críticas en los textos clásicos.[2] Ahora se valoraba positivamente que el candidato proviniera de un hogar con tradición militar.

Edad. Se trataba de un requisito importante aunque permitía un rango mucho mayor que el exigido para el resto del ejército. Las fuentes no lo especifican, pero el registro arqueológico revela pretorianos enrolados desde los catorce (no parecía existir problema) hasta los treinta y dos años, si bien la que se recomendaba era similar a la de las legiones (dieciocho-veinte).

Forma física. Este requisito es igualmente impreciso, pero se entendía lo suficientemente buena como para cumplir su cometido sin dificultad.

Estatura. Era un elemento importante. Se requiriera un mínimo de 1,70 metros para ser admitido.[3] Cualquier soldado por encima era considerado excepcional por su prestancia y fuerza,[4] pues la altura media de los varones entre los siglos I-II era de 1,65 y de 1,55 metros para las mujeres.[5]

Recomendaciones. No era indispensable, pero (ayer como hoy) disponer de ellas podía ayudar decisivamente.

Numerosos candidatos pronto llegaron a Roma aunque, entre los siglos I y II el porcentaje de itálicos frente a provinciales era muy superior (89 por ciento).[6] Sin duda reunían más fácilmente dichos requisitos y eran mejor considerados, mientras que algunas provincias contaban con mayor

consideración que otras. Muchos de los veteranos del pretorio trataban de instalarse cerca de la capital como en Liguria, Piceno, Lucania, Apulia, Calabria, Brutia o Samnia; aunque de entre toda ellas destacaron Etruria, Umbría, Histria, Venetia, Emilia, Transpadana, Lacio y Campania.[7] Esa favorable tradición familiar y ese origen eran una garantía para los responsables del pretorio, más aun si contaban con una recomendación. Para tales candidatos esta unidad de elite era una opción prioritaria frente al ejército regular, motivo por el que en las legiones se invertía esa proporción de origen. Sin embargo, la tendencia fue variando hasta las reformas de Septimio. Es más, tras la derrota de Teutoburgo que sufrieron las legiones de Varo (año 9) frente a los germanos de Arminio, la animadversión que sufrieron los *germani* se hizo extensible a los pocos soldados galos y germanos que habían logrado ingresar en el pretorio, siendo reubicados en las legiones.[8]

En época imperial, las provincias romanas alcanzaban desde Hispania hasta Oriente Próximo y desde Britania al Norte de África, donde el mayor calado del proceso romanizador o un origen del candidato asociado a un asentamiento militar suponían una ventaja. Destacaban Hispania[9] (sobre todo Astúrica y Lusitania hasta el siglo III, donde la Bética sustituiría a esta última), Macedonia y Noricum (cerca de la actual Udine),[10] seguidos de la Galia Narbonense, Dalmacia y Panonia. Ya durante los reinados de Vitelio (69), Marco Aurelio (161-18) y Cómodo (177-192) se aprecia este cambio en la tendencia de manera puntual, alcanzando los provinciales el 35 por ciento.[11] El motivo era la necesidad de cubrir las enormes bajas generadas por la defensa de la frontera del Danubio, cuya respuesta fue menor entre los itálicos. Septimio Severo modificaría el sistema de reclutamiento hasta invertir definitivamente esa tendencia. Ser pretoriano se convirtió en un premio para los legionarios más aptos del imperio que lo hubieran demostrado tras un mínimo de cinco o seis años de servicio. Ahora, la mayor parte procedían de las provincias fronterizas, sobre todo en el Danubio, pues los continuos combates allí forjaron los mejores soldados y, en el caso de Severo, se beneficiaron quienes le habían ayudado a alcanzar el trono. Severo les recompensaba así con un *beneficium* mayor que los tradicionales *dona militaría*, condecoraciones por un servicio

destacado en forma de *coronae* (coronas), *phalerae* (adornos pectorales), *armillae* (brazaletes), *torques* (adornos para el cuello) o *hastae* (lanzas), y que debían agradecer con su lealtad incondicional. En realidad este sistema ya se empleaba para seleccionar a los *equites singulares Augusti*[12] entre los jinetes auxiliares asignados a las legiones, proporcionando a los soldados un aliciente para esforzarse en su labor nada menos que relacionado con el reconocimiento del emperador. Poco a poco, cada vez más provincias aportaron algún efectivo al pretorio.

Una vez llegados a Roma, los aspirantes debían esperar que se publicara el inicio del proceso, pues, aunque se realizaba anualmente no existía una fecha fija asignada. El 1 de marzo se iniciaba el año en el calendario romano y, al igual que en las legiones, para entonces los nuevos soldados ya debían haberse alistado para ser presentados oficialmente, siendo necesario que todo comenzara con cierta antelación. El primer paso era superar la *probatio*, donde se revisaban las credenciales y aptitudes físicas necesarias. Se cree que no existía una oficina dedicada a gestionar este proceso en el pretorio, encargándose de la selección el prefecto en persona y sus asistentes.[13] Lamentablemente, las fuentes no lo indican, y tanto las enormes obligaciones del máximo oficial pretoriano como la previsible gran cantidad de solicitudes harían difícil que pudieran encargarse de toda la gestión anual. Es más factible que se encomendara a los tribunos y sus oficinas, quizá incluyendo la colaboración de los centuriones. Es cierto que, extraordinariamente, el propio emperador estaba presente para evaluar la calidad de sus futuros escoltas y lo mismo ocurría con el prefecto del pretorio, pero no debió de ser lo habitual.

Hasta finales del siglo II las plazas disponibles anualmente rondarían las trescientas.[14] Todos los declarados aptos podían relajarse momentáneamente, pero aún era pronto para celebraciones. Esta era la parte fácil, pues muchos más de los necesarios la superaban, iniciándose el momento decisivo de la selección final. Esta consistía en la elección por los que se convertirían en sus oficiales, pasando los agraciados a integrarse en la cohorte asignada del pretorio con el rango de *probatus*. Comenzaban así los cuatro meses que duraría su adiestramiento, hasta alcanzar el grado de *tiro* (reclutas),[15] siendo asignado cada uno a un veterano que, al margen

de ese entrenamiento o supervisándolo también, actuaría como mecenas durante ese periodo y le enseñaría lo necesario. Era el momento de pronunciar el sagrado juramento de fidelidad antes de convertirse en *miles*, el rango básico del pretorio. Los urbanicianos y vigiles que lo desearan accedían directamente tras tres y siete años de servicio intachable respectivamente,[16] sin que podamos descartar ingresos excepcionales.

Entrenamiento

> Todos los días cada uno de los soldados romanos (pretorianos) se entrena con todas sus fuerzas, como si estuviera en guerra.
>
> FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los Judíos* III, 5.

Los soldados del pretorio eran la elite del ejército romano. Al menos así fue durante la mayor parte de su historia. Más allá de los comentarios sobre su ociosa vida, que algunos autores clásicos relataron, evidenciando su desprecio hacia ellos,[17] haciendo partícipes a los legionarios por agravio comparativo. No les faltaba parte de razón, pues eran privilegiados, lo sabían y hacían gala de ello. Roma era la ciudad de los placeres y pocos debieron de escapar a ellos. Pese a todo, es necesario matizar aquellas críticas relacionadas con su preparación. Los pretorianos, como tales, tenían el deber de mostrarse merecedores de su condición ante los ojos del emperador, debían estar siempre listos para seguirlo al frente y demostrar allí lo que se esperaba de ellos. Defraudar sus expectativas supondría un castigo, así como el deshonor de minar la confianza que este debía sentir en aquellos a quienes encomendaba su vida y la de su familia, por lo que necesitaban mantenerse en perfectas condiciones físicas a través de un entrenamiento tan intenso como constante. No se trataba solo de ejercitar el cuerpo (fuerza, resistencia o velocidad), sino la mente (controlar los nervios, la tensión, soportar el dolor de las heridas, etc.) como símbolo de su valor (*virtus*) y superioridad sobre el enemigo. Los legionarios se

preparaban para infundir temor ante tan formidable adversario, y los pretorianos debían ser un ejemplo para ellos como reflejo de la grandeza de su soberano.

Mucho se ha hablado de las rutinas que los espartanos realizaban desde niños en la *agogé*, una institución que velaba por «fabricar» los mejores guerreros desde su más tierna infancia, que se convirtieron, no sin motivo, en los soldados más temidos de la Antigüedad. Aunque con un planteamiento totalmente distinto, los propios pretorianos no quedaban a la zaga de tales hazañas. En combate siempre cumplieron sobradamente lo que se esperaba de ellos y, si eso era posible aun teniendo que actuar en campaña solo esporádicamente, se debía tanto a una selección estricta de los aspirantes como al entrenamiento diario que realizaban. No importaba el rango, destino o edad del soldado,[18] pues el Estado romano sabía que de ello dependía su supervivencia. Los oficiales debían mantener la disciplina entre sus efectivos,[19] conscientes de que una prolongada inactividad era el principal enemigo de soldados que necesitaban pocas excusas para dilapidar su salario en juegos, ocio y un estilo de vida poco recomendable. Vivir en Roma con tan elevados ingresos suponía un peligro cuyos efectos se multiplicaban si el emperador de turno buscaba evitar los rigores de las campañas y permanecer en su residencia.

Para evitarlo se construyó el *campus*. La amplia extensión de su espacio principal al aire libre permitía el adiestramiento de varios miles de soldados al mismo tiempo (pretorianos y urbanicianos, novatos y veteranos). Sus instalaciones incluían un templo, un gran edificio rectangular para letrinas y unas termas donde prepararse para la jornada de entrenamiento o recuperarse tras el esfuerzo. Allí se escuchaban a diario las voces de los soldados expertos que dirigían el entrenamiento y la instrucción en técnicas de combate. Tal era su importancia que existían adiestradores tan capacitados que su labor era, exclusivamente, preparar a los propios entrenadores. Del mismo modo, las distintas unidades, características y rol en combate de cada una requerían ejercicios adecuados a lo que se esperaba de ellos. Los *armatura* instruían a grupos de soldados (desde un contubernio a un manípulo, llamados *quintanari*) en el arte de la esgrima, y recibían formación de los *discens armaturarum* («instructor de

instructores») para realizar su función con garantías de éxito. Los *evocati* (soldados reenganchados tras cumplir su servicio básico) de infantería tenían un preparador específico, el *exercitator armaturarum*, y los *exercitatores equitum praetorianorum* se dedicaban a los jinetes. El *doctor cohortis* (asistido por un *optio campi*) supervisaba el entrenamiento de cada cohorte y, por encima de ellos, estaban los *campidoctores*. Las fuentes mencionan también la existencia de un *doctor armorum*[20] o *magister campi*, quizá formas tardías de referirse estos. Eran puestos muy apreciados en las cohortes y codiciados para seguir ascendiendo en el escalafón. Formalmente se trataba de experimentados *evocati* que habían servido como *equites* pretorianos, o ya antes como adiestradores que así mantenían su rango. Conocemos el caso de un *campidoctor* de las cohortes que sirvió veinticinco años, los nueve últimos como *evocati*. Estos podían ser enviados como instructores de la caballería legionaria en las avanzadas técnicas ya utilizadas por los soldados del pretorio[21] (el *armidoctor*), igual que adiestradores legionarios especialmente destacados eran promovidos a Roma, lo que demuestra un fluido intercambio de especialistas entre ambos cuerpos del ejército para mejorar su efectividad.

Los romanos creían que el adiestramiento constante ayudaba a favorecer la salud más que todos los médicos, además de infundir los valores de la disciplina. De los instructores dependía la imagen que sus compañeros mostraban en Roma y lejos de ella. Recibían doble ración, mientras que los aprendices que no progresaban adecuadamente obtenían la mitad como castigo hasta conseguirlo. Como es lógico, los *equites singulares Augusti* también contaban con instructores específicos, los *centuriones exercitatores.*

En realidad, desconocemos las rutinas de entrenamiento pretoriano, salvo algunas prácticas de destrezas militares generales que estos realizarían también, si no a*ú*n más intensamente. Es posible que, al igual que los legionarios, los nuevos reclutas pretorianos fueran marcados para acreditar su condición incluso fuera de servicio. La marca se imprimía en la palma de la mano mediante un hierro candente y, lógicamente, quedaba grabada de por vida, de manera que ya solo soportar el dolor era considerado un signo de aptitud. Sin embargo, ni la estricta selección previa ni portar este signo

distintivo eran garantía suficiente de que un aspirante estaba listo, pues no pocos eran incapaces de completar los entrenamientos requeridos o aprender las destrezas básicas. Prioritariamente, debían manejar las armas de combate, pues de ello dependería sus vidas y, en parte, no solo las de sus compañeros sino la victoria en la batalla y la grandeza del Imperio romano. Vegecio, mostraba en el siglo IV su admiración por la manera que entrenaban los soldados en esa época, en comparación con la nula o inadecuada preparación que mostraban los soldados de la suya.[22]

Al margen de los ejercicios para cultivar el cuerpo y prepararlo para las exigencias de la vida militar, era importante aprender a formar y a realizar el paso militar, y lograrlo correctamente requería práctica diaria hasta la extenuación. La marcha regular y el paso ligero (*magnis itineribus*) se entrenaban inicialmente sin carga, hasta realizarlas con todo el equipo de combate en perfecta sincronización. Puede parecer que, al menos durante los traslados, no era importante mantener una estricta disciplina, nada más lejos de la realidad. En batalla era vital para mantener firmes las líneas frente al empuje enemigo, y en los desplazamientos dificultaba el éxito de un ataque sorpresa a la columna. Los enemigos eran conscientes de ello, buscando terrenos favorables donde preparar una emboscada que les impidiera cerrar filas y defenderse eficazmente. Para alcanzar tal destreza, los adiestradores inicialmente organizaban marchas diarias de 20 millas romanas en cinco horas (29,620 kilómetros) a velocidad normal (*iustum iter*) o 40 millas en doce horas (unos 60 kilómetros) y, más tarde, 24 millas en cinco horas a paso ligero (35,544 kilómetros). Los reclutas supervivientes repetirían estas distancias portando todo el equipo reglamentario (30 kilos o más), pues pocas veces marcharían libres de peso, ni en los traslados ni en combate. Así podrían cargar con mayor ímpetu contra el enemigo, su arrojo causaría tal temor que minaría su moral, serían capaces de ocupar posiciones ventajosas en el campo de batalla arrebatándoselas al enemigo o de sorprenderlo confiado si aparecían tras cubrir la distancia que los separaba en un tiempo impensable. Este tipo de esfuerzo quedó instituido ya en época republicana por el cónsul Cayo Mario, cuyas legendarias reformas convirtieron a los legionarios en profesionales de la guerra conocidos como las «mulas de Mario».

La práctica del salto era importante, pues los soldados debían estar listos para sortear y superar cualquier obstáculo del terreno (riachuelos, formaciones rocosas, vegetación, etc.) o colocado por los enemigos (zanjas, empalizadas, etc.). Incluso, permitía esquivar los miles de cuerpos de compañeros y enemigos caídos en el campo de batalla, para no perder el equilibrio en una persecución o ataque. Para ello utilizaban un potro de salto, inicialmente superándolo libres de trabas y después con todo su equipo de un solo salto, portando el *gladius* y el *pilum* en cada mano. En este sentido, probablemente soldados y jinetes pretorianos se ejercitaron en maniobras conjuntas para mejorar su coordinación y efectividad en combate.

El adiestramiento táctico permitía la respuesta inmediata que los soldados debían ofrecer a las señales. Los romanos desarrollaron tres tipos de estas para transmitir las órdenes y mensajes codificados: la viva voz, mediante palabras sueltas o frases simples que el oficial al mando establecía diariamente para evitar que el enemigo las descubriera, los característicos sonidos de instrumentos especiales, cuya tonalidad o ritmo era necesario haber practicado para evitar errores y que el enemigo los reprodujera si alguno de ellos caía en sus manos, y las señales visuales transmitidas a través del emblema del águila, las insignias, pequeñas banderas, etc. Existían otros elementos reconocibles a simple vista, pero más discretos, como la colocación inusual u omisión de elementos en monturas, armas, ropas; señales con las manos, utilizando humo de día y fuego de noche, así como elementos móviles en las empalizadas de los campamentos, etc. Todos los soldados eran informados de ellas y las reconocían «rápidamente sin mayor esfuerzo».

Legionarios y pretorianos contaban con tres tipos de instrumentos: trompetas rectas (similares a la tuba actual) empleadas por los *tubicines* para señalar los cambios de guardia (ayudados por el *horologiarius* que indicaba el momento exacto), marcar los ejercicios en los entrenamientos o los turnos de trabajos, así como el inicio del ataque y la retirada en combate con los *cornicines*, o la partida en misión fuera del campamento; cuernos de uro (bóvido extinguido en el siglo XVII que podía alcanzar una altura de dos metros, 1.300 kilos y cuernos de un metro de longitud), llamados *cornu* y a

cargo de los *cornicen*, que marcaba los movimientos de los portaestandartes (*signiferii*), el momento de izar o arriar las insignias, etc.; y trompetas curvas que se doblaban sobre sí mismas (*bucina*) para los *bucinatores*, que también dirigían los movimientos de tropas (quizá en ejercicios). Al margen existían los *hydraularios*, un órgano especial de sonido más dulce y empleado en ritos religiosos de las tropas.[23] En la Columna Trajana aparecen flautistas que actuaban en los rituales de purificación (*lustratio*) realizados tras la construcción de los campamentos, aunque no sabemos si eran militares o civiles (incluso esclavos). Uno de los sonidos característicos de la tuba y el cuerno era el *classicum*, utilizado cuando un soldado iba a ser ejecutado por algún delito (simulando la ratificación y cumplimiento de la pena impuesta por el comandante) o en las ceremonias, actos, acciones, etc. con el general presente. Cada manipulo contaba con un *tubicen* y un *cornicen*, a las órdenes del *signifer*, mientras que solo había diez bucinatores en todo el pretorio (uno por cohorte).

Los primeros meses de entrenamiento comenzaban al alba y no terminaban hasta el anochecer. Se realizaban en sesión doble, la mitad para los veteranos. Sin duda, el *valetudinarium* (hospital) del cuartel no tendría una sola cama libre al final del día. Los médicos (*medicus*) trataban lesiones musculares, contusiones, ampollas en pies, manos y nalgas (tras largas jornadas de equitación) o practicaban suturas tras los combates simulados. Eran sumamente importantes, pues un buen soldado requería de una enorme inversión en dinero, tiempo, entrenamiento, etc. que les hacía demasiado valiosos como para dejarles morir a causa de heridas leves mal curadas o enfermedades tratables. Por ello, las cohortes y legiones contaban con los mejores médicos y enfermeros de la época, dedicados a salvarles la vida mediante avanzadas técnicas en cirugía, suturas, amputaciones, etc., así como la fabricación de medicamentos o drogas con diversas plantas. No existían antibióticos, por lo que cualquier herida leve podía causar septicemia, y una apendicitis aguda era letal. En todo caso, era siempre aconsejable ser tratado por un médico seguidor del famoso Galeno, pues su máxima era «antes que nada tratar de no causar más daños». Varias inscripciones muestran que la mayoría de los galenos pretorianos, solo superados por los médicos del propio emperador, se formaron en Grecia. El

resto de la población no tenía esa suerte. Una inscripción relata el tratamiento prescrito para curar a un jorobado de su problema, siéndole colocadas tres enormes rocas sobre la espalda, el pobre paciente terminó muriendo por aplastamiento, pero la fuente señala jocosamente que lo hizo «más tieso que una vela».[24]

Los ejercicios de fuerza no eran menos vitales para un soldado. Debían aprender a resistir las marchas, ejecutar obras de ingeniería, levantar campamentos, así como cargar y utilizar sus armas durante continuos ataques. Un brazo cansado tras asestar numerosos golpes o repelerlos podía rendirse antes de lo esperado, si no había sido entrenado adecuadamente, y ello podía ser fatal. Aprender a nadar también era importante. En las marchas no siempre era posible vadear ríos mediante puentes habilitados, y si no había otra alternativa para sortearlos ni tiempo para construirlos, la posibilidad de atravesarlos a nado siempre que su profundidad o la fuerza de su corriente lo permitieran ayudaba mucho. En situaciones difíciles, cuando era necesario escapar del enemigo cerca de alguno de ellos, la natación podía salvarles la vida. Incluso, era habitual situar los campamentos romanos cerca de cursos de agua que, en primavera, podían desbordarse repentinamente inundándolo todo con resultados devastadores y numerosos ahogamientos. Por ello, todos los integrantes del ejército (soldados, sirvientes y hasta monturas) debían aprender, aunque ni siquiera esta habilidad tan famosa entre los *germani* o los *singulares* suponía una garantía de supervivencia, como sucedió con miles de legionarios y pretorianos en la batalla del Puente Milvio[25] entre Majencio y Constantino (312). En este sentido, pretorianos y urbanicianos se ejercitaban en las instalaciones de las termas cercanas al *campus*, agradeciendo el alivio que proporcionaban tras una dura jornada de entrenamiento, aunque los más avezados podían utilizar también las más difíciles aguas del río Tíber en los meses de verano.

La instrucción con armas suponía un elemento básico del adiestramiento, no solo durante los cuatro meses de instrucción inicial, sino en toda su vida en activo. Los nuevos soldados debían aprender pronto a soportar y manejar el escudo, comenzando con réplicas en madera de sauce que doblaban el peso de los reales para facilitar su uso posterior. Lo mismo

sucedía con las espadas de entrenamiento con respecto a las reglamentarias, para asegurar su uso letal. Portando ambos, se situaban ante un robusto tronco (de casi 1,8 metros,[26] el mismo que empleaban los gladiadores en el *ludus*, llamado *palus*) fijado al suelo verticalmente, al que atacaban en largas sesiones de mañana y tarde. Cayo Mario (a finales del siglo II a. C.) promovió el uso de lanistas y sus métodos de entrenamiento con gladiadores para sus legionarios, hasta entonces no profesionales, convirtiéndose este poste en el primer enemigo al que los soldados debían enfrentarse.

Los ataques se concentraban en tres secciones. La superior se entendía como la cabeza del enemigo, la media, su torso y la inferior sus piernas y genitales. Practicaban ataques que incluían retiradas y acometidas para buscar la ventaja en combates cuerpo a cuerpo o como parte de la línea compacta del frente. En la Columna Trajana podemos apreciar la colocación de los soldados frente a sus enemigos en combate, adelantando el pie izquierdo y girando levemente el cuerpo hacia la derecha para bloquear primero con el escudo el ataque contrario. El pie derecho se orientaba al exterior en *ángulo* recto, para asegurar la estabilidad de la posición y del movimiento de ataque posterior con el *gladius* en su mano derecha retrasada. Hasta este momento, el escudo cubría todo el cuerpo, que se retiraba a la izquierda para utilizar la espada. Era esencial que nunca bajaran la guardia con el escudo mientras realizaban estos ejercicios, pues era fácil confiarse. Incluso, se ejercitaban utilizándolo para golpear al enemigo, ya que su envergadura y peso podían desestabilizarlo, ampliando las posibilidades de alcanzarlo con el ataque subsiguiente. El *gladius* permitía asestar cortes como estocadas, pero los *armatura* incidían en la segunda, desdeñando a los enemigos que las usaban para cortar, pues ni el tajo más profundo era capaz de matar con tanta rapidez. Un golpe oblicuo, vertical u horizontal no solo necesitaba una enorme fuerza para ser efectivo, sino traspasar una mayor extensión de coraza y escudo enemigos en base a la extensión del corte. Aun lográndolo, los huesos podían minimizar aún más su efectividad, reduciéndola hasta evitar que fuera mortal. Sin embargo, una estocada directa y recta impactaba con una menor superficie de elementos defensivos y podía sortear más fácilmente el esqueleto

humano para alcanzar puntos vitales con menos esfuerzo. Este estilo también favorecía la defensa del soldado, al minimizar el tiempo y amplitud del espacio que el brazo derecho dejaba expuesto en el costado durante el movimiento. Un ataque con el filo obligaba a un movimiento de mayor recorrido para aumentar la fuerza del impacto, posibilitando al enemigo anticipar su dirección y preparar la defensa. La estocada era mucho más rápida, resultaba más difícil de anticipar su punto de impacto y el oponente muchas veces recibía el golpe antes incluso de ver la espada de su contrario. Era el estilo de lucha tradicional del ejército romano, y gran responsable de sus victorias, para el cual se diseñaron todas sus armas.

Las armas arrojadizas (como el *pilum* y el *hastae*) ofrecían pocas dudas sobre su funcionamiento para lanzarlas o ensartar al enemigo, más allá de la destreza para emplearlas con la mayor efectividad. Con ellas atacaban al poste cuerpo a cuerpo o arrojándolas para acertar al blanco a distancia. No en vano, calcular la fuerza y dirección necesarias no era tarea fácil, menos a*ú*n con la tensión por la presencia del enemigo frente a ellos y si este estaba en movimiento. Del mismo modo, se entrenaban para recibir el impacto de armas arrojadizas del enemigo, formando dos grupos que debían alternar en esa práctica. Por ese motivo, no solo empleaban ejemplares igualmente más pesados, sino con punta de cuero duro para reducir heridas y contusiones. El manejo del arco no se creyó necesario entre los pretorianos hasta las reformas de Septimio Severo, asignando un *evocatus* experimentado como doctor de los arqueros.[27] No era tarea fácil y su actuación podía resultar decisiva. A la fuerza necesaria para tensarlo se unía la necesidad de apuntar con pulso de acero sin perder de vista el objetivo y disparar con precisión para, rápidamente, ser capaces de repetir con la mayor rapidez y cuantas veces fuera necesario en combate, más difícil todavía en el caso de los jinetes para salvar el movimiento de sus monturas. Tanto los arqueros como los honderos practicaban colocando piezas de leña o paja a una distancia algo inferior a los 200 metros. Los honderos aprendían también el manejo de *fustibalus*, una especia de trebuchet individual portátil consistente en una vara de madera en uno de cuyos extremos se colocaba un cabestrillo y un proyectil (generalmente piedras), ofreciendo un mayor alcance que las hondas tradicionales.[28] En este

sentido, los especialistas en el manejo de maquinaria de guerra también debieron de realizar prácticas continuas, incluyendo no solo la reparación de posibles desperfectos en ellas, sino también su rápido montaje y desmontaje y prácticas de disparo para aumentar la precisión.

En lo que respecta a los jinetes, la equitación requería de un ejercicio constante para controlar la montura en las condiciones más caóticas de un combate (estruendo, gritos, heridas, etc. que podían afectar al soldado y su montura). Inicialmente, los reclutas más bisoños comenzaban adiestrándose con caballos de madera, para aprender a montar y desmontar por cualquiera de los costados del animal, primero desarmados y luego completamente equipados, incluso con sus armas en las manos, pues en combate apenas tendrían tiempo para reaccionar. A la preparación táctica, donde aprendían las formaciones y estrategias habituales del ejército romano, sumaban las maniobras típicas de la caballería enemiga para conocer su forma de actuar y neutralizarla o aprovecharla,[29] llegando hasta a aprender sus gritos de guerra. Para ello es posible que, desde la época de Severo o antes, aquellos jinetes extranjeros asentados en los *castra peregrina* de Roma, como los *osroani* o los *mauri*, colaboraran en esta tarea.

Poco a poco los reclutas doblaban el tamaño de sus músculos y su resistencia alcanzaba límites antes inexplicables. No había paciencia con quienes no podían seguir el ritmo, y eran inmediatamente expulsados. En combate no podía haber dudas,[30] ni en las marchas rezagados que pusieran en peligro la perfecta formación. Estos ejercicios les conferían una resistencia que podía ser vital en batallas que podían durar horas, mientras sus menos preparados oponentes terminarían por ceder y huir. Los más audaces generales romanos no tenían dudas sobre la importancia de contar con efectivos perfectamente adiestrados, esperaban de ellos una profesionalidad y destreza fuera de toda duda como pieza clave de la maquinaria romana diseñada para aniquilar a sus enemigos y responsable directa de la seguridad del emperador.

En relación a las críticas que los legionarios y el pueblo parecían mostrar ante la disciplina y preparación de los pretorianos, se cree que quizá se originaron por la observación de sus prácticas con espadas y lanzas de madera en los postes, en comparación con la imagen de los legionarios

frente a bárbaros de enorme tamaño, salvaje actitud y perfectamente armados. No obstante, debían ser conscientes de la verdadera dimensión de tales ejercicios que, por otro lado, también realizaban los propios legionarios durante su adiestramiento. El contacto entre los pretorianos y el pueblo era constante, no limitándose a estas apariciones, y el valor que demostraron en batalla tampoco era desconocido. Sin duda no despertaron demasiada simpatía, pero su capacidad estaba fuera de toda duda. De lo contrario, los disturbios en Roma se habrían multiplicado, la autoridad y respeto que influían y que les permitía controlar a la multitud en espectáculos, celebraciones, etc. nunca habría existido y el propio emperador jamás hubiera encomendado su seguridad a soldados incapaces.

Una vez aprendido todo lo necesario en el manejo de las armas y endurecido sus cuerpos más allá del acero, era el momento de las maniobras tácticas en formación. Se repetían una y otra vez hasta lograr una sincronización perfecta que evitara poner en peligro a todo el ejército en el campo de batalla, o hacerlo vulnerable. Los ejercicios no cesaban hasta que cada unidad era capaz de responder a las órdenes de los centuriones o a los toques de corneta como si fueran un solo cuerpo, que se mueve mecánicamente realizando cualquier tipo de evolución ofensiva o defensiva en el menor tiempo y con la mayor precisión. Es más, cada unidad podía actuar de manera autónoma o coordinada con los compañeros cercanos sobre cualquier tipo de terreno y ante el acoso del enemigo. Para evitar el desorden todos los soldados debían escuchar las órdenes al mismo tiempo y sin distorsión por encima del fragor de la batalla, lo que obligaría a modificar la estructura de sus cascos.

En Roma, los emperadores nunca olvidaron que no dependían de ellos solo para su custodia, sino para mantenerse en el poder frente al pueblo y al Senado. Sin duda, presenciar un entrenamiento de tales soldados escogidos fue un espectáculo digno de mención entre el público de ambos sexos. El propio Calígula acusó a Cornelia, la esposa del senador y gobernador de Panonia Calvisio Sabino, de observar a los soldados del pretorio cuando se ejercitaban al aire libre, acompañarles en sus rondas con actitud libertina e, incluso, disfrazarse de pretoriana para acceder a los *castra* y poder allí tener relaciones con muchos de ellos. No obstante, este tipo de acusaciones solían

ser empleadas para deshacerse de enemigos políticos,[31] y el matrimonio cometió suicidio antes del juicio.[32] Tiberio o Calígula llegaron a organizar exhibiciones públicas mostrando su entrenamiento e instrucción[33] para intimidar a los senadores y recordarles las consecuencias de oponerse a sus deseos. Nerón y Claudio organizaron *venationes* excepcionales, donde 400 osos y 300 leones perdieron su vida en la arena ante los *equites* pretorianos comandados por sus tribunos y el propio prefecto. Los soldados del pretorio no tenían mayor inconveniente en enfrentarse con todo aquello que les ordenaran, desde los germanos a las bestias más feroces, y su excelente preparación sorprendía no solo a propios, sino a extraños. Tras contemplarles ejercitándose,[34] el propio gobernador de Judea, Herodes Agripa, estaba convencido de la locura que cometerían los senadores romanos si trataban de deshacerse de los pretorianos por la fuerza.

No obstante, lejos de estos actos propagandísticos, varios soberanos también se preocuparon por mantener adecuadamente su condición física y destreza militar (Tiberio, Nerón, Augusto o Domiciano, etc.),[35] realizando entrenamientos regulares con sus escoltas más cercanos (primero los *germani* y luego los *singulares*). Ello reforzaba los lazos de hermandad y respeto que con estos debían establecerse, y se relacionaba con una capacidad para gobernar digna de admiración. Más dudas genera la participación de los prefectos del pretorio en dichos entrenamientos junto al resto de las cohortes. Sus méritos estaban asegurados por los servicios prestados antes de acceder al cargo, y debieron realizar cierta actividad física para mantener el respeto de sus subordinados y ser capaces de asumir los rigores de las campañas militares sin recibir críticas por su posible incapacidad. Sin embargo, desconocemos si lo hicieron de manera privada, junto a los pretorianos (como debieron hacer los tribunos y centuriones) o con los propios *singulares*.

Seamos justos, no todo eran elogios hacia la constancia y disposición de su preparación. Tras años de relajación en sus entrenamientos durante el permisivo gobierno de Cómodo,[36] el emperador Pertinax esperaba recuperar el prestigio de la elite del ejército romano. Admirado por su fama de soldado recto y disciplinado, fue promovido al cargo por los propios

pretorianos, pero cuando quiso exigirles un compromiso tan elevado como el que él mismo demostraba, no lo aceptaron de buen grado y su vida apenas se alargó tres meses. Los futuros soberanos debían mostrar una determinación férrea si querían reconducir la actitud de los pretorianos, y Septimio Severo estaba decidido a ello. Inició una profunda reforma de las cohortes sin que le temblara el pulso, y sus nuevos soldados pronto comenzaron a recuperar el prestigio. Tal fue su empeño, que comenzaron a entrenar maniobras de ataque y defensa ante uno de los enemigos más terribles, el elefante de guerra.[37] Muchos ejemplares fueron enviados a la capital para esta tarea, convirtiéndose en un espectáculo para los curiosos que se acercaran al *campus*.

Composición

> Licenciaron (Antonio y Octaviano) a aquellos soldados que habían cumplido su periodo completo de milicia, salvo ocho mil, los cuales solicitaron seguir en servicio. A estos los aceptaron de nuevo, y se los repartieron y los formaron en cohortes pretorianas…
>
> APIANO, *Historia Romana. Guerras civiles*, V, 3.

El registro epigráfico parecía indicar que las 12 cohortes pretorianas creadas por Augusto no volverían a existir hasta época de Claudio, con 5.760 infantes y 1.080 jinetes. Esta medida se había justificado como muestra de agradecimiento por elevarlo al poder,[38] y para incrementar su seguridad frente a sus opositores. Sin embargo, las cinco inscripciones que mencionan a la cohorte XI pretoria, y las seis que hablan de la XII cohorte se han datado a lo largo del siglo I, pero más tarde de su reinado. Se ha intentado defender que un incremento tan importante en el número de cohortes habría sido mencionado en los escritos de Tácito, aunque lo desconocemos porque la parte de sus Anales relativa a los gobiernos de Calígula y Claudio no ha sobrevivido. No obstante, en 1976 se descubrió una inscripción en la ciudad italiana de Lecce nei Marsi realizada por el

soldado pretoriano Aulo Virgio Marso, donde relata su trayectoria militar. Alcanzó el puesto de centurión *primus pilus* en época de Augusto, actuando más tarde como tribuno de la IV y la XI cohortes pretorianas. En realidad, desconocemos el orden en que sirvió en ambas cohortes, y sabemos que entre estas asignaciones pasó un tiempo como *praefectus castrorum* (comandante de un campamento militar) en Egipto y como *preafectus fabrum* (oficial superior de ingenieros) hasta que, a partir del año 23, ejerció su segundo tribunado. Es posible que el primero de estos nombramientos se realizara ya en época de Augusto (pues se menciona la formula *divi Augusti*), y si se trató de la XI cohorte en ese momento, indicaría que el numero original de cohortes fue recuperado por el propio Augusto al final de su reinado o, quizá con mayor seguridad, en época de Tiberio, donde ese incremento habría necesitado oficiales contrastados para dirigir las nuevas cohortes y Marso no tuvo inconveniente en ejercerlo de nuevo. En cualquier caso, no podemos basarnos en el orden de los numerarios para establecer una cronología, pues no sería la primera vez que varios números se inscribían de manera inversa en el mundo romano.[39] Lo que no podemos saber con certeza si esta decisión de Tiberio fue tomada por iniciativa propia o a instancias de Sejano, quien agradecería contar con mayores efectivos con los que llevar a cabo sus planes. En cualquier caso, es más difícil pensar que se trataba de una equivocación del lapicida, refiriéndose realmente a la XI cohorte urbana en lugar de pretoriana, al no saber distinguir entre ambos cuerpos,[40] ya que el propio soldado habría sido consciente de ello, y la población conocía bien a los soldados del pretorio desde hacía más de medio siglo.

No encontraremos nuevas variaciones hasta que, en 69, Vitelio decidió licenciar con honores (*honesta missio*) a todas las cohortes pretorianas (no las urbanas) en activo.[41] Temiendo dejar su seguridad en manos de quienes poco antes habían jurado lealtad a Otón, incluso mandó ejecutar a 120 soldados que reclamaban una gratificación por haber participado en el asesinato de Galba. La medida no tenía precedente, es más, acababa con la tendencia a incrementar su número iniciada en época de las guerras civiles y solo frenada en parte por Augusto. Sin embargo, no podía imaginar que con ello debilitaría su poder militar en los futuros acontecimientos, pues

esos efectivos pasaron a engrosar las filas de su rival, Vespasiano. Un nuevo candidato al trono ponía en peligro la posición de Vitelio, quien rápidamente reclutó entre sus legionarios afines y leales a su causa[42] nuevas cohortes pretorianas (16) y urbanas (4), ahora compuestas por mil soldados cada una (miliarias en lugar de quinquenarias). Ello triplicaba la cantidad de pretorianos existente hasta el momento (12.800), una cifra que habría sido imposible de imaginar para Escipión y necesitaría más de un siglo para repetirse. Sin embargo, de poco le servirían, debido a la ausencia de disciplina en ellas al tratar de agasajarlas para evitar que desertaran a su enemigo. No se había llevado a cabo selección alguna en el alistamiento. Incluso eliminó la voluntariedad de la incorporación para convertirla en obligatoria, quizá pensando que, de otro modo, no podría reclutar los efectivos necesarios.

Como era previsible, Vespasiano se impuso y comenzó a reestructurar las cohortes pretorianas. La cantidad de soldados y cohortes no solo era demasiado elevada para afrontar su coste,[43] sino que la reciente lealtad de muchos de ellos a Otón o Vitelio generaba dudas al nuevo soberano. Ante los enormes problemas de liquidez en que sus predecesores dejaron las arcas del Estado, la opción elegida fue licenciar obligatoriamente y con honores a aquellos que habían cumplido su tiempo de servicio, mientras los efectivos que menos confianza ofrecían corrieron la misma suerte pero sin honores (*missio ignominiosa*) y de manera individual o en pequeños grupos, para evitar rencores que podrían suponer un peligro futuro. En tan solo siete años desde su nombramiento (año 76), Vespasiano había conseguido volver a las nueve cohortes de Augusto, aunque siguieran siendo miliarias (7.200 efectivos en total), aliviando la carga que suponían para el Estado y las críticas de la opinión pública por la presencia de tantos soldados en la capital. Sin duda, el nombramiento de su hijo Tito como prefecto del pretorio, mientras realizaba estas acciones, contribuyó a que pudiera completarlas sin incidentes.

En el año 80, su segundo hijo en el trono, Domiciano, decidió crear una décima cohorte sin que conozcamos los motivos que le llevaron a ello. En cualquier caso, esta cantidad se mantendría ya sin variaciones hasta el fin de la institución pretoriana más de dos siglos más tarde. No sucedería así en

cuanto a los soldados que las integraban, que ahora ascenderían de nuevo a 8.000 efectivos, en una tendencia que se mantendría en momentos posteriores también entre las turmas de caballería pretoriana que pasarían de tres por cohorte a cinco (1.500 jinetes frente a los 810 de Augusto). Finalmente, durante el reinado de Cómodo (187-188) los pretorianos alcanzarían los 10.000 efectivos, a razón de 1.000 por cohorte.[44] No obstante, es posible que este incremento se realizara ya antes de su reinado, sin que conozcamos el momento exacto. Se ha defendido que estos incrementos debieron encontrar serias dificultades a la hora de establecerlos en los *Castra* Praetoria,[45] pues mantuvo sus dimensiones originales y destinadas a una cantidad muy inferior. Más aún si recordamos que, en este momento, todavía se encontraban acantonadas también las cuatro cohortes urbanas. Sin embargo, aunque es cierto que su tamaño era incluso inferior al de los campamentos romanos de campaña destinados a una única legión (de 18 a 20 hectáreas)[46] no conocemos menciones a tales problemas. Es posible que las sucesivas reformas acometidas resolvieran esta eventualidad aumentando la altura de los edificios, o de otro modo que desconocemos, pues ni se amplió ni se construyó otro acuartelamiento. A partir del año 182, las cohortes urbanas fueron reubicadas en su propio *Castra Urbana*, lo que sin duda mejoró cualquier incomodidad. En todo caso, Sejano había diseñado el campamento para albergar no nueve, sino doce cohortes, además de los urbanicianos, por lo que ya debía de estar listo para alojar a muchas más tropas que las propias de una sola legión.

La llegada al poder de Septimio Severo (193-211) supuso la mayor reforma que las cohortes pretorianas conocieron desde su instauración y, en vista de la tendencia existente, implicaron un nuevo aumento en su composición. Las diez cohortes miliarias existentes pasaron a integrar 1.500 efectivos cada una, alcanzando los 15.000 soldados[47] entre infantería y jinetes, una cifra que quedaría establecida hasta su desaparición. Casi igualaban en número a tres legiones regulares,[48] a las que sumar la *Legio II Parthica* que se encontraba estacionada en las cercanías de la ciudad, algo a lo que nunca se habría atrevido Augusto.

En cuanto a los jinetes pretorianos. Las cohortes se organizaron, desde su inicio, como unidades militares autónomas frente al resto del ejército y

entre sí mismas. Por ese motivo contaban con sus propios oficiales y las integraban tropas de infantería (*pedites*) y caballería (*equites*), es decir, *cohortes equitatae*. Aún más, la enorme versatilidad que el ejército romano había logrado, y una de las bases de su prestigio, se extendía a las propias cohortes no solo en cuanto a las subdivisiones existentes dentro de la tropa (manipulo, contubernio, etc.) sino entre los propios cuerpos principales. Las unidades de *pedites* y las de *equites* podían actuar con total independencia según las necesidades del emperador y las exigencias de la misión. De ese modo, en algunas campañas militares donde los pretorianos siguieron a su soberano, este requirió los servicios de solo una o varias cohortes, apoyadas por todas las *turmae* de caballería pretoriana (con 30 efectivos cada una) [49] como una sola unidad, dejando en la capital solo soldados de infantería. Es por ello por lo que los jinetes del pretorio se agrupaban bajo un único estandarte (*vexillum*), para ser empleados como un *alae* de caballería auxiliar, asistiendo a las cohortes o en misiones particulares si llegaba el caso.[50]

Los *equites* disponían de elementos propios que evidenciaban su elevada categoría dentro del pretorio. Los miembros de esta unidad disfrutaban directamente los beneficios asociados al grado de especialista, equivalentes en importancia a un cargo administrativo inferior, y obtenían ascensos mucho más rápidamente, por lo que no era sencillo alcanzar este puesto. El tiempo de servicio previo en otra unidad u otro puesto del pretorio no estaba fijado, dependía de la capacidad y/o recomendaciones con las que contara el aspirante, pues a veces se lograba tras un solo año, y otras se necesitaron hasta nueve.[51] Lo más habitual era acceder tras cinco o seis años sin tacha alguna, aunque las circunstancias de cada época modificaron esta tendencia. En algunos momentos fue frecuente que jinetes auxiliares de las legiones lograran ser transferidos a los *equites* del pretorio tras varios años de servicio, donde demostraron sus cualidades. Así sucedió, quizá, con Vespasiano (69-79), buscando incrementar la capacidad bélica de esta unidad tras la desaparición de los *germani corporis custodes* y hasta la formación de los *equites singulares Augusti*.

Su principal misión en combate consistía en asistir a las unidades de infantería pretoriana cubriendo sus flancos, aunque si tácticamente

formaban un solo *alae* de caballería, su labor pasaba a ser ofensiva, atacando a los jinetes enemigos para superarlos en una maniobra envolvente mientras legionarios y/o pretorianos fijaban las líneas centrales. Entre sus filas contaban con la figura del *vexilarius equitum*, custodio de su enseña (*vexillum*). Una vez el ejército oponente se desmoronaba, eran capaces de perseguirlo para diezmarlo todo lo posible,[52] siempre que no se alejaran demasiado del ejército principal. No podían descuidar su verdadera responsabilidad, la protección del emperador, como demostraron con valor durante la campaña de Calígula en Germania (39).[53] Al margen de los combates, podían realizar labores de mensajería en el campo, cuando era necesario enviar información importante, tarea que no pocas veces ejercieron también en la capital. Del mismo modo, sabemos que, ocasionalmente, participaron en espectáculos del circo o el anfiteatro romano, como sucedió cuando Claudio ordenó su actuación en una *venatio*, donde masacraron innumerables animales procedentes de África.[54]

Desde la reforma de Severo y hasta el momento de su disolución, solo conocemos una noticia relativa a la composición del pretorio, aunque de dudosa credibilidad. El historiador y político romano Aurelio Víctor señala[55] que Diocleciano habría ordenado la primera reducción de sus efectivos tras siglos de tendencia al alza permanente, afectando no solo al número de soldados, sino también al de cohortes. Sin embargo, un diploma fechado en 306, tan solo seis años antes de que Constantino pusiera fin a las cohortes, y un año después de que el propio Diocleciano abdicara, menciona que seguían siendo diez a la manera ya tradicional, por lo que la información debía de ser errónea. Podríamos pensar que, en vista de su apurada situación, Majencio elevara de nuevo su número para contar con efectivos suficientes en los difíciles momentos que se avecinaban, pero una medida de tal calado habría encontrado reflejo en otras fuentes, que nada indican al respecto. En este momento, la estabilidad del imperio se veía amenazada en muchas de sus fronteras, lo que obligó no solo a la aparición de la tetrarquía, sino a que sus integrantes permanecieran continuamente en distintos frentes de combate. Las tropas de su escolta que los acompañaban (pretorianos, *singulares*, etc.) y actuaban directamente a sus órdenes como un ejército móvil, comenzaron a ser conocidas como su *comitatus*

(comitiva), frente a las legiones permanentemente estacionadas en las fronteras (*limes*), que pasaron a denominarse *limitanei*. Probablemente, y dado que Diocleciano fue un emperador que viajó sin descanso acompañado por su *comitatus*, los pretorianos que lo formaban y servían lejos de Roma pudieron dar la sensación de que había optado por reformar las cohortes[56] cuando, simplemente, pudieron repartir sus efectivos entre los cuatro gobernantes y las modificaciones que sufrieron fueron mínimas.

La única variación en la condición de los *equites* pretorianos en la historia de las cohortes se produjo con Diocleciano. Si estas unidades eran enviadas sin el emperador, la jerarquía de mando quedaba escindida en dos figuras: el *magister peditum* (a cargo de la infantería) y el *magister equitum* (digiriendo la caballería), mientras que cada turma de jinetes contaba con el *optio equitum* como oficial al mando. En 293 Diocleciano acudió a Egipto con las *turmae* pretorianas, donde decidió que se integraran en una unidad nueva, los *equites promoti domini nostri*.[57] Esta seguiría adscrita al *comitatus* del emperador, pero fueron escindidos de sus contrapartes *pedites* y de las centurias pretorianas a las que pertenecieron, y su mando directo se entregó a un prefecto propio (*exarcus*). El incremento de la importancia de la caballería pretoriana fue evidente cuando las turmas asignadas a cada cohorte pasaron de tres a cinco, entre finales del siglo I y el II de nuestra era, y más tarde a diez en el siglo III. Ello suponía triplicar su número cuando, en el caso de que se hubiera deseado simplemente mantener la proporción de jinetes frente al incremento de infantes pretorianos en las unidades miliarias deberían haber sido solo seis como máximo (el doble de las originales).

Cursus Honorum

> Alistó (M. Antonio) su escolta y mantuvo agregados a ella hasta un total de 6.000 hombres. No eran soldados comunes […]. Estaban compuestos enteramente por centuriones de larga experiencia en la guerra. Designó tribunos sobre ellos, escogidos de los propios hombres y adornados con condecoraciones militares, y a estos mantuvo con honor.
>
> APIANO, *Historia romana. Guerras civiles*, III, 4-5

Con los datos que tenemos, aunque incompletos, quizá podamos establecer los distintos grados del escalafón en una cohorte pretoriana.

Cargos iniciales:

– Pedites
– Equites

Cargos intermedios (Immunes/Principales):

– Singularis
– Librarius
– Auditor
– Auditor Cornicularius
– Protector
– Secutor del tribuno
– Exceptor
– Armamentarius
– Primiscrinus de los Castra Praetoria.
– Stationarii
– Statores
– Salararii
  – Librator
  – Exactus
  – Arquitectus
  – Campidoctor
    – Doctor
  – Mensor
    – Discens
    – Maioriarius
– Agrimensor
– Médicos

– Campidoctor
– Doctor de los armatura
– Excercitator de los armatura
– Excercitator de los jinetes
– Doctor de los arqueros
– Armatura
  – Discens
– Victimarius
– Cazadores
– Guardián del vivero
– Signa
– Tectores
– Caelator
– Tubicen
– Cornicen
– Custos vivarii

Cargos de centuria y turma:

– Tesserarius
– Optio
– Optio carceris
– Signifer
– Optio equitum
– Vexillarius
– Centurión
– Princeps del pretorio

Altos cargos administrativos:

– Beneficiarii del pretorio
– Beneficiarii del tribuno

– Beneficiarii de los nueve salariarii
– Salariarii
– Fisci curator
– Scriniarius del prefecto del pretorio (primoscriniarius)
– Ostiarius del prefecto del pretorio
– Tabularius del prefecto del pretorio
– Laterculensis del prefecto del pretorio
– Primoscrinius del prefecto del pretorio
– Strator del prefecto del pretorio
– Cornicularius del prefecto del pretorio / Canalicularius

Alto cargos religiosos:

– Sacerdote de Marte
– Sacerdote de la casa del emperador Antonio

Oficiales superiores:

– Tribuno
– Prefecto del vexillum de los pretorianos
– Praepositus
– Prefecto del pretorio

Organizar las cohortes pretorianas, establecer los rangos, funciones, etc. de estas características no era posible sin aprovechar lo que se había desarrollado durante siglos en las legiones regulares. No obstante, los emperadores se cuidaron mucho de que tales semejanzas se maquillaran todo lo posible para intentar, sin demasiado éxito, que el pueblo y el Senado no consideraran a los pretorianos como militares tradicionales acantonados en Roma (como en realidad así era). Se trataba de guardar las formas para no avivar odios innecesarios, que por otro lado ya existían,[58] por lo que la

estructura del pretorio mostrará muchas semejanzas pero también diferencias importantes.

Si los dioses estaban de su parte, los nuevos reclutas de las cohortes pretorianas iniciaban su carrera en el rango más básico de la unidad, el *pedites* (o *munifex*) que equivalía a un soldado raso de infantería. Este apelativo daría origen al término «militar» en muchas de las culturas occidentales. A pesar de las ventajas de servir al emperador, en su condición estaba obligado a asumir tareas más pesadas, como guardias o trabajos físicos, y durante más tiempo que el resto de la tropa. Si no eran específicamente seleccionados para un ascenso, solo tras varios años de servicio intachable podrían aspirar a convertirse en *immunes* o *principales* y gozar de la *vacatio munerum*. Esta implicaba la exención de tales labores que había tenido que realizar, así como un aumento de salario. Aquí la variedad de opciones era extensa y en gran medida es conocida gracias a fuentes escritas o restos epigráficos, aunque todos los cargos seguían encuadrados dentro de sus centurias y pudieron existir bastantes más.

El apoyo de algún alto cargo o del propio emperador siempre mejoraba las aspiraciones, pero para los que alcanzaban este grado por méritos propios su nueva etapa comenzaría realizando labores administrativas asociadas a puestos menores. No obstante, si el promocionado contaba con conocimientos o dotes adecuados, podía realizar varias funciones a la vez. Las distintas categorías dentro de este escalafón suponían ingresos variables, desde una paga y media anual (*sesquiplicarius*) a duplicar la que antes disfrutaban (*duplicarius*).

En el escalafón inferior de los *principales* estaban los *singularis*. Su misión consistía en escoltar a los altos oficiales como los tribunos o el prefecto del pretorio, quienes se encargaban de seleccionar a quienes servirían directamente a sus órdenes.[59] Lo mismo sucedía con el *librarius*, que actuaba como parte del «gabinete» del tribuno o prefecto redactando cualquier tipo de documento oficial, siendo ambos probablemente *sesquiplicarius*. Si esa labor era realizada adecuadamente, podían promocionar a *auditor* y, con el tiempo, a *auditor cornicularius* (al menos desde el siglo III) quienes desempañarían funciones similares al *librarius*, aunque desconocemos si los sustituyeron o trabajaron

conjuntamente. Por su parte, el *exactus* era el responsable de gestionar los documentos relativos a las finanzas de la cohorte.

El número y variedad de los especialistas se ampliaría a partir de las reformas de Septimio Severo. Estos podían actuar como ingenieros, artilleros, médicos militares, administrativos o realizar otras tareas. No sabemos con seguridad si, aparte de ser *immunes/principales*, recibían un aumento de salario, pero, sin duda, la cercanía a los altos oficiales del pretorio les proporcionaba mayores opciones de promoción. El *librator* controlaba el abastecimiento de agua en los *castra*. El *mensor* realizaba labores topográficas y actuaba como *caelator* o encargado de los grabados en las armas de los pretorianos y de aquellos orientativos que se realizaban en los mapas (hechos de bronce). Contaba con asistentes llamados *discens* que actuaban como lapicidas. Mientras que el *agrimensor* gestionaba el emplazamiento de los cuarteles, debiendo actuar en litigios sobre lindes de tierras con propietarios civiles. Existían diez mensores y agrimensores, pues cada cohorte contaba con uno de ellos. El arquitecto elaboraba planos y supervisaba la ejecución de las obras necesarias. Contaban con varios médicos especializados en soldados (clínico y cirujano) y veterinarios para los animales pertenecientes a las cohortes. Los cargos asociados al entrenamiento de los soldados ya han sido descritos, y formaban parte de los especialistas. Algunos de ellos, como el *doctor* o el *campidoctor*, también existían en el ejército regular; mientras que el *armatura* y el *exercitator* eran exclusivos. A partir del siglo III y al servicio directo del prefecto del pretorio, pero a cargo de los mensores, estaba el *maiorarius*. Aunque desconocemos sus funciones, pudieron hacerse cargo de las tareas de los *salararii* cuando desaparecieron al instaurarse la entrega de grano gratuito a los pretorianos. Existían cazadores y un guardián del vivero, cuya misión consistía en cuidar a las bestias en el recinto habilitado para ello. En el ámbito religioso militar, el *victimarius* seleccionaba y preparaba los animales que servirían como víctimas en los rituales. A partir del siglo III conocemos en los *castra* un sacerdote específicamente designado para el servicio en el templo del dios Marte y otro que representaba la casa sagrada del emperador Antonio.

La necesidad de emplear instrumentos musicales para transmitir órdenes obligaba a formar expertos en su manejo específico y sus notas características, los cuales también se han mencionado anteriormente. Por su parte, el *protector* del pretorio y el *secutor* del tribuno tenían funciones similares a los *singularis*. Los primeros eran soldados de elite destinados a la escolta personal del prefecto del pretorio y los legados provinciales;[60] aunque desde mediados del siglo III se convertiría en un título honorario concedido a los oficiales superiores del *comitatus* del emperador recién integrados como soldados prometedores y con las mismas funciones. Algunos autores defienden que el *tector* puedo referirse a un diminutivo del anterior o a un grado distinto de escolta imperial.[61] En cualquier caso, tras la reforma de Severo este puesto podía alcanzarse tanto desde las cohortes del pretorio como a partir de otras unidades de elite como los *lanciarii* de la *Legio II Phartica*. Por su parte, el *exceptor* actuaba como escribano para el prefecto del pretorio y el *armamentarius* organizaba los registros del arsenal de los *castra*. Nada sabemos del *primiscrinus*, salvo que mucho más tarde se emplearía ese término para designar una figura eclesiástica encargada de los archivos más privados, por lo que pudo desempeñar una labor similar en el pretorio.

Hasta ahora los cargos expuestos se referían a los pretorianos *pedites*, pues el servicio inicial como jinetes pretorianos (*equites*), si no oficialmente sí oficiosamente, era ya considerado a la altura del escalafón más bajo entre los *principales*. Por ese motivo alcanzaban más rápidamente puestos superiores y específicos en este escalafón o, incluso, directamente por encima, ya que aunque recibían la misma denominación y desempeñaban las mismas funciones que sus compañeros de infantería, su categoría era mayor y solo tenían que ocupar el cargo de *exercitator* y *vexillarius* antes de ascender a la oficialidad. Uno de ellos era el *exercitator* de los jinetes,[62] existentes también entre los *equites singulares* donde fueron cuatro hasta Severo y, desde entonces, solo uno por cada unidad de 1.000 jinetes. Los *tectores* aparecieron a partir del siglo III, pero sus funciones no están claras. Pudieron realizar labores artesanales para la cohorte, relacionadas con el estucado como decoración de edificaciones importantes, o actuar como escoltas, pues la palabra significa «el que cubre». El *vexillarius* tenía la

misma función que el *signifer* en cada turma, encargándose de la enseña de la unidad (*vexillum*).

En el escalafón más alto de *principales* se encontraban puestos relacionados con el mando táctico, como el *tesserarius*, uno por cada manípulo que en combate asistía al *optio* para mantener el orden en las filas, establecía las contraseñas en las guardias, etc. y, por encima de estos, los propios *optiones* de cada centuria (por tanto, más numerosos, lo que facilitaba el ascenso de los anteriores). Oficiales de bajo rango que, a su vez, realizaban la misma misión con los centuriones a los que estaban asignados y a los que esperaban sustituir en el futuro. No obstante, aunque en el ejército regular este ascenso era directo una vez reunidos los méritos, en el pretorio antes tendrían que servir por tiempos indeterminados como *equites* en las legiones, tras varios años podían solicitar el traslado como centuriones a los vigiles (a veces después también a los *statores*) y, más tarde a los urbanicianos para, finalmente, regresar a la legión como centuriones y volver al pretorio con ese puesto (centurión *trecenarius*). Existía un *optio* de la cárcel (*optio carceris*), supervisando estas instalaciones en los *castra*, y un *optio equitum* que, en su caso y al no existir constancia de la existencia de decuriones entre los pretorianos (el equivalente de caballería al centurión) debieron de ser los oficiales de cada turma de *equites*. Por último, el pretoriano de mayor categoría en este segmento era el *signifer*. Su labor era muy importante, pues portaba y defendía el emblema (*signum*), marchaba al frente de sus compañeros indicando el paso y señalaba la dirección que debían tomar y transmitía al resto de compañeros las órdenes visuales (papel que ejercía el *aquilifer* en las legiones, aunque este no existía entre los pretorianos al no emplear como uno de sus distintivos el águila de la legión), mientras en el acuartelamiento supervisaba y custodiaba las cajas de la unidad. De este modo, el *signifer* tenía mayores atribuciones fiscales que el *auditor*, aunque no disponían de ayudante alguno, lo que se explicaría si antes de alcanzar este cargo hubieran actuado como *librarius*, *beneficiarii* del tribuno[63] o también se encargaban del fisco.[64] Cada centuria contaba con un *signifer*, cuyo *signum* era idéntico entre las que componían cada manípulo, por lo

que una cohorte pretoriana contaba con tres enseñas diferentes, portadas por nueve de ellos, como se muestra en los relieves de la Columna Trajana.

Como oficial superior de cada centuria de infantería pretoriana no podemos olvidar a los centuriones, con funciones semejantes a las de sus homólogos en las legiones. Cada centurión asignaba el nombre a la centuria que comandaba, aunque, a partir del siglo III comenzaron a ser identificadas por el papel táctico que ocupaban en sus cohortes. El uniforme de los centuriones era muy característico, algo lógico, ya que eran la referencia para sus soldados en combate y debían ser fácilmente reconocibles incluso en las caóticas condiciones de los enfrentamientos. Eran los únicos que colocaban los penachos de sus cascos transversalmente, frente a la longitudinal del resto de pretorianos. Un elemento característico de su atuendo era la vara de sarmiento (*vitis*), que utilizaban como elemento disuasorio para golpear a los soldados merecedores de un castigo. Conocemos el caso de un centurión legionario llamado Lucilio (año 14) a quien apodaban *cedo alteram* («tráeme otra»), pues tenía fama de partir muchas de ellas tras golpear a los reclutas indisciplinados.

Hasta el siglo III ya conocemos los requisitos que debía cumplir un *optio* si quería ser ascendido a este cargo, y solo durante los gobiernos de Augusto y Marco Aurelio se prescindió de su último periodo como centuriones legionarios antes de ser ascendidos al pretorio. Existía otra posibilidad más directa para aquellos que ingresaban en las cohortes habiendo actuado antes como centuriones de la legión, ya que su experiencia garantizaba la aptitud para ejercer el mismo puesto entre los pretorianos o antes entre vigiles y urbanicianos. Normalmente se trataba de soldados con una brillante hoja de servicios y el apoyo de sus generales o los pretores provinciales, quienes entregarían cartas de recomendación para el emperador. Estas vías de acceso eran mayoritarias frente a los aspirantes apadrinados por el prefecto del pretorio o el propio emperador. Los centuriones *trecenarius*, cuyo apelativo aunque oficioso en la práctica otorgaba cierto estatus superior, podían aspirar a ejercer el cargo también entre los *speculatores Augusti*, apareciendo, a partir del siglo III los centuriones *ducenarius*, cuya principal diferencia era que dirigían unidades de 200 pretorianos. Únicamente en los años iniciales del imperio (hasta el

año 23) existió cierta jerarquía entre los centuriones del pretorio, que más tarde desaparecería. Esta era muy básica, pues solo se diferenciaba en el mayor prestigio y consideración entre ellos (*primus pilus*), el primer centurión de la primera cohorte, del resto de los que actuaban en ella (*primus ordines*). Aparentemente, la figura del centurión *primi ordines*, encargado de comandar las cinco centurias dobles de la primera cohorte solo existió en este momento y no volverían a ser mencionados. Ello podría reflejar que, en realidad, las inscripciones que los mencionan quizás se referían a los primeros centuriones de cada cohorte o a los centuriones que actuaban en la primera cohorte pretoriana por debajo del *primus pilus*,[65] sin que conozcamos la relación jerárquica entre ellos. El máximo rango entre los *principales* lo ocupaba el *princeps* del pretorio, más tarde llamado *princeps* de los campamentos (*princeps castrorum*), aunque este cargo no existió hasta la segunda mitad del siglo I, y no tenemos noticias de su continuidad tras la reforma de Severo o de los méritos necesarios para ejercerlo. Se ocupaba de la administración de los *castra*, aunque también pudo formar parte del estado mayor que asesoraba al propio prefecto o emperador. Se cree que también habrían actuado como segundos oficiales de los centuriones *trecenerius*, a cargo de los *speculatores*, pero ese puesto lo ocupaba un *optio* específico.[66]

Si sus aspiraciones apuntaban aún más alto, había mucho camino por recorrer y grandes posibilidades, con el incremento de salario que ello implicaba. El siguiente escalafón correspondía a los altos cargos administrativos de la cohorte, y se alcanzaban por diversas vías. El aspirante que había actuado en los puestos básicos de la centuria podía convertirse en *beneficiarii* del prefecto del pretorio o *beneficiarii* del tribuno. El cargo de beneficiario no existía en el ejército legionario, sino solo en el pretorio y las cohortes urbanas. Cada centuria contaba con uno de ellos, aunque su existencia plantea algunos interrogantes. Dado que el *exactus* y el *signiferii* ya tenían asignadas atribuciones fiscales dentro del pretorio, las desempeñadas por estos son difíciles de intuir. Se ha explicado desde la necesidad de contar con otro funcionario especializado, ya que pretorianos y urbanicianos recibían numerosos donativos que debían ser gestionados,[67] además de los constantes aumentos de salario que habrían

requerido mayor eficacia administrativa. Podían ocuparse de labores específicas como la logística de los suministros, cuando el emperador abandonaba Roma con sus pretorianos, de gestionar puntos estratégicos en el entramado comercial del imperio o asegurar las rutas de abastecimiento hacia la capital. Por ese motivo muchos eran destinados permanentemente lejos de Roma, hacia *stationes* donde pequeños destacamentos de pretorianos (*stationarii*) se encargarían de diversas labores relacionadas con el mantenimiento del orden y el control de rutas. A pesar de que, formando parte del *officium* (gabinete) de los tribunos o los prefectos deberían acompañarlos si estos debían desplazarse, los *beneficiarii* no solían tomaran parte en los combates. Su importante labor y la experiencia atesorada para ocupar el cargo les hacían insustituibles. Por ello, finalizado el tiempo de servicio, si el *benefeciarii* no había logrado ascender aún más en el escalafón, era habitual que se reincorporara como *evocatus* para mantener su graduación y procurar lograrlo.

No cabe duda de que cualquier puesto estrechamente relacionado con la alta oficialidad mejoraba enormemente las posibilidades de ascenso. En el *officium* de los prefectos existían entre 35-40 *beneficiarii*, y 12 con cada tribuno, alcanzando un total de 190-200. En el siglo III aparecerá el *beneficiarii* de los nueve *salariarii* de la cohorte para supervisar el grano que el Estado entregaba a los pretorianos. Junto a ellos surgirían multitud de nuevos puestos en este escalafón, asociados directamente al prefecto del pretorio y exclusivamente dedicados a la administración, como: su secretario (*primoscriniarius*), su ayudante (*scriniarius*), los supervisores del acceso a sus estancias (*ostiarius*), los encargados de redactar documentos públicos (*tabularius*), el supervisor de las listas (*laterculensis*), el *fisci curator*, que administra las sumas entregadas por el tesoro imperial a las cohortes, o el *strator*. Si analizamos esta tendencia, parece que los hombres de acción tenían menos oportunidades de progresar que los más letrados, aunque cada perfil disponía de vías específicas. En un imperio en constante desarrollo, podría estar relacionado con la necesidad de personal más orientado a la gestión administrativa. No solo eso, probablemente los soldados instruidos escaseaban en comparación con el resto, por lo que la competencia también sería menor.

Con anterioridad a la importante reforma del pretorio de Severo, es posible que Domiciano dictara algunas normas relativas a la carrera militar dentro del mismo.[68] En ellas, si bien se permitía a los *equites* acceder a la alta oficialidad sin tener que ocupar antes tal variedad de puestos intermedios, el resto de pretorianos con rango de *principales* debían pasar un tiempo ese puesto hasta conseguir una plaza en la centuria y allí ejercer los tres cargos oportunos antes de alcanzar la alta oficialidad administrativa que daba acceso al alto mando. Es difícil conocer el tiempo que debían ocupar cada paso en el escalafón, aunque las fuentes epigráficas ofrecen algunas pistas. Un *pedites* no solía convertirse en *principalis* hasta cumplir cinco o seis años, aunque dependía de sus aptitudes y ambición pues no existía una regla fija. A partir de ese momento, los siguientes cargos que obtuviera suponían una media de algo más de dos años cada uno, siempre que una buena recomendación no lo evitara. Era relativamente sencillo ascender a *principales*, y tampoco suponía mayores problemas conseguir un puesto en la centuria. No obstante, a partir de ese punto la carrera de ascensos se restringía enormemente.

El último escaló del pretorio, aquel que ocupaban los oficiales superiores, era el más deseado. La dificultad de alcanzarlo era proporcional al prestigio que otorgaba. Los aspirantes nunca escasearon, pero también suponía una enorme responsabilidad. A este pertenecían los tres *cornicularius* del prefecto del pretorio, conocidos desde el siglo II como los gestores de su *officium*. Sus miembros contaban con una elevada formación que les permitía aspirar al tribunado desde las reformas de Severo. Los tribunos pretorianos (*tribunus praetoriae*) formaban el segundo grado en la alta jerarquía pretoriana. Cada uno estaba a cargo de una cohorte, por lo que, dependiendo del número de estas, el de los cargos osciló entre nueve y dieciséis. Su gran importancia requería de los aspirantes varios requisitos importantes. Su elevada dignidad obligaba a que fueran miembros del *ordo equester* (*equites* o «caballeros») y que demostraran experiencia previa en el mando de tropas. El cargo no podía ser desempeñado durante más de un año, por lo que, una vez transcurrido debían ser asignados a otra unidad fuera del pretorio. La carrera (*cursus honorum*) para ejercerlo dentro del pretorio estaba fijada desde época de Claudio (41-54), y solo podía lograrse

por dos caminos. La más difícil suponía comenzar desde el puesto más bajo (*munifex*) hasta lograr el centurionado y, más tarde, al grado de *primus pilus*. En el peor de los casos deberían convertirse en tribunos de los vigiles, después de los urbanicianos y finalmente de los equites singulares (a veces también en las legiones) antes de dar gracias a los dioses por el honor de regresar al pretorio alcanzando su meta. Incluso, a partir del siglo III algunos *primus pilus* pretorianos fueran designados directamente para el cargo de tribuno del pretorio.

La vía rápida podemos intuirla, relacionada con la afinidad del candidato con los altos mandos, lo que podía acortar enormemente el proceso. Pero existía una opción igualmente interesante, aunque nada sencilla. Un antiguo prefecto en otras unidades podría solicitar su acceso al pretorio, aunque nunca directamente a la prefectura, sino al tribunado, y nunca antes de ocupar el cargo, igualmente, entre vigiles y urbanicianos. Necesitaba atesorar experiencia, del mismo modo que si las aspiraciones de un tribuno pretoriano eran aún mayores, antes de ocupar la prefectura del pretorio debía ejercer ese cargo en otras prefecturas, ocupar algún otro alto puesto administrativo o ser promovido a procurador de una provincia. Por otro lado, un tribuno legionario podía aspirar a este ascenso, aunque necesitaba igualmente ocupar ese puesto entre el resto de las tropas de la capital antes de postularse. El proceso trataba de asegurar una experiencia militar dilatada y adecuada a lo que se esperaba de ellos y la responsabilidad que soportarían, así como un detallado conocimiento de la administración imperial. Aparte del mando sobre su cohorte, tendrían que desempeñar otras funciones no menos importantes. Comandar la cohorte de guardia situada en la residencia palatina durante su turno era una de ellas, pues el emperador le confiaba directamente la contraseña diaria que debían utilizar.[69] Colaboraban en la dirección de los *castra*, supervisaban el equipamiento de sus tropas o la distribución del grano y eran responsables de que la disciplina militar se guardara escrupulosamente (aunque no siempre fuera así) y de que sus soldados entrenaran a diario para encontrarse siempre listos para actuar en el modo que fuera necesario. En casos excepcionales, realizaron misiones fuera de Roma,[70] dirigiendo una cohorte urbana en combate o a sus propios efectivos,[71] solo responsables

ante el prefecto del pretorio y el propio emperador. Sin embargo, la necesidad de tan larga hoja de servicio antes de acceder al puesto implicaba que los elegidos tenían ya una edad avanzada.

En ese sentido, no era extraño que fallecieran por causas naturales, dejando su plaza vacante sin que ningún candidato reuniera los requisitos para sustituirlo siguiendo el protocolo. Cuando sucedía, el nombramiento de una figura tan cercana al emperador, a cargo de su seguridad y con enorme influencia, debía meditarse hasta seleccionar a alguien de plena confianza. Hasta entonces, el prefecto del pretorio designaba un sustituto temporal llamado *praepositus.* Existieron otros cargos que otorgaban el mismo estatus, aunque su aparición y duración fueran puntuales y surgidos de la necesidad, como el prefecto del *vexillum* de los pretorianos (a cargo de todos los *equites* pretorianos). En cualquier caso, si no existían vacantes en la prefectura del pretorio para uno de sus tribunos, los aspirantes podían seguir su carrera en el ejército regular legionario como *primus pilus bis* (centuriones de la primera cohorte que ejercían el cargo durante más de un año) hasta que surgiera una oportunidad. Los motivos para esta, aparente, degradación son desconocidos, igual que las funciones de este servicio o la necesidad de su creación solo para estos casos. Sin duda el estatus que otorgaba este centurionado era superior al de *primus pilus*, pero nunca elevado como un tribunado, al igual que ocurriría con su salario.[72] Es posible que, a pesar de su título, en la práctica actuaran como prefectos del campamento legionario, aunque también pudieron realizar las mismas labores que el *primus pilus*. Sea como fuere, no debieron de existir muchas figuras de este tipo al mismo tiempo, menos de diez en todo el ejército romano, y queda claro que la alta oficialidad del imperio, salvo asignaciones arbitrarias, la formaban personajes bien preparados y experimentados.

Por último, el más alto oficial de las cohortes siempre fue el prefecto del pretorio. Como otras magistraturas, se trataba de un cargo colegiado, por lo que dos de ellos eran seleccionados directamente por el soberano entre aquellos en quienes más confiaba. Su vida podía depender de tal decisión y ni siquiera ello era garantía total de fidelidad, pues no fueron pocos los que se alzaron contra aquel a quien debían servir. Así sucedió con Sejano (31),

Plauciano (202) y Macrino (218). Ni siquiera la colegiatura impuesta desde el incidente de Sejano y para que no volviera a producirse, diseñada para que cada miembro sirviera de contrapeso a la ambición del otro en caso necesario, pudo asegurar su correcta actuación en todo momento. Si el emperador permanecía en Roma los prefectos se encontrarían allí, aunque este podía asignarles misiones militares donde fuera necesaria su actuación, quedando normalmente uno de ellos en la ciudad para su custodia. La presencia del soberano en el frente suponía que uno o ambos lo acompañaran para comandar las cohortes, quedando el otro a cargo de la capital.

Candidatos nunca faltaron para un cargo tan prestigioso y que prometía no solo poder, sino una enorme influencia. Los prefectos, como hombres de confianza del soberano, formaban parte del *consilium principis* (consejo imperial), por lo que no solo desempeñaban labores militares, sino también políticas y judiciales, pues su autoridad en tiempos de paz se extendía a toda la península itálica. Ni siquiera se cree que residieran en los *castra*, sino más bien en la propia residencia palatina, siempre a su disposición. En combate sus órdenes debían ser acatadas y solo cuestionadas por el propio emperador. Como políticos no pocas veces actuaron también como senadores y hasta cónsules, como sucedió con el propio Plauciano, lo que les confería el mayor estatus solo por debajo de su soberano. Algunos de ellos lograron alcanzar el trono, como Macrino, otros serían detenidos a tiempo y acabarían ejecutados por traición, pero muchos de ellos dieron la vida cumpliendo su función de proteger al emperador o luchar en su nombre a lo largo del imperio. En suma, una figura tan importante que merece ser tratada en detalle más adelante.

Licenciamiento

> (Severo a los pretorianos de Juliano) El Imperio romano, siempre glorioso […] vosotros lo vendisteis vergonzosamente y por dinero infame como si fuera una propiedad privada. Pero ni siquiera al que de esta forma elegisteis como soberano habéis podido proteger y guardar,

> y lo habéis traicionado cobardemente. Por errores y crímenes tan enormes sois merecedores de mil muertes, si alguien quiere imponeros un castigo justo. Daos cuenta, pues, del castigo que merecéis.
>
> *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, II, 13, 1-12.

Muchas eran las ventajas de convertirse en pretoriano, y una de las más atrayentes era su menor tiempo de servicio. Los dieciséis o diecisiete años estipulados como norma durante la mayor parte de su historia parecían pocos comparados con los veinticinco años de un legionario y las penurias a las que estaban sometidos. Sin embargo, nada es lo que parece. Aunque sus privilegios eran envidiables para cualquier soldado, la mitad de ellos (46 por ciento aproximadamente) nunca lograría licenciarse. Una vez ingresaban en la unidad, el tiempo medio dedicado no superaba los catorce años y medio debido a las bajas sufridas en acto de servicio,[73] lo que dice mucho acerca de la «licenciosa» vida que se les asocia. Si eras uno de los agraciados, ya fuera por suerte o habilidad, pasabas a recibir la *honesta missio* e, inmediatamente, a convertirte en un civil. Sí, un civil de nuevo, pero ahora no un civil más. Al honor de haber formado parte de la más prestigiosa unidad militar del ejército romano se unía el reconocimiento por haber sobrevivido tras años de peligros para provocar la admiración de su pares. Más aún, la edad de licenciamiento pocas veces superaba los treinta y cinco años, permitiéndoles retirarse en un momento pleno de su vida, aun en aquella época. Si las campañas no habían hecho mella en ellos, muchos gozaban de una salud envidiable ganada a fuerza de entrenamiento y supervivencia, lo que les obligaba a actuar como reservas cinco años más, acudiendo a la llamada del emperador si era necesario.[74]

Hasta el año 70 el acto del licenciamiento se realizaba sin más burocracia que la que implicaba su cambio de estatus y los beneficios reconocidos/derivados de su servicio. En ese momento, se oficializó la entregara de un certificado (*diploma*) como documento jurídico que lo acreditaba. Los legionarios no lo recibían y, hasta entonces, solo se entregaban a los soldados auxiliares que necesitaban justificar la concesión de la ciudadanía por su colaboración tras ser reclutados entre los aliados. Lógicamente, si un requisito para ser pretoriano o legionario era,

precisamente, la ciudadanía, no tenía sentido tal formalidad. Su promotor, Vespasiano, sabía que muchos de sus pretorianos que antes habían servido a Vitelio provenían de las tropas auxiliares de cuando este incrementó el número de cohortes, y necesitaba reducirlas sin incidentes.

Como cualquier otra concesión realizada a los soldados del pretorio, esta se perpetuaría hasta su desaparición y siempre con unas características muy similares, aun a pesar de las reformas que sufriría la unidad. Cada veterano recibía una copia con su nombre inscrito en una placa de bronce. Esta contenía el sello oficial, lo que permitía cotejarlo con la lista que el Estado colocaba cada dos años en el Foro de Roma para hacer públicos los licenciamientos, y garantizaba su nueva situación legal. Durante más de dos siglos y hasta el último de ellos conocido (306), se convirtieron en un elemento más de distinción sobre el resto de soldados del ejército. Curiosamente, su formato no incluye mención expresa a la concesión o adquisición de la ciudadanía, pues era intrínsecamente entendida desde que pasaban a integrar el pretorio y este diploma acreditaba dicha labor.

El momento del licenciamiento era muy importante para un soldado. Los pretorianos no solo recibían una gratificación económica envidiable por sus esfuerzos, sino que adquirían la capacidad de contraer matrimonio (*conubium*) con cualquier mujer extranjera si así lo deseaban, y sus hijos podían recibir la ciudadanía romana. Puede parecer una concesión baladí: nada más lejos de la realidad, pues en un mundo donde ello podía marcar la vida y carrera de cualquier persona, se consideraba un privilegio. El único inconveniente, al no quedar amparado, era el caso de los nacidos antes de ese momento, pues no tenía carácter retroactivo como sucedía con los auxiliares o los efectivos de la flota romana. En realidad, desconocemos el motivo de este agravio comparativo, aunque se ha relacionado con la propia condición de escoltas del emperador y residentes en Roma. En un lugar donde las intrigas por el poder y la corrupción estaban a la orden del día, el hecho de que hubieran establecido lazos familiares allí podía comprometer su deber y prioridades.[75] Sin embargo, solo impedía la consideración de ciudadanos para los nacidos antes de ese momento, no que los soldados pudieran casarse y formar una familia con antelación. Es más, si la esposa elegida era también ciudadana, la disposición perdía todo su sentido, al ser

sus descendientes romanos de pleno derecho. Quizá simplemente permitía la posibilidad de que aquellos veteranos que decidieran no reengancharse y fundar un hogar lejos de allí, pudieran tener la seguridad de que sus hijos tendrían esa condición aun cuando en aquellos lugares encontrar una compañera también ciudadana fuera más difícil. No olvidemos que no será hasta 212 cuando el Edicto de Caracalla otorgue la ciudadanía a todos los habitantes libres del imperio.

El licenciamiento implicaba un gran incremento del patrimonio de cada veterano. No solo percibían una importante compensación económica por la lealtad y dedicación mostrados al Estado y al emperador tras largos años, el *praemium militiae*, sino también los pagos que había tenido que depositar en la caja (*signum*) de su cohorte que se custodiaba en los *castra* por los portaestandartes (*signiferii*). Estos podían ser de dos tipos: los *deposita*, integrados por parte de su salario anual, y los *seposita*, surgidos de la mitad de los donativos, premios, etc. recibidos en su carrera. Sí, se trataba de una especie de fondo de pensiones del que disponer una vez terminaba su labor. Cada cohorte contaba con una bolsa propia y numerada (1-10), más una undécima para contribuciones voluntarias de los soldados a modo de fondo común destinado a afrontar gastos como entierros, etc.[76] Sin duda, el montante superaría al de cualquier otra unidad del ejército romano, incluso entre aquellas que también servían en Roma, alcanzando varios miles de denarios[77] que agradecerían mucho recuperar en este momento si decidían no reengancharse en los *vexilla veteranorum*. Incluso, es posible que si un soldado necesitaba hacer frente a algún tipo de imprevisto económico pudiera reclamar parte de lo atesorado para afrontarlo. Desconocemos lo que sucedía con esos depósitos si su propietario fallecía antes de cumplir su servicio. Es posible que una parte, o su totalidad, fuera entregada a su familia, si es que la tenía, que pasara a la undécima caja o que regresara al patrimonio del emperador en funciones.

El *praemium* se entregaba en forma de tierras (*missio agraria*) hasta el año 13 a. C., en que Augusto decidió sustituirlo por una cantidad de dinero establecida oficialmente y que debía entregar el erario militar (*aerarium militare*). En el año 6 ascendía a 3.000 denarios para los legionarios y 5.000 en el caso de los pretorianos.[78] Tales remuneraciones, multiplicadas por

las decenas de miles de soldados y pretorianos que se licenciaban cada año, suponían un desembolso enorme para los presupuestos del Estado y, para ayudar a afrontarlo, se estableció un nuevo impuesto sobre las herencias (*vigésima hereditatum*). Sin embargo, su recaudación nunca fue suficiente y, quizá por ese motivo, los repartos de tierras para la fundación de colonias militares (Philippi en Macedonia, Gunugu en Argelia, Augusta Pretoria Salassorum, Velitrae y Iulium Carnicum en Italia, etc.) se mantuvieron durante el siglo I[79] para los pocos que aceptaron esta opción. El emperador era quien ordenaba su creación, ya fuera para conmemorar una victoria allí ocurrida, para crear un lugar de retiro específicamente militar[80] o con fines estratégicos, orientados a la defensa de territorios conquistados o rutas importantes. En Salassorum (actual Aosta) Augusto instaló 3.000 veteranos para evitar nuevas revueltas de los salassi en la Galia Cisalpina,[81] lo que muestra el empleo de los soldados del pretorio para estas tareas incluso ya retirados, y al propio Vespasiano debemos la aparición de Reate (actual Rieti, en el Lacio).

La entrega de grandes lotes de tierra convertía a los pretorianos en terratenientes, eran símbolo de riqueza y esta, unida a su prestigio, les aseguraba una posición preeminente en dichas comunidades. Por ese motivo, era prioritario que el lugar elegido reuniera todas las características que aquellos esperaban recibir (buena tierra, agua en abundancia, una excelente posición geográfica, etc.), o surgirían problemas que nadie deseaba. Es significativo que los antiguos pretorianos nunca fueron obligados a establecerse junto a legionarios veteranos, pues las tradicionales rencillas entre ellos habrían comprometido la estabilidad y prosperidad de la colonia. La gran mayoría parece que pudieron elegir libremente, de manera que si su origen se encontraba lejos de Roma podían regresar a la provincia que los vio nacer, o si habían convertido Roma en su hogar no había inconveniente en establecerse allí definitivamente, así como en cualquier otro destino a su antojo. En cualquier caso, dichas posesiones estaban exentas de impuestos a perpetuidad como un beneficio adicional, quedando su aceptación y legitima posesión certificadas en el diploma concedido.

No era una decisión fácil. A buen seguro antes de abandonar la vida militar, y una vez decidido que no deseaban continuar aun siendo posible, los restos epigráficos muestran los tres posibles destinos que tenían para pasar el resto de sus apacibles días. Entre los siglos II y III, antes de las reformas emprendidas por Severo, la mayoría de pretorianos procedían de la propia península itálica y optaban por retornar a sus lugares de origen, aspirando a desempeñar cargos municipales. Estas localidades consideraban esta decisión como un privilegio, pues los licenciados no solo aportaban riqueza, sino que estaban en disposición de mejorar las relaciones económicas, políticas y militares con la capital actuando de enlaces y ayudando también a mejorar la sensación de seguridad de la población. A partir de ese momento, la inversión de esta tendencia a favor de reclutas provinciales afectó también a esta decisión, incrementándose el número de veteranos que preferían mantenerse en la capital que retornar. Los más ambiciosos podían utilizar los contactos obtenidos durante su servicio, el prestigio de su anterior oficio y la elevada posición económica alcanzada para hacer negocios o comenzar una carrera política mucho más prometedora que en cualquier otro lugar. Roma albergaba las más altas instituciones, su volumen de comercio no tenía rival, era la ciudad de las oportunidades para ellos y sus descendientes, si sabían aprovecharlas.

La tercera posibilidad implicaba elegir un destino que no fuera Roma o su lugar de origen. El imperio albergaba territorios no menos interesantes a lo largo de todo el Mediterráneo, aunque esta opción no fue muy demandada. De las decenas de miles de estos documentos que debieron entregarse, apenas 202 han llegado hasta nosotros y en ellos el 50 por ciento no aporta datos al respecto.[82] Lo que sabemos es que, antes de la citada reforma, el 26 por ciento (54) de los veteranos contaba los días para volver a su tierra natal, el 15 por ciento (32) hizo de la urbe su residencia definitiva y solo el 9 por ciento (19) estimó que tales opciones no eran tan atractivas como otras posibilidades, que habrían podido conocer en campañas o misiones. Sea como fuere, en el lugar elegido vivirían holgadamente con su familia entre la elite social y rodeados de esclavos. Los datos indican que, al menos, hasta finales del siglo II un tercio de los veteranos contraía matrimonio en ese momento. En cuanto al resto, quizá algunos ya lo habían

hecho con anterioridad a la incorporación, otros no lo creyeron nunca necesario y desconocemos la situación de la mayoría al no dejar constancia de ello en los epígrafes conservados.

[1] Ceñal (2008), 59. Keppie (1996), 76-77.

[2] Dión Casio, LXXIV, 2, 4-6.

[3] Pitillas Salaner (2004), 142. Dositeo, *Sentencias de Adriano*, 2

[4] Suetonio, *Nerón*, 19, 2.

[5] Angela (2009), 172.

[6] Le Bohec (1989), 99.

[7] Ceñal (2008), 59. Keppie (1996), 79-85. Tácito, *Anales*, IV, 5, 3-4.

[8] Dión Casio, LVI, 23, 4.

[9] Suetonio, *Galba*, X, 2-3. Plinio, XXV, 17.

[10] Dión Casio, LXXIV, 2, 4-6.

[11] Ceñal (2008), 110.

[12] Speidel (1994), 58.

[13] Menéndez Argüin (2006), 38-39.

[14]*Ibid.*, 40.

[15] Le Bohec (2004), 64.

[16] Durry (1968), 245.

[17] Plutarco, *Otón* V, 9 y 12; Flavio Josefo, *A. J.* XIX.1 29-130; Herodiano, II.6. 14, II. 10.2 y 6; Dión Casio, LXXIV.16.2-3.

[18] Vegecio, *Epit.* I, 9.

[19] Le Bohec (2004), 141-161.

[20]Vegecio, *Epit*. I, 13.

[21]Von Domaszewski (1967), 75-78; Durry (1968), 117-126.

[22] Vegecio, *Epit*. I, 8.

[23] Dión Casio, LXIII, 26.

[24]*Antología Palatina*, IX, 120.

[25] Aurelio Víctor, *Caes*, XXXX, 23-25.

[26] Vegecio, *Epit*. I, 11.

[27] Herodiano, VII, 11-12, 7.

[28] Vegecio, *Epit.* II, 23.

[29] Arriano, *Tact*. 43-44.

[30]30 Flavio Josefo, *G. J.* III, 5.

[31]Simpson (1980), 347-366.

[32]Tácito, *Historias*, I, 48.

[33] Dión Casio, LVII, 24, 5.

[34] Flavio Josefo, *A. J.* XIX, 242-4.

[35] Suetonio, *Augusto* 83, *Tiberio* 13, *Nerón* 10, *Domiciano.* 19; Plutarco, *Pompeyo* 41.4-5; Vegecio, *Epit.* III, 26.

[36]Zósimo, I, 7, 2.

[37] Dión Casio, LXXIV, 16, 2-3.

[38] Dion Casio, LX, 3, 2-5; Suetonio, *Claudio*, XXXV, 1 y XXVII, 2-3; Tácito, *An*., XI, 35 1-3.

[39] CIL 9. *5839* (= ILS 2084)

[40] De la Bédoyère (2017), 92.
[41] Tácito, *Historias*, II, 44.
[42]*Ibíd*., II, 93.
[43] Una fuente epigráfica de la época menciona a la cohorte XIX pretoriana, lo que implica un enorme exceso de efectivos que pudo deberse a la necesidad de mantener separados a los pretorianos de Vespasiano y Otón de los de Vitelio hasta completar la necesaria reorganización. Panciera (1995), 113-121.
[44] Passerini (1939), 59-62; Keppie (2000), 109-110.
[45] Le Bohec (2004), 21.
[46] Menéndez Argüin (2006), 24.
[47] Speidel (1994), 60; Campbell (1984), 400-407 o Rankov y Hook (1994), 8.
[48] Tito Livio, XLIII, 12, 4-5.
[49] Suetonio, *Caligula*, 43; Dión Casio, LXXVII, 10; Zósimo, I, 52, 3-4.
[50] Tácito, *Historias*, II, 18-19.
[51] Ceñal (2008), 409.
[52] Tácito, *Historias*, II, 24-25.
[53] Suetonio, *Calígula.* 45.
[54]*Ibíd*., *Claudio*, 21.
[55] Aurelio Víctor, *Caes*, XXXIX, 47.
[56] Menéndez Argüin (2006), 25.
[57] Speidel (1987), 375; Berchem (1986), 155-163.
[58] Durry (1968), 136.
[59] Perea Yébenes (1999), 268.
[60] Speidel (1978), 131-133.
[61] Cowan (2002), 89.
[62] Durry (1968), 117.
[63] Durry (1968), 106.
[64] Ceñal (2008), 59. Keppie (1996), 149.
[65] Menéndez Argüin (2006), 26.
[66] Le Bohec (2004), 28.
[67] Passerini (1939), 75, nota 4.
[68] Breeze (1974), 250.
[69] Tácito, *Anales*, XIII, 2, 3. Scriptores Historiae Augustae, *Marco Antonino*, VII, 5-6.
[70] Dión Casio, LV, 10, 1.
[71] Vegecio, *Epit.* 2. 12.
[72] Dobson (2000), 139-152.
[73] Kennedy (1978), 285.
[74] Dión Casio, LV, 23, 1.
[75] Ceñal (2008), 412.
[76] Vegecio, *Epit.*, II, 20.
[77] Durry (1968), 289.
[78] Dión Casio, LV, 23, l.
[79] Passerini (1939), 129.
[80] Suetonio, *Nerón*, 9.
[81] Dión Casio, LIII, 25, 5. Estrabón, IV, 6, 7.

[82]Ceñal (2008), 413

II. LA ELITE DEL EJÉRCITO ROMANO

El Prefecto del Pretorio

> Este Sejano […] obtuvo el mando único sobre ellos, reforzó su poder, su autoridad de muchas formas, especialmente reuniendo en un único campamento las distintas cohortes que habían estado separadas […]. En este sentido, toda la fuerza podía recibir las órdenes con prontitud, y podían inspirar miedo a cualquiera porque estaban todas juntas.
>
> DIÓN CASIO, *Historia romana*, LVII, 19, 6.

La prefectura del pretorio surgió desde el mismo momento en que Augusto tuvo la seguridad de ser aceptado como gobernante único del Imperio romano. No fue fácil, desde los antiguos reyes habían pasado casi cinco siglos en los que el pueblo siempre manifestó su oposición a encumbrar a una sola persona por encima del resto, y el Senado mostró una reticencia aún mayor ante la posibilidad de perder su poder como principal institución política del Estado. Julio César sufrió las consecuencias de aquellos recelos, y su hijo adoptivo Augusto lo sabía muy bien. Solo en circunstancias de extraordinario peligro (como la guerra contra Aníbal) o crisis desmedida (en el caso de Sila) se aceptaba un único poder en Roma, la dictadura, pero se encontraba perfectamente reglada para mantener cierto control sobre su responsable. Por ese motivo, el primer emperador trazó un plan a largo plazo para alcanzar el reconocimiento adecuado por sus acciones, mostrándose mesurado en cada decisión como parte de un programa destinado a recuperar las tradiciones que los romanos tanto veneraban. Necesitó veinticinco años de gobierno para lograrlo, y fue ese el momento elegido para instaurar esta nueva magistratura.[1] Los dos primeros prefectos del pretorio que conocemos, Publio Salvio Aper y Quinto Ostorio Scapula, fueron nombrados cuando las cohortes cumplían un cuarto de siglo de vida. Sin embargo, aunque desconocemos el sistema de mando empleado hasta ese momento, es muy posible que fuera el mismo

que existiría más tarde, con la salvedad de que el emperador entregaría sus órdenes directamente a los tribunos y ahora a los prefectos. Estos responderían únicamente ante la máxima autoridad del imperio, pues, a fin de cuentas, eran las tropas de elite destinadas a asegurar su propia protección.

Es interesante que el emperador no decidiera otorgar este nuevo cargo a miembros de la clase senatorial, como podría haber sido lógico dada la alta dignidad que suponía por sus atribuciones y cercanía al emperador, ya que ello habría supuesto entregar la supervisión de sus protectores al Senado, perdiendo no solo una herramienta vital para su control y presión política, sino la confianza en su ciega lealtad para velar por su vida y posición. Ni siquiera un nombramiento directo por parte del soberano podía eliminar la inquietud hacia la posibilidad de que decidiera inclinar la lealtad de las tropas hacia el Senado, lo que podía resultar muy peligroso. Por ese motivo eligió a personajes del rango ecuestre, más inclinados a mantener su fidelidad al trono que les había promocionado que al Senado.

Algunos opinan el propio Augusto ya había venido delegando algunas funciones en los tribunos del pretorio, pero la imposibilidad de gestionar tales mandatos y la dirección de la guardia habría propiciado su aparición, más aun cuando Augusto era consciente de que esas mismas atribuciones no pararían de crecer en el futuro como parte de las extenuantes obligaciones que debía asumir el emperador.[2] Es bastante posible que así fuera, más aun cuando dos figuras podrían gestionar mejor tales atribuciones y la dificultad de comandar unas cohortes aun dispersas por la península itálica, aunque quizá habría podido nombrar para el cargo a los mismos tribunos, al ser más fácil que continuaran con unas tareas de Estado que ya venían ejerciendo de oficio, antes que nombrar a nuevos colaboradores.

En realidad no sabemos nada de estos dos personajes o del tiempo que ocuparon el cargo, más allá de sus nombres, lo que ya de por si implica que no participaron en conspiraciones políticas, como sería bastante habitual en muchos de sus sucesores, ni en importantes campañas militares. Quinto Ostorio Scapula pudo ser el hermano del prefecto de Egipto, Publio Ostorio Scapula, familia que más tarde alcanzaría el consulado en época de Claudio, en parte gracias a su matrimonio con la hija de Salustio Crispo (uno de los

principales consejeros del emperador). Nada más podemos investigar al respecto, y si ello nos parece poco, más enigmático se muestra Publio Salvio Aper. Pudo llegar a Roma desde Brixia (Brescia, en el norte de Italia), donde una inscripción nombra a un magistrado local llamado Lucio Salvio Aper en 8 a. C.[3] Sabemos que, desde una fecha incierta a finales del gobierno de Augusto y hasta comienzos del de Tiberio (15), al menos uno de ellos fue sustituido por Lucio Seio Strabo. Amigo de Augusto, juró lealtad al nuevo emperador Tiberio para mantenerse en el cargo,[4] aunque poco más podemos conocer, salvo que pudo ser originario de Volsinii (Bolsena). Pudo existir otro personaje en el cargo llamado Publio Vario Ligur, que evidenciaría la sustitución de los dos primeros prefectos, aunque la existencia real de este último es discutida y solo aparece mencionada por Claudio tiempo después, cuando quiso conceder una estatua a uno de sus prefectos, Rufrio Pollio, alegando que ya antes Augusto había otorgado el mismo honor a un tal Valerio Ligur, que podría referirse a este personaje aunque no indica que hubiera actuado como prefecto del pretorio.[5]

Strabo habría cubierto la baja de uno de los dos prefectos originales (ya fuera por destitución o fallecimiento), y como solo él juró lealtad a Tiberio parece que en ese momento solo existía un prefecto del pretorio y no dos, más aun cuando el nuevo emperador nombró a Elio Sejano como su compañero. Sin embargo, es difícil pensar que el propio creador de esta nueva magistratura colegiada decidiera eliminar esa misma poco después, sobre todo si ese sistema recordaba más al estilo republicano, por lo que quizá se debió a problemas burocráticos derivados del cambio de gobierno. Sería el propio Tiberio quien, solo un año después de ascender a Sejano (15), y probablemente por iniciativa de este, licenció a Strabo enviándolo a Egipto[6] para establecer la prefectura única. Sin duda suponía un riesgo, como pronto demostrarían las aspiraciones ilegitimas de Sejano, siendo sustituido por el prefecto de los vigiles Macrón (31)[7] hasta que Calígula se deshizo de él para acabar con su preocupante influencia sobre la guardia y reinstaurar la colegialidad de la magistratura (38). El poder podía seducir por encima de la patricia más bella y dos figuras con idénticas obligaciones ayudarían a mitigar cualquier ambición. Ese era el motivo por el que los cónsules romanos siempre se nombraron en parejas, lo que posibilitaba

enviarlos al combate en distintos frentes si era necesario, o que uno de ellos comandara una campaña militar mientras el otro se mantenía en Roma para asegurar su defensa. De este modo, uno de los prefectos podría acompañar al emperador en combate o ser enviado al frente, mientras él velaba por la seguridad en la capital,[8] quizá aquel con un perfil menos militar y más burocrático. Dión Casio ofrece una explicación bastante sencilla, la necesidad de que existiera siempre un prefecto del pretorio para dirigir a las cohortes si el otro se encontraba enfermo o indispuesto.[9] Si así fuera, no se explica que Tiberio redujera el número de prefectos a uno solo. Ni siquiera durante los escasos meses en que Sejano compartió consulado con Tiberio, muy probablemente mantuvo su cargo como prefecto pues no conocemos que se nombrara un sustituto, aunque así lo supongan algunos autores.[10]

Precisamente, Calígula también le concedió a Macrón la prefectura de Egipto, un destino que nunca llegó a ocupar pero que comenzaba a ser el más frecuentado por los antiguos responsables del pretorio, sobre todo porque podía otorgarse sin la intervención del Senado, aunque durante la primera mitad del siglo III esa tendencia se invirtió puntualmente al considerar la complejidad del gobierno de Egipto adecuada para promocionar al ejercicio de la más alta magistratura pretoriana. De los aproximadamente treinta prefectos del pretorio que sirvieron durante la primera mitad del siglo III, al menos siete habían actuado antes en ese cargo (23 por ciento),[11] lo que quizá tuvo que ver con la necesidad de primar la experiencia judicial y política de los candidatos en un periodo de relativa calma militar. Tan es así, que, en ese momento, surgieron los viceprefectos del pretorio, encargados de ayudarles en sus cada vez mayores atribuciones y adquiriendo responsabilidades territoriales en tareas administrativas y judiciales, llegando a incrementarse su número enormemente en poco tiempo. Mientras que, en el periodo posterior la actividad de los enemigos externos requería personajes con un perfil más militar, llegando algunos de ellos a ejercer, al mismo tiempo, el gobierno de provincias conflictivas como Prisco en Mesopotamia (con Filipo el Árabe), Silvano en la Galia (Galieno) o Caro en Rhaetia y Noricum (Probo). Es más, los continuos viajes que obligaron a los emperadores a frecuentar menos la capital

romana (como Diocleciano), permitieron que los viceprefectos recibieran parte de las atribuciones de sus superiores, que estos no podían gestionar al formar parte de la comitiva imperial.

Los prefectos pronto se convertirían en una de las figuras más cercanas al emperador; no en vano los elegían personalmente entre figuras de su entera confianza. El nombramiento constituía un ceremonial en sí mismo, ya que, una vez decididos los afortunados, desde época de Tiberio primero juraban lealtad al soberano, solo después de que lo hicieran los cónsules, e inmediatamente debían ser presentados ante las cohortes para que conocieran a sus nuevos responsables y garantizar su obediencia. Que este acto se realizara antes que la comparecencia ante el Senado refleja claramente quiénes ostentaban el poder en Roma. Una vez ratificados por los senadores, aunque sin capacidad real para oponerse, era el turno del pueblo romano hasta que, por fin, se transmitía la noticia a las provincias y los ejércitos estacionados en ellas.[12] Sin duda, este orden dejaba clara la importancia de cada colectivo. Los senadores actuaban con escasa influencia política y más como un órgano asambleario testimonial, mientras que era necesario guardar las apariencias ante el pueblo si se quería evitar ganarse su desprecio. Nada podía dejarse al azar. Eran los únicos magistrados con permiso para portar sus armas en presencia del soberano, pues, aunque sus labores políticas y judiciales acabarían por imponerse debido a su incremento paulatino, no dejaban de ser los máximos responsables del pretorio para su protección. En este sentido, la carencia de pruebas sobre un lugar destinado a ejercer su labor o su alojamiento en los *castra* hace suponer que, ya desde este momento, actuaban desde la propia residencia imperial. Probablemente, solo utilizaron ocasionalmente el *Preatorium* que sabemos que existió en el campamento, salvo quizá en casos puntuales, como el de Sejano para mostrarse más cercano a sus tropas; pero debieron de ser utilizadas más habitualmente por los tribunos.

El soberano delegaría no solo el mando de las cohortes pretorianas como sus máximos responsables, sino que se ocupaban tanto de su administración como de la gestión y logística, así como de los *Castra Praetoria*. No obstante, con el tiempo, se añadirían otras muchas prerrogativas derivadas del incremento paulatino en las obligaciones del

soberano difíciles de gestionar por una sola persona.[13] Desde la segunda mitad del siglo I los emperadores de la dinastía Flavia comenzaron esta tendencia, autorizando su capacidad para dirigir tropas fuera de la península itálica para participar en campañas militares sin la presencia del emperador, cuando antes solo podían hacerlo dentro de esa demarcación. Probablemente, el nombramiento del hijo de Vespasiano, Tito, como prefecto ayudó a iniciar este proceso durante los ocho años que desempeñó el cargo antes de sucederle como emperador (71-79), evidenciando la influencia de esta magistratura. En el siglo II ya se habían convertido en sus principales colaboradores por encima de otros consejeros de la corte y de los propios senadores, alcanzado a finales de esa centuria el título honorario de *vir eminentissimus*. En ocasiones quedaron a cargo del imperio en ausencia de su gobernante como principales figuras de su alto Estado Mayor, llegando algunos de ellos a convertirse en emperadores (como sucedió con Macrino).[14]

Obligaciones militares

Al margen de otras atribuciones y la importancia que llegaron a alcanzar, en origen la prefectura del pretorio era un cargo eminentemente militar. Por este motivo, además de la confianza que inspiraban al emperador, era indispensable contar con una dilatada y prestigiosa carrera previa en el ejército. No en vano, se convertirían en los máximos representantes de la unidad de elite romana y no solo debían estar a la altura para ganarse el respeto de sus soldados, sino disponer de la capacidad para ejercer el mando en las cohortes y, más tarde, también sobre las legiones regulares cuando comenzaron a actuar fuera de Italia.[15] Durante el enfrentamiento entre Otón y Vitelio (69), la situación propició que comandaran por primera vez un ejército romano al completo, y no sería la última. Reconocido político que había actuado como procurador en Iliria, y experimentado militar, esas cualidades propiciaron que el prefecto Cornelio Fusco lo hiciera poco después (86), esta vez frente a enemigos externos en

la frontera dacia.[16] Asimismo, la multiplicación de las amenazas en época de Marco Aurelio supuso un periodo de especial actividad para los mandos del pretorio, que ayudó a consolidar esta faceta. Furio Victorino tuvo que acompañar al coemperador Lucio Vero en la guerra contra los partos (162) y dos de sus sucesores, Macrinio Víndice y Basseo Rufo, comandaron el ejército frente a los marcomanos (172). El prefecto Tarrunteno Paterno, actuó como comandante de las legiones del Danubio y combatió a los sármatas (179).[17] Poco después, el prefecto del emperador Cómodo, Tigidio Perenio (180-192), también participó en campañas militares, e incluso, debido a la urgencia de la situación, otorgó ascensos dentro de la estructura de mando del ejército regular[18] por delegación de su soberano, y esta nueva prerrogativa se mantendría en el siglo III.

La escasez de información impide saber si esa autoridad fuera del pretorio se convirtió en permanente, incluso en tiempos de paz, o se trataba solo de una concesión temporal que tendría efecto durante cada campaña.[19] Sea como fuere, al principio estas misiones respondían únicamente a momentos de especial riesgo, ya que nunca fueron asignados permanentemente a los frentes de combate. Ni siquiera cuando, como resultado de las reformas de Septimio Severo, su papel cambió y su mando se extendió sobre los *equites singulares*, las tropas acantonadas en los *Castra Peregrina* de Roma, los soldados de la *Legio II Phartica*, así como las flotas de Miseno y Ravena.[20] Cuando en el siglo III el peligro constante en las fronteras del imperio impidió que el soberano romano se personara en varios escenarios a la vez, o era demasiado joven para hacerlo, se convirtieron tácitamente en los mandos superiores de todos los ejércitos romanos, solo responsables ante el emperador, pues la necesidad de actuar con rapidez sobre el terreno no permitía esperar la autorización imperial. Julio Asclepiodoto recibió la orden de Constancio Cloro de personarse en Britania y ayudarle a acabar con el usurpador Alecto (296). El prefecto Rufio Volusiano tuvo que partir hacia el Norte de África cuando Majencio quiso acabar con un nuevo candidato al trono, Domicio Alejandro (311), al mismo tiempo que solicitó al prefecto Ruricio Pompeyano que comandara parte de sus tropas para detener a aquel que se convertiría en emperador y

artífice del fin de los pretorianos, Constantino, siendo derrotado en la batalla de Brescia (312).

En lo que respecta a las cohortes pretorianas, figuras de especial relevancia, como el prefecto Sejano, en ocasiones se atribuyeron la capacidad de nombrar directamente al resto de oficiales que actuarían bajo sus órdenes. Sin embargo, habitualmente esa potestad estaba siempre en manos del emperador. No era para menos, las excelentes condiciones de servicio, el prestigio o los altos salarios, donativos, etc. demostrarían pronto no ser suficientes para garantizar la lealtad de aquellos que debían velar por su seguridad. Dirigir o autorizar su selección ofrecía una garantía adicional con la que el soberano esperaría reforzar el compromiso de los candidatos hacia su benefactor. No solo eso, la decisión siempre recaería en aquellos en quienes confiara por encima del resto, lo que reflejaba la importancia de esta tarea. Cualquier otra opción podría volverse en su contra, socavando su absoluta certeza sobre la fidelidad de los altos mandos del pretorio. Lamentablemente, si siquiera de ese modo los máximos gobernantes del imperio durmieron una sola noche sin temor, como confirmarían los hechos en más de una ocasión. A pesar de ello, si bien el emperador dedicaba a esta labor parte de su preciado tiempo y, también, de aquellos soldados más cercanos como los *singulares*, su presencia en el reclutamiento de los nuevos integrantes de las cohortes durante la *probatio* no puede asegurarse. Quizás serían sus oficiales los encargados de supervisar su idoneidad y credenciales en su nombre. Mucho menos puede asegurarse que hiciera lo propio en cuanto a las cohortes urbanas, a pesar de encuadrarse dentro del pretorio. Es más, por primera vez Otón decidió entregar a los pretorianos la capacidad de elegir a sus propios oficiales para granjearse su apoyo, aunque, al contrario que otros privilegios que se convirtieron en tradición para evitar la oposición que habría generado su anulación, esta concesión no volvería a repetirse.

Un aspecto que no debemos olvidar era la logística militar para el abastecimiento. Al igual que otras prerrogativas asociadas a su cargo, a finales del siglo II Septimio Severo decidió ampliar su responsabilidad en cuanto al pretorio, convirtiéndolos en los responsables de la *annona militaris*[21] que gestionaba los aprovisionamientos militares de las tropas

del imperio.[22] Su importancia era vital para la defensa del imperio y siempre constituyó una de las principales preocupaciones de los emperadores romanos, hasta el punto de que, con Alejandro Severo (222-235) el prefecto del pretorio Ulpiano alcanzaría el cargo actuando antes como prefecto de la *annona*. Sin los suministros adecuados, sus tropas cederían ante los constantes ataques enemigos y sería imposible mantener el control sobre las provincias o, incluso, expandirlas. Los mecanismos que el Estado romano empleó para esta tarea suponían una labor logística de enormes dimensiones para la época, tarea que sufrió constantes reformas para adaptarla a las necesidades. Durante el imperio, los ejércitos de conquista que en época republicana obtenían lo necesario directamente sobre el terreno o a través de líneas de abastecimiento provisionales, pasaron a convertirse en contingentes estáticos la mayor parte del tiempo, obligando a crear y asegurar una red organizada que se hiciera cargo de sus necesidades. Ello incluía no solo la entrega de grano, sino de herramientas, armas, uniformes, forraje, etc., lo que les era descontado de su salario.

La palabra *annona* proviene del término *annus* (año), y está relacionada con la recogida de la cosecha anual, motivo por el cual la diosa romana Annona se asociada a esta labor. La institución de la *curia annonae* se creó para la adquisición, almacenamiento y control del grano y otros productos básicos, a disposición de los órganos encargados de su distribución donde fuera necesario para evitar hambrunas entre la población y fomentar el comercio.[23] La expansión y crecimiento constante de la población en el imperio habían creado esta necesidad, pues no todas las provincias eran capaces de generar excedentes o, simplemente, ser autosuficientes. Augusto reformó el sistema de la *annona* (6 a. C.), creando la figura del *praefectus anonnae* al frente de su gestión. Este controlaba a funcionarios, instalaciones, tropas encargadas de su vigilancia (los *frumentarii*), proveedores y *naviculariі* (armadores que recogían el grano en origen y lo transportaban) tanto en Italia como en las regiones productoras, donde contaban con procuradurías a cargo del gobernador local como responsable de recoger esos productos y garantizar su envío a Roma. En esta época, la capital ya contaba con una población cercana al millón de habitantes, llegando a repartir trigo entre 320.000 cabezas de familia, hasta alcanzar los

600.000 beneficiarios. Si recibían cinco *modios* (*modii*) mensuales (unos 43,8 litros), tenemos 60 *modii* anuales por persona, casi 170.000 toneladas a expensas del Estado. El trigo procedía fundamentalmente de Sicilia, Cerdeña, el Norte de África y, sobre todo, de Egipto, que proporcionaba entre 100.000 y 150.000 toneladas anuales solo en Roma.

La importancia de este cargo era enorme, pues de él dependía la paz en la capital del imperio. Las carestías eran uno de los principales focos de disturbios por parte de la población, cuyo descontento pronto situaba al emperador como culpable, obligando a la intervención de los pretorianos para restablecer el orden (si los urbanicianos no podían controlar la situación). Estas intervenciones casi siempre acababan con numerosas muertes, normalmente más cuantiosas entre la población, que no contribuían a la buena imagen del soberano. El carácter civil de este cargo impedía que se considerara como una magistratura, quedando en manos de un funcionario directamente a las órdenes del emperador, que, de ese modo, contaba con una elevada autonomía en sus atribuciones. Su designación también solía recaer en importantes miembros del orden ecuestre, aunque en alguna ocasión se adjudicó a personajes que ni siquiera alcanzaban ese rango social.[24]

Atribuciones judiciales

Estrechamente ligada a su creador, la prefectura del pretorio se convertiría muy pronto en una de las principales defensoras de la institución imperial. Hasta época tardía, la escasa repercusión política de las causas privadas, frente a la gran importancia de las causas públicas, salvo casos excepcionales, hizo que los prefectos apenas participaran en este tipo de procesos, al entenderse que defender al Estado era defender al emperador. Si siempre debieron velar por la integridad física del emperador, su integridad jurídica, y con ella su legitimidad, no debían mantenerse al margen de tales atribuciones.[25] Su labor judicial no solo estaba relacionada con su actuación como consejeros cercanos al soberano, sino

con la dirección de determinadas causas penales y de apelación, presidiendo su propio tribunal (una prerrogativa similar a la de los legados en las provincias) o dirigiendo la defensa del propio mandatario en caso de ser inculpado. Así, contribuían a aliviar las responsabilidades del emperador, que, como máxima autoridad, debía presidir multitud de procesos jurídicos al margen de incontables compromisos adicionales. Sabemos que algunos casos de apelación provenían de causas dirimidas en tribunales provinciales que trataban de obtener un nuevo veredicto en instancias superiores, muchos de ellos habían sido derivados por el soberano tras su estudio en el *consilium*, donde eran recibidos originalmente. Incluso, llegaron a presidir las sesiones del *consilium principis* (consejo imperial) en ausencia y por delegación suya, encargándose también de los procesos abiertos que debían ser juzgados por este. Su principal labor consistía en supervisar y aprobar, si era el caso, la legislación emanada del Senado, de forma que el emperador no solo reducía así las competencias de la asamblea, sino que era capaz de adecuar el resultado a sus intereses. A pesar de que este consejo imperial no se instauró de manera oficial hasta el gobierno de Adriano, existía de forma oficiosa desde el Principado de Augusto, y ya en época republicana muchos cónsules y altos magistrados contaron con consejeros similares.

En principio el veredicto emanado de los prefectos quedaba confirmado sin posibilidad de apelación, pero en la práctica era posible exigir un nuevo juicio a petición de una de las partes si se había sentido engañada en el proceso anterior (mediante la *restitutio in integrum*),[26] donde el emperador podría revertir el fallo si lo consideraba necesario (aunque no fuera habitual). Del mismo modo, cuando el prefecto carecía de experiencia judicial (no como Ulpiano o Papiniano, importantes juristas a comienzos del siglo III), inicialmente el emperador designaba a varios ayudantes (*assesores*) que, más tarde, serían escogidos por ellos mismos. El tribunal que presidían también podía derivar algunas causas a otros jueces (*iudex*), no retornando salvo que se presentara una apelación al veredicto. En cuanto a la colegialidad de los prefectos, parece improbable que ambos presidieran el mismo tribunal, por lo que, normalmente, alguno de ellos se ausentaba durante el proceso,[27] alternando su asistencia.

Esta labor oficial está atestiguada habitualmente desde muy temprano, pues ya el propio Sejano o Macrón dirigieron varias causas judiciales con Tiberio (14-37). Sus atribuciones incluían la captura, custodia e interrogatorio de cualquier acusado (real o ficticio, militar o civil) que se entendiera que había atentado contra la seguridad del Estado (*maiestas*) y hasta la celebración del juicio. Con potestad para añadir cualquier nombre que estimaran necesario a las listas de sospechosos. Más tarde, desde finales del siglo II, formaron parte del consejo judicial, aunque no siempre, ya que Adriano o Marco Aurelio no permitieron que miembros del orden ecuestre participaran en procesos que juzgaban a senadores. No obstante, obtuvieron la capacidad de determinar y ejecutar las penas en causas contra magistrados provinciales u otros cargos del servicio civil cuya actuación no se considerara adecuada.[28]

La lista de emperadores que decidieron delegar cada vez más atribuciones jurídicas en ellos fue tan extensa como la de quienes no lo permitieron. Augusto, Calígula y Otón, entre otros, eran conscientes de que aumentar la influencia de sus prefectos podía resultar peligroso para su propia seguridad, como demostró la colaboración del prefecto Ninfidio Sabino para deponer a Nerón y ocupar su puesto, pero la dinastía Flavia no estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios y menos aún tras el periodo convulso. Entre el año 69 y el 96 trataron de orientarlos preferentemente al ámbito jurídico y administrativo, al mismo tiempo que intentaron alejarlos de la capital asignándoles misiones militares y el mando sobre el ejército. Se trataba de una ambiciosa reforma encubierta que requería la mayor de las precauciones para evitar conflictos. Para acometerla, Vespasiano no encontró mejor candidato al frente del pretorio que su hijo Tito,[29] quien poco tenía que ambicionar, al pertenecerle el trono por derecho. Así sucedió con el prefecto Cornelio Fusco, centrándose en tareas administrativas con Domiciano,[30] aunque sabemos que los *equites* pretorianos actuaron contra los marcomanos y que soldados del pretorio acompañaron a las legiones en las guerras dacias, por lo que también debió de actuar en el frente como máximo responsable en ausencia de su soberano.[31] No sería hasta los gobiernos de Adriano (117-138) y Antonino Pio (138-161) cuando por primera vez los prefectos no recibieron nunca orden para liderar

campañas militares, dedicándose en exclusiva al resto de sus obligaciones. A pesar de ello, no podemos estar seguros de si esta decisión surgió por dicha cautela o se debió al relativo periodo de paz vivido durante ese periodo; aunque es posible que, a pesar de ello, estos se hicieran acompañar por sus prefectos en sus viajes para supervisar los ejércitos fronterizos.[32] Sea como fuere, tales medidas no lograrían perpetuarse mucho tiempo, pues con Marco Aurelio (161-180) volveremos a verlos al frente de las tropas del imperio.

A pesar de tales precauciones, algunos emperadores no dudaron en tratar de ganarse su lealtad y devoción ampliando su influencia hasta cotas que pocos habrían adivinado siglos atrás, y que llegaron a exceder con creces al control y gestión de las cohortes pretorianas. Maximino (235-238) permitió que generaran legislación oficial a través de ordenanzas que debían ser atendidas y respetadas, siempre que estas no contravinieran ninguna ley previa relacionada con su ámbito de aplicación. Sin embargo, aunque algunas figuras trataron de aprovecharlo en beneficio propio hasta llegar a atentar contra su protegido, en la mayoría de los casos tales concesiones no supusieron un problema grave para el poder imperial.

Influencia política

Sin duda, un poder militar como eran las cohortes constituía un elemento desequilibrante en el epicentro político del imperio. Sejano y Tiberio lo sabían desde que las reunieron en la capital, y no solo el Senado sino el pueblo y los propios soldados lo tuvieron siempre muy presente. Los prefectos pronto comenzaron a asistir a las reuniones del Senado, y poco a poco comenzaron a influir en la adjudicación de diversos cargos políticos y militares, favoreciendo a amigos o familiares. No era una prerrogativa oficial, pues dependía directamente de su ascendiente sobre el emperador y del interés que este mostrara en tales asuntos, pero las aspiraciones de algunos de ellos pronto fueron más allá, hasta las últimas consecuencias. Ya fuera con la intención de convertirse en emperadores o de encumbrar a

candidatos más inclinados a favorecerles, demostrarían escasos escrúpulos para traicionar a aquellos que les patrocinaron. Pocos emperadores podían alardear de serlo sin su apoyo, convirtiéndose en una de las principales piezas en el juego político de intrigas, conjuras e intereses diversos.

Hasta la época de Tiberio (14-37) no tenemos noticias de su implicación en asuntos políticos, por lo que debieron dedicarse a las labores que Augusto les había encomendado, sin buscar mayor protagonismo o sin que les fuera posible obtenerlo. Sin embargo, poco a poco algunos de ellos no tardaron en relacionarse más estrechamente con esta faceta del poder. Aparentemente ya el propio Sejano, inclinado a ocupar el trono, se encargó de eliminar a rivales cuando envenenó a dos de los posibles herederos de Tiberio, Germánico y Druso. Sejano supo aprovechar pronto su posición gracias a la indolencia del emperador, y para incrementar su influencia no dudó en promover el acuartelamiento de las cohortes en Roma, como su prefecto que era. Tal cantidad de pretorianos, reunidos y dispuestos a seguir sus órdenes, sin duda contribuirían a sus planes, pero también sirvieron para hacerles comprender el papel protagonista que podrían jugar en la vida política romana. Contra todo pronóstico, desatada la conjura (31) los soldados optaron por abandonar a su máximo responsable y mantenerse fieles al emperador, aunque su estrecha relación con Sejano alentó el recelo del emperador, que durante un tiempo se hizo escoltar por los vigiles, probablemente sospechando también de los urbanicianos al encontrarse alojados en el mismo lugar. Tremendamente ofendidos, nadie prestó oídos a sus alegatos, pero pronto Tiberio fue consciente de que no podría mantener el poder y controlar al Senado si no les demostraba que volvían a gozar de su estima, y decidió entregarles un importante donativo para calmar los ánimos,[33] práctica que quedó institucionalizada oficiosamente.

Tiberio invitaría a los senadores a presenciar uno de sus entrenamientos como medida encubierta para intimidarles ante semejante despliegue de soldados fieles a su persona, una medida similar en intención a las diversas acuñaciones de moneda que varios emperadores hicieron en honor a los pretorianos (como Claudio), para mostrar a todos los habitantes del imperio el poder militar que controlaba.[34] Era una simbiosis entre milicia y soberano que Augusto nunca quiso fomentar de ese modo. Tal

escenificación no pasó desapercibida para los miembros del Senado, que trataron de contrapesar esa lealtad, no con sobornos (al menos no en esta época) sino concediéndoles privilegios como el uso de asientos reservados en los espectáculos de la capital. Sin embargo, Tiberio sabía muy bien el peligro que esta maniobra podía suponer y, aun a riesgo de indignar a sus soldados, decidió vetar tal disposición. Es más, el senador Junio Gallo, su promotor, acabó encarcelado tras un breve exilio en la isla de Lesbos.[35]

Durante el siglo I no fue Sejano el único prefecto interesado en inclinar la balanza. Su sucesor en el cargo, Macrón, actuó decisivamente para encumbrar a Calígula (37). Sin embargo, pronto se produciría el primer magnicidio que los pretorianos protagonizarían en su historia. En 41 el tribuno Casio Querea, junto con otro de sus compañeros y de varios centuriones, acabó con Calígula, después apoyarlo poco antes. Ese mismo año, Marco Arrecino Clemente, prefecto con Calígula, a quien algunos hacen cómplice de Querea, contribuyó a que Claudio alcanzara el trono imperial,[36] proclamándolo con sus tropas. Como premio, los pretorianos recibirían un donativo de 3.750 denarios, equivalente a cinco años de salario, apareciendo, incluso, en las acuñaciones monetarias de agradecimiento que el emperador hizo hasta el año 47. Del mismo modo, siguiendo la política de Tiberio, Claudio prohibiría que ningún pretoriano se convirtiera en cliente de un senador romano para mantener su fidelidad exclusiva. Los senadores verían todavía más difícil contar con su apoyo, y cada moneda que circulaba por sus manos se lo recordaría durante años. Por último, quiso dejar claro a los pretorianos que cualquier magnicidio sería severamente castigado, ordenando la captura y ejecución de Querea y el resto de implicados en la muerte de su sobrino Calígula. No tenía opción, pues el perdón o la inacción podrían interpretarse como implicación del propio Claudio, al ser el principal interesado, y debía salvaguardar su honor.

Poco tardaría el nuevo emperador en recurrir a los soldados del pretorio para labores que poco tenían que ver con su estricta seguridad. Enterado de la traición de su esposa Mesalina y de su casamiento en bigamia con el cónsul Cayo Silio, decidió refugiarse en los *castra* dos días, pensando que estaría a salvo de la conjura para sustituirlo por Silio. Ordenó a sus soldados que los capturaran y ajusticiaran. No obstante, tal fue su desconsuelo que

permitió a los pretorianos acabar con su propia vida si intentaba volver a casarse, aunque ni estos cumplieron su promesa ni Claudio se la recordó cuando contrajo nuevo matrimonio con su sobrina Agripina la Menor. A pesar de ello, la vida de Claudio estaba lejos de transcurrir en paz. La propia Agripina no quiso dejar al azar el nombramiento de su hijo Nerón como sucesor y, aprovechando el aprecio que sentían hacia ella los pretorianos como biznieta de Augusto, sustituyó a los prefectos Rufrio Crispino y Lusio Geta, más inclinados hacia su enemiga Valeria Mesalina y su hijo Británico, para promover a Afranio Burro y asegurarse su apoyo llegado el momento. Claudio había retomado la institución de un único prefecto, alegando que era necesario para recuperar la disciplina de las tropas, aunque la idea fue de Agripina. Cumpliendo con su parte, los pretorianos proclamaron a Nerón como nuevo emperador en el año 54, pero la relación entre este y su madre pronto degeneraría, hasta el punto de que ella decidió presionarlo utilizando a los soldados del pretorio. Amenazó con llevar a Británico, hijo de Claudio y Mesalina, a los *Castra Praetoria* para solicitar el favor de las cohortes y ello supuso la muerte de ambos.[37] No se trataba de dos figuras cuya desaparición pudiera ordenarse sin levantar recelo entre los soldados, por lo que Nerón se apresuró a efectuar un donativo a las tropas, aunque no logró acabar con su malestar y desconfianza ante un soberano que parecía capaz de todo por mantener el poder.

Ya otro de los prefectos de Nerón y reconocido partidario de Agripina, Lucio Fenio Rufo, había colaborado en la conjura de Pisón, y acabó suicidándose al ser descubierto. El reinado de Nerón puede calificarse de muchas maneras, pero nunca como tranquilo, y la tensión creciente ante la oposición de las cohortes, el pueblo y el Senado le obligó a congraciarse con los únicos que podían asegurar su integridad, realizando nuevas acuñaciones de moneda en honor al pretorio. A pesar de ello, no tardaría mucho abandonar el poder cuando el sustituto de Fenio, Ninfidio Sabino, ayudó a conseguirlo y el resto de las tropas lo abandonaron, pero cuando este quiso ocupar su lugar fue asesinado por los pretorianos, temerosos de Galba y las medidas que tomaría contra ellos si no lo apoyaban. Incluso despreciaron un cuantioso donativo de 7.500 denarios que su prefecto les

había prometido. No en vano, el compañero de Sabino en la prefectura, Tigelino, decidió seguir a Galba en su candidatura al trono imperial, aunque su verdadera intención era ocuparlo él mismo. Por ese motivo, cuando los pretorianos decidieron, por segunda vez, oponerse a los planes de su máximo responsable, este se hizo partidario de Otón, y su apoyo no resultaría inútil.

Así, de los cinco emperadores de la dinastía Julio-Claudia que gobernaron Roma (27 a. C.-68), a excepción de Augusto, todos los demás alcanzaron el Más Allá por acción u omisión de sus prefectos del pretorio, lo que deja claro su papel protagonista en la política romana. No serían los únicos; se dice que el prefecto de Galba, Cornelio Lacón, junto con un liberto llamado Icelo Marciano y el cónsul Tito Vinio, tenían tal influencia sobre el propio soberano que controlaban el imperio en la sombra, aunque quizá se ha exagerado. En cualquier caso, Galba no quiso ganarse el apoyo del pretorio como estos estaban acostumbrados, mediante donativos, al saberse también respaldado por sus legiones, pero pronto ni siquiera la ayuda de su prefecto le serviría para aplacar el descontento de las tropas. En legendaria se convertiría la frase que se le atribuye: «Acostumbro a reclutar a mis soldados no a comprarlos».[38] La situación no pasaría desapercibida a Otón, quien encauzó ese rencor en su beneficio, entregando dinero a las tropas y ganándose a un grupo de *speculatores* pretorianos hasta hacerse con el trono. Era ya tarde cuando Pisón Liciniano, el sucesor designado por Galba, quiso revertir los acontecimientos prometiendo el dinero tan largamente esperado. Ambos acabarían siendo asesinados por los pretorianos, que lanzaron así un mensaje bastante explícito a los legionarios del imperio que habían encumbrado a Galba. Ellos podían proponer y hasta lograr que uno de sus candidatos llegara al poder, pero en Roma no había legionarios, y tarde o temprano ellos decidirían.

El Senado ya poco importaba en todo este juego de intereses, y el pueblo apenas si podía manifestarse solo con abucheos en los espectáculos públicos, ante el miedo hacia una reacción armada de los soldados del pretorio. Hasta tal punto dependía de ellos Otón, que sus constantes atenciones en algunos casos llegaron a tornar la lealtad en devoción. Tanto es así que uno de los tribunos pretorianos murió a manos de sus soldados

cuando, por error, creyeron que dirigía una conjura al abrir los arsenales en plena noche. Había recibido la orden de armar a la XVII cohorte urbana estacionada en Ostia, pues el emperador necesitaría todas las tropas disponibles para enfrentarse a Vitelio, y este quiso hacerlo cuanto antes. Ante tal movimiento sospechoso en los *castra*, algunos pretorianos detuvieron a un urbaniciano que, quizá por miedo a sus compañeros, en lugar de decir la verdad inventó que el tribuno, varios centuriones y algunos senadores pretendían armar a los esclavos y asesinar a Otón. El campamento estalló en un frenesí que nadie fue capaz de controlar, los oficiales y soldados que preparaban la misión murieron sin siquiera poder explicarse, las armas se aseguraron en el arsenal y el resto de pretorianos corrieron hacia la residencia imperial para proteger a su soberano, mientras algunos de ellos detenían a los senadores supuestamente implicados, hasta que todo quedó aclarado. Lejos de castigar tal devoción casi convertida en psicosis, Otón decidió premiarles con un donativo adicional de 1.250 denarios, y todo quedó olvidado.

A pesar de ello, poco después fueron incapaces de evitar que Vitelio se hiciera con el poder. Este, conocedor de esa estrecha relación entre los pretorianos y su predecesor, los sustituyó por sus legionarios más fieles. Un proceso que no pocos emperadores realizaron intentando asegurar su tranquilidad, como el propio Vespasiano. Por si fuera poco, durante un tiempo y hasta asegurar la lealtad de las tropas, prescindió de la dualidad en la prefectura a favor de su propio hijo y sucesor Tito. Sin duda, el prestigio militar que le otorgó su victoria frente a los judíos (71) ayudó mucho a que fuera aceptado por las tropas para consolidar a los Flavios en el poder. El último de esta nueva estirpe, Domiciano, hizo uso de los pretorianos en la revuelta que el gobernador de Germania Superior, Antonio Saturnino, inició con la *Legio XIV Gemina* y la *Legio XXI Rapax* (89), ayudando a su homólogo en Germania Inferior, Aulo Bucio Lapio Máximo, hasta derrotarle. El pretorio se encargó del arresto y ejecución de muchos implicados, aunque se dice que el propio Lapio quemó la correspondencia de Saturnino para evitar una depuración aún mayor. No obstante, el emperador acabó su mandato prematuramente (96) cuando sus prefectos Norbano y Petronio Segundo apostaron por convertir a Nerva en su sucesor.

Debió de sorprenderse cuando algunos soldados aún leales a los Flavios clamaron por castigar a sus asesinos,[39] y aunque se negó, quiso calmar los ánimos nombrando a Casperio Eliano como prefecto por la devoción que este había demostrado siempre hacia Domiciano. Pronto comprendería su error, cuando, actuando como catalizador de aquel descontento, consiguió que Petronio y otros colaboradores en tales sucesos fueran ejecutados tras sitiar la residencia imperial para presionar a Nerva. Esta desobediencia no pasaría desapercibida cuando Trajano llegó al trono (98), y para dejar claro que no toleraría tal comportamiento de sus soldados no solo se deshizo de Casperio y algunos de sus oficiales, sino que recuperó la existencia de una unidad selecta de jinetes como su escolta privada, soldados que actuaran de contrapeso de los pretorianos al estilo de la desaparecida guardia germana. Así nacieron los *equites singulares Augusti*. Los soldados del pretorio vieron con pesar cómo el favor y confianza que otros emperadores habían depositado exclusivamente en ellos desaparecía, y con él parte de su influencia política, más aún cuando los *speculatores* pretorianos, que hasta entonces se habían encargado de la escolta del soberano en los actos públicos, fueron sustituidos por los *hastiliarii*, adscritos a los *singulares*, aunque quizá este cambio se produjo ya en época de su sucesor, Adriano.[40]

Ya en el siglo II el emperador Antonino Pio, preocupado por que surgieran problemas en la sucesión para su elegido Marco Aurelio, se aseguró el apoyo de los prefectos, una maniobra inteligente que este repetiría para encumbrar a su hijo, Cómodo, con la ayuda de su prefecto Tarrunteno Paterno. En este periodo los máximos responsables del pretorio recuperaron parte de su influencia política y militar aunque, tiempo después (185), Tigidio Perenio participó en una nueva conspiración contra el emperador y fue ejecutado. El reinado de Cómodo fue uno de los más turbulentos para la prefectura, hasta el punto de que un antiguo liberto del emperador, Marco Aurelio Cleandro, alcanzó tal influencia mediante la venta de cargos políticos que llegó a ocupar ese puesto sin pertenecer al rango ecuestre. No solo fue el causante de que existieran hasta veinticinco cónsules en Roma en un mismo año, hecho insólito que no se repetiría, sino que elevó a tres el número de prefectos, y para mostrarse como el de mayor

rango se otorgó a sí mismo el título de *pugione* (portador de puñal),[41] arma que simbolizaba el mando del pretorio. Sus desmanes no tardarían en costarle la cabeza, literalmente, aunque Cómodo se beneficiaba enormemente de sus desmanes recibiendo parte de los beneficios, pero su mala gestión provocó una hambruna que predispuso al pueblo en su contra y el emperador tuvo que ceder. Finalmente, uno de sus sucesores, Emilio Leto, fue capaz de acabar con la vida de Cómodo encumbrando a Pertinax (192). Sin duda ser recompensado por ello era más de lo que el nuevo emperador estaba en disposición de ofrecer, y no tardó en sumar otro asesinato real a su currículo, ya que se dice que Leto también participó en su muerte. La muerte de Pertinax (193) permitió que los pretorianos subastaran el trono imperial y su adquisición por Didio Juliano, muestra clara de que el poder de los prefectos no había dejado de crecer.

Septimio Severo le sustituyó con ayuda de sus legiones, y no dudó un segundo en hacerles pagar tal comportamiento. Las cohortes fueron licenciadas en masa con deshonor, y peor suerte corrieron los asesinos de Pertinax. Sin embargo, tampoco esta depuración y la reforma de la institución que protagonizó Severo lograron su objetivo. En 205, el intento de uno de sus prefectos, Fulvio Plauciano, por acabar con la nueva dinastía recibió como pago su muerte y la de su familia. Por el contrario, su compañero Emilio Papiano mostraría siempre una gran lealtad a Septimio, ejemplo de que, a veces, conviene valorar la información en su conjunto. Cuando Caracalla asesinó a su hermano Geta y se refugió en el templo de los *castra*,[42] quiso aplacar la posible oposición de sus soldados con un donativo de 2.500 denarios y doble ración de trigo. Contra todo pronóstico, el prefecto del pretorio se negó a justificar este acto ante el Senado, y el emperador decretó su ejecución. Su indolencia no llegaría más allá del año 217, en que varios pretorianos a las órdenes del prefecto Macrino lo ejecutaron durante su campaña en Asia.[43] Macrino aspiraba al poder, había logrado alanzarlo y esperaba retenerlo concediendo a sus soldados enormes privilegios que le valieron mantener su apoyo frente a un nuevo candidato, Heliogábalo. Durante el combate que los enfrentaría en Antioquia (218), Macrino debió de pensar que el valor y el trono de poco servirían en el otro mundo y su abandono del campo de batalla en un

momento crítico propició no solo la victoria de su oponente, sino el apoyo de sus soldados tras la promesa de que no recibirían castigo. Este periodo convulso aún se extendería un poco más, pues las excentricidades de Heliogábalo no le ayudaron a ganarse la simpatía de sus nuevos escoltas tan hábilmente como lo hizo su primo Alejandro Severo.[44] La situación devino en una revuelta del pretorio cuando el emperador quiso despojar a Alejandro de sus privilegios y estos respondieron negándose a custodiar la residencia imperial. Heliogábalo sabía que necesitaba calmar los ánimos y solo lo lograría mejorando la relación, visitando ambos los *castra* como muestra de cordialidad. Probablemente no podría imaginar que se estaba adentrando en la guarida del lobo y, una vez allí, los pretorianos acabaron con él y con su prefecto Valerio Comazón Eutiquiano, para encumbrar a Alejandro (222).[45]

Se iniciaba así un nuevo periodo donde los pretorianos, conscientes de que Alejandro era aún muy joven y que les debía no solo el trono sino su vida, comenzaron a excederse con el pueblo romano llegando a provocar enfrentamientos. Varios incendios arrasaron parte de la ciudad, hasta que el emperador cedió ante sus soldados y ajustició al prefecto Domicio Annio Ulpiano, reputado jurista que estaba tratando de reducir la influencia y privilegios del pretorio para facilitar su control. Fue ejecutado frente al propio Alejandro, a las puertas de la residencia imperial. Poco después, el Senado quiso aprovechar la ausencia en campaña del nuevo soberano tracio para encumbrar al procónsul de África, Gordiano, y cuando Maximino acabó con él, nombraron a Pupieno y Balbino como coemperadores, junto con un Gordiano, III aún niño. La batalla por el trono supuso el enfrentamiento entre los pretorianos de Maximino y aquellos que habían quedado en Roma y se pasaron al bando del Senado, con ayuda de la *Legio II Phartica*. El emperador tracio murió allí, pero Pupieno regresó a Roma acompañado por una unidad de fieles germanos que hicieron recelar a los pretorianos. No estaban dispuestos a que el episodio de Septimio Severo se repitiera, esperaron su momento y asaltaron el palacio imperial, acabando con ambos emperadores. Sin duda esperaban volver a ser los verdaderos regentes y disfrutar de sus privilegios, con un Gordiano III todavía incapaz de asumir el poder.

El siglo III no solo supuso un aumento aún mayor en las atribuciones de los prefectos, como sucedió con Timesiteo durante el periodo de Gordiano III, sino que varios de ellos alcanzaron el trono por vez primera. Tal es el caso de Macrino (217-218), Filipo el Árabe (244-249), Floriano (276), Caro (282-283) y Constancio Cloro (293-306). No obstante, otros, como Sabino Juliano (285), no tuvieron tanta suerte. Curiosamente, aunque en teoría se trataba de una magistratura colegiada, en la práctica las fuentes solo mencionan a uno de ellos. Quizá aprovecharon su gran influencia sobre el emperador para convencerles de que no era necesaria tal duplicidad, que podía acabar con sus ambiciones ocultas. En el siglo I aún no contaban con el poder suficiente para imponer tal decisión y, en ese periodo, conocemos un mayor número de prefectos. En el siglo II la cifra se redujo a la mitad y, poco a poco, no hizo más que decrecer. Es difícil que tal medida apareciera en sus escritos y tampoco podemos descartar que no se les mencione, simplemente, porque su actuación fue moderada, lo que reforzaría la idea de que, en realidad, no todos los prefectos albergaron las mismas aspiraciones.

Tal era el poder de las cohortes pretorianas y el terror que inspiraban que ni el Senado ni los *singulares* pudieron hacer nada para evitar estos episodios. En las escasas ocasiones en que los senadores trataron de dirigir el acceso al trono pronto descubrieron que sus esfuerzos durarían poco y muchas veces tan solo fueron capaces de ratificar una política de hechos consumados; la vida les iba en ello. No menos de siete emperadores habían sido elegidos unilateralmente por los pretorianos (Claudio, Otón, Pertinax, Didio Juliano, Alejandro Severo, Gordiano III y Majencio). Ni siquiera el primer soberano que convirtió el cristianismo en religión oficial y se atrevió a acabar con la institución pretoriana tuvo el valor para hacer lo propio con su más alta magistratura. Constantino mantuvo a los prefectos en su vertiente judicial, administrativa y política, ya sin atribuciones militares que apoyaran sus pretensiones. La manera de actuar de muchos de ellos no podía menos que generar dudas constantes en cuanto a su lealtad, a pesar de ser elegidos por el emperador de entre sus más allegados. No pocas veces el ascenso de un nuevo soberano implicaba la sustitución de los prefectos en activo, aun cuando algunos de ellos hubieran actuado correctamente, o incluso ayudado a encumbrarlos. Estaba claro que esperaban contar con

magistrados más afines a su causa que aquellos nombrados por sus predecesores o que demostraron pocos escrúpulos para traicionarles, pues nada les impedía repetir su conducta. En algunas ocasiones, su destitución alcanzó tintes dramáticos, pero, cuando era posible, se les otorgaba otro puesto de prestigio en las provincias o se les ascendía a senadores para reducir su influencia.

Los prefectos del pretorio experimentaron un desarrollo sin igual, pero no por ello sorprendente, en el Imperio romano. Una magistratura que ejercía el control de las tropas de elite del imperio en la capital y tan estrechamente unida al emperador podía augurarlo sin demasiadas dudas, aunque su lealtad no siempre fuera sincera. De hecho, prefectos y emperadores dependían los unos de los otros para sobrevivir en la cumbre del poder, pero los primeros siempre contaron con mayores opciones de imponerse por la fuerza. A lo largo de un proceso relativamente lento, pero seguro, pronto trascendieron el mando de las cohortes en el ámbito administrativo, judicial pero, sobre todo, político. No existía una magistratura más prestigiosa para un miembro del orden ecuestre, si no tenemos en cuenta a quienes alcanzaron el trono imperial. Ni siquiera los cónsules, y mucho menos los senadores, podían aspirar a la misma autoridad, y cuando recibieron el título honorifico de *vir eminentissimus* casi quedaron equiparados socialmente a la clase senatorial. Con el tiempo, junto a la entrega de las insignias que los reconocían como prefectos, obtuvieron también el título de *clarissimus vir* («hombre brillante, respetado»), solo reservado a senadores de más alto rango relacionados con la magistratura consular, aunque su ingreso en el Senado siempre estuvo vetado hasta terminar su mandato (con excepciones como Sejano o Plauciano por su enorme influencia sobre el emperador).

Speculatores Augusti

> Quería (Cómodo) desembarazarse de todos los viejos consejeros de su padre que quedaban […] repartiendo sus bienes entre soldados y gladiadores, unos para que le protegieran y

otros para que le distrajeran.

HERODIANO, *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, I, 17, 2.

El reducido cuerpo de los *speculatores* (de *speculare* «observar», «indagar») en el ejército romano existía desde época tardorrepublicana,[46] actuando a las órdenes de Julio César[47] y Marco Antonio. Tan solo diez jinetes de elite en cada legión regular y auxiliar, así como otros tantos asignados al alto mando y a los gobernadores provinciales. Originalmente actuaron como exploradores en labores de reconocimiento en campaña, supervisando rutas, localizando al enemigo y obteniendo información vital para que su general pudiera evaluar la situación en busca de la victoria. No podían ser descubiertos, por lo que se especializaron en actuar de incógnito. Poco a poco sus tareas se incrementaron, ejerciendo de enlaces para la transmisión segura de órdenes (mediante documentos o señales en código) entre los cuerpos del ejército y el alto mando. Fue Antonio el primero en asignarles tareas de escolta, ratificada por Augusto al integrarlos como soldados del pretorio.

Una unidad tan ligada al soberano como los pretorianos necesitaba este tipo de soldados, formando los *speculatores Augusti* (también *speculatores Caesaris*) a principios del siglo I. No obstante, a diferencia de las legiones el enorme volumen de información que requerían el emperador y los oficiales del pretorio obligó a elevar su número hasta los 300 efectivos.[48] Por ello tampoco se articulaban al estilo de las legiones, pues, a pesar de estar integrados en las distintas cohortes en el ámbito administrativo y acuartelarse con ellas, disfrutaban de un rango superior, quizá como *principalis* (equivalente a los *equites* pretorianos como jinetes que eran), y formaban una cohorte más o menos independiente. Su escalafón de mando se organizaba con un centurión *trecenarius* como oficial superior (*centurio speculatorum*), asistido por un *optio*. Existía un *exercitator*, a cargo de su adiestramiento y entrenamiento, o un *tesserarius*, entre otras cosas responsable de comunicar la contraseña al resto de la cohorte de guardia en la residencia imperial. A pesar de ello, no conocemos la existencia de cargos administrativos o figuras como el *vexillarius* (portaestandarte). Lo mismo sucede con la escasa información sobre su uniforme, excepto que

utilizaban un tipo de calzado característico, las *caligae speculatoriae* y como arma básica las *lanceae* típicas de los *equites*.

La mayoría de sus miembros habían desempeñado ya ese puesto en las legiones[49] o ascendían desde el propio pretorio tras un servicio previo de duración variable (hay ejemplos de entre cuatro y doce años), aunque no conocemos bien el sistema de ascensos desde esta categoría, al diferir del habitual. Algunos se convirtieron en *beneficiarii* del prefecto del pretorio, [50] *princeps* del pretorio o *primus pilus*. Del mismo modo, su carácter de unidad especial se reflejaba recibiendo honores distintivos durante su licenciamiento, siendo posible su reincorporación como *evocatus Augusti* o, recibiendo entre ellos a antiguos jinetes pretorianos que se incorporaban tras cumplir su servicio.[51] Su influencia y prestigio entre los pretorianos eran bien conocidos, pues Otón alcanzó el trono contando con su ayuda,[52] así como su valor, demostrado por la acción heroica de Sempronius Densus para proteger a Galba.[53]

Hasta finales del siglo I los *germani corporis custodes* se habían encargado de vigilar el perímetro que rodeaba al emperador en todo tipo de eventos y en campaña. No obstante, muchos ciudadanos protestaron al ser maltratados por estos extranjeros y se generaran altercados constantes,[54] siendo reemplazados en esta labor por los *speculatores Augusti*,[55] que extenderían su labor de escolta en el traslado de dinero, custodiando la recaudación de impuestos o ejecutando el cobro de importantes deudas. El propio Galba había decretado (68) la disolución de los *germani* por su lealtad a Nerón,[56] aunque la medida pudo también tratar de rebajar esa tensión con la plebe, pues era característico de la odiada tiranía el uso de este tipo de efectivos foráneos en labores de custodia. Su sustitución por estos efectivos romanos evitaba la asociación del emperador con un régimen monárquico que, en realidad, ejercían incluso con mayor despotismo. Sin embargo, quizá por su apoyo a Otón, aunque desconocemos el motivo, a finales del siglo I fueron apartados en algunas de sus labores habituales como la escolta de los gobernadores provinciales, mensajería, vigilancia o sus misiones menos lícitas. En época de Domiciano ya habían dejado de formar una unidad específica, pasando a depender totalmente de las cohortes a las que estaban asignados, y su nueva

participación en la conspiración contra Nerva (97) les relegó definitivamente.

Hasta ese momento habían actuado en el ámbito judicial dirigiendo la detención, encarcelamiento, interrogatorio y hasta ejecución de sospechosos. El *quaestionibus praetorio prefecti* era el encargado de las torturas a prisioneros, aunque su rango en las cohortes era inferior al de los *speculatores*.[57] Ejecutaban operaciones clandestinas de dudosa legalidad (asesinatos, vigilancia de sospechosos, etc.), aunque también otras más sencillas como ordenanzas. La aparición de los *equites singulares Augusti* le dio a Trajano la excusa perfecta para eliminarlos. Algunas de las funciones que aún retenían pasaron a estos, y el resto pasaron a manos de una nueva unidad creada al efecto, los *hastiliarii*, conocidos por el apelativo de su arma principal (referido a la lanza) y cuyos integrantes se elegían entre los propios *singulares*, no entre los pretorianos o las legiones. Era la misma lanza de los *speculatores*, pero sin filo, no tan mortal y, por ello, más adecuada para el control de masas sin provocar disturbios. La última noticia que tenemos de ellos se data ya en el reinado de Caracalla (217).

Statores Augusti

> Durante la representación de una tragedia, un soldado (pretoriano), incorporado recientemente a la guardia y que estaba de vigilancia junto a la entrada, al ver que vestían a Nerón con harapos y le ataban con cadenas, tal como lo exige el argumento, corrió apresuradamente a su lado para prestarle ayuda.
>
> SUETONIO, *Nerón*, 21, 3.

La estructura autónoma de los *speculatores* y los *equites* pretorianos no era exclusiva. Las fuentes apenas ofrecen el débil rastro de otra unidad que compartía esa característica, los *statores Augusti*. Su labor era muy parecida a la de los urbanicianos, pero realizada por soldados del pretorio y exclusivamente en el ámbito militar, lo que hoy llamaríamos «policía militar» por su apelativo «que detienen». Las conjeturas sobre ellos

comienzan al intentar determinar el momento de su creación. Algunos la sitúan en época republicana, aunque su fuente más temprana pertenece a la época de Claudio (41-54).[58] El puesto de *stator*, como la mayoría de los existentes en el pretorio, existía previamente en el ejército regular romano, así como también en las provincias del imperio, realizando este tipo de tareas para los gobernadores.

Algunas de sus funciones más destacadas eran similares a las de los *speculatores*, de alguaciles para los magistrados romanos cuando citaban judicialmente a un acusado, incluso llegando a realizar detenciones. En campaña custodiaban y vigilaban el acceso secundario al *Praetorium*, por lo que eran ubicados muy cerca de la Vía Quintana, a los lados del *Quaestorium* (alojamiento de los *cuestores*). En Roma ocupaban los *castra* como pretorianos que eran, estructurados en cinco centurias (400 soldados) a cargo de sus respectivos centuriones.[59] Entre ellos existía un oficial llamado *curator statorum*, aunque desconocemos todas sus funciones, salvo la gestión y cobro del pienso para sus monturas. Su máximo responsable era el *praefectus statorum*, aunque en la práctica ese cargo lo ejercía el prefecto del pretorio.[60] Su especial cometido quizá permitió un incremento en su salario por encima o similar al de los urbanicianos, pues sabemos que podían permitirse esclavos. Ostentaban el rango de *immunes* o «exentos» de realizar las tareas más comunes y tediosas (guardias), aunque no de actuar en combate y seguir a su emperador en campaña si era necesario. Lamentablemente, nada sabemos sobre el acceso al cargo o su promoción, lo que implicaría un número reducido de efectivos, cuyo tiempo de servicio podía alcanzar los veintidós años. A partir del siglo III se conocerían como *statores praetorii*.

Vuelta al servicio. Los evocati Augusti

> A partir de esos hombres se constituyó la tropa de los *evocati*, que uno podría traducir por «los llamados de nuevo» porque habían dejado ya el servicio en el ejército y fueron movilizados de nuevo.

Muchos pretorianos debían de estar deseosos de cumplir su servicio para obtener el licenciamiento, sobre todo si habían logrado sobrevivir en épocas de mayor actividad bélica, aunque otros no debieron de acoger la idea con agrado por lo que suponía. Llegado el momento en que sus nombres pasaban a engrosar los *laterculi praetorianiorum* o listados que registraban a quienes alcanzaban este honor y que se depositaban en un altar para conmemorarlo. Al principio, Augusto estableció el tiempo de servicio como pretorianos en doce años (13 a. C.), frente a los dieciséis años de los legionarios.[61] No obstante, todos los licenciados tenían la posibilidad de reengancharse en las llamadas *vexilla veteranorum*, unidades donde servirían aproximadamente cuatro años más. Esta opción fue acogida por muchos legionarios, pero los pretorianos solían negarse alegando que la remuneración era demasiado baja en comparación a su anterior salario. Ante tal situación, el emperador incrementó enormemente las gratificaciones por licenciamiento (*praemia*) de los pretorianos hasta los 20.000 sestercios (5), a cambio de dieciséis o diecisiete años de servicio íntegro en esta unidad, frente a los 12.000 sestercios que un legionario recibiría tras veinte años.[62] A pesar de ello, los restos epigráficos conservados indican que, en la práctica, apenas existieron licenciamientos pretorianos en ese momento, pues la mayoría alcanzaban los diecisiete, dieciocho, veintiuno o más años de servicio. La explicación quizá se encuentre en que, en ese momento, estaban inmersos en campañas militares que no podían abandonar. Sin embargo, no podemos descartar que, dada su reticencia a unirse a los *veteranorum*, estos intentaran alargar su actividad al máximo, y sus mandos lo permitían al preferir soldados experimentados y retrasar, así, la entrega de su gratificación económica por su labor. Incluso, es posible que existieran dos tipos de licenciamiento con honores, el destinado a las tropas pretorianas que únicamente, habían ejercido su labor lejos del frente, y para quienes participaron en combate,[63] quizá como manera de reconocer aún más sus méritos por los riesgos acometidos.

En los siglos I y II tan especial acto se llevó a cabo mediante una ceremonia bianual en los años pares de nuestro calendario, aunque sin una

fecha fija, razón por la cual el tiempo de servicio variaba entre los dieciséis y diecisiete años. No obstante, el tiempo de servicio estipulado entre los soldados que hubieran actuado en las legiones antes de ser transferidos podía variar (aunque hasta este momento eran minoría). Los nuevos reclutas que ingresaban en un año impar debían esperar un año más que aquellos enrolados en los pares, sin que saberlo constituyera una garantía segura para calcular el momento si el emperador decidía participar en campaña poco antes o enviarlos al frente. En tales casos los licenciamientos quedaban suspendidos hasta nueva orden, lo que obligaba, posteriormente, a organizar ceremonias multitudinarias que eran aprovechadas para conceder las condecoraciones adecuadas a los soldados merecedores de tal reconocimiento. Entre el año 166 y el 170 Marco Aurelio lo hizo durante las guerras marcomanas, y no fue el único. No obstante, las reformas de Severo supusieron también la regulación de este acto, que pasaría a ser anual,[64] mientras que los urbanicianos mantuvieron el sistema anterior.

A pesar de las ventajas que otorgaba la pertenencia al pretorio, la posibilidad de dejar atrás los rigores y riesgos del ejército no era poco deseable. Más aún si podían dedicarse a otros objetivos o disfrutar de su familia en un bello lugar, rodeados de prestigio y de todas las comodidades. O quizá no. Tras media vida dedicada a la milicia, ya fuera porque la relajada vida civil no era para de ellos, porque ni siquiera pensaron en su destino llegado el momento o por miles de otras razones, muchos no deseaban marcharse aun cuando ya habían cumplido con lo que Roma esperaba de ellos y debían dejar paso a entusiastas reclutas. No obstante, la experiencia es un grado que requiere mucha dedicación y esfuerzo para alcanzarlo y, en una labor como la que desempañaban, suponía un valor adicional que podía y debía ser aprovechado a cambio de aumentar sus emolumentos y otros beneficios.[65] Si un pretoriano veterano deseaba seguir prestando su lealtad y espada al emperador existían posibilidades para hacerlo, siempre en función de su hoja de servicio. Si no había sido especialmente destacada, podían reengancharse al servicio activo, desempeñando los mismos cometidos ejercidos hasta ese momento, u otros que fuera capaz de realizar hasta alcanzar treinta y cinco años de actividad, como reflejan algunas inscripciones.[66] Tras la época de Augusto, si había

logrado reconocimiento por méritos en combate, contaba con habilidades específicas que el pretorio no debía perder o, simplemente, se trataba de un soldado importante y valorado, podía convertirse en *evocatus Augusti*. Existía una diferencia, quienes alcanzaran ese rango no lo harían únicamente por mero deseo o capacidad, pues el término alude a los «llamados de nuevo». El Estado o el emperador en persona debían solicitar su permanencia y ellos aceptarla. Con menos frecuencia, esta posibilidad también existía para veteranos de las legiones, urbanicianos y vigiles con las mismas características.[67] En el caso de los primeros, solía restringirse a especialistas en determinadas armas (normalmente esgrima).

La aparición de los *evocati* se remonta al periodo republicano. Octaviano y Marco Antonio necesitaban incorporar constantemente efectivos para imponerse a sus oponentes y la posibilidad de contar con soldados experimentados era una opción nada desdeñable, más aún cuando la mayoría de reclutas carecían de ella y debían transmitirles sus habilidades. Los veteranos del pretorio y de las legiones solían convertirse así en instructores con el grado de *campidoctor*es o *armidoctores*, y los primeros también en *exercitatores* de los *equites* pretorianos. Como es lógico, los antiguos pretorianos, aun teniendo la posibilidad de ser destinados a esta labor en las legiones, esperaban poder incrementar su estatus y salario en su unidad de origen, mientras que los procedentes del ejército regular aspiraban a poder ejercer como *evocatus* en el pretorio por las ventajas que reportaba. En caso de lograrlo, los *campidoctores* del pretorio quedaban adscritos a la unidad de *evocati Augusti*, mientras que los destinados a las tropas regulares a los *evocati legionis*. Las razones para ello pudieron ser múltiples, ya fuera que el emperador quisiera inculcar a los legionarios los mismos valores de respeto hacia su persona, que su formación fuera tan completa como la de los pretorianos y que les mostrara la manera de actuar y servir de tan prestigiosa unidad para limar las rencillas tradicionales entre ambas unidades. Una vez en el frente, los antiguos pretorianos se encargaban de adiestrar a los *armaturae legionis*, los maestros de esgrima de los legionarios.

No obstante, las funciones de los *evocati Augusti* eran más extensas y no se llevaban a cabo únicamente en Roma, sino en cualquier lugar del

imperio (aunque la mayoría fijaba su residencia dentro de la Península Itálica). No dudaron en presentarse al combate junto a sus antiguos compañeros cuando estos eran convocados para acudir al frente. En 37 el futuro Augusto asignó 1.000 *evocati Augusti* a su hermana Octaviana como guardia personal.[68] Del mismo modo, podían realizar labores administrativas (como supervisar y elaborar las actas del foro, los registros, etc.), fiscales, judiciales (relacionadas con el prefecto del pretorio o actuando como jueces en litigios entre pretorianos y civiles, así como entre los propios militares que se celebraban en los *castra*[69] y castigando hurtos relacionados con los pretorianos); otras al estilo de un topógrafo, como asignar y controlar las marcas de piedra (*cippi*) que delimitaban propiedades (llamadas *terminus augustalis*), establecer y delimitar las lindes de los términos municipales en cualquier lugar del imperio (como los *agrimensores*), supervisar cuentas (*maiorarius*), trabajos técnicos actuando como arquitectos en la construcción de la armería de los *castra* o labores de vigilancia y custodia de personajes importantes. En este último caso solo de aquellos capturados fuera de la península itálica que escoltaban hasta sus límites, llegando a dirigir su ejecución si esta se dictaba fuera de ese territorio[70] (como sucedió con el príncipe parto Vonones). Las fuentes epigráficas mencionan una figura especial llamada *evocatus palatino*[71] del que desconocemos su tarea concreta, pero sí que la desempeñaba en palacio por su apelativo.

En cuanto a los cargos desempeñados antes de su licenciamiento, los restos epigráficos nos ofrecen la posibilidad de conocer algunos de ellos al mostrar su carrera militar (*cursus honorum*). Estos actuaron como *equites*, *signifer*, *mensor*, *librator*, *cornicularius* del tribuno, *speculatores* y *speculatores Augusti*, *beneficiarii* del prefecto del pretorio o de los nueve *salariarii* de la III cohorte, así como oficiales dentro de la centuria (*optio*, etc.) e, incluso, un sacerdote de la Casa Sagrada del emperador Antonio. [72] Como podemos apreciar, cuanta mayor era la proximidad y el aprecio que cultivaban con sus superiores durante el servicio, sus posibilidades de reincorporación aumentaban sensiblemente. Una vez reenganchados, el tiempo que debían seguir en servicio no estaba estipulado. Lo ejercían mientras conservaran la capacidad física y mental que requerían sus nuevas

obligaciones, pudiendo retirarse definitivamente cuando lo desearan o pasar a otras tareas si la oportunidad se presentaba. El mínimo que conocemos fue de dos años, hasta un máximo de veinte adicionales, aunque pudieron ser más. Estos casos sin duda se dieron en tareas que no requerían de una buena condición física o por la necesidad de continuar al no contar con un sustituto suficientemente capacitado. Entre las ventajas que disfrutaban con su nuevo estatus, aparte del incremento salarial o la exención de las tareas menos gratificantes, se sabe que podían seguir promocionando y si debían actuar en combate su condición les permitía situarse junto al pretorio en los campamentos.[73]

Los «llamados de nuevo» en el pretorio seguían vinculados al emperador, aunque con funciones específicas como parte de una nueva unidad independiente[74] y un rango algo indeterminado entre los *beneficiarii* y los centuriones.[75] En una ocasión Octaviano decidió convertir una cohorte entera de *evocati* legionarios en unidad pretoriana, [76] aunque seguramente obligado por las circunstancias que requerían unidades completas frente al carácter individual que imperaría a partir del año 4. En ese momento tenemos noticia del primer pretoriano reincorporado, por lo que esta posibilidad ya estaría regulada desde el inicio del Principado y, por tanto, mucho antes de la creación de los *Castra Praetoria*. El registro epigráfico muestra que gran parte de los *evocatii* se mantenían en el puesto hasta su fallecimiento, pero no era extraño que aquellos con los medios y capacidad para satisfacer mayores ambiciones lo abandonaran para ser ascendidos. Aproximadamente dos de cada diez veteranos del pretorio lograban reincorporarse[77] y, de ellos, casi la mitad acababan en las legiones regulares con el rango de centuriones. El resto quedaban en la urbe y solo unos pocos alcanzaban el mando de una cohorte auxiliar. Incluso conocemos casos en los que un pretoriano se convirtió en *evocatus* tras solo catorce años de servicio (CIL VI 2482), quizás casos aislados en función de la situación del momento y que reunían unas características muy adecuadas para el puesto.

Durante los siglos I y II el número de integrantes de los *evocati Augusti* era bastante reducido, dado que el acceso era restringido (se les consideraba un cuerpo de *numerus clausus* o cupo limitado) con solo 50 integrantes que

respondían únicamente a órdenes directas del emperador o, en su defecto, del prefecto, pues no existían mandos intermedios.[78] Esta especial estructuración requería ajustes para su supervisión administrativa, ya que aunque causaban baja en la lista oficial de los integrantes (*latercula*) de su cohorte de origen, seguían figurando en el registro de su centuria.[79] Quizá esta situación se deba a la importancia del componente sentimental, pues los veteranos la apreciarían como una forma de seguir vinculados a sus antiguos compañeros,[80] aunque muchos de ellos se hubieran licenciado en fechas similares o con anterioridad, optando por iniciar su vida civil. Las reformas propiciadas por Severo propiciaron que, a partir del siglo III la tendencia antes mencionada se invirtiera a consecuencia de ello, comenzando a ser más comunes los evocati procedentes de las legiones, urbanicianos, vigiles y, hasta, antiguos veteranos de la marina procedentes de las guarniciones situadas en la península itálica o las flotas cercanas.[81] Sus uniformes no se diferenciaban apenas de los que habían empleado con anterioridad, salvo por utilizar un bastón como símbolo de su estatus, muy similar a la *vitis* de los centuriones.[82]

[1]Passerini (1939), 220.
[2]Brunt (1983), 59-60.
[3]CIL 5.4201 (=ILS 4902)
[4]Macrobio, *Sat.* II, 4, 18.
[5]Bingham (1997), 42.
[6]Levick (1976), 273
[7] AE 1957, 250.
[8] Dessau (1924), 257.
[9] Dión Casio, LII, 24, 2.
[10]Vischer (1960), 248; Maranon (1956), 137; Hennig (1975), 144-55.
[11]Howe (1942), 51.
[12]Absil (1997), 86.
[13] Howe (1942), 17.
[14] Herodiano, V, 1, 2.
[15] Dión Casio, LII, 24.
[16] Absil (1997), 61.
[17]*Lenoir* (1996), 83.
[18] Herodiano, I, 9.
[19]Zósimo II, 32, 2.
[20]Howe (1942), 22.
[21]Howe (1942), 29; Adams (1976), 220
[22]Zósimo, II, 32, 2.
[23] Aparicio Pérez (2014), 29.

[24] Henriette (1976), 24
[25] Absil (1997), 67.
[26]*Dig.*, IV, 4, 17.
[27] Howe (1942), 37.
[28] Dión Casio, LIV, 24, 4.
[29] Aurelio Víctor, *Caes.*, IX, 10.
[30] Absil (1997), l06.
[31] Speidel (1994), 33.
[32] Menéndez Argüin (2006), 53.
[33] Dión Casio, LVIII, 18, 2-3.
[34] Campbell (1994), 185.
[35] Tácito, *Anales*, VI, 3, 1-2.
[36] Suetonio, *Calígula*, LVI, 1. Flavio Josefo, *G. J.*, XIX, 37.
[37] Tácito, *Anales*, XIII, 14.
[38] Plutarco, *Galba*, 18.
[39] Dión Casio, LXVIII, 3, 3.
[40] Brewer (2002), 135.
[41] Historia Augusta, *Vida de Cómodo*, VI, 12-13.
[42] Herodiano, IV, 4, 4; Zósimo, I, 9, 2.
[43] Dión Casio, LXVIII, 5, 2.
[44] Herodiano, V, 8.
[45] Dión Casio, LXXX, 20.
[46] Julio César, *La guerra de las Galias*, II, 2 y V, 39; *La guerra de Hispania*, 13, 3.
[47]*Ibid*., *La guerra de África*, XXXVII, 1.
[48] Durry (1968), 110.
[49] Tácito, *Historias*, II, 11.
[50] Ceñal (2008), 427.
[51] Cowan (2002), 75.
[52] Tácito, *Historias*, I, 27-31.
[53]*Ibid.*, I, 43.
[54] Speidel (1994), 21.
[55] Suetonio, *Claudio*, XXXV, 1.
[56]*Ibid*., *Galba*, XII, 2.
[57] Durry (1968), 112; Le Bohec (1994), 56.
[58] Ceñal (2008), 431.
[59] Durry (1968), 21.
[60]*Dig*., IV, 6, 10 (Ulpiano).
[61] Dión Casio, LIV, 25, 5-6.
[62] Tácito, *Anales*, I, 17, 5. Dión Casio, LV, 23, 1-2.
[63] Dušani´c (1993), 42-43.
[64] Cowan (2002), 50.
[65] Durry (1968), 117-118.
[66] Ceñal (2008), 418.
[67] Dobson y Breeze (1969), 118.
[68] Plutarco, *Antonio*, XXXV, 7.

[69] Juvenal, *Sátiras*, XVI, 7-34.
[70] Tácito, *Anales*, II, 68.
[71] Birley (1981), 28.
[72] Ceñal (2008), 424.
[73] Paseudo-Hygino, *Sobre la fortificación de los campamentos*, 6-10.
[74] Dión Casio, LV, 24, 5-8.
[75] Cowan (2002), 11.
[76] Apiano, *Guerras civiles*, III, 48.
[77] Birley (1981), 28-29.
[78] Durry (1968), 122, nota 7; Passerini (1939), 77, nota 3.
[79] Domaszewski y Dobson (1967), 78.
[80] Ceñal (2008), 420.
[81] Durry (1968), 119.
[82] Dión Casio, LV, 24, 8.

III. SOLDADOS EN EL FORO

Castra Praetoria

> Dispuso (Tiberio) en Roma cuarteles para concentrar en ellos a las cohortes pretorianas, sin residencia fija hasta entonces y diseminadas en varios albergues.
>
> AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares*, II, 4.

La palabra *castra* o *castrum* define un campamento o edificación fortificada. En la región del Lacio, dentro del *pomerium*, Augusto había construido los *Castra Aestiva* y *Castra Hiberna*[1] para alojar a las cohortes pretorianas antes de su llegada a Roma. Dado su carácter temporal y tratando de mitigar la alarma social que su cercanía a la capital ya provocaba, en ellos no su utilizó piedra sino madera.[2] La vida cuartelaría ayudaba a mantener la disciplina de campaña, pero desconocemos su ubicación exacta, al no existir restos arqueológicos. Su propia denominación indica que quizá alternaron su uso en época invernal y estival. No obstante, varios epígrafes dedicados por soldados del pretorio fallecidos y descubiertos en localidades cercanas a la capital romana sugieren que varias cohortes pudieron instalarse en ellas. Algunas posibilidades serían Ostia, Alba Fucens, Tibur, Tusculum, Nomentum, Antium, Tarracina, Praeneste, Ardea, Caere, Narnia, Fidenae,[3] Aquileia, [4] etc., aunque no podemos descartar completamente su residencia en lugares más alejados de la península itálica, como sabemos que ocurría en Aquilea, empleando para ello las propiedades que el emperador poseía en aquellos lugares.[5]

Aún era pronto para evidenciar su intención de mantenerlos cerca de manera permanente. Quedaban así situados en un lugar cercano, pero al margen de las poblaciones limítrofes, donde habrían podido provocar altercados y mermar sus recursos debido a la elevada cantidad de efectivos. Las tres cohortes urbanas situadas en Roma suponían un problema similar,

que se había resuelto sin habilitar un lugar específico al efecto. Mediante la fórmula del *hospitium* ya empleada en dichos asentamientos, los ciudadanos elegidos en la capital o poblaciones cercanas se convertirían en anfitriones, acogiendo y manteniendo un pequeño grupo de soldados hasta que el sistema de rotación impuesto les liberara de esa carga; aunque el Estado también cedió algunas instalaciones como fortificaciones, edificios varios, etc.

Superado el recelo inicial y dentro de esa estrategia gradual, Augusto reunió las cohortes en Roma empleando de nuevo *hospitium*,[6] pues la construcción de un campamento específico y permanente no ocurriría hasta el gobierno de su sucesor, Tiberio (23).[7] En realidad, en ese momento la idea había sido promovida por su prefecto del pretorio Elio Sejano. Su familia era del orden ecuestre y su acenso en el pretorio había sido impresionante hasta ganarse la confianza de su soberano y ocupar el cargo entre 14 y 31. Estaba decidido a ocupar el trono romano y, consciente no solo de la herramienta de presión que supondría tener a todos sus soldados juntos, sino también del agradecimiento y lealtad que obtendría, decidió aprovechar el malestar de los ciudadanos que acogían a los soldados por su comportamiento para obtener el permiso del emperador y levantar los *Castra Praetoria*. Autores como Tácito opinan que esta medida respondía a necesidades disciplinarias, con la intención de que los pretorianos abandonaran los placeres que ofrecía la ciudad y ya disfrutaban en exceso, [8] aunque bien pudo servir para ambos fines.

Su construcción, junto a la Muralla Serviana que protegía la capital del imperio supuso un acontecimiento inédito que marcaría el inicio de una nueva etapa. Coordinar la reunión de todos los soldados diseminados por Roma y la península itálica suponía un esfuerzo considerable de planificación.[9] Se convertiría en la residencia oficial de pretorianos y urbanicianos,[10] una medida cuyos riesgos Augusto nunca quiso correr. Quizá por ello Tiberio y Sejano emplazaron a los pretorianos fuera de la ciudad, muy cerca del perímetro amurallado.[11] Sobre la colina Viminal, esa zona al noreste pertenecía a la *Regio VI* (uno de los doce distritos en que Augusto había dividido la ciudad), denominada *Alma Semita*. El espacio elegido se situaba entre las vías Nomentana y Collatina,[12] cerca de la

Porta Nomentana. Esta conectaba con el camino exterior de ronda de los *castra* mediante dos vías secundarias, mientras que, algo más alejada hacia el sur, se encontraba la puerta Viminalis. Esta permitía un acceso mucho más directo y rápido hacia la residencia imperial, mediante el camino del *Argiletum* que conectaba con la colina Palatina atravesando los foros imperiales, por lo que debió de ser muy frecuentada por los pretorianos. No era la única opción, desde esa misma entrada el *Vicus Collis Viminalis* atravesaba la colina Viminal y enlazaba con el *Vicus Patricius* hasta ese mismo lugar. Su ubicación no se había elegido al azar, y contaba con accesos apropiados no solo hacia el Palatino, sino a cualquier punto de la ciudad donde sus servicios fueran requeridos.

Aunque estamos lejos de concluir las excavaciones de los *castra* (en parte debido a que, actualmente, la zona sigue siendo considerada de uso militar), sabemos que su estructura y dimensiones respetaban las reglas básicas de los campamentos romanos. No solo contaba con la ventaja táctica de situarse en una de las zonas más elevadas de la ciudad (60 metros sobre el nivel del mar), algo importante en caso de asedio, sino que desde sus murallas era fácil vigilar tanto el interior de la urbe como las vías de acceso que la alcanzaban desde el este y noreste.[13] Tiene una superficie de 440 por 380 metros (167.200 metros cuadrados), con una mínima inclinación noreste-sureste y 20 torres defensivas situadas a intervalos regulares. El diseño aparentaba una planta rectangular, aunque el encuentro entre los muros sur y este se producía en ángulo obtuso. Ello evidenciaba una forma irregular que sus esquinas redondeadas para facilitar la defensa no conseguían ocultar.

Sus murallas de ladrillos romboidales fijados por un núcleo de «hormigón romano» (el *opus caementicium* o mortero compuesto de pequeñas piedras o cascotes unidos con cal, arena y agua) y reforzados con toba (tipo de roca caliza) seguían la técnica del *opus reticulatum*, alcanzando los 4,20 metros (3 metros hasta el parapeto defensivo y 1,20 adicionales de las almenas) y 2,10 de espesor. Dicho espacio se dividía en dos alturas; la planta inferior se coronaba con una bóveda de cañón sobre la que discurría el camino de ronda de la muralla, protegido por numerosos parapetos. Ello permitía aprovechar ese espacio interior para habilitar

necesarios alojamientos adicionales para la tropa, disponiéndose en todo el perímetro hasta 347 estancias, cada una asignada a un contubernio.[14]

Varias pilastras con troneras se situaron en algunos tramos de la muralla, así como en las esquinas noreste y suroeste para incrementar la solidez en aquellos sectores más propensos a ataques. Arcos de descarga de ladrillo sobre cimientos del mismo material y reforzados con piedra de toba ayudan a distribuir mejor el peso de la estructura en ese mismo tramo noreste. La vigilancia de la muralla era básica para garantizar la seguridad, habilitando sendos caminos de ronda que seguían el perímetro interior y exterior de la muralla, este último en lugar del típico foso defensivo, estableciéndose turnos de guardia en apoyo de los compañeros que hacían lo propio en las torres y el parapeto.

Dos grandes avenidas interiores se cruzaban en su interior y delimitaban el espacio. El *Cardus Maximus* (norte-sur) conectaba sus márgenes más extensos y desembocaba en las puertas de entrada situadas en el centro de cada uno de ellos (*Porta Principalis Dextra*, al sur y *Porta Principalis Sinistra* al norte), aunque se encontraba más cerca del lado norte (190 metros) que del sur (250 metros), por lo que dividía el recinto en dos partes asimétricas. El *Decumanus Maximus* (este-oeste) unía las otras dos puertas de los márgenes más estrechos (*Porta Decumana*, al este y *Porta Praetoria*, al oeste, la puerta principal conectada directamente con la ciudad) con el *Praetorium*, que debía situarse en el centro de la planta (aunque no se ha localizado). Todos los accesos imitaban arcos triunfales, defendidos por sendas torres. Se realizaron con ladrillo y su vano, de 4,45 metros, quedaba enmarcado por dos pilastras, dos paracarros de mármol y otras tantas torres falsas para aportar monumentalidad. Adicionalmente, existía una poterna (puerta secundaria) junto al ángulo noroeste del muro, que conectaba con la calzada exterior.

Gran parte del espacio interior estaba destinado a edificios de barracones (algunos conservados) dispuestos en tres sectores que corrían paralelos a la muralla norte. Tradicionalmente este apartado ha generado un enorme debate acerca de si estos fueron capaces de albergar las sucesivas ampliaciones en sus efectivos que las cohortes experimentaron a lo largo de su historia. Inicialmente suponían un número suficiente para un contingente

de entre 5.000 y 6.000 soldados, incluyendo a los urbanicianos, aunque en época de Caracalla, los pretorianos alcanzaron los 15.000 efectivos, a los que añadir los establos necesarios para las monturas de los *equites* y la unidad de *statores Augusti* (cinco centurias). Una cantidad enorme, si tenemos en cuenta que en este momento las cuatro cohortes urbanas ya habían sido reubicadas en un campamento propio (Castra Urbana), por lo que sorprende que ningún emperador decidiera ampliar el tamaño original de los *castra* para resolver definitivamente el problema.[15]

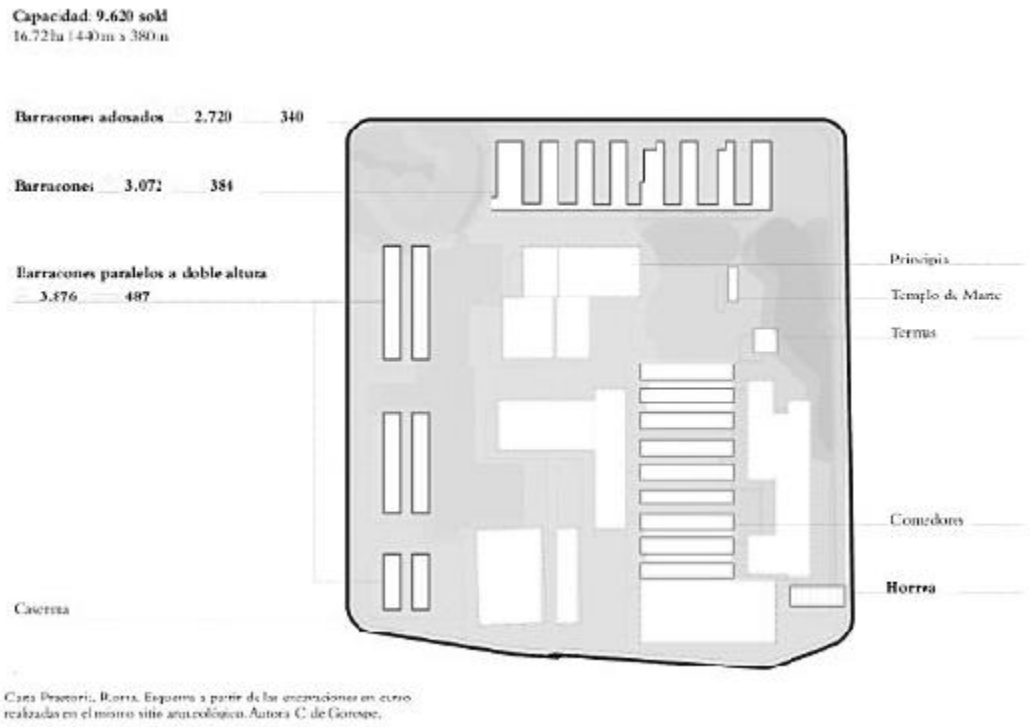
Las sucesivas reformas que sufriría el campamento nunca afectaron a los barracones, que únicamente se ampliaron en número mientras existió espacio disponible, por lo que ya desde el siglo II se permitía que los soldados que lo desearan (quizá aquellos con mayores ingresos) costearan su propio alojamiento particular en la ciudad.[16] Por su parte, aunque la mayoría de los prefectos del pretorio prefirieron acomodarse en la residencia imperial, no solo por los lujos que allí disfrutaban sino para estar más cerca del emperador, los tribunos pretorianos contaban con espacios propios y más lujosos dentro del campamento (*domus*), que incluían altares destinados al culto.[17] No obstante, dado que estas estructuras aún no se han localizado en el registro arqueológico, algunos autores opinan que incluso ellos habrían preferido ubicarse en la capital, lo que habría posibilitado emplear esa área para nuevos barracones.[18] Es posible, aunque se hace difícil pensar que no existiera una zona dedicada al alto mando, dado que los prefectos y tribunos desempeñaron allí parte de su labor, incluso acogiendo al propio emperador entre sus muros. Por ello, una revisión de las dimensiones de los barracones pueda revelar una mayor capacidad de la que pensamos, permitiendo suponer que en su interior había tales residencias o instalaciones básicas como un hospital (*valetudinarium*).

La mayoría de los 30 bloques destinados a estancias de la tropa muestran características similares, con un solo piso y capacidad para albergar 1.020 contubernios (8.160 soldados). En el sector sureste existieron cuatro edificios de menores dimensiones que permitían alojar a 816 hombres adicionales. Por su parte, bloques de dos plantas, únicos en la arquitectura militar romana, ofrecían 208 nuevas estancias (1.664 soldados). Estos se estructuraban en dos filas separadas por una calle de 8,5 metros, y

serían ampliados más tarde. Los originales contaban con muros de 67 centímetros formando estancias de 19,6 metros cuadrados pero, a partir del siglo III los nuevos se reducirían a 17,5 metros cuadrados y muros de 80 centímetros con escaleras de dos tramos dispuestas a intervalos para conectar ambas plantas. Su sumamos estas instalaciones a las 374 celdas habilitadas junto a las murallas (2.776 hombres), logramos una capacidad total de 13.416 soldados. Todo ello, si nos abstenemos de pensar que algunos de estos edificios contarían con instalaciones simétricas que aún no se han localizado. Por otro lado es una estructura muy habitual. Así la disponibilidad aumentaría hasta 15.000. De este modo, las ampliaciones de estos edificios habrían solventado el problema, incluso en los periodos de mayor incremento en los efectivos del pretorio, siempre sin olvidar que una cohorte rotativa estaba permanentemente localizada en la residencia imperial. Sin embargo, no podemos descartar fácilmente que dichas ampliaciones hubieran necesitado eliminar instalaciones no esenciales, como el *Praetorium*, *domus*, etc. para convertirlo en espacio útil. En este caso nunca habría sido realmente necesario incrementar las dimensiones de los *castra*, aun a coste de que los soldados se sintieran bastante apretados por momentos.

Con el tiempo, los muros interiores de dichas estancias se recubrieron de estuco para pintarlas con escenas decorativas, igual que ocurriría con el pavimento, con mosaicos creados mediante el sistema constructivo del *opus spicatum* (espina de pescado). Incluso se han localizado restos de varios tableros para juegos de azar (*tabulae lusoriae*), inscritos en el pavimento, a los que los soldados eran muy aficionados. Los lienzos más elaborados se encuentran en las estancias de los oficiales,[19] mostrando temas animalísticos, bucólicos, paisajísticos o escenas de la vida cotidiana quizá elaboradas por artesanos especialistas como los *tectores*. Uno de los más destacados muestra una pantera junto a dos domadores/cuidadores que interactúan con ella. Está fechado a mediados del siglo II gracias a una inscripción que conmemora el bicentenario del reinado de Antonino Pío (*vicennalia*). Es posible que los *castra* albergaran unas pequeñas termas en su interior, pues se han localizado varias piscinas numeradas igual que las propias cohortes y también decoradas con mosaicos. Según Flavio Josefo,

cuando un preso importante llamado Vibuleno Agripa estuvo retenido en los *castra* se le permitió hacer sus necesidades en el exterior,[20] aunque esta posibilidad supondría un importante inconveniente para una tropa tan numerosa que tendría que salir constantemente para este tipo de actividad, por lo que los motivos para tal acción debieron de ser otros.



Por su estructura, una sección de la esquina sureste del campamento pudo estar destinada a los hornos (*horrea*) y el resto de las instalaciones empleadas para preparar y disfrutar del rancho diario, aunque parece más adecuada para actuar como arsenal (*armamentarium*).[21] Se trataba de un gran edificio de 816 metros cuadrados en parte subterráneo, erigido con ladrillos y pequeñas piedras labradas (sillarejo que los romanos denominaban *opus vittatum mixtum*). Estaba dividido en ocho estancias abiertas al norte, pavimentadas en *opus signimun* (un tipo de cemento elaborado con trozos de cerámica o tejas y cal) y precedidas de un deambulatorio. Junto a esta construcción existían otros edificios que solo conocemos en planta. Uno de ellos alcanzaba 21 metros de ancho, con un

pórtico que daba acceso a varias estancias, aunque desconocemos su función. En su extremo oriental se encontraba un depósito de agua rectangular realizado mediante *opus caementicium*.

En el centro del campamento debió de existir un espacio para el *principia* (cuartel general), en el cruce entre la Vía Praetoria y la Vía Decumana. Al menos eso era lo habitual, ya que no han sobrevivido restos de la estructura. Entre sus murallas se colocaron otras instalaciones como la capilla donde se custodiaban los estandartes de las cohortes (*signum*), aunque algunos de ellos se depositaban en el templo consagrado al dios Marte, donde también tenían lugar los ritos del culto al emperador. En los sótanos se encontraba el depósito donde los soldados guardaban sus ahorros (*aerarium*), a cargo de los *signiferii* o portaestandartes de las cohortes. Los *castra* albergaban también un edificio destinado a los *speculatores* (*schola*), una cárcel, varios pequeños altares (*aedicula*) y unos tribunales que juzgaban causas relacionadas con la unidad o asuntos de especial importancia. Sin embargo, no hemos podido localizar aún los restos de tales estructuras, aunque las fuentes aseguran su existencia. Es posible que los restos de ocho edificios contiguos descubiertos en ese mismo sector estén relacionados con ello. Con unas dimensiones totales de 920 metros cuadrados y orientados de este a oeste, formaban estancias dobles de las que solo se han conservado los cimientos y parte del alzado. Están realizadas con ladrillos y pequeñas piedras labradas o directamente en sillarejo (*opus vittatum*). Algunas de ellas han conservado restos de mosaicos con motivos geométricos mediante teselas blancas y negras. Al este y oeste de estas edificaciones existieron otros edificios, aunque sus escasos restos impiden saber más. Durante las obras realizadas entre 1983 y 1985 para la actual estación de metro (Castro Pretorio) se descubrieron dos largos edificios rectangulares y paralelos organizados en estancias, así como un tercero similar que desembocaba en una sala de 114 metros cuadrados con un ábside.

Como podemos imaginar, la necesidad de espacio obligaba a que los *castra* no acogieran todas las instalaciones necesarias en su interior. En el espacio entre la Muralla Serviana de la ciudad y el muro occidental del campamento se situaba el *campus*, al que se accedía desde la *Porta*

Praetoria. Su límite meridional quedaba enmarcado por la calzada que conectaba la *Porta Viminalis* con la *Porta Inter Aggeres* de Roma, mientras que el septentrional alcanzaba la Vía Nomentana y el camino que comunicaba la Muralla Serviana con el ángulo noroeste de los *castra*. Durante la edificación de los *castra* se habilitó para labores de construcción y después se aprovechó para el entrenamiento y adiestramiento al aire libre de pretorianos y urbanicianos, así como para desfiles o paradas militares en momentos especiales,[22] discursos del emperador a sus soldados y pases de revista.[23] A pesar de su relación con los *castra*, era un lugar público en su mayor parte, que podían emplear tanto los soldados como los ciudadanos. A mediados del siglo I se ubicó allí un enorme almacén destinado a albergar las ánforas que debían rellenar el foso de la Muralla Serviana.[24] Contaba con espacios lúdicos cubiertos de pórticos columnados, los restos de un acueducto, una platea (área inferior de un teatro donde se ubicaba el público), unas letrinas de planta rectangular y unas termas decoradas con mosaicos en el pavimento.

El único ámbito exclusivamente militar eran los 150 metros más cercanos a los *castra*, donde se han localizado diversos espacios religiosos como un templo, varios altares para varios dioses, deidades (como los *dii campestres*, tutelares de los campos de entrenamiento)[25] o el culto al emperador; así como varios monumentos conmemorativos. No olvidemos el área limítrofe al campamento que debía mantenerse despejada como camino de ronda utilizado por los centinelas. Existía al sur una construcción rectangular anexa, el *vivarium*. Desconocemos cuándo se construyó, quizá a partir del siglo III,[26] pero estaba delimitado por un muro de piedra con acceso desde la *Porta Principalis Dextra*. Se utilizaba para albergar, cuidar y preparar a las bestias destinadas a los distintos espectáculos de Roma (*venationes*, etc.) y que custodiaban los soldados de los *castra* (cazadores, vigilantes, etc. a las órdenes del *custos vivarii* o «guardián del zoo»).

Si bien los *castra* y sus anexos se situaron fuera de las murallas para suavizar la oposición ciudadana, los pretorianos de guardia contaban con instalaciones específicas en la residencia imperial, y los *statores Augusti* actuaban en puestos (*stationes*) situados por toda la capital. El barrio del Esquilino, la Vía Latina, el tercer miliario de la Vía Apia, la villa de

Adriano en Tibur, la Escuela Imperial gladiatoria de Praeneste[27] o el *Horti Pinciorum[28]* se encontraban en algunos de ellos. Este último se refiere a la «colina de los jardines», propiedad del emperador cercana al Campo de Marte. El resto controlaban accesos y puntos de especial importancia que, en algunos casos, llegaron a formar pequeños *castra* con su propio *campus*.

Entre las instalaciones utilizadas por las cohortes, no podemos olvidar los campamentos levantados durante las campañas militares en las que tuvieron que intervenir como escolta del emperador y como unidad táctica. Los pretorianos contaban con ingenieros, arquitectos y otros muchos especialistas adiestrados para su construcción, aunque diversos motivos hicieron que nunca se dedicaran a esta tarea. Su principal acuartelamiento en Roma evitaba realizar esta tarea salvo en dichos casos, por otro lado poco frecuentes, por lo que no poseían la práctica de sus homólogos legionarios. Más importante aún, el emperador no podía alojarse en un campamento de ese tipo, necesitaba instalaciones y comodidades adicionales. Por ese motivo, la ruta que iba a seguir se preparaba con gran antelación, para elegir los lugares destinados a alojarlo, y a su llegada todo debía estar ya listo. Los pretorianos no podían adelantarse y abandonar la escolta del emperador para ello, ni hacerle esperar o debilitar su seguridad. Debían permanecer siempre a su lado, por lo que eran los legionarios quienes se encargaban de esta misión, tras ser informados previamente sobre los detalles.

Antes de que el propio emperador llegara al campamento todo estaba cuidadosamente preparado. Los prefectos y su soberano se alojarían en el Praetorium, con las tiendas de los pretorianos a su alrededor en el orden establecido según su graduación y condición.[29] Los privilegios que disfrutaban, con respecto al resto de efectivos militares, quedaban patentes en la mayor amplitud de sus tiendas. Sin embargo, no todos los pretorianos seguían a su soberano en campaña, sino solo aquellos que se estimaban necesarios en función las necesidades y peligros esperados, pues Roma no podía quedar sin vigilancia. Por lo general, la escolta se componía de cuatro cohortes, con todos los jinetes pretorianos (*equites*) estructurados como un ala de caballería (*alae*) y alojados junto a sus monturas. Los tribunos tenían

asignada su ubicación (llamada *scamnum*, junto a la Vía Principalis) y también recibían atenciones especiales derivadas de su rango.

Reformas

> Disolvió (Constantino) a los soldados pretorianos y demolió los fuertes que estos ocupaban...
>
> ZÓSIMO, *Nueva Historia*, II, 17, 2.

Durante casi tres siglos de historia, la estructura original de los *castra* no solo sufrió los necesarios trabajos de mantenimiento (como la reparación de su sistema de tuberías en 175), sino diversas modificaciones y ampliaciones que se unirían a la reconstrucción de los daños sufridos tras varios enfrentamientos. La primera de ellas se produciría poco después de su construcción y no respondía a un prematuro deterioro, sino quizá al intento de reforzar sus defensas aún más. Se levantaron nuevas almenas (*propugnaculum*), con grandes ladrillos de 66 centímetros, colocados sobre un revestimiento añadido de toba y ladrillo (*opus mixtum*) en filas alternas. Los *castra* permanecerían mucho tiempo con este aspecto, pues no se acometerían nuevas reformas hasta el reinado de Septimio Severo (193-211). Solo en época de Vespasiano (69) fue necesario reconstruir durante un año los desperfectos ocasionados cuando sus propios soldados lo atacaron para deshacerse de los pretorianos fieles a Vitelio.

Severo necesitaba acondicionarlo para sus nuevos pretorianos y los andamios no permanecerían mucho tiempo sin actividad, pues Caracalla (211-217) quiso elevar la altura de la muralla y mejorar el sistema de tuberías. Sabemos que el tribuno pretoriano de la VI cohorte construyó entre sus muros un altar dedicado a la *Fortuna Restitutrix Antoniniana*, en lo que podría ser una zona de baños asociada a los oficiales. Esta deidad estaba directamente relacionada con la restauración de edificios[30] y pudo conmemorar estas actuaciones.

Aún se llevarían a cabo nuevas reformas en cuanto a la mejora de la defensa, pues Maximino el Tracio (235-238) empleó el *opus mixtum* para la creación de varias nuevas torres con ventanas triples. Dos de ellas en el muro sur, además de otra adicional junto a las que ya existían en todos los accesos. Los motivos para ello se nos escapan, no tenemos noticia de ataques por parte de enemigos externos y, aunque había decidido acabar con la política permisiva de Alejandro Severo hacia los cristianos, es poco probable que estos se atrevieran a asaltar los *castra*. No podemos descartar algún otro tipo de disturbio en la ciudad, quizá durante los años finales de su reinado,[31] aunque tampoco que se tratara de una medida preventiva. La oposición del Senado a su nombramiento señalaba a los pretorianos como sus únicos aliados, y ayudaría que su cuartel fuera inexpugnable si la situación terminaba en un enfrentamiento armado. Poco después, los habituales choques entre los pretorianos y el pueblo romano alcanzaron su punto más álgido (238), obligando a una nueva reconstrucción de los sectores de las murallas más afectados por el asedio.

Un factor interesante en esta época tenía que ver con los constantes avances en el arte de la poliorcética. Nuevas máquinas de asedio y proyectiles más mortíferos requerían que la arquitectura defensiva se desarrollara con igual celeridad para estar a la altura. Aureliano tuvo que elevar todavía más la altura de la muralla por este motivo (270-275), esta vez dejando al descubierto sus cimientos hasta alcanzar los cinco metros que la igualaban con la Muralla Aureliana de la ciudad. Los *castra* quedarían parcialmente unidos a esta, por lo que la *Porta Principalis Sinistra* y la *Porta Decumana* fueron tapiadas, lo que ha permitido que se conserven hasta la actualidad. Del mismo modo, la parte interior del muro que conectaba con los barracones y las *merlaturas* de las almenas[32] se reforzaron para mejorar su resistencia ante posibles ataques.

No sería suficiente, Majencio temía a las tropas de Constantino y las murallas se alzaron aún más, hasta los 7,5 metros, sumando un nuevo rebaje de los cimientos a la ampliación de la parte superior y la adaptación de las almenas. Algunos de los merlones que, situados en ellas se aprovecharon para colocar estípites (columnas o pilastras troncopiramidales invertidas) que enmarcaban pequeñas ventanas en arco. Numerosas torres de ladrillo

reforzado se levantaron en el interior de la muralla,[33] habilitando sus accesos mediante enormes puertas en arco para facilitar la instalación de grandes máquinas de guerra. Sin embargo, estas últimas reformas apenas sobrevivieron a su impulsor, pues en 312 la disolución de las cohortes pretorianas supuso su destrucción.[34] Únicamente sobrevivieron aquellos muros y accesos que, tras las sucesivas remodelaciones, se habían integrado en la Muralla Aureliana (este, norte y sur) y todavía se levantan imponentes como recuerdo de los soldados de la elite romana que albergaron y protegieron.

Lo que quedó de sus instalaciones solo sería rehabilitado en parte durante la Edad Media, aprovechado como posición fortificada por las facciones en lucha, dándole el nuevo nombre de *Castra Custodiae*. El mortero que ocultaban los ladrillos exteriores de las murallas ya era visible desde comienzos del siglo V, mostrando su abandono. Sin embargo, parte de su estructura se resistía a ser olvidada, pero lo que el tiempo no había logrado en un milenio se completaría en época renacentista, cuando los escasos restos que aún se mantenían firmes de sus muros perimetrales fueron derribados. Fue finales del XIX cuando se iniciaron los primeros trabajos arqueológicos en el antiguo cuartel pretoriano, dirigidos por Rodolfo Lanciani (1845-1929). Sucesivas campañas han permitido rescatar no solo los escasos restos visibles, sino alcanzar su estrato fundacional. Paralelamente, obras públicas como la remodelación de las calles modernas o la apertura de la estación de metro cercana contribuyeron a localizar vestigios como parte del muro occidental. En la actualidad, dentro de su perímetro original se encuentra la Biblioteca Nacional Central de Roma (una de las dos con las que cuenta Italia, junto a la de Florencia), un Hospital Universitario, la sede del ANAI (protección civil), así como diversas instalaciones militares (salas de congresos, balneario, restaurante, etc.).

Un día en Roma

> Los unos (legionarios) increpaban al enemigo (pretorianos) llamándolo soldado cobarde, perezoso y corrompido por el circo y los teatros; los otros los motejaban de extranjeros y foráneos.
>
> TÁCITO, *Historias*, II, 21-22.

Capital del imperio. Las siete colinas desde donde se decidía el destino de millones de personas. Residencia de la elite, la ciudad más grande de la Antigüedad lo tenía todo, incluyendo placeres inimaginables si podías permitírtelos. Y los pretorianos podían. No importaban tus preferencias, ya fuera el juego, los espectáculos, las mujeres (o los hombres), la bebida o cualquier otra, pues estaba preparada para ofrecer más de lo que pudieras soñar. La posibilidad de disfrutar todo aquello siempre fue un elemento de crítica hacia los escoltas del emperador, y quizá no sin cierta razón, pues pocos soldados con dinero en sus bolsas estarían dispuestos a sufrir privaciones. Comerciantes, proxenetas, taberneros, todos sabían que los soldados de la ciudad eran bien recompensados por su labor y podían convertirse en sus mejores clientes, y les ofrecían todo tipo de servicios.

Moverse por sus calles y plazas no era sencillo si acababas de llegar, pues estas no contaban con indicador alguno. Sus habitantes las conocían muy bien y los extranjeros que las transitaban no tenían otra opción que preguntar la dirección de su destino si no contaban con un guía. Las anchas avenidas brillaban por su escasez, pues todo lo dominaban callejuelas (*vici*) o accesos aún más estrechos (*angiportus*)[35] hasta el punto de que dos vecinos de edificios enfrentados podían estrechar sus manos desde la ventana, lo que favorecía la delincuencia hacia viandantes despistados. La mayoría de las viviendas permitían el alojamiento en alquiler durante años, meses, semanas, días y, hasta horas, según la necesidad del cliente. Los pretorianos, gracias a los *castra* y antes al sistema del *hospitium*, estaban exentos de su elevado coste. No solo eso, la mayoría de las residencias más económicas se encontraban en barrios de incesante actividad, donde los ruidos podían hacerse insoportables. Desde el alba, cuando comenzaban las clases de los maestros (al aire libre), el ruido de sus voces se mezclaba con el de los cambistas, vendedores anunciando sus productos, gritos de niños, subastas de esclavos, fraguas de los herreros, etc. Por la noche la situación

no mejoraba, ya que muchos comerciantes, como los panaderos, comenzaban su actividad sin dar descanso a la jornada[36] mientras el tráfico rodado que les abastece de productos y materias primas resuena al prohibirse en otro momento para no entorpecer el transito diurno en las estrechas callejuelas. Muchos eran los enfermos por falta prolongada de sueño.[37] Es más, el peligro de incendio que suponían las *insulae* (bloques de pisos de hasta seis u ocho alturas) ante el poco sentido común de algunos de sus inquilinos obligó a Nerón a legislar sobre el uso del fuego en ellas y a Trajano a limitar su altura hasta los 18 metros (cinco plantas), para evitar su desplome debido a la precaria edificación. Sin duda, contar con un campamento ajeno a tales inconvenientes era, de por sí, un privilegio en esta ciudad.

Si buscabas algún producto, calles atestadas de tiendas y negocios al aire libre podían ofrecerte casi cualquier cosa, desde esclavos o armas fabricadas por los mejores artesanos hasta productos de uso diario. Tratándose de soldados a los que el pueblo temía más que admiraba, la delincuencia habitual que pugnaba por todas partes no les inquietaba. Ni siquiera la actuación de urbanicianos y vigiles pudo erradicar tales actividades y, por ello, las residencias de clase media-alta contaban con muros perimetrales sin ventanas y un único acceso custodiado las veinticuatro horas del día. No faltaban mosaicos de advertencia, como *cave canen* («cuidado con el perro»). La noche romana estaba plagada de ladrones y borrachos agresivos que obligaba poco menos que a hacer testamento si se pretendía salir a cenar.

Durante el día, eran muchas las actividades que un soldado de permiso podía realizar. Entre ellas, una obligatoria era la comida. En el campamento disponían del rancho diario que se descontaba de su salario, pero existían otras opciones si se buscaba huir de la rutina o celebrar algún acontecimiento con suculentos manjares. La dieta más habitual de los romanos incluía muchas verduras, queso, vino y/o cerveza. La carne, solo una o dos veces a la semana, igual que el pescado, y solo si se contaba con medios para disfrutarlos. El trigo era el alimento básico, y aquellos que lo recibían gratuitamente de la *annona* (como los pretorianos) o el resto de la población que lo adquiría a precios reducidos solían llevarlo a los molineros

para, a cambio de una parte, recogerlo en forma de pan, mientras que los más pobres lo ingerían simplemente hervido. En el siglo I un *modius* de trigo alcanzaba los 5 denarios, y con él se obtenían unas 20 hogazas de medio kilo aproximadamente, lo que bastaba para alimentar a una sola persona durante diez días. Algunos establecimientos ya ofrecían alimentos para llevar y no eran pocos los que, aprovechando la presencia de extranjeros o soldados foráneos (como los *germani*), ofrecían menús de sus regiones de origen.

Existían todo tipo de entretenimientos según los gustos y necesidades. Una de los más comunes eran los juegos gladiatorios en el Anfiteatro Flavio (Coliseo), donde presenciar *venationes* (luchas contra/entre animales salvajes traídos desde todos los rincones del mundo conocido) o luchas de gladiadores. Los emperadores acudían en fechas señaladas, siempre escoltados por sus soldados, organizados también para controlar a la multitud enfervorecida. Sin embargo, un soldado fuera de servicio podía acudir como espectador si disfrutaba con este sangriento espectáculo y siempre ocupando un lugar privilegiado en las gradas. Solían celebrarse una vez al mes, anunciados con carteles y pregoneros, momento en que no paraban de surgir debates sobre las posibilidades de uno u otro luchador, mientras las apuestas aumentaban por momentos. En algunas épocas, existieron combates de gladiadoras, luego abolidos, y en los entreactos se deleitaba al público con acróbatas, cómicos o bailarinas. Antes de comenzar, los gladiadores desfilaban para presentarse y lanzaban objetos sobre las gradas, que el público trataba de coger desesperadamente: formaban parte de un sorteo que podía consistir en una cena de gala gratuita o en la propiedad de una villa o un elefante. Estos espectáculos también se aprovechaban para realizar ejecuciones públicas (*noxii*), ya fuera peleando entre sí los sentenciados o mediante la *damnatio ad bestias*, donde los peores delincuentes (desertores, violadores, envenenadores, etc.) eran devorados por animales salvajes. Claudio hizo participar a 19.000 soldados y dos cohortes pretorianas en una *naumaquia* (espectáculo que simulaba una batalla naval), y sus tropas de elite actuaron en las cacerías y luchas gladiatorias celebradas en honor al aniversario de su ascenso al trono.[38] Este tipo de espectáculos se ofrecían ya desde época republicana,[39] pero

la actuación de los pretorianos no era habitual. En una ocasión, el propio prefecto del pretorio comandó a sus jinetes para enfrentarse a 400 osos y 300 leones, pues el emperador quería mostrar su capacidad y valor ante el pueblo romano.

Si se prefería un pasatiempo menos violento, aunque en ocasiones no estaban lejos de serlo, podían acudir a las carreras de carros disputadas en el Circo Máximo. Era el lugar favorito de los romanos, con capacidad para 200.000 espectadores. Los corredores se agrupaban en cuatro equipos: rojo, blanco, azul y verde, compitiendo con doce carros (carreras múltiples) o con cuatro carros (simples) a lo largo de siete vueltas. En este caso, el lugar que el pretoriano ocupara en la grada no estaba asignado y dependería de su habilidad para llegar temprano o abrirse paso entre la multitud. Para militares deseosos de entretenimientos más refinados existía el teatro, aunque nunca tuvo tanto auge debido a los frecuentes disturbios que se producían los días de representación. Se representaban obras griegas y romanas, aunque lo habitual de las primeras hacía bastante elitistas estos eventos, pues los miembros de las clases altas eran los únicos bilingües de la época. La mayoría de los soldados tendrían pocas opciones de entender algo, aunque contaban con alternativas como recitales poéticos, espectáculos de baile y hasta conciertos de flauta o lira.

Como cabría esperar, una de las opciones más habituales era la prostitución, y los romanos tenían en este sentido una gran variedad de opciones y tarifas que cubrían posibilidades casi inimaginables. Es más, una gran parte de los niños abandonados al nacer eran recogidos por grupos organizados para venderlos como esclavos y a las niñas como meretrices, obteniendo enormes beneficios. Por toda la ciudad se anunciaban mediante pintadas en las paredes de las *insulae*, donde se indicaban los servicios ofrecidos por alguna profesional o en algún lupanar. Muchas de estas mujeres esperaban a la salida de los espectáculos del circo o el anfiteatro, de templos e, incluso, cementerios (como las *bustuariae* o «vigilantes de tumbas») con la esperanza de encontrar clientes. Los romanos eran, si cabe, más desinhibidos que los propios griegos, y no dudaban en solicitarlos incluso en plena calle, apenas ocultos en las galerías de los edificios públicos. Con dinero las posibilidades de encontrar opciones más

exclusivas se incrementaban, y la clase alta solía inclinarse por las cortesanas llamadas *meretrices*, palabra de la que deriva la actual. En los numerosos burdeles actuaban las *lupae*, llamadas así por trabajar en lupanares («cubiles de lobo») por escasos denarios, otro apelativo que ha sobrevivido. El barrio de la Suburra era muy conocido por albergar muchos de estos establecimientos, donde la madame (*lena*) entregaba unas fichas que especificaban los servicios requeridos a cambio del dinero. Una vez dentro, cada cubículo contenía el nombre y la especialidad de su ocupante, aunque también albergaban hombres para dar satisfacción a todo tipo de gustos. Aquellas obligadas a ejercer en la misma calle también se dividían en categorías, las más agraciadas eran las *scorta erratica* («prostitutas callejeras»), frente a las más pobres o *diabolariae* («prostitutas de dos céntimos») que prácticamente actuaban como esclavas sexuales por su lamentable estatus. Los servicios que estas se veían obligadas a realizar habrían impresionado al mismísimo marqués de Sade o Christian Grey, apenas a cambio del equivalente a una hogaza de pan. Por su parte, las romanas trataban de actuar más respetablemente, aunque no dudaban en buscar los mismos servicios a través de gladiadores, esclavos u otros que, por no tratarse de profesionales, estaban exentos de pagar los impuestos que el Estado había establecido a estas prácticas. Entre los amantes escogidos no faltarían pretorianos, *singulares* y, sin duda, los robustos germanos de la escolta real.

Sin embargo, no todas las opciones se centraban en el juego, el espectáculo o los placeres más básicos. Para los bebedores existían cientos de tabernas en todos los barrios de la ciudad, donde encontrarían vino y cerveza de distinta calidad y precio. Los apasionados del juego podían realizarlo en multitud de locales habilitados e, incluso, en las mismas calles. Otros más inquietos espiritualmente podían visitar los grandes templos religiosos, como el de Júpiter Capitolino o los que poblaban el Foro. Un simple paseo por los foros imperiales no era una mala alternativa, lo mismo que disfrutar de un buen baño en las termas (como las de Caracalla o los baños de Agripa en el Campo de Marte) seguido de un masaje que aliviaba los rigores del entrenamiento. Aquellos emprendedores incluso podían invertir su elevado salario en patrocinar todo tipo de negocios o

establecimientos que les ayudaran no solo a incrementar los beneficios, sino a proporcionarles una alternativa laboral tras su licenciamiento. No obstante, tales entretenimientos obligaban a salir del campamento, algo que a los oficiales y al emperador no les complacía demasiado, por los problemas que podían generar entre la población civil. Para tratar de evitarlo, se ofrecían distracciones alternativas dentro de las instalaciones, como pantomimas y otras obras de teatro donde actores y actrices actuaban con ropas muy ligeras[40] espectáculos gladiatorios o combates de lucha libre entre soldados.

[1] Suetonio, *Augusto*, 4, 1-2.

[2] Durry (1968), 43, nota 2; Passerini (1939), 49, nota 1.

[3]*Ibid.* (1968), 44. Keppie, (1996), 115.

[4]Ceñal (2008) 59; Keppie (1996), 170.

[5]Dessau (1924), vol. 1, 257; Cagnat (1907), 632.

[6] Tácito, *Anales*, IV, 2, 1.

[7] Suetonio, *Tiberio*, XXXVII, 1-2.

[8]Tácito, *Anales* IV, 2.

[9] Durry (1968), 45; Passerini (1939), 50, notas 1 y 2.

[10] Aurelio Víctor, II, 4. Tácito, *Anales*, IV, 2, 1-3.

[11] Plinio, III, 67; Suetonio, *Nerón*, 48.

[12] Cagnat (1907), 80.

[13]Platner (1929), 106. Ceñal (2008), 59; Keppie (1996), 176.

[14]Durry (1968), 53.

[15]Kennedy (1978), 287.

[16] Juvenal, *Sátiras*, X, 18-24.

[17] Tácito, *Historias*, III, 84.

[18] Bingham (1997), 272.

[19] Menéndez Argüín (2006), 64.

[20] Flavio Josefo, *A. J.* XVIII, 228.

[21] La Carta Arqueológica de Roma (Tabla III) lo identifica como granero, al igual que Caronna (1993, 253), aunque otros autores también defienden esta opción (Bingham, 1997, 273).

[22] Tácito, *Anales*, XII, 36, 2-3.

[23] Durry (1968), 56.

[24] Dressel (1879), 194.

[25] Le Bohec (2001), 96.

[26] Ceñal (2008), 186.

[27] Tácito, *Anales*, XV, 46, 1.

[28] Lanciani (1988), 148.

[29]Pseudo-Hygino, *Sobre la fortificación de los campamentos*, 6-10.

[30]Durry (1968), 49.

[31]Richmond (1927), 17.

[32]Lugli (1934), 184.

[33]Menéndez Argüín, (2006), 62.
[34] Zósimo, II, 17, 2.
[35] Angela (2009), 103.
[36] Marcial, *Epigramas*, XII, 57.
[37] Juvenal, *Sátiras*, III, 232; 236-238.
[38] Suetonio, *Claudio*, 21, 3-4.
[39]*Ibid.*, *Caesar* 39.2; Dión Casio, XLIII, 23, 4-5.
[40] Matyszack (2010), 126.

IV. MIS COMPAÑEROS/MIS HERMANOS

Cohortes urbanas

> Una vez (un joven) solicitó entrar a la milicia, Adriano dijo: «¿Dónde quieres militar?». Aquel dijo: «En el pretorio». Adriano le interrogó: «¿Cuanta estatura tienes?». Dijo aquel: «Cinco pies y medio» (1,65 cm.). Adriano dijo: «Entretanto (entrarás) en la milicia urbana, y, si fueres buen soldado, al tercer estipendio podrás pasar el pretorio».
>
> DOSITEO, *Sentencias de Adriano*, 2.

Las cohortes urbanas siempre estuvieron estrechamente relacionadas con los pretorianos. Es posible que, incluso, las primeras creadas por Augusto se nutrieran con antiguos pretorianos que habrían ejercido sus funciones hasta ese momento en la capital y otras poblaciones. Sin embargo, la tensión generada entre el pueblo y estos militares había comenzado a causar tumultos que el emperador quiso disipar no solo con su creación, sino entregando su control al Senado. Su principal labor consistía en velar por la seguridad de la ciudad y sus ciudadanos al estilo de la actual policía, aunque normalmente solo actuaran durante el día. Adicionalmente, supervisaban espectáculos, festivales religiosos y cualquier otro tipo de actos que implicaran grandes aglomeraciones, colaborando también con los vigiles en la extinción de incendios. Incluso, su carácter militar les hizo actuar como soldados en el frente si era necesario. Paralelamente, si el emperador estaba presente en alguno de esos actos, eran los pretorianos y los *germani*, más tarde sustituidos por los singulares, los encargados de escoltarlo en colaboración con los urbanicianos. Es más, algunos autores sostienen que los pretorianos se habrían encargado de la seguridad general en tales eventos hasta mediados del siglo I, dedicándose las cohortes urbanas a patrullar las calles para evitar el incremento en los robos a domicilios que se producían cuando los propietarios los abandonaban para acudir a ellos.[1]

Con una población cercana al millón de habitantes (además del incremento que suponían los visitantes en días de celebraciones, por lo demás objetivo prioritario para los ladrones), Roma contaba con 90 días al año de festividades que obligarían a incrementar las filas urbanas con el tiempo. Desde 13 a. C. estaban formadas por tres cohortes[2] que, hasta la construcción de los *Castra Praetoria* que les alojarían junto a los pretorianos, estaban asentados en la capital bajo el sistema del *hospitium*. Cuando Tiberio decidió estacionarlos (23) en su nuevo campamento permanente, convirtió la idea original de Augusto en meramente propagandística pues, en la práctica, quedaban encuadrados dentro del pretorio. Prueba de ello es que las tres cohortes urbanas se numeraban a continuación de las nueve pretorianas (X, XI, XII).

Su sistema de promoción y estructura de mando reflejaban esa misma condición. Cada cohorte estaba estructurada al estilo militar, en centurias comandadas por sus respectivos centuriones urbanos y a cargo de un tribuno. No obstante, si eran enviadas al frente quedaban bajo el mando de un tribuno pretoriano, al entenderse que contaban con mayor experiencia militar. Durante el siglo I su máximo responsable fue el *Praefectus Urbi* (prefecto de la ciudad). Este era elegido por el propio emperador entre los senadores, aunque en el siglo II su escasa autoridad real terminó por liberar a esta magistratura de la administración de los urbanicianos y quedaron ya directamente en manos del prefecto del pretorio. El mando sobre estas tropas, que originalmente estuvo en manos del emperador, volvería a ellas en muy poco tiempo. Las fuentes nunca mencionaron la existencia de equites entre sus filas, aunque se ha localizado una inscripción realizada por un jinete urbano en Cartago.[3] Lamentablemente, no podemos afirmar si actuaron, al menos, fuera de Roma o se trata de una excepción.

Del mismo modo, si un urbaniciano realizaba una excelente labor durante los tres primeros años de servicio, podía ser ascendido a pretoriano. Ningún aspirante a centurión pretoriano podría serlo sin antes haber ocupado temporalmente ese puesto entre los urbanicianos, y antes en los vigiles, como parte de su formación, alcanzando así el grado de *trecenarius*. Similarmente, los centuriones pretorianos que habían logrado el grado de *primus pilus* y querían ascender a tribunos del pretorio, a veces debían

ejercer antes el tribunado con los vigiles y después con los urbanicianos. En cada centuria existía también un *beneficiarius* que actuaba normalmente en labores administrativas. Finalmente, los urbanicianos licenciados tenían la posibilidad de reengancharse como *evocatus* y hasta sabemos que el emperador Pertinax fue proclamado por los pretorianos cuando servía como prefecto urbano.

No obstante, aunque en origen el salario (*stipendio*) de ambos contingentes estaba equiparado, en algún momento entre los años 6 y 14 Augusto duplicó únicamente el salario de los pretorianos (hasta los 750 denarios frente a los 375 de los urbanicianos), quedando así establecida tal distinción que se ratificaría en su testamento[4] (otorgando 1.000 y 500 sestercios respectivamente). Así, entendiendo que su rango y obligaciones no eran tan importantes como las del pretorio, su estipendio fue inferior y no solían participar en los donativos que los emperadores entregaban a aquellos para asegurar su lealtad. En el año 83 Domiciano lo elevaría a 500 denarios y Caracalla contribuiría hasta alcanzar los 1.250 denarios a comienzos del siglo II. A pesar de ello, no podían quejarse con ligereza, pues siempre recibieron más que cualquier legionario del ejército regular. Por su parte, los tribunos urbanos alcanzaban los 25.000 denarios anuales, algo menos que sus homólogos pretorianos, pero superior al de los tribunos de los vigiles. En cualquier caso, el tiempo de servicio obligatorio también era mayor que el de los pretorianos, hasta los veinte años.

En varias ocasiones, el incremento en el número de cohortes pretorianas decretado por algunos emperadores tuvo reflejo en los urbanicianos. Calígula formó una cuarta cohorte urbana (la XIII) y Claudio las incrementó a siete (XIV-XVI) hasta los 3.500 efectivos. Poco después, Vitelio ordenó que volvieran a ser solo cuatro, pero integradas no por 500 soldados (cohortes quinquenarias), sino por 1.000 (miliarias), lo que en la práctica generaba la existencia de 4.000 urbanicianos. Su labor pronto mostraría una evidente utilidad y algunas de sus unidades se estacionaron en ciudades importantes, tanto en la península itálica como en las provincias. A partir del siglo II la XII cohorte se envió Lyon, la XIII a Cartago y otras fueron situadas en Ostia y otros lugares.

Quizá por ese incremento de sus efectivos y por la necesidad de obtener más espacio en los *Castra Praetoria* para albergar un número constantemente elevado de pretorianos, en 182 Cómodo decidió otorgarles un campamento propio en la ciudad, los *Castra Urbana*, situado cerca del Campo de Marte (*Regio VII* de Roma). Poco después, las reformas iniciadas por Septimio Severo en el pretorio también alcanzaron a los urbanicianos, aumentando les efectivos de cada cohorte hasta los 1.500 (6.000 soldados en total). Casi un siglo más tarde (312), cuando Constantino decidió disolver el pretorio y otras unidades militares estacionadas en la capital, no hizo lo mismo con las cohortes urbanas. Sin duda su sustitución planteaba muchos más problemas, y habría dejado la capital del imperio sin control. Por ese motivo permanecieron activas hasta 360, nuevamente a cargo del prefecto urbano, dada la desaparición de su homólogo pretoriano, aunque entre 317 y 337 quedaron brevemente bajo el mando de un tribuno urbano. [5]

Como curiosidad, se conocen varios casos (11) de soldados hispanos entre los urbanicianos a través de interesantes inscripciones. Su existencia se circunscribe al siglo II y fueron reclutados durante los gobiernos de Adriano y Cómodo. Provenían de: *Calagurris* (Calahorra), *Ebora* (Junto a Sanlúcar de Barrameda), *Emerita* (Mérida), *Norba* (Cáceres), *Olisipo* (Lisboa, Portugal) y *Myrtilis* (Mértola, Portugal). No obstante, solo uno de ellos sirvió en la capital romana (de Calahorra), sirviendo el resto en el Norte de África (Cartago).[6] Es llamativo que, antes de que Octaviano sustituyera su escolta personal por soldados germanos tras la batalla de Actium, estos eran de origen calagurritano.[7]

Vigiles

> Reuniendo (Sejano) en un único campamento las distintas cohortes que habían estado separadas y distinguiéndolas de otras como aquellas de los *vigiles.*
>
> DIÓN CASIO, *Historia romana*, LVII, 19, 6.

No eran soldados del pretorio, ni siquiera estaban acantonados en su campamento, pero Roma contaba con otra unidad militar muy relacionada con ellos, los también conocidos como *vigiles urbaniciani*. Ya conocemos algunas de sus conexiones, las cuales alcanzan incluso a su función principal. Augusto fundó las cohortes de vigiles el año 6, encomendándoles la vigilancia y orden en las calles durante las horas de «vigilia» (noche), así como la extinción de incendios, por otro lado muy frecuentes en Roma. Estos llegaban a alcanzar aproximadamente un centenar al día,[8] lo que demuestra su importancia. Su creación, y la de los urbanicianos, mostraba el compromiso del emperador con la seguridad de la población y no solo con la suya propia a través de los pretorianos o los *germani corporis custodes*.

Existieron siete cohortes quinquenarias de vigiles en Roma, cada una repartiendo sus siete centurias (560 efectivos) entre los dos distritos que se le asignaban de los catorce en que Augusto había dividido la ciudad, mediante puestos de vigilancia y almacenamiento de utensilios (*excubitorium*).[9] Su número total era de 3.920 soldados, bastante escaso para tan intensa actividad. Cada centuria contaba con su propio centurión y cada cohorte con un *imaginifer* (portador del retrato del soberano y muestra de su devoción al culto imperial). Los tribunos de las cohortes disfrutaban un salario de 20.000 denarios anuales, inferior a sus contrapartes pretorianos y urbanicianos. Lo mismo sucedía con los vigiles, quienes, a principios del siglo I percibían menos de la mitad del salario de los urbanicianos (unos 150 denarios anuales frente a 375). Su oficial superior era el prefecto de los vigiles (*Preafectus Vigilum*), a veces ayudado por un subprefecto. Esta estructura se mantuvo hasta Septimio Severo (193-211), quien decidió incrementar también sus efectivos haciendo las cohortes miliarias (7.000 soldados). La medida respondía a una necesidad básica, si los pretorianos debían ayudar a proteger las fronteras del imperio, había que elevar el resto de tropas en la ciudad para cubrir sus funciones junto a los urbanicianos.

El constante crecimiento de la población había generado hacinamiento en determinados sectores de la ciudad, lo que podía incrementar los altercados, y la mayoría de las viviendas residenciales (*insulae*) se

construían sin apenas separación, generando calles estrechas y utilizando casi únicamente madera, una combinación peligrosa. Hasta su aparición, sabemos que los pretorianos tuvieron que hacerse cargo de esas tareas, como sucedió en Roma o en Ostia (15), colaborando con ellos en los incendios más graves, gracias a mayor experiencia. Estos llegaban a producirse diariamente, por lo que los vigiles contaban con especialistas artilleros (*ballistarius*), que manejaban maquinaria de guerra con la que demoler edificios a modo de cortafuegos. En época de Tiberio los vigiles no consiguieron controlar un enorme incendio, hasta que Sejano ordenó a los pretorianos que los ayudaran con éxito. Esta acción demuestra la autoridad del prefecto del pretorio sobre los vigiles.

La labor de extinción requería de una total coordinación y asignación de roles para mejorar el tiempo de reacción y las posibilidades de éxito. El *sifonarius* se encargaba de controlar y accionar las bombas de agua que se desplazaban al lugar, apoyado por el *aquarius* que supervisaba su suministro, aunque su potencia era insuficiente para alcanzar las viviendas más elevadas, y menos aún podían hacerlo las líneas de personas que pasaban cubos con agua (*amae*) para colaborar. Por ello los *ballistarius* se centraban en determinar su propagación para actuar, ayudados por los *uncinarius*, que manejaban ganchos especiales para el desescombro, y los *falciarius* con sus hoces. Si en los edificios había personas atrapadas, los *emitularius* pudieron encargarse de colocar colchones (*emitula*) para que escaparan saltando hacia ellos, y se colocaban escalas (*scalae*), aunque con poca efectividad al no alcanzar demasiada altura. Los *centonarius* trataban de extinguir las llamas aplicando directamente piezas de tejido (*centones*) cubiertas de vinagre mediante largos postes de madera. Por ese motivo, y dado que la mayor parte de estos edificios eran viviendas de alquiler, siempre era recomendable arrendar el primer o segundo piso como máximo, aunque eran los más caros.

Consciente de su crucial labor y sin otros efectivos para esta misión, Claudio instaló cohortes de vigiles en los puertos vitales para el abastecimiento de la capital, Puzzoli y Ostia. Mantener la seguridad no era tarea fácil, y menos lo era controlar incendios a veces más peligrosos que la peor de las batallas. Sin embargo, ostentaban el rango más bajo entre los

soldados de la ciudad, de manera que ni su uniformidad o actitud les identificaban como militares al uso. Al contrario de lo que sucedía con los pretorianos o los urbanicianos, los libertos podían ingresar en sus filas. Como reconocimiento a su labor recibían la ciudadanía romana plena transcurridos de tres a seis años de servicio, además de su correspondiente salario, privilegios, etc., por lo que los requisitos de ingreso eran mucho menos exigentes. No sería hasta el gobierno de Gordiano III (238-244) cuando los vigiles alcanzarían realmente la consideración de fuerza militar, al integrarse plenamente en el pretorio, creándose el cargo de *curator*, inferior al subprefecto.

A pesar de ello, en el siglo II un vigil con siete años de servicio (para asegurar que fuera ciudadano) podía tratar de ingresar en el pretorio. Cuando Otón permitió que sus pretorianos eligieran al que sería su prefecto, estos pidieron a un antiguo vigil para el cargo, Plocio Firmo. Incluso, aunque su labor no era estrictamente militar, a veces actuaron como tales. Didio Juliano armó a sus vigiles cuando temía que el resto de sus tropas en la capital no fueran suficientes para evitar que Septimio Severo le sustituyera (193). Del mismo modo, estos podían también reengancharse como *evocatus* una vez acabadas sus obligaciones.

Muy pronto los pretorianos habían sido favorecidos al recibir el grano para su manutención gratuitamente de la annona militar, mientras que urbanicianos y vigiles solo consiguieron un precio más reducido del habitual. Aun así, era un privilegio que incluso conservaban una vez licenciados, pues a los soldados regulares y auxiliares del ejército se les descontaba de su salario el coste normal ya durante su servicio.

Si un pretoriano que había alcanzado el rango de *optio* (segundo del centurión) quería postularse a este puesto, antes debía ejercerlo un tiempo en las legiones, entre los vigiles y entre los urbanicianos (*trecenarius*) para ganar experiencia. Lo mismo sucedía con el centurión *primus pilus* en el pretorio o los tribunos de una legión que quisieran ascender a tribunos pretorianos, debiendo ejercer antes entre los vigiles (aunque no siempre) y los urbanicianos o los *equites singulares Augusti*.

Germani corporis custodes

> La ciudad entera había sido decorada con luces y guirnaldas, y grandes multitudes de gente podían ser vistos […] en todas partes había también soldados, ataviados con brillantes lorigas, sus armas y estandartes brillando como el rayo.
>
> DIÓN CASIO, *Historia romana*, LXIII, 4.

La guardia germana era una unidad de infantería y caballería integrada por soldados bátavos, frisios y ubios (tribus de la región del Bajo Rin o Germania Inferior). Su origen se remonta al periodo tardorrepublicano, cuando Julio César los aceptó como escolta personal (52 a. C.). A su muerte, sus miembros se dividieron al servicio de Octaviano y Marco Antonio durante las guerras civiles. Instaurado el Principado, Augusto decidió institucionalizarlos y estacionarlos en la capital para continuar con su misión.[10] La confianza del emperador en ellos se debía, precisamente, a su origen extranjero.[11] Una guardia compuesta por soldados romanos podía ser tentada por cualquier conspirador con promesas de riqueza y poder que superaran su respeto al juramento. Los germanos no eran ciudadanos, nada tenían que ganar si les tentaban con altos cargos o poder que no podrían disfrutar y no podrían ofrecerles más oro del que ya recibían. Su situación solo podía empeorar si su benefactor perdía la vida, ya que podían perder la suya como castigo, y su devoción al juramento era famosa. Eran garantías de fidelidad que superaban las de los propios pretorianos.

Por ese motivo esta unidad no se integraba en el pretorio, y contaban con su propio cuartel en la ciudad cerca del Tíber (lugar poco saludable por los efluvios del río). Augusto quiso erigirlo lejos de los centros de poder del pueblo y el Senado para no fomentar más su reticencia, ya de por si elevada debido al acantonamiento pretoriano. Sin duda, su corpulencia y ferocidad como soldados causarían temor entre los civiles y muchos militares romanos. Actuaban también, pues, como elementos disuasorios. Muchos aspectos importantes para ser escogidos por el soberano. No solo eso, de complexión hercúlea y estatura superior a la normal, largos cabellos y pobladas barbas de colores rubio y pelirrojo, ello no les impedía ser

reconocidos como hábiles nadadores y grandes jinetes. Eran capaces de cruzar el Rin y el Nilo equipados con sus armas y monturas (del mismo modo que más tarde harían los *singulares* en el Danubio). La belleza física era una cualidad importante para su elección. Se han localizado inscripciones donde estos soldados lo mencionan como parte de los motivos que les permitieron ascender, pues tan imponentes figuras perfectamente uniformadas incrementaban la grandeza del hombre a quien servían.

Su estructura militar no es totalmente conocida. Posiblemente formaron entre cinco y diez centurias de 100 soldados a las órdenes de un decurión, entre infantería (80) y una turma de caballería (20). El número de efectivos alcanzaría los 500 o 1.000 soldados, según la época, aunque ya habrían llegado a ese rango superior con Calígula.[12] Las campañas de los Julio-Claudios supusieron su época de esplendor. Cuando el emperador se reunía con el líder enemigo para parlamentar, se hacía acompañar por el mejor, más fuerte, alto, joven y bello de estos (más tarde uno de los *singulares*), vistiéndolo con la mejor armadura, no para impresionarlo sino para mostrar su elevada dignidad.[13] Quizá por ello emperadores como Nerón asignaron pequeños contingentes de *germani* como escolta para los miembros de su familia. En principio la clase social de los elegidos no debía de ser determinante, aunque se conocen casos en que nobles germanos actuaron en esta unidad, como un príncipe de la tribu de los queruscos con Claudio, lo que le confería aún mayor vistosidad. En combate, formaban con a las *alae* de caballería romana, auxiliar y pretoriana, así como junto a los infantes pretorianos cerca del emperador.

Inicialmente, el origen de los candidatos pudo encontrarse entre los jinetes auxiliares que actuaban junto a las legiones del Rin, frente a los soldados tribales convertidos en clientes por sus primeros protegidos, como César o Antonio. Este sistema permitía no solo contar con los mejores jinetes extranjeros, sino premiar a los más destacados. Esos años les habrían permitido aprender las tácticas y disciplina romanas antes de ascender al servicio del emperador, siendo seleccionados por el propio soberano cuando actuaba en campaña (quien también aprobaba su promoción dentro de la unidad), o recomendados por sus oficiales. Al margen de periodos convulsos donde se incrementarían sus bajas, se cree que la tasa de

reposición fue de aproximadamente 70 nuevos soldados al año[14] para una tropa de 1.000.

Igual que sucedía con los pretorianos, los emperadores siempre trataron de asegurar su lealtad con grandes regalos y donativos, pero con mayor interés si cabe, ya que constituían las únicas tropas que oponer a estos llegado el caso, aun sin apenas garantías por su enorme diferencia numérica. Debieron de sentirse no solo privilegiados, sino orgullosos por su cometido y retribución, demostrándolo en la grandeza de unas tumbas que rivalizaban con los soldados del pretorio. Los primeros de ellos utilizaron nombres sencillos y comunes de origen latino o griego, que escogieron al entrar en la unidad, o adaptaciones de sus propios nombres originales, lo que quizá alude a la condición de esclavos de algunos. En el año 65 Nerón los recompensó por su papel en la conspiración de Pisón con el privilegio de utilizar su nombre y quizá también con la ciudadanía romana. Como unidad militar adoptaron la creación de un *collegium* al que aportar parte de su salario como ayuda para funerales y otras eventualidades que pudieran presentarse, pues, como sucedía con otras unidades militares de la capital, contaban con un cementerio particular a dos kilómetros de la Porta Portuensis.

Al igual que otros soldados próximos al emperador, su principal función de protección incluía asegurar un perímetro de seguridad durante sus apariciones públicas. Sin embargo, cuando el celo demostrado en esa labor aumentó peligrosamente la cólera de la plebe ante el maltrato que sentían obligo a que los *speculatores*, y más tarde los *singulares*, se hicieran cargo de esa misión. Ya antes habían sido disueltos temporalmente por el mismo motivo y, sobre todo, por la desconfianza que su origen despertó en el propio Augusto. El año 9 el general Quintilio Varo acababa de perder ante los germanos más de tres legiones en la emboscada del bosque de Teutoburgo, generándose un sentimiento de ira generalizada hacia ellos entre los romanos. A pesar de ello, cuando Tiberio aún no había alcanzado el trono dirigió una campaña en la frontera germana (10-12), donde instauró de nuevo esta escolta extranjera. Ni siquiera la existencia del resto de soldados asignados a su seguridad como emperador propiciaría su desmantelamiento, menos cuando los ánimos generales ya se habían

calmado. Poco después, Calígula nombró a varios gladiadores (algunos tracios) como comandantes de los *germani*, con el título de *curator germanorum* (equivalente a un tribuno). Estaba convencido de que sus técnicas de luchas unidas a las romanas y a su extraordinaria capacidad física garantizarían su seguridad,[15] manteniéndose esta norma con Claudio y Nerón. Sin duda tal preparación exigía entrenamiento diario y riguroso, a la altura de los propios pretorianos, aunque ni siquiera tales precauciones impedirían el asesinato de Calígula o que abandonaran a Nerón en lugar de protegerlo.[16] El tiempo de vida de esta unidad fue relativamente corto, en comparación con el resto de las estacionadas en Roma, siendo desmovilizados en 68 por orden del emperador Galba. Poco después, los *equites singulares Augusti* asumirían sus funciones, manteniendo un sistema de ingreso similar.

Equites singulares augusti

> Las legiones pretorianas y las tropas más inclinadas a las sublevaciones que a la protección de la ciudad de Roma (*singulares*), fueron suprimidas totalmente (por Constantino), junto con las armas y el uso del uniforme militar.
>
> AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares*, XXXX, 23-25.

Si existía en Roma una tropa que rivalizaba en prestigio con los pretorianos fueron los *equites singulares Augusti*. Su existencia se debe al mandato de Trajano (98-117), tres décadas más tarde de la desaparición de los *germani*. Quiso emplear para ello a efectivos ajenos al pretorio, consciente de la necesidad de contar con un contingente que actuara de contrapeso a su influencia, optando por volver a confiar en la caballería auxiliar de las legiones. Si el soberano les encomendaba exclusivamente su seguridad, sin duda sus noches en vela se multiplicarían, pues cualquier conjura que lograra ganarse a los pretorianos no necesitaría mucho más para acabar con su vida. Al menos, de este modo tendrían que sortear la

vigilancia de los *singulares* o ganárselos si pretendían oponerse al emperador, lo que no era imposible pero complicaba la tarea. Lamentablemente, este pensamiento teórico no siempre se cumplió como cabría esperar y, en alguna ocasión, ellos se convirtieron en los únicos traidores, como sucedió con Pertinax (193).

Sus miembros ya no eran extranjeros plenos que despertaran el recelo del pueblo y el Senado, pero tampoco ciudadanos directamente vinculados a la política romana que pudieran soñar con alcanzar una alta magistratura por su traición. Se intentaba así garantizar su fidelidad y compromiso con el emperador. No obstante, a pesar de la enorme variedad de opciones posibles entre los soldados auxiliares del imperio en el siglo II (galos, númidas, etc.), su origen preferido se mantuvo entre las tradicionales tribus germánicas que ya antes habían aportado efectivos a sus predecesores. Existen teorías acerca de que se les confería la ciudadanía al acceder a esta unidad, como un premio a su carrera, lo que tendría más sentido para evitar antiguos conflictos, o tras haber servido en ella el tiempo estipulado. En cualquier caso, si un jinete quería pertenecer a la unidad de caballería más prestigiosa del Imperio romano este era su sitio. En ella servían solo los mejores, reconocidos por su valor mediante anillos en su mano izquierda que conmemoraban acciones destacadas. Uno de los requisitos era servir un mínimo de cinco años en el ejército regular, y no en cualquiera, preferentemente en aquellos que defendían las fronteras del imperio, obligados a combatir casi a diario para desarrollar sus habilidades y experiencia. La elevada cantidad de inscripciones que nos legaron han permitido determinar una edad media de fallecimiento en servicio de treinta y cuatro años,[17] bastante elevada en comparación con los pretorianos. No es extraño si pensamos que su tiempo de servicio era muy superior (veintiséis años) e idéntico al de los legionarios regulares. En su caso, la tasa de reposición en tiempos de paz fue similar a la de los *germani*, aproximadamente 70 al año para 1.000 efectivos y el doble cuando Septimio Severo la incrementó a 2.000 a finales del siglo II.

Trajano sabía que era necesario limar asperezas entre sus nuevos soldados y los pretorianos para prevenir que estos se sintieran amenazados. Ya antes, no había sido suficiente la diferencia numérica, por lo que trató de

equiparar su prestigio y estrechar lazos rebajando mínimamente el salario de los primeros, equiparando las condiciones de servicio y relacionando el sistema de ascensos hasta quedar supeditado al control del prefecto del pretorio. El motivo estaba relacionado con el nuevo papel adicional que desempeñarían en combate. Igual que la caballería auxiliar apoyaba a las legiones, las cohortes necesitaban en el frente un respaldo montado superior al que tenían, y esa faceta la cumplieron los *singulares*, que desde entonces actuarían como *alae* de los pretorianos.[18] En los campamentos expedicionarios, los *singulares* se situaban a la izquierda del pretorio, en el lado opuesto a los *equites* pretorianos,[19] aunque una parte podía colocarse junto a ellos si era necesario. Conocemos su actuación en la batalla de Immae (218) frente a Heliogábalo o sirviendo al emperador Macrino. Los centuriones *primus pilus* pretorianos que aspiraban a alcanzar el tribunado en una cohorte pretoriana a veces tuvieron que ocupar antes, entre otros cargos, el de tribuno de los *singulares*. El Estado no se haría cargo de proporcionarles sus armas o monturas, como a los pretorianos, debiendo afrontar ese gasto a partir de su salario.[20]

En ese intento de eliminar disputas, les asignó un campamento propio sobre la colina del Celio (*Castra Prioria*), una zona mucho más saludable que la ocupada por los germanos y cercana a la residencia palatina (a solo 1.500 metros), buscando no solo evitar comparaciones entre ambas unidades, sino reducir sensiblemente su tiempo de reacción. Las obras concluyeron en el año 113, pero los trabajos de excavación actuales avanzan lentamente y la información es escasa. Al menos, allí la presencia de suaves vientos ayudaba a refrescar y ventilar el campamento adecuadamente. Las canalizaciones del Aqua Marcia y Aqua Iulia ofrecían agua permanente y fresca para soldados, monturas (35.000 litros diarios solo para calmar la sed de 1.000 équidos) e instalaciones (baños, etc.). Contaba con un espacio anexo para entrenamiento, el *Campus Martialis Caelemontanus*, situado junto a la muralla occidental, como su homologo pretoriano.

Conocemos mejor los cargos existentes en esta unidad que su sistema de promoción, como el *curator*, el *custodes armorum* que vigilaba el arsenal, *signifer* y *vexillarii* (encargados de las insignias y estandartes de la unidad),

tubicines y *bucinatores*, etc. Contaban con especialistas adiestradores como los *exercitatores* (centrados en el aspecto físico, equitación, armas, etc.) o el *campidoctor sagittariorum* (para destrezas concretas como el uso del arco), también el *medicus* o su asistente el *optio valetudinarii* (a cargo del hospital del campamento). Estos cargos implicaban un aumento en el salario al considerarse como *sesquiplicarius* o *duplicarius* según el puesto, únicas designaciones que conocemos entre los aspirantes al grado de decurión. Quizá existió la figura de los *beneficiarii* del tribuno para los aspirantes a convertirse en *principalis*, debiendo ocupar cada escalón durante varios años (no mucho mas), antes de ascender, pues entre ellos las promociones eran más rápidas que en otras unidades. Posiblemente el origen de los candidatos pudo facilitar su carrera, ya que la cultura romana equiparaba actitud con aptitud. Así, los soldados germanos o tracios eran asociados a la furia guerrera y progresaban menos habitualmente que los procedentes de Panonia o Noricum, más disciplinados por naturaleza.

Como hemos visto en otras unidades militares de Roma, originalmente formaban 500 jinetes que muy pronto fueron duplicados. Se estructuraban en turmas comandadas por el habitual decurión y su máximo responsable era un tribuno. Como privilegio se les permitía poseer tres caballos y portar la *virga*, bastón distintivo similar a la de los centuriones y con la misma función de infligir castigo ante cualquier irregularidad de los soldados. Su función prioritaria era la misma que los *germani*, la custodia y escolta personal del emperador dentro y fuera de Roma[21], cuya sola presencia engrandecía el prestigio de su soberano gracias a su porte y vistoso uniforme. Tal era su importancia y el papel que deberían ejercer en su nuevo organigrama de defensa del imperio que Septimio Severo a sustituirlos como hizo con los pretorianos. Nada más lejos, incluso formó una nueva unidad de *singulares* con el mismo número de tropas (1.000) que contaría con su propio sistema de mando, un tribuno específico y un nuevo campamento para estacionarla, los *Castra Nova*. En el 197 d.C. ya estaba en funcionamiento, situado muy próximo al anterior en la zona del Laterano (cerca del Esquilino y del centro de la ciudad, junto a la Vía Tusculana y la muralla Aureliana, en lo que hoy es la Archibasílica de San Juan de Letrán y sede episcopal del papa). Es posible que la parcela ocupada por los *Castra Prioria* impidiera acometer las reformas necesarias para evitar su construcción. El *Principia* se situaba en la zona central de oficinas, estructuras religiosas, etc. y, aunque contaba con barracones, establos, arsenal, alojamientos de oficiales, baños, etc., sus dimensiones eran más reducidas que las habituales para tan numerosa tropa en campaña (menos de las 3 Ha que solían cercarse para solo 500 jinetes). El terreno disponible en Roma no lo permitía, por lo que la solución debió ser la misma que en el caso pretoriano, disponer barracones de dos o más pisos, pues de otro modo hubiera sido imposible alojarlos a todos.

Quizá las viviendas de los oficiales se situaron en el terreno anexo a la muralla oriental, igual que el complejo de baños situado al otro lado de la Vía Tusculana y asociado al acuartelamiento, aliviando la necesidad de especio interior. Cada alojamiento contaba con 19,3 m2 para albergar aprox. siete soldados.[22] La muralla perimetral tenía almenas y torres en el acceso, alcanzando 7,53 m de altura y 1,3 m de espesor hasta que fue integrada a la que protegía la ciudad por la ampliación de Aureliano (270 d.C.).

Allí las tareas del tribuno incluían supervisar la tropa y su disciplina, controlar su adiestramiento, establecer los turnos de guardia, vigilar la labor de los intendentes para evitar malversaciones, juzgar y castigar delitos, etc. Era importante evitar la ociosidad de los soldados y que estos acosaran de manera ilegal a civiles aprovechando su condición. Se establecieron tareas permanentes y un toque de queda cuya violación se castigaba con la muerte. Los soldados de una unidad eran reflejo del carácter de su comandante, y debían estar a la altura. El *decurio princeps* recibía las órdenes y, con la ayuda de un *librarii* y un *auditor*, organizaban las tareas informando a los más de treinta decuriones.[23] Cualquier ascenso dependía del emperador, aunque los tribunos podían elegir a los *beneficiarii tribuni* para ayudarles en sus tareas. Los tribunos *singulares* podían prolongar su tarea más allá del año reglamentario, siendo habitual ejercerlo tres años de media y con mayores posibilidades de alcanzarlo que entre las filas pretorianas, al menos hasta el siglo II. No obstante, eran inferiores en rango a aquellos, al ser considerados una unidad auxiliar, pudiendo aspirar a seguir su carrera gobernando una provincia o también como legados de ejércitos en campaña (como sucedió con Marcio Turbo entre 114 y 125). Su salario alcanzaba los 20.000 denarios anuales, lo mismo que sus homólogos vigiles, pero por debajo de los 30.000 de los pretorianos o de los 25.000 de los tribunos urbanos. Sin embargo, desconocemos el que recibían sus jinetes y oficiales, quizá por encima de los 1.000 denarios en el siglo II, al margen de donativos, exenciones y otros privilegios.

La existencia de estas dos tropas de caballería no solo incrementaba su capacidad y efectividad militar, sino su rendimiento por el afán competitivo.[24] Tan es así que actuaron en distintos frentes de combate (con o sin el emperador) siguiendo una ceremonia protocolaria estricta (*profectio*) cuando abandonaban la ciudad. Los jinetes formaban a las puertas de la ciudad en espera de su soberano, quien se despedía de los senadores presentes antes de que su tribuno le entregara la bandera del Estado como símbolo del comienzo de la campaña. Durante las largas marchas habituales, *singulares* y *equites* pretorianos eran capaces de cubrir 68 kilómetros sin forzar sus monturas, una distancia considerable que refleja su

preparación y calidad, aun quedando lejos de los 95 kilómetros de los jinetes de César.

Lamentablemente, no conocemos el destino de aquellos que lograron finalizar su servicio. Probablemente muchos se quedaron en Roma o Italia para disfrutar de sus ganancias en una tierra que para ellos ya se había convertido en su verdadero hogar. El lazo que unió a singulares y pretorianos se mantuvo hasta en el momento de su disolución conjunta (312). Hasta tal punto llegó Constantino para eliminar su recuerdo, que no solo arrasó sus cuarteles, sino también su cementerio a las afueras de la ciudad, empleándose gran parte de aquellos materiales para la construcción de iglesias en Roma. Otros debieron regresar a sus patrias de origen para alejarse de aquel estigma y disfrutar de los honores cívicos que habían logrado por su servicio.

[1] Bingham (1997), 199.
[2] Durry (1968), 16.
[3] Inscr. lat. d'Afrique, n.º 164.
[4] Menéndez Argüín (2006), 32.
[5] Dobson (1955), 71.
[6] Ceñal (2008), 132.
[7] Grant (1974), 87.
[8] Robinson (1992), 108.
[9] Dión Casio, LVII, 19, 6.
[10] Speidel (1994), 19
[11] Aurelio Víctor, *Caes.*, III, 15.
[12] Flavio Josefo, *A. J.* XIX, 1, 15.
[13] Onasandro, X, 14.
[14] Speidel (1994), 62.
[15] Suetonio, *Calígula*, 55.
[16] Juan de Antioquía, frag. 91, v. 35-38.
[17] Speidel (1994), 72.
[18] Durry (1968), 34.
[19] Paseudo-Hygino, *Sobre la fortificación de los campamentos*, 6-10.
[20] Speidel (1994), 108-9.
[21] Goldsworthy (2005), 58.
[22] Speidel (1994), 110.
[23] Speidel (1994), 80.
[24] Menéndez Argüín (2006), 37.

V. HONOR Y AMBICIÓN

Funciones y privilegios

> En aquel ejército había veteranos que nunca habían hecho guardias ni vigilancias nocturnas, que miraban las empalizadas y fosos como cosa nueva y extraña, sin yelmos ni corazas, engalanados y dados a los negocios, puesto que habían hecho todo su servicio en ciudades.
>
> TÁCITO, *Anales* XIII, 35.

Las funciones de las cohortes pretorianas comenzaron siendo mucho más básicas de lo que llegaron a ser con el tiempo. Nacidas durante la República y a cargo de su general, los lazos de lealtad surgidos hacia ellos se convirtieron en su principal característica. A finales del s. I a. C., las luchas entre los interesados en ejercer el poder absoluto en Roma no tardarían en aprovechar esa filiación personalista en su propio beneficio. Las dificultades a salvar eran duras, y sus oponentes lo eran todavía más. Cada veterano que pudieran convertir en pretoriano no solo incrementaba sus filas, sino que reducía las de aquellos, y en ese escenario valían su peso en denarios hasta el inicio de la época imperial. Quedaban ya lejos los tiempos en los que los generales se ganaban el respeto y fidelidad de sus tropas por su buen hacer y su valor en el campo de batalla. Lo único que ahora podía asegurarlas era la generosidad, y esta debía superar la de cualquier otro postor, lo que pronto supuso un coste demasiado elevado. Fue Tiberio quien presionó al Senado para aprobar una medida enormemente importante. Si bien hasta ese momento era el propio emperador (y antes los triunviros, cónsules, etc.) quien asumía el gasto de su salario, a partir de entonces pasaría a ser responsabilidad del Estado, como ocurría con el resto del ejército.

En esencia, la verdadera y principal razón de su existencia era la protección del emperador, como antes lo había sido de su general. Pronto, este cometido se extendería a toda la familia real, y se les asignarían otras

funciones de diversa índole. Se pensará que esta tarea poco valor podía tener cuando sus protegidos estaban seguros en la capital del imperio, tras los muros del palacio, pero no era tan sencilla como parece. El mayor imperio occidental que conoció la Antigüedad ofrecía, a quien se alzara sobre el resto, autoridad y riquezas sin igual. Candidatos nunca faltaron, convirtiéndose en un peligro latente a través de constantes conjuras, traiciones, engaños y envidias. Muchos de sus protagonistas se presentaban como amigos y se trataba de familiares directos. No había en quien confiar, y la propia existencia de las cohortes en Roma era consecuencia de ello. La residencia imperial estaba vigilada por entre 500 y 1.000 soldados que diariamente salvaban la distancia entre los *castra* y el Palatino a la hora VIII para relevar a sus compañeros, y la ciudad era vigilada por decenas de miles de soldados en algunos momentos. Los romanos no dividían el día en veinticuatro horas, sino en relación al tiempo de luz (el día), al que asignaban doce horas. Por ese motivo, en verano las horas tenían una duración mayor que en invierno, donde la primera correspondía al amanecer y la última al anochecer. La *hora sexta*, que marcaba el mediodía, es el origen de la palabra «siesta», de manera que la hora octava en invierno se situaba entre las 12.44 y las 13.29 y en verano entre las 13.15 y las 14.31. Se convirtieron en la sombra de sus protegidos allí donde estuvieran y, pronto, en un símbolo del poder imperial. Era el propio emperador, y nadie más, el encargado de entregar cada día al tribuno de guardia la contraseña para el acceso y tránsito en el palacio: había que minimizar los riesgos. Sus soldados contaban con puestos de guardia estratégicamente ubicados y realizaban rondas de vigilancia noche y día. Cuando el emperador se reunía controlaban el encuentro ante la posibilidad de un atentado, y todo aquel que cruzara el perímetro era registrado exhaustivamente para buscar armas ocultas. Sin duda, la residencia imperial era el lugar más protegido de Roma.

En palacio los soldados abandonaban su uniforme de combate por una simple toga bajo la cual portaban discretamente una espada[1] o un *pilum* menos disimulable. Debían estar listos para actuar, pero, al mismo tiempo, no provocar inquietud entre los invitados que acudían a diario. No obstante, si el emperador necesitaba provocar ese efecto podía ordenar que las

mostraran, como ocurrió en el Senado.[2] A pesar de ello, los más cercanos al emperador fueron primero los *germani corporis custodes* y más tarde los *equites singulares Augusti*, ya que los pretorianos se ocupaban principalmente de los accesos/salidas, las dependencias institucionales y las habitaciones exteriores alejadas de las zonas privadas. Así, el soberano y su familia nunca estuvieron únicamente en manos de una sola tropa, dificultando que los conspiradores pudieran acceder a su persona.

Cualquier viaje debía ser planificado al detalle. El itinerario, las paradas o el lugar de destino debían estar fijados y preparados de antemano para poner en marcha el dispositivo necesario, más aún si el destino era el frente de combate, donde el aumento del peligro potencial debía reflejarse en la escolta que tratara de evitarlo. Antes de que el emperador abandonara la urbe un destacamento de pretorianos ya había iniciado la ruta para asegurarla, revisar la idoneidad de las instalaciones donde pernoctaría y evitar cualquier problema o emboscada. Los posibles «inconvenientes» incluían que la calzada estuviera perfectamente acondicionada o que las ramas de los arboles próximos no «atentaran» contra el carruaje del emperador, pues los responsables serían castigados, como hizo Tiberio cuando tal eventualidad perturbó la paz de su paseo.[3] La ceremonia de partida se denominaba *profectio*, y el regreso del soberano *adventus*, formando los pretorianos con sus uniformes de gala. Hasta 97 la seguridad en los desplazamientos sencillos cortos estaba a cargo de los *speculatores* pretorianos, junto a los *germani* y más tarde los *singulares*, pasando desde entonces a manos de los *hatiliarii*; mientras que los más peligrosos requerían la participación de la mayoría de las cohortes. La responsabilidad era enorme, y cualquier error podía costar caro. A pesar de todo, ni siquiera con tales medidas de seguridad el emperador debió de dormir tranquilo, sabiendo que algunos de los que ocuparon el cargo antes que él lo abandonaron prematuramente con la ayuda de quienes debían protegerles. Así, el número de soldados a cargo de su escolta dependía mucho no solo del nivel de alerta que pudiera existir ante conjuras o revueltas, sino también de su personalidad (más temerosa o confiada) y de la imagen que quisiera transmitir (una guardia más vistosa como muestra de poder o discreta para evitar causar alarma). Del mismo modo, los actos públicos

suponían un acercamiento del emperador al pueblo que debía estudiarse con cuidado. Si existían motivos para intuir algún reproche al soberano por problemas derivados de la escasez en los suministros, oposición política, etc., estos podían volver al pueblo en su contra y la situación ser muy peligrosa. Claudio tendría el dudoso honor de ser el primer emperador al que la plebe trató de atacar en el mismo foro de Roma (51), enfurecidos por la situación de carestía ya insostenible que debían soportar, y solo la rápida actuación de los pretorianos logró evitar un linchamiento que pudo acabar con su vida.[4] No solo eso, muchos conspiradores que lograron sumar a sus planes a los pretorianos sabían que cualquier actividad del emperador fuera de su fortín era una oportunidad.

La situación, con respecto a la seguridad de la familia real era muy similar, aunque en menor proporción. Las posibilidades de sufrir algún tipo de atentado eran proporcionales a la posición que disfrutaban en la sucesión. El problema que existe a la hora de analizar este aspecto viene dado por la escasez de fuentes, que solo mencionan algunos personajes y momentos concretos que dificultan establecer normas que pudieran existir al respecto. Del mismo modo, la escolta asignada se entendía como un privilegio concedido por el propio emperador, por lo que cuanto más numerosa, mayor era su distinción. Contrariamente, si el soberano ordenaba su retirada significaba una gran humillación (como sucedió con Agripina, madre de Nerón). Germánico era sobrino de Tiberio, padre de Calígula, hermano de Claudio y general del ejército romano escoltado por dos cohortes pretorianas en sus campañas, las mismas que trasladarían sus cenizas a Roma.[5] Era un caso especial por su rango e importancia política, ya que tan elevado número de soldados no fue nunca necesario para otros miembros de la realeza. Sin embargo, muestra una función importante de la labor de estos soldados en la custodia de los restos de su protegido cuando fallecía lejos de la ciudad hasta darle sepultura. Los soldados del pretorio participaron como parte del ceremonial asociado a los funerales reales, donde las cohortes al completo desfilaban armadas y despojadas de sus insignias como muestra de respeto y homenaje, siendo ejemplo de su importancia que llegaran a encargarse de prender la pira (como sucedió con Augusto), lo que también ayudaba a estrechar su

vinculación con la casa real y aportaba prestigio por el honor que suponía su presencia. En el funeral de Otón, la fidelidad de las tropas era tal que algunos soldados decidieron suicidarse junto a sus restos. Ya en época republicana, soldados asistían a los funerales de sus generales con esa misma connotación, como ocurrió con Julio César o Sila.[6]

Dado que contar con una escolta pretoriana era un privilegio que solo poseía el emperador o aquellos a quienes extendía ese honor, no es extraño comprender que su presencia en actos públicos fuera sinónimo de prestigio y poder. El ceremonial protocolario que rodeaba al soberano romano creció paulatinamente y la guardia debía estar presente para garantizar su seguridad y engrandecer el acontecimiento con su presencia. Participaban en desfiles triunfales o en recepciones organizadas para altos dignatarios extranjeros que se estimara que merecían tal honor, como Tiridates, rey de Armenia.[7] El emperador acudía con su uniforme militar y formaba a sus tropas armadas y portando sus mejores galas en presencia del homenajeado y la multitud que abarrotaba aquellos lugares. Es fácil suponer que este tipo de actos no solo buscaban honrar a tales personalidades, sino mostrarles directamente el poder de Roma y, por extensión, de su emperador, una manera de intimidación muy poco sutil pero enormemente efectiva. A veces, eran acompañados por los *equites singulares Augusti*, pues si se trataba de dar solemnidad a cualquier acto, la presencia de otras tropas de elite del soberano aseguraba el impacto deseado. Le sucedió al historiador judío Flavio Josefo, quien acudió a Roma con una embajada y fue invitado a observar los entrenamientos militares. Quedó tan impresionado que pudo ser en ese momento cuando fue consciente de la inutilidad de las revueltas judías frente a un imperio cuya capacidad bélica no estaban en condiciones de discutir. Nos relató cómo entrenaban todos los días sin descanso y con la misma intensidad que si estuvieran en campaña, nunca mostrando cansancio o signos de temor.

A pesar del poder que atesoraron los emperadores, el Senado de Roma seguía existiendo y era propicio que lo visitaran con relativa asiduidad. La mayoría de ellos alcanzaron el cargo por la gracia de su soberano y no podían mostrar más que agradecimiento, pero siempre existieron opositores que esperaban su oportunidad. Si ello se dio incluso en el caso de los

queridos y apreciados, como Trajano o Marco Aurelio, ni que decir tiene que en los casos opuestos la posibilidad de una conjura se multiplicaba y, con ella, la necesidad de reforzar la seguridad. El prefecto del pretorio Sejano fue una muestra de ello, hasta el punto de que Tiberio no volvería a acudir al Senado despreocupadamente y se permitió que los altos oficiales pretorianos pudieran acceder para protegerlo.[8] En los días de reunión controlaban los accesos, y registraban a los participantes para evitar nuevos sucesos como la muerte de Julio César, un agravio que nunca hubieran permitido si no fuera por la herramienta de coacción política en que estos soldados se habían convertido. Incluso se aprobó que el emperador presidiera las sesiones sobre una tarima elevada para dificultar cualquier intento de magnicidio.[9]

Si no se trataba de un arquero experimentado (y ello tampoco aseguraba el éxito), cualquier potencial asesino necesitaba un plan que le permitiera acercarse al emperador lo suficiente para cumplir su propósito. El veneno estaba prácticamente descartado de antemano si el soberano contaba con catadores a su servicio (algo que no siempre sucedía), por lo que era imprescindible fabricar una oportunidad y la única opción pasaba por burlar a los pretorianos. Contar con el apoyo del prefecto del pretorio, de algún miembro del personal o, en su defecto, con algunos de los soldados de guardia de palacio o de sus escoltas más cercanos aportaba grandes posibilidades de éxito. No solo debían buscar el momento para situarse frente al emperador en privado, sino llegar a esa situación habiendo logrado ocultar algún tipo de arma a los registros de los pretorianos. Si ello se conseguía, o se empleaba algún objeto del lugar, aún restaba lo más importante, escapar con vida. Cualquier ruido, grito o discusión alertaría a los pretorianos para actuar de inmediato, por lo que no se trataba de una tarea fácil. Por ello, los desplazamientos del emperador se mostraron muchas veces casi como la única opción posible. Cómodo ya había sufrido un intento de envenenamiento (superado milagrosamente tras vomitarlo a tiempo), dos tentativas más en sendas visitas al anfiteatro[10] y otra en una celebración religiosa antes de ser asesinado en sus propios aposentos.[11] Los conspiradores lograron sacar el cuerpo de la habitación, envolviéndolo en una manta para evitar que se descubriera demasiado pronto, mientras los

guardias pretorianos, algunos dormidos, otros embriagados y el resto sin prestar demasiada atención, dejaron pasar a los porteadores. Es probable que el vino que aquellos consumieron estuviera drogado, pero ello no justifica su consumo en horas de servicio. Es cierto que estas acciones no dejan en buen lugar a los pretorianos, habida cuenta de que fueron varias las ocasiones donde no tuvieron éxito en el desempeño de su principal función. Sin embargo, no debemos olvidar aquellas en las que sí consiguieron salvar la vida de varios emperadores.

Una de las situaciones más peligrosas a las que podía exponerse un emperador era su aparición en alguna de las constantes campañas militares protagonizadas por el ejército romano. En pocos lugares iba a encontrar tantos enemigos juntos que, enterados de su presencia y del impacto que tendría su muerte en la situación, estaban deseando acabar con su vida. Los pretorianos se habían formado y entrenado precisamente para evitarlo, y sería en estos casos donde mejor oportunidad tendrían de demostrar su utilidad. No estaban solos en ese empeño, las legiones siempre actuaron como el grueso del ejército en combate y debían colaborar si era necesario. Antes de la batalla los pretorianos vigilaban cada movimiento de su responsable, y en ella formaban como unidad táctica de reserva que actuaba para aniquilar al enemigo solo si se intuía algún signo de derrota. Acompañaron y protegieron a Calígula contra el pueblo franco de los caninefatos,[12] a Domiciano en Germania y Dacia (83 y 89), a Trajano de nuevo en Dacia (101-102/105-106) y Partia (113-117), actuaron para aplastar la revuelta judía en Alejandría durante la segunda guerra judeo-romana (115-117) y en Judea durante la revuelta de Bar Kojba (132) o a Marco Aurelio en Egipto contra Avidio Casio (175), para después enfrentarse a sármatas, cuados y marcomanos (168-170) por solo mencionar algunas de sus acciones militares. En algunas ocasiones fueron enviados sin su soberano (como sucedió con Druso o Germánico), quedando a cargo del general al mando, y nunca fueron derrotados hasta su lucha final frente a Constantino (312). Conocemos situaciones atípicas como cuando el legado Cayo Antistio ordenó la formación de su propia unidad pretoriana en época de Augusto (27-24 a. C.), para enfrentarse a los astures[13] o durante el año de los cuatro emperadores (69) en que los pretorianos de Otón, Galba,

Vitelio y Vespasiano no solo acabaron combatiendo entre ellos, sino al frente del ejército ante la necesidad de efectivos.

En este caso, las necesidades de una guerra a gran escala pasarían factura a unos pretorianos ya entonces poco acostumbrados a la rígida disciplina militar en campaña. A pesar de su estatus de elite, nunca habían tenido que servir en primera línea desde un siglo atrás, mucho menos si sus enemigos directos eran curtidos legionarios en las campañas de Germania, deseosos de acabar con aquellos pretenciosos. Los insultos entre legionarios y pretorianos en los distintos frentes eran habituales, empleados también para elevar la moral propia a costa de la contraria. Los legionarios les tachaban de perezosos y cobardes, dedicados a la buena vida y a disfrutar de los placeres de Roma[14] lejos del peligro de las fronteras, no veían en ellos a verdaderos soldados aunque lo demostraron en no pocas ocasiones. Los pretorianos nunca descuidaron su preparación, aunque algunos de tales reproches no iban desencaminados. Cuando Caecina, general de Vitelio, fue enviado para detener a Vespasiano, este le encomendó a sus pretorianos. Se trataba, en realidad, de legionarios curtidos en Germania y convertidos en miembros del pretorio por este efímero emperador, soldados que, en tan poco tiempo tras su llegada a Roma, ya habían olvidado toda disciplina, hasta el punto de que el general estaba convencido de su derrota antes de comenzar la batalla.[15] Durante este periodo, incluso muchos de ellos desertaron al bando que en cada momento mostraba más opciones de imponerse, para tratar de mantener su estatus.

Cuando Vespasiano alcanzó Roma, no le quedó más remedio a Vitelio que atrincherarse con los pocos fieles que le quedaban en el lugar más seguro de la urbe, los *Castra Preatoria*.[16] Allí, los antiguos pretorianos de Otón, ahora con Vespasiano, entendieron el asalto como una afrenta personal por recuperar la que había sido su casa. No tardarían en derribar las puertas con el apoyo de la artillería de las legiones. Es uno de los pocos episodios donde sabemos que emplearon tal maquinaria o dirigieron un asedio. La escasez de referencias a un *ballistarius* o experto en poliorcética entre los pretorianos podía estar relacionada con su función militar de reserva hasta la reforma de Severo. Es más, se cree que la única cita conocida[17] se refería, en realidad, a un vigil, pues conocían bien su

manejo para el derribo de edificios en la ciudad.[18] Es cierto que las cohortes nunca transportaron o utilizaron artillería en campaña, ya que los legionarios contaban con ella. No obstante, debieron existir, o al menos, varios de sus hombres conocieron su manejo, pues algunas de las reformas de los *Castra Praetoria* suponían una ampliación de la superficie de las almenas para instalar maquinaria defensiva que no tendría sentido sin ser capaces de usarla. Los urbanicianos también se alojaron mucho tiempo en los *castra* pretorianos, pero muy pocas veces lucharon en el frente, por lo que no debieron de ser ellos los adiestrados en estas artes, sino los pretorianos del campamento. Necesitaban ser capaces de defender su recinto y la ciudad en caso necesario, aunque nunca emplearan esas dotes en campaña, al no ser necesario.

Los propios pretorianos de Vitelio estuvieron cerca de utilizarla poco antes, durante la conquista del Capitolio, y solo desecharon la idea por el esfuerzo que suponía transportar la maquinaria hasta allí, no porque se desconociera su uso, cosa extraña entre antiguos legionarios.[19] Por eso debían de contar con este tipo de elementos como parte de su arsenal, aunque no se encontraban permanentemente instalados en las almenas y torres de los *castra*, para evitar su deterioro mientras no fueran necesarios. Incluso podían actuar en tareas civiles en ayuda de los vigiles, como cuando Nerón encomendó a sus pretorianos derribar unos graneros situados junto a la Domus Aurea, para su ampliación.[20] Las más habituales eran la *ballista*, el *scorpio* y varios tipos de catapultas[21] desarrolladas a lo largo de la época imperial, como el onagro o el carroballista. Sí podríamos suponer que no estaban tan familiarizados con las ideadas específicamente para labores de asedio, como el ariete, la sambuca, las torres, etc., ya que los pretorianos pocas veces tuvieron que encargarse personalmente de estas acciones, aunque la sencillez de su manejo no permite excluirlas con seguridad. Es más, contamos con una inscripción de un pretoriano llamado Gayo Vedenio Moderato, adscrito a la IV cohorte (69), donde destaca sus habilidades artilleras tras servir en la *Legio XVI Gallica*, lo que él mismo indica que le ayudó a ser reenganchado como *evocatus*, sirviendo veintitrés años más de los ya entregados.

Al margen de este cometido, sus funciones secundarias fueron numerosas. Ya conocemos su actuación en el mantenimiento del orden tanto en la capital como en otros lugares de la península itálica, ya desde época de Augusto, antes de la aparición de los urbanicianos y los vigiles, y en apoyo de estos más tarde. Existían situaciones que podían fácilmente escapar al control estatal si no se atajaban con determinación, siendo necesario que soldados más capacitados se encargaran de posibles revueltas o disturbios, la investigación de conspiraciones o la extinción de incendios graves (un incendio en Ostia se cobró la vida de un pretoriano). Las cohortes pretorianas actuaron en muchas de estas situaciones. Solo durante el gobierno de Augusto se produjeron hasta ocho grandes incendios en Roma, siete de ellos antes de la creación de los vigiles (6), y esta cifra se incrementaría en el futuro.[22] La llamas destruyeron gran parte de la residencia palatina en época de Tiberio y Claudio se vio obligado a solicitar la ayuda de la población, a cambio de dinero, para evitar la destrucción total del barrio Emiliano, cuando ni siquiera todas las tropas de la ciudad fueron capaces de conseguirlo.[23]

Los motivos de la indignación del pueblo podían ser muy variados, desde el comportamiento poco adecuado del emperador, hasta decisiones controvertidas, hambrunas, y otras circunstancias. Tiberio apoyó su expeditiva actuación para acabar con una revuelta en Pollentia (Piamonte), cuando la plebe requirió a los herederos de un centurión legionario el coste que les exigían para sufragar unos juegos gladiatorios.[24] En tales situaciones solían actuar con poca o ninguna consideración, tratando de intimidar al pueblo para apaciguarlo. Una vez dispersadas las masas, se encargaban de capturar a los instigadores y encarcelarlos para después ajusticiarlos. En ese mismo periodo, tuvieron que sofocar un altercado en un teatro de Roma, donde varios pretorianos y su centurión perdieron la vida en el empeño, resultando herido hasta un tribuno del pretorio al tratar de proteger a los magistrados del acecho de la turba. Calígula decidió promulgar nuevas leyes para la recaudación de impuestos (40), inscribiéndolas en una tabla que debía situarse en el Foro de Roma para hacerlas públicas. Consciente de que su elevada dureza las haría difícilmente aceptables, se le ocurrió la feliz idea de inscribirlas en letras

muy pequeñas y situar la tabla a una altura tan elevada que impedía leerlas, lo que provocó la ira del pueblo y el inicio de varios altercados.[25] Los pretorianos tuvieron que actuar matando a muchos de los exaltados sin mayores contemplaciones. Claudio necesitó su intervención en un altercado durante la celebración de una naumaquia en el lago Fucinus (52) cuando este quiso desecarlo, Nerón para contener una nueva revuelta en Puteoli (cerca de Nápoles)[26] y más tarde actuaron para restaurar la paz cuando las poblaciones de Pompeya y Nucera se enfrentaron durante la celebración de un espectáculo gladiatorio. Hasta tal punto llegaron los disturbios que un destacamento de pretorianos fue destinado a la primera durante varios años y podemos pensar que algunos de ellos estuvieron presentes durante la erupción del Vesubio (79).

Los pretorianos contaban con un extenso abanico de opciones según la gravedad de la situación. Si era peligrosa, y el dialogo quedaba descartado ante una muchedumbre enfurecida, no dudaban en emplear la fuerza y sus armas de combate, de lo contrario existían métodos menos expeditivos y no letales, como el látigo o los *fustis* (varas delgadas). Sea como fuere, la capacidad de los mandos para calcular y decidir al respecto estaba supeditada a las órdenes del emperador, pero tenían libertad para actuar sin temor a las consecuencias. Sin embargo, a veces era posible evitar tales situaciones con medidas preventivas, disponiendo a las tropas en lugares decisivos para mantener los ánimos calmados.

El foro, el anfiteatro, el circo, el teatro,[27] permitían grandes aglomeraciones y, por ello, susceptibles de albergar conflictos.[28] En época de Caracalla (211-217), cuando el público del circo abucheó a la cuadriga que este apoyaba, lo entendió como una afrenta personal, y ordenó a los pretorianos que localizaran y ejecutaran a los responsables. Difícil tarea entre cerca de 200.000 espectadores, por lo que estos comenzaron a asesinar indiscriminadamente a los asistentes, solo perdonando a aquellos que pudieran comprar, en el acto, su vida.[29] Hasta Septimio Severo, el responsable de establecer los dispositivos de seguridad para evitarlo era el prefecto del pretorio, pasando entonces al prefecto urbano, ya que el grueso de las cohortes pretorianas era necesario para tareas militares en los

distintos frentes de combate, permaneciendo lejos de la capital durante largos periodos de tiempo.

Al margen de este tipo de actuaciones, una tarea importante era la custodia de prisioneros especialmente relevantes. Los encarcelaban en las celdas habilitadas dentro de los *castra*, los vigilaban y escoltaban en cualquier tipo de traslado o exhibición ante el pueblo. No nos referimos, únicamente, a personajes de rango elevado, sino también a aquellos que, por una especial vinculación o aprecio por parte del pueblo, podían ser rescatados por simpatizantes o hacer que estos provocaran altercados para exigir su liberación. Lo mismo sucedía con los criminales más peligrosos o aquellos que habían generado una alarma social elevada. Labores más puntuales también fueron encomendadas a los pretorianos. En 303 tuvieron que derribar hasta los cimientos una iglesia cristiana en Nicomedia,[30] así como controlar los posibles altercados que ello pudiera generar entre la población devota. En ocasiones también actuaron como recaudadores de impuestos en la propia urbe, cuando Calígula descubrió que los habituales encargados de ello (*publicani*) malversaban caudales públicos en su propio beneficio,[31] aunque también debieron hacerlo cuando las necesidades del Estado reclamaban una subida de impuestos que provocaría altercados. La tarea fue encomendada a los centuriones y tribunos de las cohortes, por lo que podemos suponer que, como deferencia, estos últimos se encargaron ejecutarla con los ciudadanos de mayor rango. En vista de la poca oposición que podrían ejercer contra soldados armados, los más exaltados empleaban los espectáculos públicos para mostrar su desacuerdo con estas medidas.

Su capacidad de intervención, al margen de campañas militares, se extendía a toda la península itálica (nunca más lejos), donde también fueron enviados para acabar con el bandidaje. Mal endémico en algunas regiones, cuando las autoridades locales eran incapaces de evitar elevar la alarma social era el momento de los pretorianos. En el año 24 un antiguo veterano del pretorio, Tito Curtisio, había comenzado a apoyar la sublevación y liberación de un grupo de esclavos que, tras escapar, se dedicaban al pillaje en Brindisium y otras localidades cercanas.[32] La situación se agravó cuando más y más adeptos se sumaron a su proclama y un contingente fue enviado para detenerlos. Entre 206 y 207 un bandido llamado Bulla asoló

Italia con sus 600 compañeros (muchos antiguos esclavos huidos) sin que las autoridades lograran detenerlos.[33] Septimio Severo no podía permitir que siguiera actuando libremente, su prestigio como emperador estaba en juego, y envió a un tribuno del pretorio con varias turmas de caballería para apresarlo. Finalmente, Bulla fue capturado en la cueva donde se escondía y arrojado a las fieras en el anfiteatro.

Curiosamente, los caprichos de la personalidad de algunos emperadores propiciarían intervenciones cuanto menos poco relacionadas con las más habituales. El gusto de Nerón por el canto le llevó a participar en varios recitales y obras de teatro donde su escolta acabaría formando parte del atrezo,[34] actuando o incluso mezclada con el público para aplaudir sus actuaciones y contrarrestar así los abucheos del resto de asistentes. Llegaron incluso a supervisar que la duración e intensidad de los aplausos (*plausum*) o que las muestras de aprecio fueran adecuadas a las expectativas del emperador. En una ocasión, ordenó a sus escoltas que se retiraran durante unos juegos para experimentar la reacción del público cuando este no se veía amenazado por su presencia, aunque no tardó demasiado en solicitar su regreso. En otra ocasión, durante un viaje a la región griega de Acaya, sorprendió a propios y extraños al ordenar a los pretorianos que construyeran un canal en el istmo de Corinto. Debió de ser digno de ver el rostro de los atónitos oficiales y soldados al pensar no solo en la escasa necesidad y gran esfuerzo que suponía aquella obra, sino en que ellos fueran a realizarla, habida cuenta de que, aun contando entre sus filas con arquitectos, nunca habían tenido que hacer algo similar. Desconocemos si las obras llegaron siquiera a iniciarse, aunque, en realidad, no era una petición tan extraña. Ya antes Julio César y Calígula habían intentado realizarla,[35] y los pretorianos no eran ajenos a otro tipo de obras similares. El propio Calígula les había ordenado levantar un puente entre Baiae y el dique de escollera del puerto de Puteoli (39),[36] así como la construcción (o al menos la planificación y vigilancia de los esclavos dedicados a ello) de unos grandes establos para los caballos de la facción verde (su favorita) que competía en las carreras de carros del circo.[37] En todo caso, y al menos a partir del siglo II, cada cohorte contaba con un

topógrafo y arquitectos cualificados que, probablemente actuaban más en la planificación que en la ejecución.

Menos extrañas resultaban misiones como las de exploración previa del terreno e instalaciones durante los viajes en que acompañaban al emperador. En ocasiones, incluso actuaron como cartógrafos, elaborando mapas de las regiones situadas más allá de las fronteras imperiales. En su infinita inquietud, Nerón envió una expedición de soldados pretorianos a cargo de un tribuno para descubrir el desconocido origen del Nilo (61-63),[38] aunque algunos autores opinan que su verdadero propósito era la evaluación militar del territorio[39] o su conquista. Así podría desprenderse de Dión Casio, quien comenta que ya con anterioridad Nerón había enviado espías a la región[40] que lograron alcanzar la ciudad Nubia de Nabata,[41] pero esta vez los pretorianos llegarían aún más lejos, hasta Meroe. Sin embargo, aunque desconocemos el tamaño del contingente enviado, en esta época un tribuno comandaría una cohorte quinquenaria (apenas 500 soldados) que, aun siendo pretorianos, difícilmente podrían conquistar Nubia, una región que ni los egipcios había podido dominar tras miles de años de enfrentamientos.

Sin duda, la importancia de tales funciones y, sobre todo, de aquel para quien las realizaban, obligaban a la concesión de privilegios más allá de generosas compensaciones económicas. El mero hecho de residir en Roma, lejos de los peligros del frente, no era desdeñable, pues ayudaba enormemente a incrementar su esperanza de vida y mejoraba sensiblemente sus condiciones de servicio. Lejos quedaban las incomodidades de los campamentos legionarios, el frío o calor extremos de algunas regiones, la escasez o el peligro de cercanos enemigos. Los *castra* les ofrecían un alojamiento e instalaciones envidiables, y la capital todos los placeres que estuvieran dispuestos a pagar. Las opciones no tenían fin y allí gozaban del prestigio y ventajas de servir directamente al emperador. Es cierto que, aunque el coste de vida en Roma tenía poco que ver con el de las lejanas fronteras, pero no lo es menos que su salario triplicaba al de los legionarios, a lo que había que sumar donativos frecuentes, ingresos ilícitos, regalos, premios, etc.

Si de todos modos consideráramos escasas estas ventajas, existían bastantes más adicionales. Algunas de ellas tenían que ver con el ámbito judicial, pues gozaban de inmunidad legal ante determinadas acciones violentas cometidas contra civiles, por otro lado asombrosamente habituales. El agredido no tenía oportunidad alguna de ganar un posible litigio, menos cuando tales soldados tenían el derecho a que el juicio se desarrollara en los *castra*, el juez era su propio centurión (o alguno de los *evocati*) y sus compañeros estaban presentes para inclinar la balanza y presionar al acusador hasta el punto de terminar siendo castigado en lugar del agresor.[42] Ni los propios amigos de la víctima declararían contra un pretoriano por temor a las represalias. Menos aún cualquier otro testigo. El resultado era predecible y, por ello, pocos se atreverían siquiera a defenderse en caso de agresión o emprendían estas acciones. Los pretorianos lo sabían, contaban con sus compañeros en caso necesario, el emperador estaba de su parte y, por si fuera poco, portaban armas y sabían usarlas. Un escenario peor si cabe suponía la acusación de un pretoriano a un civil. Aun celebrándose el juicio en la basílica del Foro, poco cambiaba la situación, pues el juez sabía bien a quién debía favorecer e, incluso, dado que se trataba de un pretoriano, el proceso se aceleraba enormemente para reducir su coste. Ni siquiera en ese escenario se libraría el acusado de la presión adicional de los soldados, pues solían acudir en masa para mostrar su apoyo al compañero y las consecuencias de una resolución poco favorable.

Los oficiales del pretorio, como es fácil suponer, gozaban de los favores directos del emperador e, incluso, en ocasiones este compartía su mesa con sus protegidos para estrechar los lazos de fidelidad.[43] Pocos en Roma podían alardear de ello. Por otro lado, a la gratuidad de las armas o el trigo que les suministraban, había que sumar otras prebendas. No era infrecuente que el emperador aprovechara para agasajar a los soldados de guardia en la residencia real mediante manjares destinados solo a la alta aristocracia y vino en grandes cantidades. A pesar de todo, ni siquiera esos favores garantizaban su lealtad incondicional, pues si lo estimaban provechoso podían atentar contra quien debían proteger, como sucedió con Cómodo o Caracalla.

Honorarios y donativos

> Los soldados (pretorianos), una vez muerto este (Gordiano), estaban inquietos por ver frustradas sus esperanzas, pues esta clase de hombres son los más ávidos de dinero y solo son fieles y leales en su propio beneficio.
>
> AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares*, XXVI, 5 - XXVII, 2.

Las palabras de Aurelio, en parte no carentes de razón, necesitan ser matizadas. Las cohortes pretorianas se instituyeron oficialmente por la inquietud del emperador acerca de su seguridad y la necesidad de contar con el poder para mantenerse en el cargo. Tales deseos serían imposibles de cumplir si era incapaz de confiar en ellos. Necesitaba atraer a los mejores soldados y garantizar su lealtad, por lo que cualquier beneficio ofrecido debía estar a la altura. Es cierto que sus privilegios no eran en absoluto escasos, y el salario era uno de ellos, regularmente incrementado con donativos económicos nada despreciables. Un salario mayor que el de cualquier soldado, la posibilidad de ejercer en Roma y lejos de los peligros del frente, las posibilidades de ascenso, el prestigio de servir junto al emperador en la unidad militar más reconocida o el reducido tiempo de servicio, sin duda ayudaban a que no faltaran aspirantes cualificados.

El salario de los pretorianos (*stipendium*) era proporcionado por el *fiscus caesaris* (encargado de administrar los gastos del erario público), mediante pagos fraccionados sobre un total anual. Su entrega se realizaba mediante un acto ceremonial donde los soldados formaban armados y uniformados dentro de los *castra*, portando coronas de laurel en lugar de sus cascos mientras se oficiaba un sacrificio ritual dedicado al culto al emperador como agradecimiento y muestra de su compromiso. El procedimiento era el mismo que se empleaba cuando el emperador les otorgaba un donativo, con la intención de recordarles a quién debían lealtad y agradecimiento, al mismo tiempo que se fomentaban los lazos de pertenencia al cuerpo y de fraternidad entre los compañeros.

Los primeros *milites* que sirvieron a Escipión con una labor similar recibieron por su servicio 180 denarios de plata anuales,[44] montante que no se modificaría hasta la época de César, en que ascendió a 250 denarios.

Una de las primeras medidas de Augusto como *imperator* fue elevar los honorarios de sus pretorianos hasta los 500 denarios anuales[45] en dos pagas, frente a los 250 estipulados para los legionarios. Incluso, poco antes de acabar su gobierno, añadió una tercera paga anual de 250 denarios, hasta un total de 750,[46] el triple que un legionario y el doble que un urbaniciano. La ventaja económica que suponía servir como pretoriano era evidente, aunque respondía a las expectativas que el soberano depositaba en ellos. No habría más incrementos hasta que Domiciano ofreció nuevos salarios a sus tropas, entregando a los pretorianos 1.000 denarios en cuatro pagas (83),[47] 500 a los urbanicianos y 300 a los legionarios. Tras el reinado de Marco Aurelio, la generosidad de Cómodo propició 1.250 denarios anuales en cinco pagas y la profunda reforma impulsada por Severo no olvidaría este crucial aspecto, situándolo en 1.700 denarios anuales[48] para asegurar su buena disposición ante los cambios y premiar su ayuda para alcanzar el trono. Su hijo Caracalla no tardaría en emularle, estableciéndola en 2.500 denarios y 1.250 para los urbanicianos en agradecimiento por ayudarlo a acabar con su hermano Geta.[49] Poco después, y a pesar de solo ocupar el trono un año (217-218), Macrino mantuvo esta tendencia. A pesar de ello, es posible que estos aumentos tuvieran escaso valor real, y se emplearan para evitar que los pretorianos perdieran poder adquisitivo debido a la inflación que sufrió el imperio por la pérdida del valor de la plata con la que se les pagaba.[50]

Como es lógico, los ascensos en el escalafón que podían obtener conllevaban un incremento en esas cantidades. Al igual que en las legiones, los pretorianos *principales* (suboficiales de rango inferior a los centuriones ascendidos por méritos), los *signiferii*, los *optiones* o los *beneficiarii*, ostentaban el rango de *duplicarii*, es decir, recibían el doble del salario habitual. En el caso de los oficiales, un centurión ganaba el triple que un *pedites* pretoriano (3.750 en época de Augusto y 5.000 con Domiciano). Los tribunos alcanzaban los 30.000 denarios anuales (frente a los 25.000 de los tribunos urbanos o los 20.000 de sus homólogos entre los vigiles).

Para que podamos entender mejor el valor de esos honorarios ofreceremos algunos ejemplos. Entre los siglos I y II una familia romana de tres miembros podía alimentarse sin excesos con seis sestercios al día (540

denarios al año) y en esta época un pretoriano raso recibía 1.250 denarios. Más ejemplos. En el mismo periodo, un litro de aceite se adquiría por tres sestercios y un kilo de pan por un dupondio (1/2 sestercio). Una túnica de buena calidad no alcanzaba los cuatro denarios.[51] La entrada a las termas, solo un as, y la adquisición de un esclavo/a entre 300 y 600 denarios. Una curiosidad: la gratificación por la victoria de un gladiador podía equivaler al salario anual de un maestro, del mismo modo que famosos personajes como el auriga Cayo Apuleyo Diocles (siglo II) llegó a ganar en toda su trayectoria más de 35 millones de sestercios antes de retirarse con tan solo cuarenta y dos años. Queda claro que cualquier pretorianos podía vivir sin preocupación alguna, sin contar los donativos entregados habitualmente, los pagos recuperados tras su licenciamiento y otros ingresos atípicos. Augusto estableció la entrega de 5.000 denarios adicionales para cada pretoriano licenciado que, en el siglo II, alcanzaría los 10.000 denarios si no se prefería la entrega de tierras (*missio agraria*).

Los donativos imperiales incrementaban notablemente el poder adquisitivo de los pretorianos. En realidad, cualquier excusa era aceptable para justificarlos, aunque se intentaba aprovechar distintos eventos de especial importancia. Algunos se celebraban en su honor, como el ascenso al trono o la conmemoración de sus diez años en el poder (*decennalia*), otros se relacionaban con actos legales (como la concesión de un premio dispuesta en su testamento) que ejecutaban sus sucesores y a veces elevaban para facilitar la sucesión, o como premio a demostraciones de valor y fidelidad.[52] Estos comenzaron con el testamento de Augusto (14), quien dispuso entregar 400 denarios a cada pretoriano, 125 a los urbanicianos y 75 a cada legionario.[53] El ascenso de Tiberio supuso un momento delicado que le llevó a doblar esas cantidades cuando tuvo que ejecutarlo. Para reforzar los lazos entre el emperador y sus soldados, Calígula instauró la pronunciación de un discurso previo en los *Castra Praetoria* ante las tropas formadas. No podemos olvidar que estas relativamente frecuentes remuneraciones extraoficiales constituían un enorme esfuerzo económico que recaía exclusivamente en el patrimonio del soberano (*fiscus*), gestionadas por un cargo militar específicamente creado para ello y únicamente existente dentro del pretorio, el *fisci curator*. Existieron

situaciones especiales como la impuesta por Claudio, quien, consciente de que le debía su vida y cargo a los pretorianos, instauró un donativo periódico anual de 40 denarios en agradecimiento, además del ofrecido para conmemorar la entrega de la toga viril (mayoría de edad) a Nerón.

Poco después, el propio Nerón utilizó este sistema para calmar su posible rencor tras ordenar el asesinato de su madre, Agripina la Menor (59) y por su importante actuación en la conjura de Pisón (65). Las entendamos como premios, donativos o dádivas, muchos emperadores convirtieron estas prácticas en tan habituales como esperadas por los pretorianos, mientras otros como Otón, Domiciano, Nerva, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio, Cómodo, Pertinax y quizá muchos otros se opusieron para evitar asumir los riesgos que implicaban. En realidad, tales muestras de generosidad no siempre obtuvieron los resultados deseados. Conspiradores, opositores, usurpadores, muchos ambicionaban el poder asociado al trono imperial y solo alanzarían su propósito con la ayuda del pretorio. Así, ya fuera por la imposibilidad de evitar el éxito de tales planes o por su participación directa en ellos, ningún emperador pudo sentirse nunca totalmente seguro.

Este tipo de incentivos no existieron como tales en época republicana, donde el único complemento económico que recibían se debía a actuaciones meritorias. Si el general de un ejército en campaña era capaz de lograr una victoria tan importante como para obtener un triunfo en Roma, solía corresponder a aquellos soldados que habían actuado valerosamente, pero nunca a cargo de su propio patrimonio o del erario romano, sino entregándoles una parte del botín arrebatado a los vencidos. Durante la guerra civil que lo enfrentaba a Marco Antonio, Augusto sentó un precedente importante al tratar de evitar la retirada de sus soldados cuando le manifestaron su negativa a combatir.[54] Esta decisión, en principio excepcional, reflejaba la necesidad de asegurar su lealtad en situaciones de elevado riesgo, pero también permitió a los soldados apreciar la capacidad que tenían de manipular a sus oficiales en su propio beneficio, una circunstancia que no tardaría en hacerse habitual. Es más, Augusto no volvió a realizar tales dispendios, salvo por otros motivos, consciente de que si eran instaurados sería imposible erradicarlos sin riesgo de

sublevación y supondrían un coste demasiado elevado. No cabe duda de que los pretorianos constituían el colectivo militar mejor pagado del Imperio romano. Su elevado poder adquisitivo, unido a su influencia social y política, los situaba en los escalones más elevados de la sociedad. Todas las cantidades percibidas, además de privilegios que mantenían tras el licenciamiento (como en el reparto de grano, etc.) casi les aseguraban un nivel de vida destacado hasta el fin de sus días, si es que no lo dilapidaban.

Contamos con un documento de extraordinario valor para conocer muchos de los salarios y precios de productos básicos (hasta 1.300 de ellos) que estaban vigentes en época de Diocleciano, gracias al «Edicto de precios máximos» (*Edictum De Pretiis Rerum Venalium*, 301) de obligado cumplimiento en todo el imperio. En un contexto de grave crisis económica y política, surgió como medida de urgencia. Un coste superior a lo estipulado podía llevar aparejado un castigo ejemplar que incluía la pena de muerte. Entre otros muchos oficios y miembros del funcionariado, se establecieron los siguientes salarios:

Algunas medidas de peso y capacidad, así como monetarias usadas en el edicto:

1 sextarius = 0,547 litros
1 libra = 327 gramos
1 modius (italicus) medida de capacidad = 8,75 litros
1 denario = 4 sestercios = 10 ases

SALARIOS (en denarios/día)

- Bracero, arriero o pastor - 25
- Carpintero, ebanista, cantero, herrero o albañil - 50
- Tejedor de lana - 175 por manto
- Pintor (de muros) - 75
- Pintor (artístico) - 150

- Panadero - 50
- Barbero/peluquero - 2 por persona
- Limpiador de cloacas - 25
- Escriba, para escritura de primera calidad - 25 por cada 100 líneas. De segunda calidad - 20 por cada 100 líneas
- Notario por redacción de peticiones o documentos públicos - 10 por cada 100 líneas
- Maestro: desde 50 al mes por alumno para los de niños hasta 250 para estudiantes de retórica u oratoria
- Abogado por presentación de demanda - 250. Por pleito o proceso - 1.000
- Maestro de arquitectura - 100 (mensual por chico)
- Legionario medio - 1.800 denarios/anuales + 600 por el valor del trigo que recibían al año (30 *modius*)
- Soldado auxiliar - 1.200 denarios/anuales + 600 por el valor del trigo que recibían al año (30 *modius*)

PRECIOS (en sestercios y por un *modio* si no se indica)

- Trigo - 50
- Cebada y centeno - 30
- Lentejas - 50
- Garbanzos - 40
- Sal - 50
- Judías - 30
- Arroz (limpio) - 100
- Miel de la mejor calidad, un sextarius - 40
- Aceite de oliva, un sextarius - 40
- Aceite de segunda calidad, un sextarius - 24
- Aceite *cibarium* (para soldados, artesanos, etc. no alimentario), un sextarius - 12
- Carne de cerdo o de venado, una libra - 12
- Carne de vaca, una libra - 8

- Un pollo - 60 (pieza)
- Un faisán - 250 (pieza)
- Pescado de mar fresco, una libra - 24 (primera calidad) y 12 (segunda calidad). Para los de río frescos, una libra - 12 (primera calidad) y 8 (segunda calidad)
- Ostras - 100 (100 unidades)
- Mantequilla, una libra - 16
- Vinagre, un sextarius - 6

Tácticas

> Los soldados se pusieron la armadura completa y cerraron filas como en orden de combate, listos para combatir si fuera preciso. Colocaron a su emperador (Didio Juliano) en el centro y protegieron sus cabezas con los escudos y las lanzas, no fuera que alguna piedra volara desde las casas contra la procesión. Así lo condujeron al palacio imperial.
>
> HERODIANO, *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, II, 6, 8-13.

A finales del siglo II a. C., el siete veces cónsul Cayo Mario será recordado como el responsable de la profesionalización del ejército romano, más tarde reconocido como el más poderoso de la Antigüedad. Las cohortes pretorianas formaban parte de la estructura militar del ejército para asegurar su efectividad, por lo que necesitamos conocer las tácticas que emplearon para comprender el papel de los soldados del pretorio. Augusto introdujo nuevas reformas, como el incremento de efectivos de la primera cohorte de cada legión, de 480 a 800 (cohorte miliaria), agrupando cinco centurias dobles, donde la quinta quedaba integrada por los especialistas del ejército (ingenieros, médicos, etc.). Una legión estaba integrada por 5.824 soldados, divididos en diez cohortes de infantería pesada (numeradas del I al X), la primera era considerada la más prestigiosa por ser la encargada de custodiar tanto el águila de cada legión (en manos del *aquilifer*) como las insignias del emperador (por el *signifer*). Se posicionaba en el sector derecho del frente de combate (el más importante al encontrarse más expuesto), pero

todas las cohortes podían articularse en unidades menores según las necesidades. Cada una en tres manípulos (160), estos en dos centurias (80) y, finalmente, estas últimas se componían de 10 contubernios de ocho soldados. Se trataba de la unidad táctica más reducida de infantería romana, cuyos miembros compartían la misma tienda en los campamentos. Al margen era posible extraer unidades temporales para misiones específicas, las *vexillationes*, compuestas por un número variable de efectivos. Las legiones contaban con el apoyo de un contingente compuesto por 704 jinetes (128 adscritos a la primera cohorte por ser miliaria), divididos en *turmae* o turmas de 32 soldados con su propia insignia y dirigidos por un decurión. La caballería realizaba labores de exploración y reconocimiento del terreno durante las marchas o en el campo de batalla. Los jinetes actuaron como correos y formaban para enfrentarse a la caballería enemiga, ayudados por los jinetes auxiliares del ejército.

La segunda reforma de Augusto buscaba elevar el valor táctico y aumentar el número de las tropas auxiliares, hasta casi igualar los efectivos de la legión, pues su importancia era cada vez mayor para vencer a enemigos con grandes contingentes de expertos jinetes. La infantería auxiliar formaría delante de la primera línea legionaria, adiestrada para iniciar un ataque rápido con sus armas arrojadizas y retirarse rápidamente evitando el combate cuerpo a cuerpo (al modo de los *velites* en época republicana), donde la inferioridad de su equipamiento podría ponerles en peligro. De ese modo, la primera línea enemiga ya habría sufrido importantes bajas antes de que los legionarios se pusieran en marcha. La flexibilidad de la estructura del ejército romano ofrecía variables tácticas para adecuarse con éxito a las necesidades.

Se trataba de formaciones y maniobras realizadas por los soldados antes, durante y tras un combate. Estas dependían no solo de la habilidad de los oficiales al mando, sino de las características, disciplina y número de las tropas propias y adversas, del terreno, accidentes geográficos o construcciones, de la psicología de los líderes enemigos y su forma de actuar, si era posible conocerla o estimarla, de los sistemas tradicionales de lucha que ambos utilizaban, y hasta, incluso, de la logística militar con la que contaban. Suponía un nada despreciable trabajo previo de análisis y

estrategia que culminaba en el campo de batalla, donde las opciones se reducían mucho. El desenlace dependía, en gran medida, de la capacidad para evaluar los combates en curso y su desarrollo, una habilidad que permitiera adaptar las tácticas de combate en busca de la victoria. En este sentido, si bien es cierto que los romanos contaron con numerosos generales poco capacitados que propiciaron importantes derrotas, no lo es menos que supieron siempre sobreponerse hasta vencer a la mayoría de sus enemigos. La habilidad de otros muchos oficiales y su capacidad para adaptarse a la forma de combatir del enemigo ayudaron mucho, haciendo suyas aquellas de sus características que podían emplear en su beneficio y utilizando todos los medios a su alcance con la única finalidad de lograr sus objetivos. Los romanos se enfrentaron a casi todos los ejércitos de la Antigüedad, a veces fueron derrotados en una o varias campañas, pero la victoria final casi siempre cayó de su lado, hasta formar un imperio que pervivió un milenio y fue capaz de cambiar la Historia.

El estudio y empleo adecuado de las tácticas para alcanzar la victoria se entendía como una de las principales virtudes de un general que aspirara a la gloria. Por ello, el enorme desarrollo que experimentó este aspecto militar merece especial atención, pues desde los tiempos remotos en que Roma movilizaba a unos pocos miles de soldados no profesionales, hasta las campañas imperiales donde varios ejércitos y decenas de miles de efectivos bien preparados, entrenados en distintas formas de combate, con experiencia en campos de batalla desde Mauritania a Asia y perfectamente pertrechados, se coordinaban sin demasiado esfuerzo, no deja de representar una hazaña. Una de las características tradicionales del ejército romano consistía en la mayor importancia que se otorgaba a la infantería pesada en sus contingentes, por encima de la caballería o cualquier otro tipo de unidad militar, como la infantería ligera, especialistas (honderos, arqueros) o jinetes auxiliares. Roma los solicitaba en las regiones bajo su control o reinos aliados donde este tipo de tropas eran reconocidas (como la caballería ligera mauritana, los honderos baleares, etc.), pues muchos de sus enemigos contaban con una importante caballería, no pocas veces superior en número a sus propios infantes, lo que presentaba un reto importante para la estructura de las legiones romanas.

La caballería ligera podía atacar a distancia con armas arrojadizas (jabalinas y arcos compuestos) y retirarse rápidamente a un lugar seguro, sin apenas sufrir bajas pero maximizando las del enemigo al evitar el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Ese era el trabajo de la caballería pesada acorazada (como los catafractos), mediante imponentes cargas capaces de quebrar hasta la línea legionaria más cerrada. Un elevado número de jinetes experimentados y bien adiestrados podía poner en serios aprietos a la legión más veterana, simplemente mediante maniobras envolventes, mientras la infantería fijaba el centro en su posición para atacarlo conjuntamente en el frente, las alas y la retaguardia hasta la aniquilación (la táctica del yunque y el martillo, tantas veces utilizada por los hábiles jinetes celtíberos, númidas, partos, seléucidas o sasánidas). Los jinetes contaban con una movilidad muy superior a la de los infantes, que permitía desarrollar evoluciones y tácticas en combate muy distintas y, a veces, decisivas, actuando de manera independiente o en combinación con aquellos. Cualquier maniobra de ataque tendría más posibilidades con ellos y su existencia minimizaba enormemente los puntos débiles de la legión. Una táctica muy conocida consistía en emplear a la infantería ligera y los jinetes auxiliares para atacar con sus armas arrojadizas a la caballería enemiga y atraerla, mientras fingían escapar hacia emboscadas preparadas de antemano. Todo estaba permitido si se conseguía una mínima ventaja hacia la victoria.

Los enemigos de Roma conocían bien esa forma de pensar romana, que primaba la infantería, y trataron de contar con una mayor caballería al mismo tiempo que centraban sus ataques en la oponente para tener alguna opción de victoria. Si los combates se desarrollaban en territorio extranjero, no era infrecuente que aprovecharan la mayor movilidad de sus jinetes para tratar de debilitar a los romanos antes de enfrentarlos, mediante la famosa táctica de la «tierra quemada». Las regiones por las que debían marchar eran arrasadas, combinando ataques relámpago constantes al grueso de tropas romanas o a sus rutas de suministros, hasta que el hambre y el cansancio comenzaban a hacer mella en ellos sin que pudieran alcanzar a aquellos veloces jinetes. Esta táctica fue muy bien aprovechada por Mitrídates, rey del Ponto, o por los partos en la victoria de Carras. Por ese motivo, parte de la misión de la caballería romana, así como de los jinetes e

infantería ligera aliada, era evitar esos veloces ataques para minimizar las bajas en las legiones, aunque no siempre tuvieron éxito. Para ello empleaban maniobras de tenaza o, si conocían el terreno, anticipaban sus movimientos bloqueando la ruta de escape de los atacantes para acabar con ellos tras su ataque inicial. No fueron pocas las ocasiones en que los romanos sufrieron importantes derrotas frente a un enemigo con una caballería muy superior, como sucedió en la batalla de Abrito con la muerte del emperador Decio (256) o la de Adrianópolis con Valente (378). No obstante, la respuesta diseñada por algunos emperadores también permitió lograr grandes éxitos, como en las campañas párticas de Trajano (114), la actuación de Lucio Vero para reconquistar Armenia (166) o la buena disposición de las tropas de Juliano frente a los sasánidas en Seleucia del Tigris (363).

En época republicana, cada ejército consular estaba compuestos por dos legiones, a las que se añadía un número igual de caballería ligera e infantería ligera auxiliar para compensar la especialización de los militares romanos y contar con contingentes más versátiles. Cuando era posible, estos se buscaron también en las regiones donde sucederían los enfrentamientos, no solo para ahorrar el coste de desplazar hasta allí un contingente mayor, sino porque evitaban que se unieran a sus enemigos, además de que conocían bien la geografía propia y, probablemente, habrían adaptado a ella su estilo de lucha. Las reformas militares de época imperial supusieron que estos *auxilia*, en su mayor parte voluntarios a cambio de botín, se convirtieran en asalariados profesionales del Estado romano para paliar las deficiencias de su estructura militar. Sin embargo, nunca se estructuraron como legiones, sino en cohortes para la infantería y *alae* (turmas) para los jinetes, que podían actuar de manera independiente a cargo de un oficial romano (normalmente un prefecto). Del mismo modo, la especialización de los soldados romanos contribuyó no solo a mejorar su capacidad y rendimiento, sino a generar distintos contingentes con características propias, preparados para actuar según las necesidades tácticas de cada situación.

Una vez que el emperador tomaba la decisión de iniciar una campaña militar, todos los mecanismos desarrollados para crear la mayor maquinaria

de guerra de la Antigüedad durante siglos de continuos combates se ponían en marcha con la coordinación y eficiencia del que tararea una canción mil veces repetida. Cuando el conflicto se producía en regiones de frontera donde los ejércitos allí acantonados podían encargarse de ello, el tiempo de reacción se reducía enormemente, pero si era necesario enviar refuerzos o el problema se producía en zonas desprovistas de efectivos para contenerlo, primero se intentaba enviar allí un ejército desde el lugar más cercano, y si no era posible, se trataba de organizarlo y ponerlo en marcha cuanto antes. Si el emperador estimaba personarse allí, aunque no todos mostraron la misma disposición a ello, por motivos políticos (para obtener prestigio), psicológicos (insuflando moral a una tropa deseosa de honrarle y demostrar su valía), etc., siempre se hacía acompañar por cohortes pretorianas, en número variable según las necesidades. Su principal misión cobraba, entonces, aun mayor sentido y responsabilidad debido al peligro que corría y al incremento en la ferocidad de sus enemigos al saber que existía la posibilidad de acabar con el todopoderoso emperador romano. En campaña este asumía el mando supremo de las tropas, pero, si decidía no afrontar los rigores y riesgos del viaje, el ejército romano quedaba en manos del comandante en jefe asignado, con quien el comandante pretoriano (ya fuera un prefecto o un tribuno) colaboraría si el soberano enviaba allí a sus soldados de elite a pesar de su ausencia.

Era el momento de que el *officium* o gabinete de general al mando comenzara a recoger toda la información existente sobre el enemigo, el territorio donde desarrollaría la campaña, las rutas para alcanzarlo y los peligros existentes, para tomar las medidas oportunas. Con esos datos, el general (o el emperador, si decidía comandar la misión) reunía a sus altos oficiales (legados, prefectos, tribunos, etc.) para formar el consejo (*consilium*) donde se analizaría y prepararía la campaña. Probablemente, a algunas de estas reuniones también acudirían otros cargos destacados como el centurión *primus pilus*, pero no se trataba de un foro de debate, pues el general tenía la máxima autoridad y debía ejercerla, de manera que se presentaban para recibir e impartir órdenes, transmitirlas adecuadamente a los subordinados implicados y aclarar cualquier duda. Necesitaban conocer detalladamente las ciudades o pueblos allí situados, la distancia entre ellos,

las vías que los conectaban, la existencia de cursos de agua, montañas o cualquier otro accidente geográfico a superar, y debían pensar la mejor manera de hacerlo. Se establecía la táctica a seguir, se calculaban los recursos necesarios, gastos, etc. y se informaba a las provincias o aliados implicados para que estuvieran listos. Serían los responsables de custodiar los recursos requeridos y evitar que cayeran en manos enemigas hasta la llegada del ejército, supervisando que los campesinos, artesanos y demás implicados cumplieran los plazos de producción a tiempo. En caso de no poder reunir lo necesario, la cuota estipulada se sustituiría por dinero para adquirirlos en mercados cercanos.

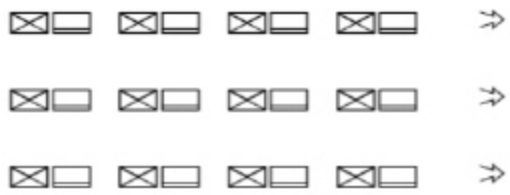
Si el destino estaba muy alejado, parte de la distancia (si era posible) se cubría por mar para reducir el tiempo de reacción, embarcando tropas, suministros, etc. en las galeras de guerra romanas. La alternativa era una ruta por tierra, donde los soldados debían mostrar todo lo que habían aprendido y ejercitado durante largas marchas diarias, que podían ser maratonianas o menos exigentes según la urgencia de la situación. Una vez decidido el trayecto (empleando si era posible las calzadas romanas existentes) y las paradas obligatorias, el general organizaba el orden de marcha de la columna (*agmina*) en función de los peligros que podían presentarse en cada etapa del camino. Los tramos en territorio romano o aliado no presentaban riesgos y se podía optar por una formación estándar, adaptada a las dimensiones de la calzada y en una sola línea (*agmen*, «normal»). Esta podía extenderse varios kilómetros, incluyendo el tren de suministros necesarios para el abastecimiento de la tropa, las máquinas de guerra desmontadas, etc.[55] Unidades de jinetes exploradores se situaban tanto por delante de la vanguardia como en paralelo a sus flancos, para avisar de cualquier peligro, al frente de la columna marchaba la infantería ligera (quizá encabezando la marcha pero con unidades de caballería ligera adelantadas como exploradores), tras ella una legión (o más, según el tamaño del ejército) seguida de dos contingentes de infantería auxiliar, cada unidad con sus bagajes propios.[56] Después la última legión en orden inverso para proteger la retaguardia y el resto de suministros, y finalmente, un tercio de la caballería romana cerrando la marcha, mientras los otros dos tercios se encargaban de proteger los flancos. Este sistema se organizaba

con todas las unidades en formación cerrada, permitía evitar que todo el grueso del bagaje se colocara unido y cayera en manos enemigas si era atacado, a la vez que cada soldado tenía cerca todo lo que pudiera necesitar para defenderse. Cuando las cohortes pretorianas marcharan junto al resto del ejército, probablemente se colocaron tras la vanguardia, tanto por su prestigio como por tratarse de las unidades de elite del ejército que se entendían mejor preparadas y equipadas para resistir un posible ataque, aunque es difícil saberlo con seguridad. Cuando los generales de Otón, Suetonio Paulino y Mario Celso marcharon hacia Crémona (69), su enemigo el general viteliano Cecina Alieno dispuso una emboscada que fue descubierta y eliminada por los jinetes pretorianos que los acompañaban, junto a tres cohortes del pretorio.

Formación en *agmen* romano

Este tipo de formación, como sucedió con los galos cuando intentaron atacar a las tropas de César en marcha, suponía un riesgo enorme para cualquier enemigo, pues elegir un único punto de ataque permitía a los romanos rodear a los atacantes y eliminarlos fácilmente. Sin embargo, tenía puntos débiles frente a ataques combinados o emboscadas, por lo que existían otro tipo de estructuras ideadas para mejorar la defensa, como el *orbis*. Manteniéndose una única columna de marcha, cada legión se dividía en manípulos organizados en cuadros o círculos, con parte del bagaje en su interior. Por otro lado, cuando el ejército se encontraba cerca del campo de batalla o en zonas de elevado peligro, existía una opción aún más segura, utilizando la formación en cuadros con capacidad ofensiva y defensiva (*agmen quadratum*). No conocemos con detalle la disposición específica de los efectivos, aunque se piensa que habrían formado tres columnas para proteger los flancos adecuadamente, dividiendo y protegiendo el tren de suministros entre los espacios libres de las columnas o delante de ellas.

Cuando Maximino el Tracio movilizó sus tropas hacia Italia (238), utilizó este sistema de marcha, situándose en la retaguardia con sus pretorianos. [57]



Formación en *agmen quadratum*

Una de las variantes posibles era el *agmen munitum*, formación puramente defensiva y, por tanto, incapaz de actuar en combate abierto. Se caracteriza por colocar la impedimenta flanqueada por las legiones, mientras la vanguardia y retaguardia quedaban aseguradas por la infantería y caballería auxiliar, así como los jinetes romanos. Por su parte, el *agmen pilatum* buscaba estrechar al máximo la columna para facilitar el paso por terrenos difíciles (senderos entre paredes de roca, pasos de montaña, puentes, etc., especialmente propicios para una emboscada, deshaciéndose de parte del bagaje si era necesario (de ahí su denominación relacionada con «robar» o «pelar», pues en la jerga militar aludían a la necesidad de recuperar lo perdido más tarde a costa de las poblaciones en su camino). [58] Era frecuente que se enviaran algunos destacamentos adicionales en vanguardia, buscando ocupar cualquier elevación, risco o zona del terreno que los enemigos pudieran utilizar para ello. En primer lugar marchaban los *extraordinarii*, seguidos del ala derecha de los auxiliares con la impedimenta propia delante de ellos. Después marchaban dos legiones, divididas en cohortes o manípulos, precedidas también por sus bagajes, seguidos del ala izquierda de los auxiliares con su impedimenta. Vigilando la retaguardia actuaba una parte de la caballería, mientras el resto acompañaba a las unidades de infantería legionaria a las que pertenecían.

Formación en *agmen pilatum*

Existía una denominación aplicable independientemente al tipo de marcha, el *agmen expeditum*, utilizada para señalar que los soldados estaban prevenidos y listos para luchar en cualquier momento (*expeditae*), por lo que cada uno marchaba solo con sus armas, libre de cargas adicionales para facilitar su actuación en caso necesario. Sin duda, cualquier explorador enemigo debía de creer estar soñando al contemplar cómo decenas de miles de soldados aparecían en el horizonte perfectamente formados, caminando en completo silencio en una columna que llegaría más allá de lo que su propia visión podía abarcar.

Esas largas y agotadoras etapas de marchas comenzaban al amanecer y solían terminar al anochecer, con suerte pernoctando en alguna ciudad fortificada aliada o, de lo contrario, era el momento de levantar los célebres campamentos romanos. No entraremos aquí a analizarlos en detalle, pues de ello se encargaban legionarios y auxiliares, no los pretorianos. El estatus que se les suponía les liberaba de tan cansadas obligaciones. Baste recordar que, a veces, el general ordenaba su construcción aun alcanzando un asentamiento si consideraba que este no garantizaba un mínimo de seguridad o para entrenar a sus soldados. A veces era necesario construirlos durante varios días seguidos tras cada caminata, salvo cuando ocasionalmente se les concedía un día de descanso[59] si su resistencia comenzaba a verse afectada, lo que nos da una idea de la capacidad física de los soldados romanos. El proceso estaba totalmente optimizado, cada unidad sabía perfectamente su tarea[60] y el espacio destinado a cada elemento, lo que permitía terminarlo en un lapso de dos a cinco horas según el tiempo que esperaban utilizarlo y el peligro potencial de la región. Si este era elevado, solo la mitad de las tropas se destinaban a estos trabajos, mientras el resto (entre los que presumiblemente se encontraban los pretorianos) dirigían la vigilancia y defensa en caso de ataque durante las obras.

Los soldados del pretorio gozaban de mayores comodidades y sus tiendas eran de mayor tamaño que las del resto de soldados, colocadas en un espacio reservado junto a su general en el centro del campamento (el lugar más seguro). Al despuntar el alba, un toque de trompeta marcaba el rápido inicio de los preparativos para continuar la marcha tras un frugal desayuno. Todo se desmantelaba, se cargaban los carros y las tropas formaban para presenciar la destrucción del campamento (a veces tras una sola noche) para impedir que sus enemigos lo utilizaran como fortaleza defensiva. Era el momento en que los oficiales preguntaban tres veces a la tropa si estaba lista para partir, no esperando otra cosa que una respuesta afirmativa en este acto ritual, como si de una sola voz se tratara: «¡Estamos preparados!».

En el caso de que un curso de agua impidiera el paso sin contar con un puente habilitado para ello, existían dos opciones. Cuando su profundidad o la violencia de su corriente impedían cruzarlo directamente, legiones y cohortes pretorianas contaban con ingenieros especialistas entre sus filas, para dirigir la construcción de una estructura temporal al efecto. Si el tren de abastecimientos no contaba con planchas de madera y clavos suficientes, lo que era habitual si se esperaba encontrar este tipo de dificultad, se elaboraban y diseñaban en el acto para unirlas rápidamente mediante cuerdas y cadenas de hierro,[61] aunque también podían emplear barricas vacías que antes habían transportado suministros. Los extremos se aseguraban en árboles fuertes, rocas, etc. cercanos, de forma que se completaba rápidamente, para reducir al máximo el tiempo que el ejército permanecía expuesto al enemigo. Si era posible vadearlos evitando iniciar tales trabajos, existían dos opciones. Una consistía en elaborar numerosas acequias para desaguarlo y cruzar sin mayor dificultad. Otra posibilidad necesitaba un sondeo previo para determinar la profundidad y encontrar el punto más adecuado para vadearlo. Se formaban dos líneas paralelas de caballería colocadas a distancia suficiente para permitir entre ellas el paso de la infantería, carros, animales, etc., de manera que la situada en la parte superior del río trataba de facilitar la maniobra frenando la fuerza del cauce en la medida de lo posible, mientras la opuesta actuaba como elemento de seguridad para evitar que algún soldado desafortunado, animal o pertrecho

caídos al agua fueran arrastrados. Los soldados aseguraban el equipo sobre sus escudos y los levantaban por encima de sus cabezas para evitar que el agua los deteriorara, mientras que la caballería elaboraba pequeñas estructuras flotantes con ramas secas y con la misma finalidad, asegurándolas a sus monturas con correas de cuero mientras cruzaban a nado, sin dejar de sujetar las riendas. En situaciones de peligro potencial, los generales más precavidos no solo situaban sendos destacamentos en ambas orillas para proteger la maniobra, sino que podían llegar a construir empalizadas de madera y, a veces también fosos, para incrementar la seguridad en momentos tan vulnerables.

Acercarse al enemigo obligaba a priorizar las labores de inteligencia si los oficiales al mando querían valorar adecuadamente la táctica a seguir y tomar las mejores decisiones para alcanzar la victoria. Era una misión para los *speculatores* legionarios y los *speculatores Augusti* del pretorio, que realizaban, además, funciones añadidas. La cantidad de tropas necesarias para la batalla, sus características, la mejor ruta a seguir, la táctica de marcha, estaban siempre determinadas por esos datos actualizados constantemente y comparados con los obtenidos de sus oponentes. Era vital obtener la información de la manera más fiable posible, pues cualquier engaño podría resultar fatal, por lo que se trataba de vigilar directamente al enemigo si se conocía su posición y se encontraba muy próximo. De lo contrario se recurría a fuentes muy variadas, como embajadores enviados a parlamentar, aliados en la zona, informes de los *frumentarii*, desertores, mensajes interceptados, prisioneros capturados e interrogados (tarea en la que los propios pretorianos o los *evocatus Augusti* estaban muy familiarizados), etc. Se intentaba utilizar guías locales de confianza cuando existían dudas sobre las rutas a elegir. Si no era posible se interrogaba a gentes del lugar por separado, para obtener información y contrastarla a fin de evitar engaños o, en el peor de los casos, se obligaba a algún habitante de la zona a prestar sus servicios bajo coacción. Por su parte, todos y cada uno de los participantes en la marcha (soldados, comerciantes, sirvientes, meretrices) tenían prohibido comentar la ruta que iban a seguir, aunque el secreto absoluto es una quimera cuando soldados traidores, desertores, mercaderes de lengua fácil y otras gentes podían acabar con toda

precaución. Una vez localizado el enemigo, para salvaguardar su integridad se ordenaba a los civiles y a la multitud de comerciantes, meretrices y demás que desde tiempos inmemoriales seguían permanentemente a las tropas para hacer negocios,[62] que abandonaran la zona portando solo lo imprescindible.

Las largas marchas de aproximación dejaban paso a movimientos calculados y precavidos destinados a buscar el mejor momento para la batalla y evitar que el enemigo les sorprendiera. Podían pasar días sin que las tropas abandonaran un campamento mientras se obtenía información, se reconocía el terreno y sus posibilidades, se esperaban refuerzos… Los soldados afilaban sus armas mientras digerían lo que estaba a punto de suceder o se realizaban los rituales necesarios para propiciar el apoyo divino. La profesionalidad y disciplina con que todo se llevaba a cabo ayudaba a elevar la moral de los soldados y permitía afrontar el reto con la mejor disposición. A pesar de todo, muchas veces el momento del combate y mucho más su resultado eran impredecibles hasta para el general más experimentado o el augur más reconocido. Meses de preparativos podían reducirse a un solo día de luchas interminables donde había que poner en práctica todo lo que los soldados romanos habían aprendido y entrenado con duro esfuerzo. Era el momento de saber si su general, o el propio emperador, estaban a la altura de las circunstancias y eran capaces de aprovechar todos los recursos de que disponían.

Para favorecer su vigor, los soldados recibían una frugal comida antes de la batalla, mientras se decidía el orden de combate no solo en el inicio de la batalla, sino también las posibles evoluciones que surgirían en su transcurso, evitando colocar a sus soldados con el sol de frente (ello podría cegarles y restar efectividad a sus esfuerzos) y procurando que no tuvieran que superar accidentes del terreno desfavorables. Había que estudiar la manera de aprovechar los vientos de la zona no solo para dar más fuerza a sus proyectiles y frenar los del enemigo, sino para eludir los efectos del polvo. Decenas de miles de soldados moviéndose en un terreno relativamente pequeño generaban una cantidad de partículas en suspensión enorme, las cuales podían llegar a ocultar los movimientos de cohortes

enteras, las evoluciones de la caballería y molestar los ojos de los soldados hasta la irritación.

Una vez preparados, ambos ejércitos aguardaban en formación las órdenes para comenzar. Sus vidas dependían de haber preparado adecuadamente todo lo necesario hasta ese momento para contar con la mayor ventaja posible, pero también de su propio valor y de la capacidad que demostraran para adaptar la táctica al desarrollo de los combates. Cada oficial les arengaba para borrar de sus mentes toda duda o temor, mientras controlaban el resultado de las escaramuzar previas y discutían con el resto de mandos el plan para alcanzar la gloria. Era el momento de evaluar al enemigo si antes no habían logrado esa información. La habilidad del general se mostraría por fin. Si los mandos romanos detectaban alguna carencia en la disposición o estructura del enemigo, podían aprovecharla adaptando su propia táctica. Sin duda, los movimientos que debían realizar tal cantidad de tropas al unísono y organizadamente, evitando los nervios y en respuesta a un solo toque de corneta o a las voces de los centuriones situados entre las líneas, requerían un entrenamiento y disciplina duramente trabajados en sesiones interminables, que ahora mostrarían sus frutos. Pero ni siquiera esa preparación ni la condición de mejores soldados de infantería pesada de la Antigüedad servirían de nada si la táctica elegida no era la correcta.

El ejército romano imperial había dejado atrás la antigua táctica republicana de la formación en damero o *quincunx*, típica de la estructura en triple *ascies* (*hastati*, *princeps* y *triarii*, ayudados por los *velites*). Las nuevas legiones se comportaban de otro modo en combate, y su efectividad estaba ya fuera de toda duda. En la formación básica el frente se mostraba cerrado, con la infantería pesada formando líneas (1-4 habitualmente) donde las cohortes menos experimentadas de cada legión (normalmente la 2.ª, 3.ª, 4.ª, 6.ª y 8.ª) se disponían en vanguardia y las veteranas (1.ª, 5.ª, 7.ª, 9.ª y 10.ª) en retaguardia para actuar cuando aquellas estuvieran ya cansadas, o antes, según la evolución táctica de los combates.[63] La caballería romana y auxiliar se dividía en dos contingentes similares, para situar cada uno en una de las alas de la formación. Normalmente la caballería pesada quedaba más próxima a la infantería para mejorar la

defensa de su flanco, mientras que la caballería ligera ocupaba los extremos, de manera que si los jinetes pesados de ambas formaciones entraban en combate frente a frente, estos podrían hostigarles por el flanco o, incluso, rodearles. Tras ellos quedaba la infantería ligera (arqueros y otros),[64] llamados *levis armatura* por su equipamiento. Un soldado romano perfectamente equipado y colocado en formación necesitaba, al menos, un especio de un metro de separación lateral y casi dos con su compañero situado detrás, para colocarse en el orden más cerrado y disponer de la libertad suficiente para lanzar el *pilum* sin causar heridas involuntarias, de manera que si el general esperaba formar allí una primera línea de 2.000 infantes, el frente se alargaría más de dos kilómetros, a los que añadir la caballería en las alas, lo que nos da una idea de la dimensión que podía tener una batalla de gran envergadura.

Era importante, por ello, seleccionar bien el lugar de la batalla, pues su capacidad determinará la longitud del frente y su profundidad. Muchas veces era más aconsejable un frente estrecho, ya que permitía a los oficiales seguir el combate desde un único punto de observación e incrementar las líneas para resistir el empuje enemigo y favorecía la intercambio entre ellas para sustituir a los extenuados soldados de la primera, además de reducir no solo la posibilidad de encontrar obstáculos que pusieran en peligro la formación durante su avance, sino el tiempo necesario para enviar órdenes. Entre cada línea se dejaba una separación de unos dos metros para ejecutar las maniobras sin problemas de movilidad. Al inicio del combate, si la orden era esperar firmes al grito de *ciringite frontem!*, solo quedaba provocar a los enemigos para que iniciaran su avance mediante insultos y burlas mientras los soldados auxiliares se colocaban delante y descargaban sus armas arrojadizas tratando de causar las mayores bajas. Cuando estaban ya muy cerca, se retiraban entre las dos primeras líneas del frente, para continuar su labor hasta dejar paso al resto de legionarios y situarse tras ellos, aunque delante de la maquinaria de guerra. Desde esa posición podían mantener sus ataques sobre las líneas enemigas más rezagadas, aunque apenas podrían ver lo que allí sucedía. No obstante, los enemigos también disponían de estas armas, arrojándolas sobre las primeras líneas romanas poco antes de impactar. Estas se preparaban mediante la táctica del *frontem*

allargate («ensanchar el frente»), separándose lo suficiente para minimizar su efectividad pero manteniendo la formación. Este sistema se emplearía durante la primera guerra judeo-romana (66-73) y en muchas otras ocasiones, como en Capadocia (135). A veces se optaba por abrir espacios entre las distintas cohortes para que los enemigos penetraran en su avance hasta un callejón sin salida, donde los romanos atacarían desde el frente y los costados hasta acabar con ellos. Esta posibilidad era más adecuada cuando el terreno era irregular y fue utilizada en la victoria de Escipión en Zama frente a Aníbal (202 a. C.) para acabar con la amenaza de los elefantes de guerra enemigos.

En combate, los romanos contaban con varias opciones básicas. La formación en rectángulo ofrecía la posibilidad de crear un amplio frente, con una profundidad adecuada, una posibilidad habitual para el estilo de lucha romano, aunque requiriera asegurar que el frente siempre se mantuviera firme. Sin embargo, el terreno no siempre era el adecuado si no se podía elegir de antemano y, si el enemigo los superaba en número, podía plantear un serio peligro al formar un frente mayor que rebasara fácilmente los flancos romanos y provocaría una derrota segura. Para impedirlo solo quedaba reducir el número de soldados en fondo y ampliar el propio frente, algo tremendamente peligroso, como hemos visto. Julio César logró sobreponerse a Pompeyo en esas circunstancias durante la batalla de Farsalia (48 a. C.), aunque buena parte del mérito se debió a su astucia y a la mayor preparación de sus soldados. Otra opción era la formación oblicua desarrollada por el general tebano Epaminondas siglos atrás. Solía emplearse en estos casos de inferioridad o cuando un sector enemigo se revelaba compuesto por soldados inexpertos, sin suficientes efectivos o mal armados para soportar un ataque directo, retrasando ligeramente el ala izquierda y adelantando la derecha con respecto a la línea de frente. Al avanzar hacia el enemigo, el ala derecha entraba antes en combate, apoyada por fuertes contingentes de infantería pesada y caballería auxiliar, que normalmente se han desviado del ala izquierda gracias a que se incorporaba más tarde al combate.

Si la maniobra se desarrolla adecuadamente, las fuerzas de la derecha habrán acabado con sus enemigos antes de que la izquierda tenga que

actuar, rodeando rápidamente a sus oponentes por ese flanco para atacarlos por la retaguardia y obtener la victoria. La formación basculante era muy similar, aunque en ella solo se adelantaba un sector, sin retrasar ningún otro. Era empleada si se contaba con efectivos suficientes como para que ninguno quedara en inferioridad al desviar tropas. El enemigo podía tratar de anticiparse si reconocía esta estrategia, pudiendo optar por recurrir a la reserva para reforzar ese sector, desbaratar el ataque enemigo con unidades formadas en flecha o cuña (*cuneum formate*) o tratando de tomar contacto con las más débiles tropas del ala izquierda contraria antes de tiempo. Como podemos suponer, esta táctica podía invertirse si era necesario, reforzando el ala izquierda y reduciendo la derecha para realizar el mismo movimiento, lo que sucedía si las tropas que el oponente había colocado en la derecha no parecían lo suficientemente adecuadas como para resistir allí. Una nueva variante consistía en avanzar en formación hacia el enemigo y, cuando las tropas se encontraban a una distancia máxima de unos 300 metros, se daba la orden a la caballería de ambas alas para que se adelantara y atacara a sus oponentes en los dos sectores a la vez, buscando atemorizar a la infantería del centro y facilitar su derrota en el momento en que les alcanzaran los legionarios romanos. Sin embargo, aunque esta táctica puede ofrecer una rápida victoria, era vital no distanciar demasiado las alas de caballería del centro del frente, pues eso provocaría huecos que podrían ser aprovechados por el enemigo para ejecutar una maniobra de flanqueo. Para prevenirlo, a veces las tropas auxiliares ocupaban ese espacio entre la caballería y la infantería legionaria tras realizar su labor inicial. Una última opción suponía aprovechar cualquier accidente del terreno (una colina escarpada, un lago, un río, los muros de una ciudad, el mar) en su beneficio. Era la llamada formación con flanco protegido. En ella las tropas formaban junto a ese lugar que impedía rodearles y podían destinar los efectivos que deberían haberse situado allí para reforzar el ala opuesta, aunque siempre se destinaban algunos contingentes de jinetes y auxiliares en esa zona para garantizar su seguridad.

Un toque de la corneta recta (tuba, a cargo de los *tubicines*) y la orden *contendite vestra sponte* («enfrentaos a vuestro rival»), era la señal para que los legionarios cerraran huecos y comenzaran a marchar hacia el enemigo,

quienes podían optar por esperarlos o iniciar su avance en busca de un choque más violento. Eran capaces de maniobrar rápidamente para convertir una única primera línea de combate en varias, mientras los arqueros auxiliares cubrían el avance, en ocasiones utilizando flechas incendiarias (*eiaculare flammas*). La segunda línea se apresuraba a seguirla, evitando generar huecos que los oponentes utilizarían pata rodear a sus compañeros, lo que rompería el frente de ataque romano. Muchos de sus enemigos los recibían generando ruido para intimidarlos. Los celtas empleaban el *carnix* (instrumento de viento similar a las trompetas), los partos tambores y los germanos gritos de guerra (*baritus*), pero los romanos avanzaban en un silencio sepulcral que generaba todavía más inquietud por su frialdad ante el peligro, su perfecta disciplina y el brillo de sus armas. Demostraban así que su preparación y fortaleza mental eran tales que no necesitaban ruido, y este silencio solo se rompía justo antes de utilizar los *pila*, cuando decenas de miles de gargantas coreaban entre gritos el *pean* de guerra. La distancia que los separaba se cubría a la carrera si frente a ellos se encontraban numerosos arqueros, tratando así de minimizar el tiempo de exposición y de reducir las bajas.

Era el momento, a entre 15 y 30 metros del enemigo los legionarios de las primeras filas recibían la orden de sus centuriones y optiones *eicere pila!* («¡lanzar pila!»), arrojándolas con toda la fuerza de que eran capaces y la esperanza de reducir no solo la cantidad de oponentes sino también su moral, pues miles de estas armas surcando el cielo juntas debieron de causar estragos y miedo a partes iguales. Ya antes de este momento y de la actuación de los auxiliares, las máquinas de guerra habrían comenzado a debilitar al enemigo desde que formara en el campo, solo deteniéndose cuando el frente romano comenzara a marchar. Decenas de onagros y ballestas cargaban y descargaban sin cesar, mientras aquellos que trataban de oponerse a la todopoderosa Roma observaban volar sobre sus cabezas cientos de enormes flechas y piedras de todo tipo. Ya sin el peso de los *pila*, colocaban su *scutum* y desenvainaban el *gladius* poco antes de alcanzar a los supervivientes, recordando su adiestramiento. Protegerse y ensartar, protegerse y ensartar. Una y otra vez, sin descanso, buscando cualquier abertura en la defensa enemiga para convertirla en el camino de su espada a

la mayor velocidad. Esta vez ya no se trataba de troncos inmóviles, sino de fieros dacios, veloces sasánidas o enormes germanos; pero no importaba, la mecánica de combate era la misma, para eso les habían preparado.

A pesar de todo, los combates en el frente central, normalmente los más encarnizados, podían durar entre tres y cinco horas habitualmente. Cada oponente luchaba por su vida intentando no cometer el más mínimo error. Un ritmo frenético de ataque y defensa era imposible de mantener durante todo ese tiempo hasta para un legionario experimentado, y esa era la razón de la mecánica de lucha romana. Cada soldado atacaba sin descanso a su oponente más cercano durante un breve periodo de tiempo, hasta comenzar a sentir agotamiento, momento en el que el centurión daba la orden de intercambiar la primera línea con la segunda, para dar refresco a los más exhaustos y que sus impacientes compañeros continuaran el combate. Así una y otra vez, hasta saber cuál de los dos frentes cedería finalmente, momento en que comenzaría la masacre. En las formaciones con muchos efectivos en fondo, era difícil que las filas más retrasadas pudieran saber algo de lo que acontecía en el frente, salvo lo que podían intuir por los sonidos que escuchaban o los movimientos de sus compañeros. La férrea disciplina romana evitaba que ello les hiciera sentir temor y retroceder. También ayudaba la atenta mirada de los centuriones y optiones, pues proseguir era la mejor decisión que podrían tomar si no querían ser ajusticiados como desertores o aniquilados por sus enemigos.

Una de las principales preocupaciones del general era evitar que su ejército fuera rebasado por cualquier de sus alas, ya que el frente ofrecía mayor seguridad de resistir, lo que sucedía con más frecuencia por la izquierda que por la derecha, al situarse habitualmente en ella las mejores unidades. Si ocurría, solo quedaba tratar de frenar el ataque como fuera. Los soldados del centro probablemente seguían luchando encarnizadamente, por lo que no podían variar su posición, de modo que se movilizaban las últimas filas de infantería del centro y soldados del ala opuesta para atacar y resistir mientras trataban de encontrar una ruta de acceso a los flancos del enemigo. Esta formación era conocida como *globus*, y solo podía neutralizarse con una formación similar y aún más densa que les plantara cara. Los más hábiles y experimentados soldados debían ocupar el ángulo

exterior de la nueva formación para aumentar las posibilidades de éxito. La formación en cuña no era extraña en estas situaciones, aunque la manera más eficaz era en «pinza» o «V», la cuña invertida, donde el punto de choque se cubría densamente de soldados en orden cerrado mientras se trataba de superar los costados de la formación enemiga, envolviéndola a su vez. En los difíciles casos en que varios sectores del frente presentaban bajas demasiado acusadas y amenazaban con ser superados, los soldados de la reserva podían adoptar la formación en «sierra», donde cada uno de los «dientes» quedaba encajado en ese sector para reforzarlo. Siempre que fuera posible era más aconsejable realizar estas evoluciones con los soldados de la reserva que desmontado parte del frente, del ala opuesta o usando unidades recientemente sustituidas por estar agotadas.

Muchas veces esa reserva eran los pretorianos, cuya participación podía ser decisiva y decantar el éxito de la batalla. Se colocaban tras las alas de caballería y las líneas centrales, pero delante de los auxiliares, para ayudar a cubrir las bajas y evitar que el enemigo lograra rebasarlas. Si un momento de la batalla presentaba especial peligro o podía resultar decisivo, se les ordenaba actuar en bloque para decidir el resultado. Podían formar en cuña para tratar de penetrar la línea enemiga donde esta se hubiera debilitado tras horas de combates, o para frenarla si ganaba terreno, o envolver al enemigo por los flancos si la caballería no había podido lograrlo y se encontraba inmersa en combate. Cuando la cuña estaba cerca de impactar, los pretorianos saludaban a sus enemigos con una lluvia de armas arrojadizas concentrada en el punto de contacto, buscando debilitar ese sector para penetrarlo más fácilmente. Los romanos llamaban a esta formación *caput porcinum* (cabeza de cerdo). En este sentido, no contamos con detalles de su actuación en el campo de batalla, aunque utilizaron la cuña cuando abandonaron los *castra* en Roma para acabar con Pertinax,[65] probablemente pensando que era la mejor opción frente a una posible oposición armada o para penetrar en aglomeraciones de ciudadanos que se interpusieran en su camino. Lo mismo sucedió cuando escoltaron a Didio Juliano desde los *castra* hasta el Palatino, donde solo sabemos que formaron en orden cerrado. Pudieron emplear la conocida tortuga, más segura para evitar que el pueblo mostrara su malestar ante el nuevo

emperador con objetos arrojadizos, aunque también pudieron recurrir a una formación en cuadro hueco con el emperador en el centro, más fácil de mantener todo el trayecto. Sea como fuere, estaban perfectamente adiestrados para utilizar cualquier táctica o formación habitual del ejército romano, en cualquier terreno y ante cualquier enemigo, adaptándose rápidamente al tener que actuar en apoyo de las legiones por todo el imperio. Entrenamientos diarios con los mejores adiestradores se encargaron de ello, para ayudarles a mostrarse como los soldados de elite del Imperio romano. La colaboración entre legionarios y pretorianos siempre fue constante, los mandos del pretorio muchas veces actuaron como oficiales en las legiones antes de ascender a puesto superiores, *evocatus* pretorianos trabajaron como entrenadores de los legionarios y muchos de ellos promocionaron hasta alcanzar el pretorio, ya que sus destinos estaban estrechamente unidos.

Existían formaciones especialmente diseñadas para que soldados de infantería resistieran la embestida de caballería pesada. A la orden *repellere equites* («repeler caballos») una o varias unidades se situaban en cuadro muy cerrado, protegidas por sus escudos y ofreciendo sus *pila* hacia el exterior para causar el máximo daño a jinetes y monturas en su avance. Existía un sistema alternativo utilizado frente a los famosos jinetes alanos. Los romanos se colocaban en ocho filas de profundidad, las cuatro primeras colocaban sus *pila* en una posición de 45º anclados a tierra, formando una línea de aguzadas lanzas apuntadas hacia el enemigo, mientras las restantes portaban las *lancea* más ligeras. Una vez que los enemigos se encontraban a tiro, lanzaban sus armas para derribar al mayor número posible y minimizar la fuerza de la embestida, acto seguido apoyaban el peso de sus cuerpos sobre el de sus compañeros de delante para resistir mejor el envite. Ante tal cantidad de armas erizadas muchos caballos se negaban a avanzar si no estaban perfectamente adiestrados, más aún si su instinto gregario de seguir al resto se había perdido al caer muchos en el ataque anterior. Pasado lo peor, los legionarios aprovechaban que el enemigo no podía continuar su maniobra para arrojarles más dardos y obligarlos a retirarse.

Una posibilidad diseñada para unidades de infantería muy reducidas que se encontraban rodeadas era la formación circular (*orbem formate*).[66] Los

soldados se colocaban en esa posición, protegiendo en el centro a los arqueros auxiliares (*sagittarii*) mientras atacaban a cualquier enemigo cercano. Si era posible, añadían turmas de jinetes listos para contraatacar cuando sus compañeros se abrieran.

No podemos olvidar aquí la famosa formación en tortuga o *testudo* (*testudinem formate*). Se trataba de organizar un cuadrado donde toda la línea exterior ofrecía sus escudos y sus *pila* hacia afuera, mientras el resto colocaba el escudo en posición horizontal para hacerla impenetrable y evitar cualquier proyectil enemigo. Se trataba de una estructura eminentemente defensiva, empleada a veces en situaciones complicadas, cuando tropas dispersas intentaban escapar ante numerosos enemigos minimizando las bajas o para aproximarse a una fortificación reduciendo la efectividad de los proyectiles arrojados por los defensores. Si bien podían sortear cualquier tipo de terreno gracias a la práctica y adiestramiento de los soldados, su velocidad era muy reducida, al tener que mantener todos los huecos perfectamente cerrados, pues conseguirlo hacía prácticamente imposible penetrar tal disposición, a no ser empleando proyectiles pesados con la maquinaria de guerra. Del mismo modo, a pesar de los *pila*, no era una opción efectiva en el cuerpo a cuerpo si el enemigo se acercaba lo suficiente, por lo que solía emplearse si estaba a una distancia adecuada, para después cambiar la formación por otra más útil.

En ocasiones, cuando nada parecía ya ser capaz de evitar el desastre, llegaba uno de los momentos más esperados y temidos para unos y otros oponentes, la retirada. Puede parecer sencillo, pues el enemigo huye y se ha alcanzado la victoria, pero una táctica adecuada para afrontarla era extremadamente importante y reflejaba la capacidad de generales experimentados. Muchos oficiales solo concebían una forma de vencer, la aniquilación total. Por eso centraban sus esfuerzos en aislar y cercar a sus enemigos para acabar con ellos sin permitirles organizar un nuevo ejército para combatir otra vez. Una gran victoria siempre reportaba prestigio al general vencedor y le permitiría regresar rápidamente a casa junto con sus soldados, para ver a sus familias sin exponerse a nuevos peligros. Sin embargo, el soldado acorralado es como un animal salvaje que, consciente de que va a morir, luchará con desesperación hasta más allá de sus fuerzas,

para llevarse con él cuantos más enemigos mejor. Esa situación podía incrementar enormemente las bajas propias, sin un verdadero motivo de peso, ya que la batalla estaba ganada. Escipión el Africano conocía muy bien esta realidad, y permitía escapar a los vencidos siguiendo la máxima «al enemigo que huye, puente de plata». La carrera solía producirse sin orden alguno y solo pensando en la seguridad personal tras arrojar las armas, ya inútiles, para alcanzar más velocidad ofreciendo la espalda a sus oponentes si no eran capaces de retirarse ordenadamente para minimizar las bajas. La caballería solía perseguirles con la esperanza de matar a cuantos de ellos pudieran, sin tratar de acorralarlos, y esperando que la presumible carnicería que comenzaba provocase una capitulación enemiga.

Por su parte, los romanos también se vieron superados por sus oponentes no pocas veces. El general era consciente de que tocar retirada suponía iniciar una maniobra muy peligrosa si esperaba conservar su vida y la del mayor número de soldados posible para luchar otro día. Sin duda, ante la posibilidad de aprovechar esta situación, los enemigos redoblaban esfuerzos para acabar con los supervivientes, por lo que era necesario actuar con astucia. Algunos generales romanos preferían engañar a sus soldados ordenándoles una retirada aparentemente fingida, para atraer a sus oponentes a una trampa o encaminarles hacia una posición segura. Se trataba de eliminar su temor y que la realizaran ordenadamente antes de conocer la verdad. Esa misma estrategia buscaba también confundir al enemigo, que si desconoce la razón de esta maniobra incrementará sus esfuerzos. Para realizarla con éxito era necesario apelar a la disciplina para reagrupar rápidamente a los soldados dispersos, empleando otras unidades preparadas para cubrir la maniobra, como tropas de caballería que ganarían todo el tiempo posible para sus compañeros. Estas operaciones se podían llevar a cabo en otros momentos de la batalla. Por ejemplo, si los enemigos se habían posicionado hábilmente para contar al día siguiente con una ventaja importante para aniquilarlos, el general romano podía aguardar a la noche para abandonar su posición sin ser vistos. La llegada del alba mostraría enseguida el engaño, pero ya contarían con suficiente ventaja como para evitar ser perseguidos. En tales casos, para anticipar cualquier problema se enviaba a los jinetes como avanzada para reconocer la ruta de

huida y asegurar cualquier posición que favoreciera una emboscada. Se actuaba de un modo similar a las marchas, pero con mayor cuidado por la delicada situación. Si el terreno lo permitía, podían ser los propios perseguidos quienes, ocupando pasos estrechos o lugares propicios, dejar allí una importante parte de sus tropas para atacar a los perseguidores, que nunca esperarían tal maniobra por parte de tropas aparentemente desesperadas. Probablemente no conseguirían acabar con la amenaza, pero podían generar importantes bajas en los oponentes y ganar tiempo, mientras el resto de sus compañeros se ponían a salvo. Incluso, si era posible, los huidos podían rematar la emboscada, regresando rápidamente a apoyar a los rezagados. Los generales más temerarios podían enviar tropas por caminos secundarios para aparecer en la retaguardia enemiga en el momento en que alcanzaban a los perseguidos. No era menos frecuente que los perseguidores trataran de atacar a sus oponentes desprevenidos en plena noche o cruzando un curso de agua, aprovechando el factor sorpresa. De otro modo, una retirada desorganizada no podría prever tales situaciones y, casi con seguridad, el enemigo lo aprovecharía para acabar con ellos antes de que alcanzaran un lugar seguro. El alto mando debía estudiar esta situación con antelación, pues tener listo un plan de retirada podía salvar muchas vidas y permitir continuar la campaña en poco tiempo.

Durante la batalla, el general solía colocarse en la parte derecha de la formación, entre la infantería pesada y la caballería, pues así podría impartir órdenes a ambas unidades sin dificultad, protegido por jinetes pesados y por los veteranos legionarios de la primera cohorte. Su segundo al mando, el legado, se situaba en el centro para controlar ese sector, y el tercer oficial haría lo propio en el flanco izquierdo. Todos ellos, escoltados por soldados escogidos de la reserva que en época imperial ya no tenían el estatus de pretorianos. Sin embargo, esta visión, un tanto legendaria, estaba más relacionada con líderes heroicos que con la realidad práctica. Un general situado en ese lugar no solo debería conocer y controlar la situación de todos los combates, sino tomar decisiones tácticas o recibir información al mismo tiempo que participaba en ellos, exponiendo su vida innecesariamente. Se trataba de una acción temeraria para él mismo y para todo su ejército, pues ver caer a su máximo responsable podía suponer un

golpe a la confianza de los soldados difícil de revertir, provocando la derrota. Más aún, si el emperador había decidido estar presente. No conocemos ninguna ocasión en que este optara por asumir tal peligro, pues, en el momento en que el enemigo conociera su posición concentraría allí sus más poderosos ataques para acabar con él y, por extensión, con la cohesión de sus enemigos.

Es más lógico que se colocaran en alguna posición elevada y segura tras las líneas, desde la cual pudieran observar el desarrollo de los combates en toda su extensión, constantemente rodeados de jinetes que entregarían velozmente las órdenes e informarían de la situación. Desde luego no era una actitud valiente, pero si mucho más útil, aunque no sin riesgos, pues una decisión tardía o una orden interceptada podían acabar en derrota, además de constituir una actitud poco inspiradora para los soldados que arriesgaban sus vidas y que por ello valoraban enormemente a los oficiales que corrían sus mismos peligros. Por ello, existía una solución menos conservadora que evitaba amenazas directas: situarse cerca y hacerse visible para sus soldados, para inspirarles confianza, reduciendo mucho el tiempo necesario para recibir e impartir órdenes y propiciando que estas se ejecutaran en el momento preciso. Incluso, dependiendo del coraje que atesoraran, en momentos críticos el general podía actuar en combate para alentar a unidades en peligro o para fortalecer el ánimo si este decaía, cabalgando al frente de sus tropas hasta que la situación volviera a encauzarse y pudiera regresar a su posición inicial. Del mismo modo, conscientes de que su general y altos oficiales se encontraban lo suficientemente cerca como para observar su actuación, muchos soldados trataban de mostrar mayor valor para obtener premios, ascensos o condecoraciones si sobrevivían. Tampoco esa posición era inamovible, pues el general tenía total libertad para moverse por el campo, siempre que el peligro fuera asumible o si el enemigo amenazaba seriamente ese punto con un ataque o el lanzamiento de proyectiles, de modo que pudiera conocer en detalle lo que sucedía en cualquier sector sin tener que esperar los informes. Pero era peligroso. La vestimenta típica de los oficiales romanos se había diseñado para ser fácilmente distinguible por sus soldados incluso en plena batalla, pero implicaba también el riesgo de ser detectados por el enemigo,

que trataría de alcanzarlos. Legados, tribunos, prefectos y centuriones también corrían de un lado a otro impartiendo órdenes y asegurándose de que sus soldados actuaban como se esperaba de ellos, sin pensar en los riesgos.

Si acabar con un general enemigo era una hazaña a la que aspiraba todo soldado, eliminar al emperador romano superaba toda gloria imaginable. Cuando los emperadores acudían al frente y querían mostrar su valor, a veces decidían colocarse en el centro de la segunda línea, una posición mucho más comprometida que la del resto de altos oficiales, pues no solo estaba cerca del frente, sino que su presencia quedaba bien señalada por un estandarte (*vexillum*). Era la mejor para que todos lo vieran y para apreciar la actuación de sus tropas infundiéndoles valor. Allí no permanecería un segundo lejos de la protección de sus pretorianos. En el caso de mostrar un desprecio poco habitual hacia su propia vida, podía colocarse en la posición al frente del ala derecha, pues siempre combatirían a caballo y allí estarían protegidos por los *equites singulares* y los jinetes pretorianos, aunque debió suceder muy pocas veces.

Sin llegar a convertirse en emperador, Germánico contaba con la escolta pretoriana en la campaña contra los germanos. Durante la batalla de Idistaviso frente al caudillo Arminio (16), se colocó en el centro de la segunda de las tres líneas de combate que formaron sus tropas, flanqueado por dos cohortes de pretorianos (1.000 hombres en esta época). En este caso, dado que en primera línea actuaron los soldados auxiliares, en realidad se encontraba en primera línea con la infantería pesada, formada por cuatro legiones.[67] Tampoco actuó como jinete, sino entre legionarios y pretorianos listos para defenderle frente a los peligrosos germanos mientras recibían sus órdenes al instante. Por su parte, las turmas de *equites* pretorianos debieron de colocarse en ayuda de la caballería romana en el flanco izquierdo, actuando en combate y, más tarde en persecución de los enemigos cuando fueron derrotados. Sin embargo, Arminio logró escapar para luchar otro día, y este llegó pronto. En una nueva batalla, Germánico tuvo que superar un terreno adverso que dificultaba el avance de las tropas y su despliegue, ordenando a sus pretorianos que cargaran con él contra el enemigo hasta obligarlo a escapar a través del bosque. Más tarde, al norte

de Italia (Crémona), el ejército de Vitelio tuvo que enfrentarse a las tropas de Vespasiano, quien ahora controlaba a los pretorianos de Otón y los hizo formar en la reserva.[68] En un momento crítico de la batalla para el bando flaviano, los pretorianos actuaron hasta restablecer la situación, lo que, finalmente, supuso la victoria de Vespasiano y su posterior ascenso al trono imperial.

Más de un siglo después, en la batalla de Lugdunum (197) que enfrentaba al usurpador Clodio Albino con Septimio Severo, los pretorianos nuevamente estaban en reserva. No obstante, cuando iban a entrar en acción al comenzar a ceder las legiones, el emperador cayó del caballo y tuvieron que decidir si protegerlo en ayuda de los *singulares Augusti* o cumplir la orden. Pocos años después, el emperador Macrino quiso acabar con las legiones que apoyaban a su enemigo Heliogábalo en la batalla de Antioquía (218). Los soldados del pretorio tuvieron un papel muy activo, adaptando su equipamiento para convertirse en unidades más veloces en lugar de infantería pesada. Ni siquiera cuando supieron que su emperador los había abandonado dejaron de luchar hasta el final junto a los singulares, decidiendo Heliogábalo incorporarlos a sus tropas en reconocimiento a su valor.[69] En 272 Aureliano venció a la reina Zenobia de Palmira en varias batallas,[70] optando por emplear tácticamente a su mejor caballería (los *singulares Augusti* y los *equites* pretorianos) en maniobras de retirada estratégica y posterior ataque para debilitar con éxito la superioridad de los jinetes pesados enemigos (*clibanarii*).[71] En la posterior batalla de Emesa, la caballería pesada de Zenobia devolvió el golpe y logró imponerse a los jinetes romanos, por lo que Aureliano tuvo que confiar su suerte a la infantería pesada y los pretorianos, logrando la victoria. Sin embargo, no siempre lograron su objetivo, como evitar que el emperador Valeriano cayera en manos de los sasánidas poco antes, al ser capturado durante las negociaciones con Sapor I.

En cuanto a los asedios, apenas tenemos noticia, no ya de la participación directa de los soldados del pretorio, sino de su colaboración como atacantes. En aquellos casos mantuvieron un papel similar al que se les asignaba en combate, dedicándose principalmente a la custodia del emperador, como en el año 199, cuando Septimio Severo quiso conquistar

la ciudad de Hatra (el moderno el-Hadr) en su campaña contra los partos. Allí la maquinaria de guerra de los defensores sorprendió por su alcance a los romanos, llegando a herir a varios pretorianos de su escolta. Por su parte, la defensa de los *Castra Praetoria* en Roma se ha atestiguado en varias ocasiones. Una de ellas sucedió en 238. Los pretorianos que Maximino el Tracio había dejado allí como retén tuvieron que hacer frente a los asaltos de los propios ciudadanos romanos, pero no sería la única vez. El episodio más conocido sucedió cuando los antiguos pretorianos de Otón, en ese momento ayudando a Vespasiano, se encargaron del asalto a su propio campamento en Roma, que defendían sus compañeros afines a Vitelio. La única vez en la Historia que pretorianos atacaron y defendieron a la vez los *Castra Praetoria*.

[1] Marcial, *Sat.* Vl, 76.
[2] Tácito, *Anales*, XVI, 27.
[3] Suetonio, *Tiberio*, 60.
[4] Tácito, *Anales*, XII, 43.
[5] Suetonio, *Caligula*, 4.
[6] Apiano, *Guerras civiles*, I, 105-106.
[7] Suetonio, *Nerón*, 13, 1. Dión Casio, LXIII, 4.
[8] Dión Casio, LVIII, 17, 3-18, 6.
[9]*Ibid*., LIX, 26, 3-4.
[10] Herodiano, I, 8, 5-6.
[11]*Ibid*., II, 1, 1-2.
[12] Suetonio, *Caligula*, 43.
[13] Ramírez Sabada y Le Roux (1993), 87.
[14] Tácito, *Historias*, II, 21-22.
[15] Dión Casio, LXIV, 10, 2-4.
[16] Tácito, *Historias*, III, 84.
[17] Suetonio, *Nerón*, 38.
[18] Malissard (1996), 63.
[19] Tácito, *Historias*, III, 71.
[20] Suetonio, *Nerón*, 38.
[21] Menéndez Argüín (2006), 108.
[22] Dión Casio, LVII, 14, 10.
[23] Suetonio, *Claudio*, 18.
[24]*Ibid*., *Tiberio*, 37, 3.
[25] Dión Casio, LIX, 28, 11.
[26] Tácito, *Anales*, XIII, 48.
[27] Suetonio, *Augusto*, 44, 1.
[28] Freis (1967), 41.
[29] Herodiano, IV, 6, 4.

[30] Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, XII, 3-5.
[31] Suetonio, *Calígula*, 40.
[32] Tácito, *Anales*, IV, 27.
[33] Dión Casio, LXXVII, 10.
[34] Tácito, *Anales*, XIV, 15, 4-5.
[35] Suetonio, *Jul.*, IVL, 3 y *Caligula*, 21.
[36]*Ibid*., *Calígula.* 19; Flavio Josefo, *A. J.* XIX, 6.
[37] Flavio Josefo, *A. J.* XIX, 257.
[38] Séneca, *Cuestiones Naturales*, VI, 8, 3-4.
[39] Bingham (1997), 134.
[40] Dión Casio, LXIII, 8, 1,
[41] Augusto, *Res Gestae 27;* Estrabón, XVII, 1, 54; Plinio, VI, 181.
[42] Juvenal, *Sátiras*, XVI, 7-34.
[43] Suetonio, *Augusto*, 74.
[44] Durry (1968), 264.
[45] Dión Casio, LIII, 11, 5.
[46] Tácito, *Anales*, I, 17, 5.
[47] Suetonio, *Domiciano*, 7.
[48] Menéndez Argüin (2006), 153.
[49] Durry (1968), 266.
[50]*Ibid*., (1968), 386.
[51] Angela (2009), 270-271.
[52] Dión Casio, LIX, 2, 1-4. Suetonio, *Claudio*, 10.
[53] Tácito, *Anales*, I, 8, 2. Suetonio, *Augusto*, 101, 2. Dión Casio, LVI, 32, 2.
[54] Suetonio, *Augusto*, X, 3.
[55] Polibio VI, 40, 10-14.
[56] Julio César, *La guerra de las Galias*, II 17, 2-3.
[57] Herodiano VIII, 1, 2.
[58]Pérez Castro (2006), 16.
[59] Warry (1980), 70-183.
[60] Vegecio, *Epit.*, II, 11.
[61] Vegecio, Epit., II, 25.
[62]Goldsworthy (2001), 43-78.
[63]Warry (1980), 70-193.
[64]Vegecio, *Epit.*, II, 15.
[65] Scriptores Historiae Augustae, *Pertinax.* II, 1.
[66] Vegecio, *Epit.*, I, 26.
[67] Tácito, *Anales*, II, l 6-18.
[68]*Ibid*., *Historias*, III, 21.
[69] Herodiano V, 4, 8.
[70] Historia Augusta, *Aureliano*, 22-31.
[71]Zósimo I, 50.

VI. IMPRESIONAR PARA VENCER

Uniformes y equipamiento

> Eliminó los costosos vestidos que Heliogábalo les había regalado y equipaba a los soldados que llaman *ostensionales*, no con vestidos de valor, sino vistosos y elegantes, y no asignaba grandes cantidades de oro o de seda para los emblemas o para aumentar la magnificencia real, pues decía que el poder imperial residía en el valor, no en el atractivo exterior.
>
> *Scriptores Historiae Augustae*, Alejandro Severo, XXXIII, 3.

Las cohortes pretorianas eran diferentes al resto de soldados en muchos aspectos y el más visible era la uniformidad. Muchos de los elementos que portaban contribuían a evidenciar su estatus, pero también la enorme variedad de atuendos con los que contaban frente al resto del ejército romano. Siguiendo la lista más completa,[1] existían distintas opciones según la ocasión y requerimientos que necesarios:

— Uniforme de servicio en Roma
— Uniforme de trabajo
— Uniforme ceremonia
— Uniforme *ostensionalis*
— Uniforme de combate
— Otros uniformes conocidos

El uniforme de servicio dentro de la capital incluía varios elementos básicos comunes al ejército y otros particulares para destacar sobre el resto. Si bien entre los griegos primaba la libertad plena del aparato genital, los romanos mostraron más recato y ayudaron, con ello, a proteger esta zona tan sensible de las inclemencias climatológicas con una prenda interior llamada *subligaculum* o *subligar*. Como en todo, los más adinerados podían

optar por un modelo consistente en una venda de tela más cómoda y de mejor calidad, pero lo habitual era usar lino, colocándolo alrededor de las partes íntimas a modo de pañal, o el más básico taparrabos, sujeto por un ceñidor. En verano se usaba un modelo menos aparatoso y más fresco llamado *subligaculum campestre* o *cinctus*, conocido por el uso público que de él hacían los gladiadores, mientras que el frío invierno requería mayores cuidados y se optaba por una pieza rectangular más extensa y de color blanco, enrollada varias veces alrededor de las caderas y el vientre. Sin duda, los peligros y los bruscos movimientos a los que tenía que enfrentarse un soldado lo hicieron muy popular ya en época republicana, hasta su generalización. En ocasiones, también empleaban una camisa interior llamada *subucula* (parecida al *quitón* griego), también rectangular y fabricada en lino o lana, que se colocada ceñida por debajo de la túnica o la toga (para quienes tenían derecho a llevarla, o *gens togata*).

La prenda por excelencia era la toga blanca, imprescindible para identificarlos, ante todo, como ciudadanos romanos, por encima del aspecto militar asociado a su función y condición. Un uniforme militar completo al más puro estilo romano sin duda suscitaría mayor recelo entre la población, por el recuerdo a los antiguos reyes. Por tanto, se evitaba el uniforme de combate, siendo empleado por los pretorianos en la ciudad, el palacio,[2] las sesiones del Senado, etc. No obstante, de algún modo tenían que ser reconocidos e infundir autoridad, y para ello se permitió no solo que portaran sus armas (básicamente espadas y dagas, por ser más discretas y fáciles de transportar), sino que fueran visibles al colgar por la parte exterior derecha de su vestimenta (como muestra el relieve del Louvre o algunos sestercios que Nerón ordenó acuñar para conmemorar los discursos que les dedicó). Puede resultar extraña esa posición, más todavía cuando se convertiría en habitual entre los legionarios situarla en el lado opuesto para facilitar desenvainarla con rapidez, pero los pretorianos no tenían problema alguno para hacerlo con igual destreza desde el lado derecho, y mantenían cierta apariencia de tradicionalismo, al gusto romano. La única excepción a esta norma, y que en este caso sí coincidía con los oficiales legionarios, era la de los tribunos y centuriones del pretorio, que las situaban a su izquierda (también como signo distintivo de su graduación en el pretorio o en la

legión, apreciándose en la estela del centurión de la *Legio XX*, Marcus Favonius Facilis, localizada en Colchester). Con esa misma finalidad, utilizaban el habitual calzado militar (*caligae*)[3] y, aunque no se hace mención a ello como norma, en momentos puntuales de extrema tensión algunos llevaban la armadura (*lorica*) oculta bajo la toga como protección adicional. Sin duda este tipo de vestimenta permitía que no fuera advertida fácilmente, como sucedió con el prefecto Plauciano cuando participó en la muerte de Severo y su hijo Caracalla.[4] En cuanto a la mentalidad de los soldados, la toga no solo ayudaba a ciudadanos y resto de tropas a decidir la actitud que debían mostrar hacia ellos, sino que servía para diferenciarlos de los legionarios en campaña que, en su lugar, utilizaban el *sagum*. De ese modo, para evitar fricciones con estos, si tenían que actuar en el frente y como deferencia a la tradición que impedía a los soldados traspasar los muros de la ciudad, nada más partir debían cambiar la toga por esta prenda y hacerlo de nuevo antes de regresar. Era un acto simbólico.[5]

Las *caligae* se convirtieron, hasta el siglo III, en el principal calzado militar romano, empleado también por los *equites*, que añadieron una pequeña espuela para azuzar a sus monturas.[6] Consistía en unas sandalias mucho más robustas que las actuales, pues era necesario asegurar su durabilidad frente al enorme desgaste provocado por el uso militar en todo tipo de terrenos. La suela se formaba mediante tres capas de cuero. La inferior, en contacto con el suelo, se reforzaba tachonándola con clavos para incrementar su agarre y resistencia. Los soldados necesitaban contar con un calzado versátil y fiable, que les permitiera marchar y combatir de forma segura, pues de otro modo un mal paso en pleno combate podría costarles la vida. Por ello quedaban perfectamente sujetas al tobillo mediante varias tiras de cuero anudadas alrededor. Sin embargo, no estaban diseñadas específicamente para caminar por las empedradas calles de Roma, sino para un mayor agarre en los terrenos abruptos donde se producían las campañas militares, por lo que su uso debió de tener un componente de mayor prestigio y respeto al producir un elevado sonido característico cuando varios soldados marchaban juntos al unísono.[7]

El uniforme de trabajo se usaba cuando los soldados debían realizar esfuerzos físicos o cuando no estaban de servicio. Consistía en una túnica

blanca o roja, similar a la de los civiles y formada por dos piezas rectangulares de lana o lino, cosidas hasta formar una tela de 1,55 por 1,40 metros. Conocemos sus dimensiones gracias a un papiro egipcio de Philafelphia (también conocida como Arsinoites, la actual Gharabet el-Gerza, en la provincia de El Fayum)[8] y fechado en época de Antonino Pío (138), ya que esta era la región encargada de proporcionarlas a los legionarios que servían en la frontera de Capadocia (Asia Menor). Se indica que su coste ascendía a 24 dracmas (6 denarios), con un peso de 1,6 kilos, localizándose varias piezas similares en Nahal Hever (Israel) y Nubia.[9] Podía, o no, tener mangas (siempre cortas) y probablemente, existieron piezas de distintas medidas según las necesidades y talla del portador, ya que el propio Catón sostiene que la más adecuada para los esclavos del campo era de 1,07 metros de longitud.[10] El ancho del cuello podía ser lo suficientemente amplio como para pasar por un brazo y dejar el hombro al descubierto, lo que facilitaba la movilidad durante las labores, o reducir esa abertura mediante un nudo en la parte posterior del cuello. Se sujetaba mediante una pieza de tela o el típico cinturón militar. Al cubrir las piernas únicamente por encima de la rodilla, era necesario algún tipo de complemento durante la época invernal o cuando las lluvias eran frecuentes.

Para este fin se empleaba la *paenula*, una capa larga y ovalada de lana (manteniéndose la lanolina, un aceite natural propio de ella que ofrecía cierta impermeabilidad) con capucha y, generalmente en color marrón claro o un tono marrón más amarillento. Su uso alcanzó desde el siglo IV a. C. al siglo II (aunque en el ámbito civil más tiempo), y podía encontrarse en forma semicircular, circular (de 2 metros de largo) u oval (3 metros de largo por 1,5 de ancho). En el caso semicircular se cerraba con una fíbula o broche metálico en la parte delantera, mientras que el resto solía tener un agujero por el que pasar la cabeza. Era una prenda muy versátil, pues permitía extenderla en el suelo para tumbarse sobre ella o usarla como manta contra el frío durante la noche. Las más cortas nunca llegaban por encima de la rodilla, pero el resto alcanzaba los pies. A partir de Marco Aurelio, entre los pretorianos se sustituyó oficialmente la *paenula* por el *sagum*, aunque ambas ya se usaban al mismo tiempo desde el siglo I. Algunos de estos soldados aparecen con ella en los relieves del Arco de

Domiciano en Puteoli, en la Cancillería y en una lápida sepulcral procedente de Belgioioso (Italia). El *sagum* empleado de los pretorianos consistía en una pieza de tela rectangular de 2,66 por 1,77 metros y color amarillento que se mantenía sobre el hombro derecho sujeto por una fíbula, aunque podían variar según la época del año, el clima del lugar o la calidad del material utilizado.

Curiosamente, el verdadero nombre del emperador Caracalla (211-217) era Lucio Septimio Basiano, pero al igual que sucedió con Calígula en cuanto al calzado, se le conoció por el apelativo de un tipo de capa con capucha común entre los galos, el *caracallus* (quizá derivada de la palabra celta *cucullus*, campana, pues era la forma que aparentaba una persona cuando la usaba). Probablemente empezó a utilizarla durante sus campañas en el Rin y en el Danubio,[11] y lo siguió haciendo en Siria y Mesopotamia, modificándola hasta imponer su uso entre todos los soldados del ejército regular[12] como parte de su indumentaria civil.[13] Poco sabemos de esta prenda, no muy distinta de la *paenula* o el *byrrus* (un manto de lana pesada con capucha muy utilizado en esta época por los esclavos antes de hacerse común), excepto que llegaba por encima de los tobillos[14] y se fabricaba en lana o lino. El Edicto de Diocleciano (301) ofrece un listado de las prendas que podían adquirirse en los mercados del imperio, distinguiendo el precio entre el *caracallus maior* (25 denarios) y el *minor* (20 denarios). Sin duda, su precio no era excesivo y menos para un pretoriano cuyo salario era tan elevado, más si cabe teniendo en cuenta que uno de los exclusivos y elaborados *sagum* con bordados en plata de los *equites singulares Augusti* alcanzaba los 4.000 denarios y portarlo era motivo de orgullo.[15] En cuanto al calzado, empleaban igualmente las *caligae* militares y, como armas, se les permitía contar con su espada (*gladius*) y una daga o puñal (*pugio*). Ambas iban sujetas por un cinturón (*cingulum*), que servía también para ceñir la túnica, aunque originalmente se emplearon para mejorar la distribución del peso de la cota de malla sobre la cadera y portar las armas de corto alcance. En este caso, hasta el siglo I era común emplear dos cinturones cruzados (uno para el *pugio* que pendía del lado izquierdo y otro para el *gladius* en el opuesto), y más tarde solo uno para la daga. Curiosamente, en este el extremo opuesto a la hebilla acababa en cuatro o

cinco tiras, donde solo una de ellas debía quedar abrochada y el resto se mantendrían enrolladas en el cinturón, para no limitar su libertad de movimientos. El motivo era meramente decorativo, pero de su existencia quizá se derivaría la aparición del *apron*.

Este elemento aparece en numerosos relieves (dos de ellos en Pula —Croacia—, otro en Cassacco —Udine—, en el Arco de Claudio, la lápida del *aquilifer* pretoriano Cneo Misio en Mainz, en el Palazzo della Cancellaria, en el friso Trajano perteneciente al Arco de Constantino, en los del Arco de Trajano en Puteoli, etc.) y restos arqueológicos (uno se recuperó cerca del Rin, otro junto a un soldado fallecido en Herculano durante la erupción del Vesubio, en Aznalcázar —Sevilla—[16], etc.). A partir del siglo I podía aparecer con tres tiras de cuero verticales y rematadas con ornamentos metálicos en formas vegetales o de medias lunas (a veces solo en sus extremos), seis tiras sin mayor decoración u ocho tiras verticales tachonadas con dieciséis pequeñas piezas.[17] Su funcionalidad ha generado ríos de tinta. Pudo servir como elemento defensivo que protegía adicionalmente la parte inferior del abdomen y la zona inguinal; sin embargo, las reconstrucciones muestran que, en realidad, suponían más un estorbo para los movimientos del soldado por su continuo balanceo. Quizá se emplearon con la intención de permitir la distinción entre unidades militares por su diseño, aunque más probablemente fueron una pieza decorativa adicional que mostraba el prestigio de su portador. Al igual que con las *caligae*, el sonido de las piezas de metal entrechocando al son de la marcha habría incrementado la impresión de los presentes. Su posible origen celta puede explicarlo: los celtas tenían por costumbre cortar los extremos de los cinturones y anudar únicamente la parte superior,[18] quedando el resto suspendidas sin una función concreta más allá de lo decorativo. Las terminaciones contaban también con adornos para favorecerlo.[19]

El menor tamaño y aparatosidad del *caracallus* frente a la toga le hacían mucho más adecuado para estas actividades. Incluso, parece que existía algún tipo de prohibición religiosa, según la cual los pretorianos no podían ser representados con sus uniformes oficiales tras la muerte,[20] por lo que solían aparecer con esta prenda en relieves mortuorios. A lo largo del siglo

III, si bien la tipología básica de la uniformidad pretoriana se mantuvo sin variaciones reseñables, el atuendo de combate y este uniforme fueron los que sufrieron alteraciones más reconocibles, quizá debido a las costumbres importadas por el origen provincial de los nuevos pretorianos admitidos por Severo.[21] La diferencia entre el tiempo riguroso que existía en muchas provincias, frente al más asequible clima mediterráneo de Roma, eliminó su componente práctico y retrasó la implantación de algunos de estos cambios, que cuando se produjo fue por meras modas. En este caso, aunque se mantuvo la preferencia por el blanco en la túnica (en un tono apagado, el natural de este material cuando no se teñía),[22] las mangas se alargaron (hasta la muñeca)[23] incorporando sobre los hombros dos franjas longitudinales púrpuras (color destinado tradicionalmente a senadores y miembros del orden ecuestre como símbolo de su estatus), llamadas *clavi*, con los bordes de las mangas, del cuello y de la parte inferior de la túnica a juego (como se aprecia en frescos de Dura Europos, Siria).[24] Ya antes pudo ser empleado en menor medida, optándose por los colores negro o rojo, mientras que en la parte superior e inferior se acompañaron de una especie de parches redondos llamados *orbiculi*, con una función igualmente decorativa.[25] Los calcetines se convirtieron en innecesarios al implantarse el uso de leotardos de lana, habitualmente de color pardo, y la misma suerte correrían las *caligae* tradicionales, dejando paso a botas de cuero cerradas (*calceus*), atadas con cordones en la parte frontal y la suela igualmente claveteada como único elemento inalterable. Quizá este nuevo modelo estuvo solo al alcance de oficiales superiores o, incluso, del propio emperador cuando decidía participar en campaña,[26] mientras que las del resto de la tropa serían similares aunque de peor calidad. Estos cambios pudieron surgir en el ámbito civil, antes de ser incorporados por los militares, más reacios a transgredir sus tradiciones sin una razón importante. No olvidemos que nos estamos refiriendo al uniforme reglamentario, pues, al margen de sus obligaciones militares donde se mantuvieron las *caligae*, no podemos descartar que los soldados emplearan antes este tipo de botas en la vida diaria.[27]

El uniforme ceremonial, al contrario que en otras unidades militares, era uno de los más utilizados por sus obligaciones protocolarias y, sobre todo,

por acompañar al emperador en cualquier celebración o acto oficial, tanto político como religioso. Si bien es cierto que en muchos de ellos actuaban como guardia de honor y, por tanto, vestían su uniforme de combate completo e impoluto, existían oficios de mayor relevancia a los que debían acudir como la prestigiosa unidad de elite que formaban. Uno de los elementos característicos de esa distinción eran los cascos áticos empenachados, que, al contrario de lo que sucedía con los legionarios, siempre portaban, aun en pleno combate, pues les confería una apariencia más elevada en todos los sentidos. El atuendo más exclusivo estaba formado por la túnica *subarmalis*, sobre la cual se colocaría una armadura de especial calidad (que desconocemos), una corona de laurel en lugar del casco, y como armas las ceremoniales dagas o espadas cortas[28] damasquinadas en oro o plata, llamadas *parazonium*, sujetas por un cingulum.[29] La *suburmalis* era una prenda de cuero utilizada para proteger el cuerpo de las heridas por el roce de las armaduras y para evitar que estas dañaran el *thoracomachus* que portaban debajo, al poder rasgarlo o ensuciarlo debido a las grasas empleadas para lubricarla y al óxido que generaba el metal. Esta pudo tratarse para mejorar su impermeabilidad y proteger al portador contra los ambientes húmedos de algunos lugares del imperio. Sin embargo, no podemos descartar que la *suburmalis* pudiera colocarse encima de la coraza para minimizar su oxidación, despojándose de ella solo antes de entrar en batalla.[30] Esta es la única prenda que Septimio Severo permitió vestir a los pretorianos de Didio Juliano, para humillarlos en público antes de ser sustituidos.

El *thoracomachus* tenía el aspecto de un chaleco con mangas, y es posible que estuviera acolchado sobre los hombros (como quizá la *suburmalis*) para ayudar a soportar el peso de la armadura[31] y minimizar el deterioro de la túnica. También permitía elevar las placas de los hombros en la *lorica segmentata* y alinearlas horizontalmente, lo que evitaba la rotura de las cintas de unión entre las placas pectorales y las del tórax, debido a la posición girada que toman estas al seguir la caída normal de los hombros. Por lo demás, desconocemos su forma exacta o los materiales para su confección, quizá lana, lino o cuero, y el almohadillado añadiendo trozos de tela, piel de conejo u oveja que podían colocarse solo en los

hombros o en toda su extensión, para aportar mayor protección y amortiguar los golpes de la armadura. Es lógico que se usara bastante ajustada para evitar fricciones por la holgura, utilizando cintas para fijarla adecuadamente. Un complemento habitual de esta prenda eran las *pteryges*, dos capas de cintas, la inferior más larga, desplazadas una con respecto a la otra, que caían verticalmente desde la cintura, visibles por debajo de la armadura como protección adicional y más cómoda para la zona genital que extender el tamaño de la propia armadura. Según el tipo de coraza empleada, en la *hamata* y *squamata* estas cintas también sobresalían por debajo para cubrir el brazo hasta la altura del codo, como podemos apreciar en el relieve del Museo del Louvre, procedente de las esculturas del Arco de Claudio (51), donde aparecen seis pretorianos con uniforme de gala y esta prenda.

El uniforme *ostensionalis* se utilizaba para una función concreta, el servicio en el palacio real, y se debía a la especial admiración que muchos emperadores sintieron por la cultura griega (sobre todo entre las dinastías Julio-Claudia, Antonina y Severa). Su nombre proviene del que recibían los pretorianos cuando actuaban allí, *ostensionales*, pues debían convertirse en un reflejo de la grandeza del emperador, más aún en su propia casa.[32] Heliogábalo y Aureliano destacaron en este sentido, proporcionando a sus soldados de palacio uniformes bordados en oro y armaduras doradas[33] y conocemos sus detalles gracias a un fresco hallado en la Domus Aurea de Nerón. Estaba compuesto por una túnica verde, probablemente la *suburmalis* con *pteryges* (blancas) solo en la cintura, una armadura del tipo *lorica segmentata* realizada en plata y bronce dorado, un casco similar a los corintios griegos, con alto penacho también verde, un escudo hoplítico redondo de bronce, espinilleras y las típicas *caligae*. Como elemento adicional usaban el *paludamentum*, un tipo especial de capa para los oficiales similar al *sagum* pero de color rojo (*russea*), bordes redondeados y mayor calidad en sus materiales (para ser reconocidos en combate). Corría alrededor de la cintura y del brazo izquierdo, sujetándose sobre el hombro derecho mediante una fíbula, mientras caía por la espalda hasta las pantorrillas. Como armamento, una lanza llamada *hasta* de casi 1,8 metros de longitud y punta de hierro. No obstante, desconocemos si el resto de los

emperadores utilizaron esos mismos colores en túnica y penachos, pues Nerón lo eligió porque era el mismo que empleaba la facción de las carreras de carros a la que seguía en el Circo Máximo.

Como su propio nombre indica, el uniforme de combate se empleaba, preferentemente, en el campo de batalla o cuando era posible que hubiera un enfrentamiento y, siendo su finalidad la misma, era la ocasión en que legionarios y pretorianos menos se diferenciaban por su vestimenta. Algunos de sus componentes ya los conocemos, como la *subarmalis*, básica para colocarla sobre el *thoracomachus* y debajo de la armadura o las *caligae* habituales, aunque sus tiras abiertas no eran adecuadas en épocas invernales y podían generar heridas en las largas marchas, por lo que usaban calcetos o udones algo diferentes a los actuales, con el talón y los dedos al descubierto.[34] El modelo de coraza o *lorica* fue variando a lo largo del tiempo. Entre finales del siglo II a. C. y principios del siglo I, la más habitual para todo el ejército era la *lorica hamata*, una cota de malla compuesta por anillos de metal (generalmente hierro, de entre un milímetro de grosor y de 7 a 10 de diámetro) entrelazados a partir de una anilla principal a la que se unían otras cuatro antes de ser cerrada (por soldadura o remachado). Esta argolla y la final tenían especial importancia, pues de ellas dependía gran parte de la resistencia de la estructura, elaborándolas con una aleación de cobre y ribetes decorativos.[35] Debía quedar perfectamente ajustada al cuerpo para evitar incomodidades y proteger el torso, en su versión habitual, o incluyendo los muslos en la más completa, pero siempre sin dificultar los movimientos. Su peso total podía variar entre 5 y 15 kilos, lo que para un soldado bien entrenado apenas supondría un inconveniente y menos si empleaba un cinturón tanto para ceñirla como para desviar a la cadera parte de la carga que descansaba principalmente sobre los hombros y podía dificultar el movimiento de los brazos en combate. Existieron dos modelos básicos: el galo (con elementos adicionales que cubren y protegen hombros y pecho, colocados sobre el resto de la coraza, a la que se fijaban con una pieza de cobre a veces decorada con formas de serpientes o delfines)[36] y el helenístico (el elegido por los romanos, basado en la forma de las antiguas corazas de lino).[37] Este modelo era el más utilizado por los romanos gracias a su

elevada efectividad frente a golpes cortantes y armas con punta, aunque no tanto con los proyectiles y con un elevado coste de fabricación. Las fuentes no indican que los pretorianos las portaran, aunque debieron hacerlo con gran probabilidad.

Desde finales del siglo I a. C. hasta bien entrado el siglo III, la más habitual fue la *lorica segmentata*, aunque este apelativo no es el original, que desconocemos.[38] Su aparición pudo estar relacionada con las reformas militares que Augusto introdujo para mejorar la efectividad de sus tropas, aunque los pretorianos retrasaron su abandono más que los legionarios (posiblemente solo hasta mediados del siglo II), quizá debido a su gusto por mantener las tradiciones. La representación más antigua pertenece a un relieve del Arco de Susa (Italia), existiendo otras posteriores en la Columna Trajana o la base de la Columna Antonina, siendo localizados restos arqueológicos de varios modelos aun a pesar del precario estado de conservación de las placas de hierro. En cualquier caso era mucho más imponente e impactante que cualquier otra, de manera que su efecto intimidador no solo sorprendía en desfiles y ceremonias, sino que incidía en la moral de los enemigos y, por extensión, elevaba la del soldado incluso antes de iniciarse el combate. Se diferenciaba de la anterior en que contaba con placas de hierro de diferentes tamaños en lugar de anillas, colocadas horizontalmente de manera yuxtapuesta y engrosando las que estaban en contacto con cuello y caderas, para evitar cortes o rozaduras por su uso continuado. Dependiendo del modelo, las placas de las distintas zonas se unían mediante correas de cuero remachadas directamente sobre el hierro, hebillas que se unían al cuero mediante pequeños remaches, bisagras lobuladas y remaches de oricalco (una aleación al 80-85 por ciento de cobre y 20-15 por ciento de zinc).[39] Esta coraza presentaba un coste de fabricación y peso (entre 6 y 9 kilos en función del grosor de las placas) inferior al de la *hamata* para el Estado romano, mejoraba la protección del torso o los hombros con respecto a la cota de malla, y la curvatura de las placas en la parte inferior del torso (pues las de la mitad superior eran más rectas) favorecía el desvío de los golpes directos sobre ella.

No obstante, presentaba varios inconvenientes. Esos mismos elementos móviles que fijaban las piezas de metal eran los más frágiles del conjunto,

al verse fácilmente afectados por su menor resistencia a los impactos y no solo también por la corrosión de las placas a las que estaban unidas,[40] sino con respecto a las inclemencias climatológicas (oxidación), la sudoración, sangre, (pudrición)… que obligaban al soldado a llevar a cabo un mantenimiento constante y portar consigo los materiales para su revisión y sustitución. Excavaciones arqueológicas en Corbridge (cerca de Newcastle), localizaron una caja que perteneció a un soldado legionario y contenía piezas de repuesto, aunque debió de ser más habitual llevarlas a talleres especializados disponibles para las legiones y emplazados en el interior de campamentos (sobre todo entre los siglos II y III) por lo complicado esta labor. Conocemos varias de estas instalaciones en Carlisle (Inglaterra), Magdalensberg (Austria) y Vindonissa (Suiza). Recientemente se ha descubierto en León la única que conocemos hasta ahora en España, cerca de la cual se situaban talleres de menor entidad que le suministraban piezas, las reciclaban o se especializaban en modelos concretos de armas (corazas, escudos, etc.) o en distintos materiales usados en ellas (hierro, bronce). Por otro lado, esta armadura también perdía la defensa que otros modelos ofrecían en los muslos, requería de ayuda para ser colocada y su mayor rigidez obligaba a utilizar un pañuelo de lana o lino (*focale* o *sudarium*) que se anudaba al cuello para mitigar el rozamiento y ofrecer algo de protección a esa zona expuesta. El propio Plinio recomendaba el uso del *focale* también cuando se utilizaba la *paenula*, ya que ayudaba contra el frío que el amplio cuello de esta prenda no combatía.[41] Del mismo modo, este modelo dejaba descubiertos el brazo y el antebrazo, aunque ambos quedaban resguardados por el *scutum* y el *gladio*. Sin embargo, a lo largo de la historia militar romana, la protección de las extremidades expuestas al enemigo supuso una constante preocupación para los artesanos, pues cualquier daño en ellas comprometía la capacidad del soldado para atacar o defenderse. Por este motivo, se elaboraron las *manicae*, piezas complementarias que envolvían aproximadamente la mitad del diámetro del brazo mediante láminas unidas por remaches a un soporte de cuero, lino, etc. en contacto con la piel. Los primeros testimonios de su uso pertenecen al mundo griego. Era conocidas como *cheira*[42] y aparecen en representaciones como la del *Tropaeum Traiani* de Adamklissi

(Rumania) o yacimientos arqueológicos en León, Carlisle (Inglaterra), Carnuntum (Panonia) y Eining (Baviera). No obstante, parece que solo se empleaba en el brazo derecho, que portaba el *gladius*, al quedar más expuesto que el izquierdo con el *scutum*, y se diferenciaban de los utilizados por los gladiadores al cubrir solo dos tercios del brazo, frente a la totalidad de aquellos.

Desde el siglo II los pretorianos optaron por un modelo surgido en época de Marco Aurelio y el último que utilizarían antes de desaparecer como unidad, la *lorica squamata*[43] (de escamas), empleada también por muchos legionarios y auxiliares. Sorprendentemente, esta nueva versión se comportaba mucho menos eficientemente, al limitar más los movimientos y ofrecer menor resistencia a los ataques, aunque parece que era más versátil cuando se requería combatir contra distintos tipos de enemigos en regiones de climas diversos. El motivo real es desconocido, pues, aunque los pretorianos disponían de ingresos más que suficientes para permitirse una mejor armadura, comenzaron a utilizarla bajo la toga en las guardias de palacio durante este convulso periodo[44] quizá porque, pulidas adecuadamente, sus piezas proporcionaban un aspecto mucho más imponente que cualquier otra armadura. Estas se colocaban a modo de escamas, fijadas entre sí a una pieza inferior (en lino o cuero) para mantenerlas en posición de manera similar a la *segmentata*. Portando el *cingulum* reglamentario, pero decorado con apliques metálicos en los primeros modelos, hasta piezas de bronce con relieves o incrustaciones más tarde. A comienzos del siglo IV la protección de los brazos se extendió hasta los codos, para aumentar la seguridad a modo de la *manica*, aunque la desaparición del pretorio hizo difícil que emplearan esta novedad. Representaciones de soldados pretorianos portando esta armadura aparecen en la Columna Aureliana (176-192), estaba en uso durante el reinado de Macrino (217-218)[45] y se muestra en el Arco de Constantino que conmemora la batalla de Puente Milvio, ya que, a partir del siglo III su uso fue exclusivo de los pretorianos.[46]

La cabeza de los oficiales pretorianos quedaba protegida por un casco muy decorado de tipo ático,[47] con carrilleras (*bucculae*) a veces mostrando relieves de escorpiones, y sin protector para la nariz. El resto de

soldados, posiblemente, solo lo emplearon como parte del uniforme ceremonial en importantes eventos como triunfos, desfiles o actos religiosos. En su lugar, el asociado al uniforme de combate era el mismo que el de los legionarios, como muestra el relieve del Louvre o la Columna Trajana, con la única excepción de un más discreto pero distintivo penacho como símbolo de estatus. Desde época republicana existieron varios modelos empleados sucesivamente, aunque el cambio definitivo se produjo de manera muy dilatada. El más antiguo (creado en el siglo I a. C. hasta mediados de ese siglo) usado por los pretorianos fue el *buggenum*, desarrollado a partir del usual casco de tipo Montefortino. La diferente nomenclatura para todos los tipos y subtipos de cascos que veremos se debe a la tradición historiográfica inglesa y alemana, que la asigna a partir del lugar donde se han localizado los restos más importantes de cada modelo, pues en muchos casos desconocemos su apelativo real. Desde comienzos del siglo I y hasta época de Nerón se impuso el tipo Haguenau de origen galo. Se realizaba en bronce, latón o, más comúnmente, hierro, con forma semiesférica y el penacho característico, y un apéndice hueco en la parte superior.[48] Contaba con carrilleras que a veces se proyectaban hacia el frente para mejorar la protección del rostro[49] y un amplio guardanuca horizontal que se decoraba con escalones en relieve.[50] Todos sus elementos quedaban unidos y fijos a la cabeza por medio de un cordel de cuero anudado bajo la barbilla, partiendo de unas anillas colocadas en la parte interior del cubrenuca y las carrilleras.

A comienzos del Principado y hasta el siglo III existía un modelo de casco que alcanzó gran éxito y experimentó numerosas variaciones, el Weisenau.[51] La mayor parte se fabricaban en hierro, hierro y bronce o bronce los más tardíos. Era semicircular y formaban una sola estructura con el cubrenuca, que se inclinaba 45 grados a fin de proporcionar más protección. Por primera vez aparecen en este casco dos importantes innovaciones: la visera, elemento que llevarán todos los yelmos en adelante, se engrosará paulatinamente, así como sendos rebajes a la altura de la sien con leves protectores exteriores para las orejas, buscando facilitar al soldado la comprensión de las órdenes a pesar del ruido de la batalla. Restos de los modelos más antiguos se localizaron en Herculano, por lo que

debieron de pertenecer a soldados de las cohortes urbanas o pretorianos. Todas las variantes incorporaban nuevos refuerzos externos en la parte superior y, a partir de época Flavia, algunos añadieron dos pequeños cilindros cerca del arranque de la visera y al final del cubrenuca, quizá destinados a adornarlos con plumas en ceremonias y desfiles o para inmovilizar la cimera. A veces se decoraron con relieves simulando «cejas» o rosetones en las carrilleras y otras partes del casco, así como piezas de latón añadidas cuyo color plateado o dorado confería un contraste llamativo. Para los desfiles se colocaba en la parte superior un estribo desmontable en forma de «Y» (*apex*) que soportaría una cimera curva (*crista*) elaboraba con vistosas plumas o crines de caballo que podían estar teñidas. Los yelmos más tardíos eran más altos para envolver la cabeza en su totalidad y únicamente dejaban abierta la parte de los ojos, añadiéndose adornos aún más profusos.

No podemos olvidar aquí los controvertidos estudios realizados tratando de conocer la manera en que la cabeza tomaba contacto con el casco para facilitar su uso. Quizá existía una estructura interior acolchada que la protegía del rozamiento, lo acomodaba mejorando su inmovilización (junto con las ligaduras de cuero que se ataban bajo la mandíbula) y minimizaba el impacto de los golpes, aunque es difícil saber si estaba adherida o no al casco. Esta segunda alternativa parece más viable, pues el sudor producido por el cuero cabelludo podía afectar al adhesivo y generar corrosión en el interior de la estructura metálica, siendo más difícil de sustituir o limpiar. Desconocemos los materiales de estos elementos, pues las fuentes evitan mencionarlo y las representaciones no muestran elementos internos, aunque se han encontrado restos orgánicos adheridos a algunos de ellos.

A partir del siglo III este fue uno de los uniformes que más variaciones experimentó. Para el yelmo, probablemente emplearon indistintamente dos modelos empenachados: el tipo Der-el-Medien o el tipo Intercisa (en hierro pero de construcción muy básica).[52] La panoplia básica pasaría ahora a ser conocida como el *terno* de campamento (túnica de manga larga, *sagum* sobre el hombro izquierdo, cinturón, espada, escudo y *pilum* o *lancea*), empleada tanto por los pretorianos como por la *Legio II Parthica*. En el caso de la túnica (a veces llamada *ventralem*), aunque se pensaba que el

color rojo estaba reservado para que los oficiales fueran fácilmente reconocidos por la tropa, parece que también era utilizado por los soldados[53] como parte de su uniforme de combate[54] desde finales de la época republicana, con la intención de identificarse en caso de la batalla frente a sus enemigos y fomentar el sentimiento de hermandad. Llevarla se habría convertido en un signo inequívoco de que sus portadores estaban a punto de entablar batalla, colocando también un pequeño estandarte (gallardete) del mismo color ondeando a la puerta de sus tiendas para indicar que comenzaban a prepararse.[55] Restos pertenecientes a unas cincuenta túnicas legionarias se han localizado en Vindolanda (un *castrum* de los muchos que defendían el muro de Adriano, erigido entre 122 y 132 para separar la parte de Britania bajo dominio romano de los pictos), muchas de las cuales (10) mostraban aún restos de este pigmento. Incluso, cuando el Estado se veía en la necesidad de enrolar rápidamente nuevos efectivos, esta decisión se publicaba mediante la colocación de dos enseñas en el Capitolio, una roja si se necesitaban soldados de infantería, una azul para la caballería o ambas. Ahora bien, en el caso de los pretorianos existen aún más dudas en cuanto al color de las túnicas de sus uniformes. Es posible que siguieran esta tendencia, pues un soldado del pretorio que fue procesado entre 208 y 211 por negarse a participar en una ceremonia, fue despojado de su uniforme para el interrogatorio y quedó únicamente vestido «de rojo».[56] No obstante, no se trataba de un contexto asociado a la batalla, por lo que quizá lo portaran en toda ocasión para manifestar su elevado estatus, mientras que los legionarios solo lo hacían en esos momentos. Sea como fuere, también conocemos túnicas pretorianas blancas como parte de su uniforme militar, por lo que podían utilizar ambas al contar con varias túnicas según la ocasión, incluso en mayor número que los legionarios.[57]

Una vez que el pretoriano estaba perfectamente uniformado, era el momento de armarse para el combate. Además de la armadura y el casco, uno de los elementos defensivos más importantes era el *scutum* itálico, apareciendo en diversos relieves de época imperial. Como el resto de elementos, el modelo y forma de los utilizados por los pretorianos sufriría modificaciones, aunque distintos tipos llegaron a emplearse

simultáneamente (como se aprecia en la plancha II del Gran Friso Trajano). Hasta el siglo II pervivió el clásico modelo republicano ovalado y curvo, con un refuerzo vertical dispuesto a lo largo de su eje (*spina*) que se ensanchaba en la parte central para mejorar su resistencia (relieve A del Palazzo della Cancellaria) y proteger la mano.[58] Sin embargo, ya desde época de Augusto se empleaban simultáneamente otras variantes, algunas con la misma forma y dimensiones pero sin esa curvatura característica y con umbo central. Hasta Trajano mantuvieron la misma estructura, aunque perdieron el umbo y las esquinas se hicieron angulares en lugar de redondeadas (como en los relieves del Arco de Trajano en Puteoli). Se asemejaban mucho a otra de las variantes disponibles, los escudos rectangulares curvos (semicilíndricos) utilizados por los legionarios que aparecen en los sestercios acuñados por Calígula (37-41) o en la Columna Trajana y que pudieron comenzar a utilizarse tras Augusto, pues antes se habría evitado para que los pretorianos mantuvieran su apariencia republicana y tradicional (*Res Pública*). En lo sucesivo, las variantes prácticamente mantuvieron el modelo básico con leves modificaciones quizá por esa actitud, de manera que la necesidad de mostrar su rango se centró en su decoración, pintando el típico símbolo del escorpión pretoriano o, a partir del siglo II, convirtiendo el umbo circular en esa forma (como en el mosaico Barberini o en el relieve de Armas de Villa Albani). A partir del siglo III, aunque seguramente los modelos rectangulares se mantuvieron simultáneamente un tiempo,[59] tras la reforma severiana el *scutum* más habitual fue el modelo ovalado y plano, también con umbo central (como en el Arco de Galerio en Tesalónica y el Arco de Constantino en Roma) pero de peso más reducido y, por ello, fácil de transportar y emplear en combate.

El armamento ofensivo que los pretorianos tenían a su disposición era bastante amplio, aunque no se diferenciaba del resto. Muy característico y conocido era el *pilum*, una jabalina larga que se arrojada al enemigo en oleadas durante el avance de las tropas (entre 15-30 metros del enemigo, según la destreza del lanzador). Estaba compuesto por un asta circular de madera de 2 metros de longitud[60] recubierta mediante cordelería o un elemento textil que podía servir para absorber la humedad del ambiente, preservando la madera interior, proporcionar un mejor agarre que evitaría

deslizamientos y posibilitar una mayor distancia de lanzamiento sin incrementar aún más el peso del arma. En el extremo superior se fijaba, con una placa remachada,[61] una punta de hierro de forma piramidal y entre 60 y 90 centímetros (incrementándose a partir del siglo II), que en su inicio podía ser circular o cuadrada (de 7,5 centímetros de diámetro). Era especialmente importante que el engarce quedara perfectamente encajado para evitar que el arma se quebrara o agrietara, empleándose una triple sujeción desarrollada a partir de siglos de combates. Su peso era considerable para penetrar el escudo o armadura del oponente, obligándolo a abandonarlos ante la imposibilidad de detenerse a extraerla y si es que aún seguía con vida, aunque no se alargaría demasiado tras perder así gran parte de su protección justo antes de luchar cuerpo a cuerpo. Del mismo modo, tras el impacto, el largo y delgado cuello de la punta metálica era incapaz de soportar el peso del arma y quedaba ligeramente doblado para impedir su reutilización contra los romanos. Cada soldados portaba dos *pila* en combate, el modelo ligero (representado en el relieve del Arco de Claudio) ya mencionado, y otro más pesado (visible en el relieve A del Palazzo della Cancellaria). El *segundo* era similar al anterior, con la diferencia de un contrapeso de plomo, piedra o hierro (*cupis*) para proporcionarle una mayor penetración al ganar velocidad en su caída parabólica, aun a costa de reducir su alcance.

Como no podía ser de otro modo, los pretorianos tenían que introducir variantes que destacaran su condición, y el lastre adicional del *pilum* pesado se decoró con un águila en relieve[62] (y no escorpión característico). Como es lógico pensar, una vez concluida la batalla los pretorianos podían reconocerlos fácilmente para recogerlos y solicitar al herrero que rehabilitara las puntas dobladas. Por otro lado, en palacio sabemos que solamente portaban el modelo ligero, más fácil de transportar y manejar, [63] y contaban con otro tipo de arma similar, el *hasta*. Su uso fue tan característico entre los legionarios que dio nombre a una de sus unidades militares, los *hastati*. Estaba formada por un asta en madera de aproximadamente 1,8 metros y una punta de hierro mucho más pequeña en forma de hoja, ya que no se trataba de un arma arrojadiza. Estaba diseñada para ensartar al enemigo, manteniéndolo a distancia, y fijar su posición en

movimientos tácticos, como se aprecia en el Arco de Trajano en Puteoli, el relieve de la columna de Antonino Pio o en la escena LXVII de la columna de Marco Aurelio.

Uno de los elementos ofensivos más utilizados por legionarios y pretorianos hasta el siglo III era la espada corta (*gladius*), diseñada tras siglos de combates como estoque y arma de tajo, aunque cada modelo de los que surgieron trataba de favorecer alguna de dichas posibilidades. Conocemos algunos modelos por el nombre que les dieron los romanos, pero en otros se han denominado del mismo modo que en el caso de los cascos. Los que estuvieron en uso durante la época imperial se componían de cuatro partes: la hoja (de hierro), la empuñadura, el pomo y el guardapuños. La empuñadura solía fabricarse en hueso y con forma anatómica, a la que se añadían relieves en forma estriada o elipsoidal para favorecer el agarre e impedir que resbalase con el sudor y la sangre de la batalla. El pomo solía realizarse en metal, hueso o marfil, según el modelo, y con una forma semioval; mientras que el guardapuños contaba con una estructura de madera cubierta con una lámina de bronce.[64] Los pretorianos emplearon con mayor asiduidad el modelo Pompeya, desde mediados del siglo I (quizá durante el reinado de Tiberio) hasta finales del siglo II Su hoja podía oscilar entre los 40 y 55 centímetros, hasta un total de 80 con la empuñadura, su anchura era homogénea (5 cm.) en toda su extensión, con filos rectos y paralelos, y una punta más corta que buscaba primar no solo el estoque sino también ataques con el filo, a diferencia de otros modelos que primaban esa primera característica, como el Mainz, con el que convivió un tiempo.

Al contrario de lo que sucedía con las destinadas a ceremonias y eventos protocolarios, las hojas de las empleadas en combate no tenían adornos innecesarios. Siempre se realizaban con dos filos y eran más gruesas en la parte central. Su componente principal era el acero, aunque se añadía una cantidad de carbono variable en el filo y la punta, y contaba con una parte unida al eje (el vástago) para insertarse en una empuñadura fijada con remaches o arandelas en el extremo. Las empuñaduras se fabricaban en madera, y las más lujosas en hueso o marfil, con el pomo esférico y la guarda redondeada u ovalada según el modelo. En el tipo Pompeya, estos

elementos eran de dimensiones más reducidas que el resto. Por su parte, la vaina era un elemento esencial del *gladius*, no solo para portarla sin peligro, sino al posibilitar en ella una mayor ostentación mediante materiales nobles y grabados, como elemento más visible. Como es lógico, existían muchas sin decoración alguna, pues dependía del poder adquisitivo del propietario y el interés que mostrara en ello, siendo habitual que la fueran añadiendo con el paso del tiempo. Los pretorianos no tenían ese problema y, dada su necesidad de distinguirse, solían recargar todos los elementos de su panoplia y siempre con los mejores artesanos. Sus temas preferidos eran los diseños geométricos, grabados al ácido, o motivos basados en la mitología, con los perfiles laterales semejando hojas de palmera. La base consistía en un armazón de láminas de madera (de 60 por 10 centímetros) envueltas en cuero duro y refuerzos de metal, mientras que en el primer tercio de su longitud se situaban varias abrazaderas metálicas de cuyos extremos pendían cuatro anillas para sujetar el arma al cinturón. El modelo Pompeya era el más ostentoso de todos: no en vano lo eligieron los pretorianos, pues parte de sus perfiles laterales se decoraba para asemejar hojas de palmera.

A partir del siglo III, tras un breve periodo de convivencia, las reformas de Severo propiciaron que el *gladius* fuera sustituido por la *spatha*. Esta ya había sido empleada habitualmente no solo por la infantería auxiliar, sino por los jinetes del ejército, los *equites* pretorianos y los *singulares Augusti* desde el siglo I; pero en ese momento su manejo se extendió a los pretorianos de infantería y los legionarios quizá debido al uso de lanzas por parte de enemigos como los germanos,[65] o la influencia de otros pueblos bárbaros que ya llevaban siglos empleándolas. Sin duda, una espada más larga obligaba a primar los golpes con el filo, lo que suponía, también, un cambio en el estilo de los enfrentamientos.

La anchura de su hoja podía variar según el modelo, hasta alcanzar 90-100 centímetros aproximadamente (sin la empuñadura), con una hoja de sección triangular estrecha de 3,5-6,5 centímetros y punta corta. Pronto comenzó a extenderse su uso entre los pretorianos, únicos capaces de permitírselo. Con frecuencia era regalo del emperador.[66] Proliferaron empuñaduras simulando el cuello de un águila y su cabeza en el extremo (como aparece en la representación de los cuatro tetrarcas de la Piazza de

San Marcos de Venecia). Se portaban mediante un tahalí llamado *balteus*, sujeto al cinturón por el costado izquierdo tras cruzar sobre el hombro derecho, pero de dimensiones más reducidas, para que la empuñadura se situase cerca de la axila; mientras que los *equites* podían llevarla en la cintura gracias a la altura adicional que proporcionaban sus monturas. Este cambio también afectó al *pugio*, que pasaría a colocarse en el lado derecho, ya que mantener las posiciones tradicionales obligaría a un movimiento demasiado antinatural y forzado para desenvainar con la velocidad que podía ser requerida. El propio cinturón pasará a prescindir del *apron*, pero estos nuevos elementos no fueron ajenos a la ostentación típica de los pretorianos, y se decoraron con piezas de bronce empleando la técnica de la filigrana.

El *pugio* (daga) fue empleado por los pretorianos desde el siglo I a. C. hasta finales del siglo II,[67] presentando variantes igual de numerosas. A pesar de que los legionarios dejaron de usarlo bastante, al considerar que su utilidad en el campo de batalla era mínima, solo retomándolo en el siglo III, el apego de los pretorianos por sus tradiciones, la necesidad de participar en muchos más eventos protocolarios o, incluso, por su utilidad para determinadas tareas como cortar alimentos, eliminar ramaje, tallar madera, etc., no solo lo mantuvieron en uso sino que con el tiempo se elaboró con extrema riqueza. Este tipo de armas también había tenido su origen en las utilizadas por las tropas hispanas, igual que el *gladius hispaniensis*, que conocerían bien tras siglos de enfrentamientos con los romanos. Los filos de los primeros modelos tenían forma de «S» y finalizaban en una aguda punta, pero, desde la segunda mitad del siglo I, pasaron a marcar menos esas curvas para terminar en una punta más afilada. Los reglamentarios contaban con un ancho mínimo en la hoja de entre 3 y 6 centímetros y entre 18 y 36 centímetros de largo. La zona de la nervadura central en la hoja era un poco más gruesa que en el *gladius* para reforzarla, con una espiga ancha y plana que debía facilitar el agarre a la empuñadura. Esta última no varió mucho a lo largo del tiempo, inspirada en las dagas biglobulares de los celtíberos del siglo II a. C. Su longitud de entre 8 y 12 centímetros se decoró profusamente, añadiendo una pieza semicircular en la parte central, también de origen celtíbero, destinada a mejorar el agarre, y un pomo semicircular

en el extremo inferior. Las vainas eran muy similares a las del *gladius*, y también muy vistosas, con cuatro anillas de metal para fijarse a un cinturón dispuestas dos a cada lado.

En este momento debemos detenernos en un debate que resulta interesante. Existen relieves donde aparecen soldados pretorianos actuando juntos en combate, pero portando distintos tipos de armas, corazas y escudos, lo que genera cierto desconcierto, ya que era el Estado romano el encargado de proporcionarles su panoplia y debía existir una reglamentación específica al respecto, igual que para el resto de tropas.[68] Las razones para ello nos son desconocidas. Quizá su elevado salario les permitía adquirir armamento de mejor calidad, sin que la falta de uniformidad propiciara el castigo de sus oficiales como un privilegio añadido,[69] aunque no parece posible que quisieran mostrarse en formación de manera tan inadecuada frente a la homogeneidad habitual del ejército. Actuando en combate, algunos proponen que reponer las armas perdidas o deterioradas resultaba más difícil, por lo que si necesitaban sustituir algún elemento lo hacían con aquello que tenían más a mano. Es posible, aunque existen objeciones. Los pretorianos servían, normalmente, como unidades de reserva que solo participaban en caso de necesidad y, por tanto, su equipamiento no necesitaría ser sustituido con tanta frecuencia y, en caso contrario, las bajas entre sus propios efectivos permitirían a los supervivientes reponer elementos deteriorados o perdidos con los de sus compañeros caídos, pues siempre serían de mejor calidad y así podrían mantener su distinción. Del mismo modo, esta teoría supone que el ejército no contaba entre sus tropas de campaña con herreros capacitados para reponer cualquier pieza, lo cual no es posible. La opción más viable tiene que ver con la obligación que tenían, igual que el resto de tropas, de devolver su panoplia al Estado una vez se licenciaban. Ello provocaría que su arsenal en los *castra* albergara una cantidad considerable de armas de distintos modelos. Siempre resultaba más económico seguir utilizándolas, si estaban en buen estado, que fabricar otras nuevas, aunque supusiera equipar de manera diferente a una misma cohorte. Ello se solventaría reuniendo las suficientes armas, incluso reparándolas, hasta equipar una cohorte completa

y homogénea, aunque las otras unidades fueran diferentes,[70] coexistiendo durante breves periodos que quedaron inmortalizados.

En cuanto al resto de uniformes que podía utilizar un soldado pretoriano, existían algunos distintivos, asociados a rango concretos. Los tribunos, aunque en general utilizaban los mismos que el resto de altos oficiales del ejército, empleaban signos distintivos como muestra de su dignidad especial. Uno de ellos era un pantalón de lana característico y ajustado hasta debajo de las rodillas, denominado *feminalia*, que no solo combatía el frío, sino que mitigaba el rozamiento producido al montar a caballo. En la parte superior utilizaban una túnica blanca con adornos púrpuras,[71] sobre la que colocaban una camisa de cuero o lino con *pteryges* sobresaliendo desde los hombros y la cintura. A partir del siglo III el incremento de soldados provinciales propició un nuevo tipo de pantalón más amplio y acorde a climas fríos, llamado *bracae*, inicialmente de color rojo escarlata y, más tarde, blanco.[72] El siguiente elemento era la coraza, donde algunos altos oficiales se decantaron por un modelo de origen griego, la *lorica thorax* o *lorica musculada*, cuyas piezas estaban trabajadas asemejando la musculatura del cuerpo, dándoles una apariencia muy llamativa (como se ve en el Arco de Claudio, el relieve del Louvre, en la base de la columna de Antonino Pio o en el relieve del Palazzo dei Conservatori). Sobre la coraza portaban otro cinturón, esta vez de lino y colores semejantes a la capa, y un gran manto, el *paludamentum*, que se recogía sobre el brazo izquierdo y abrochaba con una fíbula sobre el hombro derecho. En cuanto al calzado, no utilizaban las usuales *caligae*, sino unas botas de cuero propias de los oficiales llamadas *perones*, más ligeras y cerradas para evitar el frío. Tanto por su rango como por sus funciones, portaban varias armas de manera permanente. Algunas como el *scutum* ovalado y curvo con umbo metálico o el *hasta* eran muy similares a las del resto de soldados, solo diferenciadas por su decoración en el caso del primero. Sin embargo, otros elementos eran distintivos. En lugar del *gladius* utilizaban la *spatha* y en lugar del *pugio* una daga ceremonial específica de su rango (*parazonium*), la cual recibían como regalo al ser ascendidos.[73]

Los centuriones se diferenciaban poco del resto de pretorianos hasta época imperial y, básicamente, mostraban su graduación ajustando la

espada al costado izquierdo, y empleando el color rojo para su túnica y penacho. No obstante, a partir de ese momento lo harían más significativamente. El *sagum* que utilizaban adquirió también el color rojo, el penacho del casco comenzó a colocarse transversalmente, al menos en los de tipo itálico-imperial, y sobre la túnica colocaron el *pteryges* de los oficiales. Su elevado salario, sumado a las ganancias a veces ilícitas, les permitió encargar a artesanos especializados la decoración de sus espinilleras, sus cinturones, el *gladius* y su vaina y la *lorica squamata*. Aparentemente la *lorica thorax* estaba destinada a los altos oficiales. En el relieve del Louvre dos soldados muestran este tipo de corazas con distinto grado de elaboración: la más ostentosa podría mostrar a un tribuno y la más sencilla a un centurión, por lo que parece que los centuriones pudieron emplearlas en ese momento.

Mención especial merecen dos categorías de soldados que, a pesar de realizar funciones muy diferentes, tenían un atuendo muy similar. Nos referimos a los *signiferi* y los músicos de las cohortes pretorianas. Se han conservado muchas representaciones de los *signiferi* en relieves como los de la Columna Trajana, mostrando como su elemento más característico la piel de león que les cubría el uniforme, que en sus homólogos en las legiones correspondía a una piel de oso.[74] Era lo suficientemente característica como para no necesitar otros elementos añadidos o exclusivos que mostraran su categoría, aunque, aparentemente también era utilizada por los músicos, diferenciándose ambos por el instrumento o la insignia que portaban. Por su parte, y más aún actuando con la autonomía que lo hacían, los uniformes de los *speculatores* también mostraban características propias. Sabemos que su túnica también era roja, y que utilizaban un modelo de botas distintivo y particular, las *caligae* speculatoriae,[75] aunque no contamos con mucha información, salvo que semejaban una especie de zuecos propios del atuendo femenino y otro tipo de calzado típico en el teatro cómico, el *socco*. Parece que Calígula empleaba estas (de ahí su apelativo), o los llamados *coturnos,* cuando aparecía en público. Se trata de un tipo de calzado alto (hasta la pantorrilla), sujeto con cintas de cuero y suela de corcho o madera a la que se podía aplicar el grosor deseado. Era muy utilizado por los actores de teatro trágico (masculinos o

femeninos), cuando necesitaban aportar altura adicional si había que encarnar a un personaje de la nobleza.

Los *equites* pretorianos no podían quedar sin uniforme específico, aunque solo fuera porque su condición de jinetes obligaba a adaptarlo a las monturas y porque, generalmente, realizaban misiones propias y diferentes a las del resto de pretorianos. Algunos elementos eran similares, como las túnicas, el *sagum*, la *paenula*, etc., pero la necesidad de una mayor libertad de movimientos sobre sus caballos, y para acciones como montar o descabalgar, requería un modelo de *lorica* más versátil, como la *squamata* o la *hamata*. Como los tribunos, utilizaban pantalones (*feminalia*), pero sin *cingulum*, y sus cascos del modelo Koblenz-Bubenheim no mostraban diferencias con respecto a los empleados por el resto de unidades de caballería del ejército, al menos desde el siglo I hasta mediados del siglo II. Estos aparecen representados por primera vez en el Arco de Orange, y se realizaban en una única pieza redondeada con guardanuca, amplias carrilleras para proteger las orejas (a veces decoradas con relieves imitando su forma o la de escorpiones)[76] y una amplia diadema frontal muy adornada.[77] Algunos modelos empleados en ese periodo simulaban también la forma del pelo rizado mediante relieves en bronce dorado, aunque, a partir del siglo II el modelo más característico será el Guisborough, muy similar al anterior, pero más llamativo al rematar su cimera con un águila.[78]

Su armamento presentaba mayores diferencias aún. Al igual que los tribunos, no empleaban el *gladius* sino la *spatha* larga, mucho más adecuada no solo frente a enemigos a pie, sino también ante otros jinetes, por la mayor distancia que su montura obligaba a salvar en cada ataque. Sin embargo, la portaban al lado derecho, para diferenciarse de aquellos. Su escudo era oval, plano y provisto de umbo, que adornaban con cuatro escorpiones o formas vegetales, aunque a veces empleaban también un modelo hexagonal plano. Usaban el *hasta*, pero también *lancea*, una jabalina ligera que sustituyó al *pilum* ligero por sus menores dimensiones, peso y coste de fabricación, y utilizada por los soldados auxiliares del ejército. Esta contaba con un elemento llamado *amentum*, propulsor compuesto por tiras de cuero destinado a incrementar su alcance, aun a

costa de reducir la potencia del impacto, Ambas convivieron en uso desde el siglo II y hasta que la *lancea* se impuso ya en el siglo III, pues era habitual que los pretorianos se resistieran al cambio. Contaba con un pomo (*cupis*) de hierro en el extremo inferior y una punta de hierro corta y ancha en forma de hoja o corazón en el contrario, unidos por un asta de madera circular mediante pasadores metálicos. Estaba especialmente diseñada para controlar a la multitud, empleándose cada extremo según las necesidades. Incluso, en caso de fracturarse la punta del arma, el contrapeso podía utilizarse como elemento ofensivo y defensivo en combate, y era muy útil contra unidades que habían perdido la formación o se batían en retirada y para desbaratar un frente compacto antes de hacer una carga. Se trataba de un arma enormemente representada en las estelas y utilizada también por unidades especiales de legionarios, como los *lanciarii*.

Los jinetes podían portar un gran carcaj sujeto a la silla y dispuesto en los cuartos traseros de su montura para llevar varias de estas armas. Tradicionalmente se ha creído que la carencia de estribos, que no emplearon hasta el siglo VI, dificultaba mucho la estabilidad en fuertes cargas. Sin embargo, la realidad es muy distinta. El elemento esencial que permitía soportar la energía del impacto era la silla de montar, en concreto, la de «cuatro cuernos» o asideros. Los dos de la parte frontal facilitaban el uso de la espada en cualquiera de los costados, al sujetar el muslo, y los dos de la posterior fijaban la cadera para soportar cualquier choque sin ser derribados. La potencia de una carga de caballería y, por tanto su efectividad, estaba más directamente relacionada con la velocidad y el peso total en el momento del contacto, así como con la experiencia del jinete. Se fabricaban en madera y cuero, acolchándolas para ayudar al jinete a soportar largas jornadas sobre su montura, y se colocaban sobre una manta para reducir las heridas por el rozamiento en los caballos. En cuanto a las monturas, como era de esperar debían estar a la altura de la dignidad de sus dueños, que no escatimaban en adornos para ello. Les colocaban una banda con flecos alrededor del cuello, sobre las que situaban un cuello de lana, mientras que bridas y correas podían estar labradas, tachonadas con incrustaciones y decoradas con *pahalerae* de plata (discos ornamentales a

veces empleados como condecoraciones al valor, que portaban en la *lorica*) o colgantes de bronce en forma de hoja o media luna.

Una curiosidad: en el siglo II los jinetes de los ejércitos regulares en las fronteras del imperio realizaban entrenamientos especiales en ocasiones señaladas, los Hyppica Gymnasia, donde portaban sus uniformes de ceremonia y empleaban armas simuladas. Estos nunca se mencionaron entre los *equites* pretorianos, aunque es fácil suponer que se realizaron como parte de las exhibiciones públicas patrocinadas por varios emperadores para generar admiración y temor entre la población y los senadores de la capital. Se trataba de la unidad de caballería más prestigiosa del imperio y, alcanzándola muchos de ellos desde las filas del ejército regular, habrían realizado ya esos ejercicios con anterioridad.

Finalmente, mostraremos los precios de algunas de las materias primas y productos elaborados que conocemos para finales del siglo III gracias al «Edicto de precios máximos» de Diocleciano:

Textil y complementos (en denarios)

- Lana de Tarento, una libra - 75
- Seda blanca, una libra - 12.000
- Seda púrpura (solo para el emperador), una libra - 150.000
- Piel de castor - 100 (pieza)
- Piel de leopardo - 1.000 (pieza sin curtir)
- Piel de león - 1.000 (pieza sin curtir)
- Manto Africano - 500 (pieza)
- Manto Dálmata - 2.000 (pieza)
- Manto Laodiceo (con capucha) - 4.500 (pieza)
- Túnica militar de invierno - 75 (pieza)
- Botas para soldados, sin clavos - 100 (par)
- Sandalia para soldados - 75 (par)
- Bota de mujer - 60 (par)
- Bota de senador - 100 (par)
- Silla de montar - 500

- Cabestro (conjunto de correas para la cabeza del caballo) - 70
- Bridas - 100
- Manta para el caballo básica (negra o blanca) - 100
- Manta para el caballo con adornos dorados – 250

Precios oficios militares para las armas (en denarios)

- Pulido de metal - 25 (por espada o casco), 6 (por hacha simple), 8 (por hacha doble) y 100 (por vaina de espada)

En cuanto a los equipamientos. Como toda unidad militar, los pretorianos no solo necesitaban asegurar su aprovisionamiento, sino todo lo necesario para desempeñar su labor. Lograrlo para las legiones era siempre más complicado, pues debían obtenerlo sobre el terreno o contar con medios para enviarlo allí. Roma no presentaba tales dificultades, centenares de artesanos y comerciantes, conscientes de las necesidades que tenían, los servicios que demandaban y, sobre todo, de sus importantes ingresos para obtenerlos, rivalizaban por tales clientes. Los soldados estacionados en la capital generaron una importante industria que, a su vez, contribuía a su prosperidad.

No solo serían necesarias miles de armas que poseían en propiedad, sino cada elemento asociado a las distintas vestimentas que entregaba el Estado. Solo para el palacio era necesario disponer allí, como mínimo, de entre 500 y 1.000 togas (*togae*) para la guardia diaria y reponiéndose las que estuvieran dañadas, eso si no se entregaba una a cada soldado, lo que elevaría esa cifra a entre 5.000 y 10.000. Las túnicas (dos por soldado), habrían oscilado fácilmente entre 10.000 y 20,000, lo mismo que el calzado (dos pares de *caligae* por soldado y de botas bardaicas, un modelo típico de Iliria)[79] hasta entre 10.000 y 20.000 pares, cuyo mayor desgaste elevaría su coste. El manto (*sagum*) supondría otras 5.000 o 10.000 piezas, y similar cantidad de *paenulae*. Si lo multiplicamos por todos los efectivos, teniendo en cuenta las nuevas incorporaciones, las reposiciones por desgaste y

aquellos elementos que el propio soldado adquiriera por su cuenta, nos da una idea del comercio e intereses generados.

Todo gestionado por los responsables administrativos del pretorio, y de los *curatores* en el caso de los *singulares Augusti*. Como es lógico, se trataba de puestos muy codiciados, pues no solo permitían rápidos ascensos, sino que el control de tal cantidad de diversos suministros suponía la posibilidad de obtener ingresos adicionales para sus encargados, proveedores, compañeros, etc. El armamento básico de la panoplia militar se entregaba gratuitamente. Estaba depositado en el arsenal, a cargo de los *armorum custodes*, que lo protegían y vigilaban registrando los cobros reducidos que debían pagar por algunos suministros, pero las armas de uso diario (más vistosas) quedaban en manos de los propios soldados al adquirirlas ellos mismos.

Los pretorianos servían en Roma, ante los ciudadanos más importantes del imperio, y directamente a las órdenes del emperador, por lo que su apariencia debía estar a la altura. El orgullo que sentían les hizo preocuparse mucho por su aspecto, y sus ingresos les permitieron adquirir ropas de gran calidad y armas deslumbrantes. Dado que recibían gratuitamente el armamento básico de combate, igual que el trigo o las monturas de los *equites*, los mayores gastos se realizaban en este tipo de elementos. Las dagas que portaban los pretorianos de Didio Juliano eran de plata y oro.[80]

No podemos olvidar aquí el esfuerzo suplementario que suponía la existencia de los *equites* pretorianos, pues su elevado número requería de una importante infraestructura que se extendía a los oficiales, *equites singulares* y otras unidades montadas de la capital.[81] A cada jinete se le asignaban dos caballos, lo que suponía no menos de 4.000 solo en el momento en que las unidades eran más reducidas. Los decuriones de los *singulares*, sus pares de los *equites* pretorianos y los *centuriones exercitatores* tenían el privilegio de contar con tres monturas cada uno, lo que suponía varios cientos más. La necesidad de acomodarlos, así como el gasto de alimentarlos, cuidarlos y reponer anualmente aquellos que ya no eran aptos (habitualmente un tercio) requería grandes cantidades de dinero, enormes establos y personal asignado para mantenerlos en las mejores

condiciones. Ello implicaba la adquisición de, aproximadamente 1.400 nuevos caballos al año, solo entre pretorianos y *singulares*, hasta el siglo III, un trabajo de logística nada desdeñable que generaría un contacto constante con las regiones de remonta habituales. La mayoría de ellos procedían de la misma península itálica, sobre todo de Apulia, Campania o el Lacio (en especial de la ciudad de Reate), por ser considerados adecuados y reducir el coste de transportarlos a Roma. Por otro lado, parece que preferían sementales, no solo por el prestigio sino debido a su actitud, mucho más agresiva en combate frente al enemigo, al que no dudaba en morder o atacar mediante coces con sus patas delanteras y traseras si era necesario.

Es interesante saber que, aunque desconocemos el precio de cada una de estas monturas (sin duda ejemplares de primera calidad), al menos sabemos que entre los siglos II y III los jinetes auxiliares de las legiones debían descontar de su sueldo 125 denarios por cada caballo que utilizaran, y los *equites* legionarios una cantidad algo mayor, dado que eran de mejor calidad. No olvidemos que las deducciones en los ingresos de los soldados regulares por este tipo de conceptos, así como el trigo, el alojamiento, las armas y equipamiento, la caja de la unidad, etc. suponían que, en época de Domiciano, apenas percibían en metálico un cuarto de su salario bruto. En vista de ello, y tratándose de la elite al servicio del emperador, este no podía arriesgarse a generar rechazo en ellos por ese mismo motivo. De ahí sus privilegios, que se extendían a contar con los mejores ejemplares de las remontas (incluyendo, en su momento, a los *germani*) cuyo coste sería superior. Ello equivalía, aproximadamente, a menos del salario de un mes de un *equite* pretoriano en época de Caracalla (208 denarios), pero al salario de casi tres meses de un legionario de la misma época (56 denarios) o aproximadamente lo que una familia media de tres miembros necesitaba para alimentarse tres meses (unos 135 denarios). En época de Diocleciano (301) se llegó a tasar el mejor caballo de guerra en 36.000 denarios, y una buena montura de batalla ya rondaba los 3.600 denarios, aunque hay que tener en cuenta la enorme inflación de ese momento.[82]

Sin duda, tal como sucede hoy en día y tratándose no solo de ejemplares excepcionales para la época, sino de sus compañeros en combate, tanto *equites* pretorianos como *singulares* debieron mostrar siempre un enorme

aprecio por sus monturas, a las que cuidaban y trataban de engalanar de la mejor manera en los actos protocolarios. Tal es así que, cuando Septimio Severo destituyó a los pretorianos para reformar las cohortes, estos debían abandonar sus monturas, momento en que un jinete del pretorio, tras dejar libre a su caballo pudo contemplar como este se negó a alejarse de él, lo que le provocó tal sentimiento que decidió matarlo y suicidarse a su lado antes que abandonarlo. Del mismo modo, en el cementerio propio del que disponían los *singulares* a las afueras de Roma (en la Vía Labicana) se han localizado más de 600 lapidas con inscripciones donde el 98 por ciento los muestran representados junto a sus monturas.[83]

Simbología

> Entonces los soldados (pretorianos) del campamento corrieron a su alrededor (del cuerpo de Augusto en la pira) y arrojaron en ella todas las condecoraciones que cada uno había recibido de él por su valor. Entonces, como el Senado había decretado, los centuriones encendieron sus antorchas y prendieron fuego a la parte inferior de la pira. Así se consumió, y un águila liberada de allí voló a lo alto, pareciendo llevar su espíritu al cielo.
>
> DIÓN CASIO, *Historia romana*, LVI, 42, 1-3.

Al igual que el resto de las unidades del ejército romano, y quizá con más motivo, las cohortes pretorianas disponían de una simbología propia que las distinguía y permitía reconocerlas fácilmente por amigos y enemigos. Como podemos esperar de soldados que actuaron durante siglos, fue variando a lo largo de la Historia, aunque determinados elementos se mantuvieron como parte del tradicionalismo que los caracterizaba. Lamentablemente, el periodo republicano se presenta extremadamente escaso en cuanto a fuentes sobre este aspecto concreto, lo que nos obliga a especular a través de alusiones escasas e indirectas en mayor medida de lo que sucederá en época imperial.

Las legiones romanas republicanas solían distinguirse y reconocerse entre ellas por una serie de elementos característicos, como el empleo de un

signo zodiacal o un animal simbólico, aunque los pretorianos de esta época no parece que los utilizaran. En su lugar, solían pintar en sus escudos el nombre de su comandante, o de la persona a la que eran entregadas, como sucedió con las cohortes que Marco Antonio le asignó a Cleopatra.[84] Podemos suponer que sucedería lo mismo con aquellas que Augusto le entregó a su hermana Octaviana, aunque lo desconocemos, igual que no tenemos noticias de que grabaran los nombres de esos mismos generales y otros a los que sirvieron durante las guerras civiles. Ni siquiera podemos suponer que no existieran variaciones en su simbología o signos distintivos entre ellas. El silencio de las fuentes puede deberse a varias circunstancias, a que en este momento las cohortes pretorianas realmente no se diferenciaran apenas del resto de soldados ni en sus armas ni en sus enseñas (*signum*), lo que hacía innecesario relatarlo, o a que, de existir distinciones, eran tan conocidas que describirlas pudo parecer superfluo.

Tendremos que esperar a la época imperial para disponer de más información, pues durante el gobierno de Tiberio (14-37) fue cuando adquirieron muchos de los elementos que las caracterizarían hasta su disolución. Era un momento trascendental, pues su asentamiento en Roma y la construcción de los *castra* ayudaron enormemente a afianzar su sentimiento de grupo y establecer sus señas de identidad, sobre todo al tener que actuar en desfiles, actos protocolarios, etc. junto al *imperator*. Es posible que esta distinción se hubiera producido ya en época de Augusto, [85] aunque el propio primer emperador decidiera no favorecer tales elementos para evitar mantener las formas y la apariencia republicana, lo que pudo ayudar a que no hayan sido mencionados con anterioridad. Sea como fuere, fue en este momento cuando eligieron el animal que les definiría y representaría en sus estandartes (*vexilla*), el escorpión.[86]

El *vexillum* era un término relacionado con *velum* (vela), con el que denominaban a estos estandartes por semejar pequeñas velas parecidas a las marineras. Originalmente, este tipo de enseñas era propio de las unidades de caballería y, más tarde, de cada manípulo, formado por la representación de una mano abierta situada en lo alto de un asta, que aludía al juramento de fidelidad que los legionarios pronunciaban a su centurión. Esta forma genérica no desaparecería, pero se le añadiría posteriormente el símbolo

característico e individualizador de cada unidad. Los estandartes se realizaban en una pieza de tela colocada en lo alto de un travesaño de madera horizontal, desde el que caía verticalmente, al contrario de lo que sucede con las banderas actuales. En el ejército romano, cada legión y cohorte contaba con su propio *vexillum*, portado por un *vexillarius*, de manera que fueran reconocidas en combate, en las marchas, formaciones, etc., y debía ser visible como punto de reunión para los soldados que formaban adscritos a ella durante los enfrentamientos. Cada unidad engrandecía su estandarte con premios debidos a acciones valerosas o gracias a sus victorias, por lo que servir bajo algunos de ellos representaba un honor, y perderlo en combate una vergüenza. El propio emperador contaba con su *vexillum* particular, empleado para señalar su posición durante las batallas en las que estaba presente, para que así pudieran protegerle debidamente.

En realidad, el símbolo utilizado por los pretorianos se refería al signo zodiacal del propio Tiberio. Ninguna otra unidad lo había empleado nunca y se mantendría en exclusiva hasta la época de Septimio Severo (193-211). No lo eligieron al azar, así quedaban claramente asociados a su persona, como elemento principal de sus enseñas (*signa*), en los blasones de sus escudos en lugar de su nombre o, incluso, en las carrilleras de los cascos. Los escudos rectangulares de los infantes pretorianos mostraban un gran escorpión en el centro (como en el mosaico Barberini de Villa Palestrina), colocado verticalmente alrededor del umbo, mientras que los hexagonales de los *equites* empleaban cuatro escorpiones (visibles en el friso Trajano del arco triunfal de Constantino en Roma o en el relieve del Arco de Trajano en Puteoli). Sin embargo, no era el único que emplearon, pues quizá cada cohorte quisiera distinguirse del resto cuando actuaban en el campo de batalla, adquiriendo estos símbolos propios. En otras escenas algunos escudos muestran distintos blasones, como rayos alados con medias lunas o estrellas de cuatro y cinco puntas (en el relieve A del Palazzo della Cancellaria, en las escenas LIII y LXXIX de la Columna Trajana, en la metopa XXXII del Tropaeum Traiani de Adamklissi, etc.), motivos florales como espinas y ramas de parra y/o una cenefa de rosas (en el Relieve del Louvre del Arco de Claudio, el Arco de Trajano en Puteoli, el Friso Trajano

del Arco de Constantino, etc.), así como hojas colocadas simulando las escamas de un pez. Estos elementos astrales fueron muy importantes en la simbología pretoriana, utilizándose tanto como el escorpión desde el reinado de Calígula (37-41)[87] y durante toda su historia en época imperial. Su origen pudo estar en la corona exploratoria adornada con la luna, el sol y las estrellas con la que este les condecoró, relacionada con el culto que el emperador profesaba a los astros como divinidades.[88]

Los *signa* pretorianos se diferenciaban mucho de los empleados por las legiones o los auxiliares. En sentido amplio, el *signum* designaba a todas las enseñas empleadas en cada estandarte (colocadas siempre en orden vertical), incluyendo el *vixellum*, aunque este solía emplearse más comúnmente para referir el animal totémico de cada legión (real o mítico) como el lobo, el caballo, el oso o el Minotauro. Normalmente, cada éxito en una misión especial o cada actuación destacada en combate recibía como recompensa añadir diferentes elementos ornamentales al *signum*, para mostrar los méritos de esa unidad. Podían incluir palmas, coronas de hojas o faleras. El encargado de portar el *signum* era el *signifer*, que marchaba a la cabeza de su unidad para marcar el ritmo y la dirección que el resto debía seguir. Precisamente por ello, y por el valor que tenía su captura para los enemigos, estaba considerado como un soldado de rango superior. Igual que sus homólogos legionarios, los *signiferii* del pretorio portaban la conocida piel de león para ser reconocidos. Por su parte, el águila fue el *signum* común y característico de las legiones, representada como una escultura realizada en oro, plata o bronce que adquiriría connotaciones religiosas hasta alcanzar el grado de divinidad entre los soldados, y portado por el *aquilifer*. Durante el Bajo Imperio acabó siendo sustituida por un dragón, de manera que el *aquilifer* se convirtió en *draconarius*. En este sentido, y aunque no podemos asegurarlo en el caso del pretorio, los escudos de los legionarios incluían una inscripción con el nombre de su propietario y los números tanto de la centuria como de la cohorte a la que estaban adscritos, [89] cuya información podía servir para contabilizar las bajas en combate con mayor precisión. La primera mención sobre la pérdida de un *signum* pretoriano ocurrió en el año 85, cuando Domiciano ordenó al prefecto Cornelio Fusco comandar la campaña contra los dacios. Allí, cinco

legiones, además de las cohortes pretorianas que lo acompañaron, fueron aniquiladas y el prefecto resultó muerto en combate, siendo todas sus enseñas capturadas y retenidas hasta que Trajano logró recuperarlas (102).

Precisamente, perteneciente a la época de Domiciano conocemos uno de los *signa* pretorianos gracias al epígrafe funerario de Marco Pompeyo Asper (centurión de la *Legio XV Apollinaris* y la cohorte III pretoriana, primipilo de la *Legio III Cirenaica* y prefecto de los campamentos de la *Legio XX Victrix*). Muestra en orden descendente una punta de lanza, una corona cívica sobre una barra transversal de la que penden dos flámulas, un disco con un *águila*, otra corona cívica, un genio alado, una corona mural, un disco con una imagen imperial de Domiciano, una placa con un escorpión, una placa con la inscripción COH. III PR., otra corona cívica, un disco con una imagen imperial de Vespasiano, y otra corona cívica. Contamos con otro ejemplo posterior en el Arco de los Argentarios, que flanqueaba uno de los accesos al Foro Boario (actual Piazza Bocca della Veritá) y se erigió como dedicatoria de los *argentarii* (banqueros) y los *negotiantes* (comerciantes) que allí ejercían sus funciones en honor a Septimio Severo y Caracalla (204), aunque desconocemos a qué unidad hacía referencia. En este caso, el orden muestra: un águila, un pequeño *vexillum*, una imagen de Caracalla, una imagen de Septimio Severo, una corona mural, una media luna tumbada, una corona cívica, una media luna tumbada, y dos topes labrados de forma semiesférica. Del mismo modo, tenemos referencias a otros en los relieves la Columna de Antonino Pio (Roma), varias escenas de la Columna Trajana (escenas V, VII, XVI, XXIV, XXIX, XXXII, XXXVI, LIV, LXIV, LXXIV, LXXVII, LXXIX, LXXXI y CIV) y en el relieve de Marco Aurelio (Roma), en todos los cuales dichos estandartes pretorianos mostraban un número mayor de condecoraciones que los de las legiones, aunque no podemos olvidar que los emblemas de estos últimos no se colocaban en un único estandarte, sino divididos entre las imágenes, los *signa* y el águila (*aquilae*).

A primera vista, podemos apreciar algunas diferencias entre estos y los de las legiones. La principal se refiere a la aparición del emperador reinante como muestra de lealtad y adoración, incluso empleando varias efigies si habían servido con ellos, pertenecían a la misma dinastía y las relaciones

habían sido buenas; mientras que en las legiones, las cohortes urbanas y los vigiles la imagen (*imago*) del emperador[90] quedaba a cargo del *imaginifer*. En el caso de Galba[91] o Maximino,[92] sabemos que sus pretorianos eliminaron la efigie del emperador que formaba parte de sus *signa* tras asesinarlos; del mismo modo que, con el ascenso de Didio Juliano, inmediatamente se recuperaron las de Cómodo como homenaje a su actitud y habrían añadido las del propio Juliano si hubiera pervivido lo suficiente. Estos retratos aparecían por las dos caras de los emblemas, siendo vistos desde cualquier ángulo, y eran desmontables para facilitar su sustitución sin dañar el resto de elementos.[93] En cualquier caso, tal cantidad de símbolos sin duda hizo que los *signa* alcanzaran un volumen y peso considerables que, en época de Calígula, aun formaban una sola pieza fija. En su viaje a la frontera del Rin, permitió que estos fueran transportados por animales de carga, debido a que los *signiferii* no eran capaces de llevarlos sin retrasar al resto de la comitiva.[94] En las cohortes pretorianas no había necesidad de un *imaginifer*, dado que su imagen no se portaba individualmente, sino como parte de sus *signa*. De este modo, las cohortes legionarias siempre iban precedidas por el *imaginifer*, el *signifer* y el *aquilifer*, mientras que las pretorianas únicamente por los *signiferii*. Estas enseñas se realizaban en plata, como muestra de su prestigio, lo que debió de suponer un enorme coste para el imperio, empleándose uno por cada manípulo, es decir, tres por cada cohorte pretoriana y uno por cada turma de caballería, hasta un total de 60 *signa* para 10 cohortes quinquenarias y el doble para las mismas unidades si eran miliarias.

Otra de sus particularidades se refiere a la mayor cantidad de ornamentos que incluían, muchas veces relacionados con la exhibición de condecoraciones recibidas. Sin duda, la proximidad al emperador facilitaba la obtención de este tipo de distinciones y no dejaban pasar la oportunidad de mostrarlas por el honor que representaban. Las coronas murales y cívicas se entregaban como premio al valor en el campo de batalla, los genios alados o las representaciones de la victoria eran símbolos religiosos de los que se esperaba buena fortuna, mientras que las medias lunas y el escorpión se mantuvieron por tradición. Algunos elementos podían referirse a deidades de las que se esperaba protección o apoyo, como Marte o Júpiter,

pero también se usaban dobles círculos en escudos ovales, que podían estar relacionados con cultos solares.[95] El símbolo del águila merece especial atención. Podía aparecer en los *signa* como un escultura única (en el relieve del Louvre del Arco de Claudio o en algunos sestercios de Calígula) o en un relieve inscrito dentro de una forma geométrica; incluso, decoraba frecuentemente las plomadas del *pilum* usado por los pretorianos. No obstante, en este caso, sus connotaciones eran diferentes a las de las legiones, pues únicamente representaban al Estado romano,[96] y quizá simbolizaban su condición de unidad militar.

En el siglo III se produjeron algunos cambios en la simbología pretoriana más reconocible. Al contrario de lo que sucedió con la media luna y las estrellas, el escorpión fue sustituido por un león, característico por su corona radiada, un elemento utilizado por el emperador para representar su divinidad y poder.[97] Como suele suceder, la escasez de fuentes fidedignas sobre la composición de los blasones pretorianos dificulta mucho conocer sus variaciones o la pervivencia de elementos con total seguridad, y menos aún los motivos que las propiciaron, aunque podamos intuir algunos. Esto pudo suceder con la representación de Hércules, que aparece en los escudos pretorianos del Arco de Galerio (Tesalónica), quizá adoptado por ser el dios tutelar preferido por el emperador Majencio. Varios relieves permiten conocer algunos de los elementos más tradicionales, como sucede con un importante fresco localizado en la Villa Erculia (en la localidad siciliana de Piazza Armerina), que representa la imagen más tardía conocida para esta unidad antes de su desaparición. En la parte superior de un *signum* pretoriano aparecen dos discos consecutivos con la imagen del emperador, una placa inscrita pero imposible de leer y un nuevo disco con la efigie del emperador. Cada una de estas imágenes hacía referencia a los cuatro tetrarcas que gobernaban el imperio desde finales del siglo III, Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio Cloro, mostrando que sus efigies siempre formaron parte de sus enseñas y que estos actuaron para todos ellos.

Logística

> Nerón convocó asamblea del ejército (pretoriano) y distribuyo dos mil sestercios por cabeza, añadiendo el trigo gratuito, mientras que antes debían obtenerlo al precio del mercado.
>
> TÁCITO, *Anales*, XV, 72, 1.

Muchas veces, cuando pensamos en grandes batallas, enormes ejércitos marchando o fortificaciones inexpugnables olvidamos aspectos importantes sin los cuales nada de ello hubiera sido posible, aspectos que consideramos menores pero que para un general experimentado o para un Estado en guerra eran esenciales. Sin un aparato logístico o un plan para el abastecimiento adecuados cualquier victoria sería difícil de alcanzar, pues no existía ejército capaz de sobrevivir apenas unos pocos días sin disponer de recursos básicos. Lo mismo ocurría con las plazas fuertes. Sin suministros adecuados o la capacidad de obtenerlos, por muy altas que fueran sus murallas o inquebrantable la determinación de sus defensores, su destino estaba decidido. Escipión y Julio César lo sabían muy bien, y así lo demostraron frente a numantinos y galos. Por ese motivo, cualquier planificación militar, fuera del tipo que fuera, necesitaba estimarlos y contar con los medios para obtenerlos. Había que conocer cuáles y cuántos podrían obtenerse en camino o en el destino, los que sería posible generar por los propios soldados, y el resto debería buscarse y ser facilitado por el Estado, como diera lugar. En Roma, los pretorianos estuvieron siempre abastecidos por los hábiles artesanos de la capital e instituciones como la *annona*, pero la situación era diferente cuando tenían que actuar lejos de allí, y no fueron pocas las ocasiones en que fue necesario.

Si pensamos en la elevada cantidad de pretorianos que había ya desde época de Augusto, la existencia de una logística eficiente era imprescindible para el buen desempeño de su labor, tanto o más que para el resto de tropas militares, y uno de los recursos básicos era el trigo. Desde época republicana, el Estado romano había sido consciente de la importancia de disponer del grano necesario para alimentar no solo a una población civil que no paraba de crecer, sino a la enorme cantidad de soldados que

empleaba en sus campañas anuales, pues cualquier desabastecimiento prolongado fácilmente provocaría revueltas y protestas que era necesario evitar. Si bien es cierto que el abastecimiento de las legiones regulares casi siempre se resolvía en el destino, en ocasiones había que enviar lo necesario y ello requería una infraestructura logística imponente para la época. Decenas de miles de hombres necesitaban toneladas de grano y otros muchos productos, supervisados por un oficial específico llamado *frumentario*. Los *frumentarii* eran considerados una unidad militar, quizá creada en época de Augusto[98] y a la que solo se accedía tras haber servido en las legiones. Su función originaria consistía en almacenar y custodiar el grano que llegaba a Roma, organizar su entrega a las tropas del imperio (quizá por ello no conocemos entre las tropas de la ciudad la figura del *actuarius*, que en las legiones se ocupaba de los abastecimientos entregados y los salarios)[99] y, en ocasiones, actuar como correos militares, vigilando a sospechosos, ocupándose de prisiones provinciales y obteniendo información lejos de Roma (pues en la capital se encargaban los *speculatores*).[100] Los constantes viajes que debían hacer hacia las regiones productoras y de destino les permitían moverse sin despertar sospechas, y los contactos que allí tenían les convertían en los perfectos espías. De hecho se denominaron también como *peregrinii* con el *Princeps Peregrinorum* como su oficial superior, pero, probablemente, a cargo del prefecto del pretorio.[101] Se acantonaban en los *Castra Peregrina* de Roma, situados en la colina del Celio, a veces utilizados también como recinto carcelario a disposición del prefecto del pretorio. Algunos autores incluso defienden que el apóstol Pablo fue escoltado y entregado en Roma por un *Princeps Peregrinorum*,[102] aunque pudo tratarse de un pretoriano.

Las tropas de la capital necesitaban grandes cantidades de trigo, que se entregaba una vez al mes (*frumentationes*). La *annona* funcionaba con un sistema de cupo cerrado mediante listas perfectamente elaboradas y supervisadas de la *plebe frumentaria* (población civil con escasos recursos que se beneficiaba de ella), por lo que solo la muerte de un beneficiario permitiría a otro ocupar su lugar si ganaba el sorteo correspondiente. Se estableció que todo varón, adulto, ciudadano y residente en la capital del imperio recibiera gratuitamente al mes aproximadamente 43 kilos de trigo

(cinco *modios*), alcanzando a 200.000 beneficiarios en época de Augusto y, a partir del siglo III también de otros productos como aceite, vino y carne. Los repartos se realizaban en el *Porticus Minucia Frumenlaria*, uno de los dos pórticos que componían el área sagrada de Largo Argentina (*Porticus Minucia*), en el Campo de Marte, donde, antes de la época de Nerón, un pretoriano adquiría un *modio* de trigo al precio reducido de tres sestercios. [103] Es posible que, como parte del ejército romano, fueran incluidos en la concesión otorgada por Claudio a los soldados casados (44) para que fueran así considerados en los repartos. Ello suponía una mayor cantidad de grano, con la que se suponía que debían alimentarse tanto ellos como sus familias, pero nos atenemos a la supuesta prohibición impuesta a los pretorianos para contraer matrimonio antes de su licenciamiento, que implicaría un beneficio adicional al revender el excedente.[104] Parece que tal circunstancia se dio también en época de Caracalla, en la que recibían el doble que el resto de beneficiarios.[105] No obstante, a pesar de ello, es posible que muchos contaran con familia e hijos ya durante su servicio, aunque no oficialmente reconocidos, y que esta situación fuera no solo conocida, sino tolerada por el emperador como deferencia hacia aquellos que debían garantizar su seguridad. Tampoco sabemos si, realmente, estas medidas tuvieron continuidad en el tiempo o se adoptaron únicamente en esos momentos puntuales.

En 65 Nerón les concedió el privilegio de recibirlo gratuitamente,[106] incluso una vez licenciados, y a pesar de los enormes ingresos que tenían o del elevado gasto que suponía para el erario público (incluso a veces para el privado del soberano). Tales ventajosas disposiciones se mantendrían hasta la reforma de Septimio Severo (193-211), momento en que el nuevo emperador aprovechó para aliviar la enorme carga que suponían para el erario público. Sin duda, los pretorianos se habrían opuesto a que el precio del grano volviera a descontarse de su salario por la merma que supondría para sus ingresos. No obstante, sus nuevos escoltas procedentes de las legiones no actuarían ante tal medida, pues en su condición anterior ya debían hacerlo y la posibilidad de convertirse en pretorianos era suficiente premio a su lealtad.

Hasta ese momento, sin duda la entrega se priorizó para ellos, los *germani* y, más tarde, los *singulares Augusti*, pues, literalmente, la vida del soberano le iba en ello. Por ese motivo, aunque en la capital del imperio no faltaron momentos de grave crisis alimentaria por la escasez de suministros, probablemente nunca llegó a afectarles de igual modo. A comienzos del periodo imperial, Roma se había convertido en el centro del mundo occidental, llegando a albergar a un millón de personas. Tal cantidad de residentes podía suponer un peligro para el Estado al entender que su supervivencia podía verse amenazada, y si algo despertaba esa preocupación era la escasez de alimentos. El Senado ya fue consciente de ello tiempo atrás, asegurándose regiones de exportación masiva de grano hacia Roma como Sicilia o Egipto, cuya importancia estratégica llegó a ser prioritaria para evitar altercados en la urbe. Cuando Octaviano se convirtió en el primer emperador de Roma, decidió convertir Egipto en una provincia sometida a un régimen especial bajo control del emperador.[107] Al igual que Julio César o Marco Antonio, había comprendido su importancia en el abastecimiento del imperio, convirtiéndose en la sucesora de Sicilia como principal productora de cereales para el Estado romano. El gobierno de Egipto no se entregó a un senador, sino a un ciudadano de rango ecuestre denominado *Praefectus Aegypti*, elegido por el propio soberano para asegurar la producción y el control del territorio.

En el año 68 el gobernador de África durante el reinado de Nerón, Claudio Macer, se reveló como buen conocedor del efecto que ello tendría en la península itálica al detener el envío de trigo que allí se recogía. Incluso los pretorianos aprovecharían esta situación más por beneficio propio que por ser partícipes del hambre generalizada, pues el prefecto del pretorio, Nimfidio Sabino, se unió a la oposición a Nerón que ello generó entre el pueblo y el Senado, arrastrando con él a sus tropas. En 190 la mala gestión de uno de los principales colaboradores del emperador Cómodo, Marco Aurelio Cleandro, provocaría una hambruna que de nuevo originó las protestas del pueblo hacia su soberano.

Si el trigo era importante para Roma, todavía lo era más el agua. Cualquier lugar donde existiera una elevada cantidad de personas y animales la necesitaba, no solo para su consumo, sino como medida de

higiene que evitara la aparición y propagación de enfermedades. No pocas veces importantes campañas se habían perdido por erigir campamentos en zonas insalubres o con un difícil acceso al agua, así como por no prever su disponibilidad durante las marchas. Era un factor que fácilmente podían tener en cuenta sus enemigos, por lo que era aconsejable no exponerse innecesariamente a sus emboscadas al tener que traerla desde lugares excesivamente alejados. También era vital asegurar su disponibilidad en los *Castra Praetoria*, pues, incluso en el poco probable caso de que un enemigo alcanzara la capital, tendría que enfrentarse a los pretorianos y asaltar su campamento, por lo que los almacenes y un suministro constante se habían tenido en cuenta a la hora de su construcción. Esas precauciones bien podían extenderse a la capital romana, por lo que se encontraba bien abastecida gracias a varios acueductos que la canalizaban desde numerosos cursos fluviales, como el Tíber o su afluente al Anio, y multitud de manantiales surgidos en colinas cercanas.[108]

El Aqua Claudia/Anio Novus (47-52), el Aqua Marcia (144 a. C.), el Aqua Tepula (126 a. C.) y el Aqua Iulia (33 a. C.) eran los más cercanos al campamento (ya que la ciudad llegó a contar con once acueductos), aunque, en el momento de su construcción, solo los tres últimos lo abastecían, hasta que las crecientes necesidades de las cohortes propiciaron el suplemento de caudal aportado por el primero. La existencia de tantos acueductos no solo respondía a las necesidades de la creciente población o a aspectos prácticos, para que las habituales reparaciones en cualquiera de ellos no supusieran escasez gracias al resto, sino también a objetivos tácticos, pues cualquier enemigo que tratara de rendir la capital por ese medio pronto descubriría la ardua labor necesaria para destruirlos todos si quería tener éxito. En realidad, igual que el resto de campamentos militares de la ciudad, el cuartel pretoriano no contaba con un sistema independiente para obtener agua, sino que la conseguían a través de las canalizaciones generales, lo cual ayudaba en ese mismo sentido. Un dato interesante es que todos los campamentos de la ciudad apenas absorbían el 4,3 por ciento del caudal destinado a edificios públicos, aunque, probablemente, las dimensiones y cantidad de tropas que albergaban los *castra* pretorianos requiriera la mayor parte de ese porcentaje, pues se han localizado más de 30 tuberías de plomo

conectadas al recinto.[109] Los romanos eran perfectamente conscientes de que el uso continuado de este material podía causar envenenamientos, pero estimaban que solo sucedería en algunos casos y primaron la ventaja de contar con agua corriente.

La importancia del agua era de conocimiento común, tanto que hasta la población civil que nunca había participado en maniobras militares lo sabía. Pocas veces los pretorianos tuvieron que afrontar la defensa de los *castra* en Roma, pero varias de ellas no debieron enfrentarse a soldados extranjeros o tropas rivales sino a ciudadanos indignados de la capital.[110] Cuando su superioridad numérica llegó al punto de intimidar a la guardia de elite romana, y ante la imposibilidad de tomar al asalto el recinto que estos defendían por la falta de armas y preparación, optaron por tratar de bloquear las tuberías de abastecimiento. No era una mala idea, pero no habían tenido en cuenta lo que, con toda seguridad, pasaría después. Si los asaltantes eran un ejército, los sitiados solían rendirse porque la alternativa era una salida que sus enemigos esperaban y el resultado sería una masacre, pero frente a civiles armados con piedras, cuchillos o utensilios de labranza la situación era totalmente distinta. Los pretorianos no dudaron en abrir las puertas, atacar en masa y derrotar a sus oponentes, persiguiéndolos hasta incendiar parte de la ciudad.

Otro de los elementos básicos cuya carencia podría ocasionar problemas era el aceite de oliva, de cuyo aprovisionamiento también se encargaba la *annona*. En este caso, los pretorianos debieron afrontar su coste sin exención alguna hasta que Nerón decidió ofrecérselo a un precio más favorable, no consiguiendo recibirlo gratis hasta que Septimio Severo pudo ofrecerlo sin gasto entre los más necesitados, categoría de la que, curiosamente, formaban parte sus nuevos escoltas. La dieta romana incluía el uso de aceite de oliva de manera habitual, el cual era importado por la *annona* desde regiones productoras como el Norte de África y la Bética, la principal, de la que se obtenía el de mejor calidad, en parte destinado a la familia imperial. Es posible que muchos de los soldados del pretorio que, en este momento, se incorporaron en mayor medida desde las provincias o los ejércitos legionarios de frontera, no estuvieran tan acostumbrados a utilizarlo en sus dietas, aunque no debieron de tardar demasiado. Sin duda,

su elevado salario les permitía disfrutar de una alimentación mucho más variada, completa y de calidad que la mayoría de romanos, aunque debían tener cuidado con cualquier exceso para mantenerse siempre en perfecto estado de forma. Prueba de ello es un tablero de juego (*tabula lusoria*), inscrito en el pavimento de los *castra*, donde se representa un gran banquete al que asistieron varios *venatores* (cazadores) pretorianos, aunque el hecho de que se inmortalizara pudo significar que tales excesos se realizaban solo puntualmente.

Su necesidad no solo se limitaba a la parcela alimentaria. Era frecuentemente empleado para engrasar parte del equipo de los soldados, pues muchas de las piezas móviles que lo integraban estaban expuestas a las inclemencias climatológicas. Las corazas y cascos, incluso las *caligae*, lo necesitaban para mantener un estado óptimo, evitando los procesos de oxidación también debidos al paso del tiempo. Una *lorica* o calzado mal cuidados podían dificultar su libertad de movimientos en combate y costarles la vida. Por ese motivo, trabajos arqueológicos realizados en los *castra* descubrieron decenas de ánforas almacenadas que habían contenido aceite de oliva, así como otras muchas en un enorme depósito situado fuera de la muralla, donde también había vino, frutas y *garum* (salsa de pescado elaborada con vísceras muy codiciada por los romanos y producida, en gran medida, también en la península ibérica), aunque desconocemos si esta estructura externa estaba relacionada con los *castra* o allí se depositaron vasijas ya inutilizadas para dedicarlas al relleno del foso de la Muralla Serviana.

Por último, y no menos importante, hablaremos del vino. Durante la época imperial se ha estimado que el consumo medio de vino por varón adulto debía rondar casi un litro diario. En los periodos en que las cohortes pretorianas eran quinquenarias, el consumo diario de entre 5.000 y 6.000 soldados ascendería fácilmente a 18.250 hectolitros anuales en el s. I. Cuando Septimio Severo amplió los efectivos de la capital, la cifra ascendería a entre 10.000 y 15.000 pretorianos, 1.000 *equites singulares Augusti*, 6.000 urbanicianos[111] y 7.000 vigiles,[112] a los que hay que sumar 5.500 legionarios de la *Legio II Phartica*, estacionada cerca de la capital. Hablamos de entre 29.500 y 34.500 efectivos, que necesitarían

107.000 o 125.000 hectolitros al año. Eso sin contar el consumo civil, que podría fácilmente multiplicar esa cifra, así como el de los legionarios y auxiliares del imperio, una cantidad enorme que no solo era necesario producir sino transportar y almacenar. En el siglo II a. C., el consumo medio de toda la población de Roma ascendía a los 1,8 millones de hectolitros. Para hacernos una idea, actualmente la población de Roma, tras el último censo (2015) es de 2.864.348 personas, con un consumo medio en torno a 36 litros anuales, lo que supone 103 millones de hectolitros. Toda la población actual de Roma bebe casi la mitad de vino que sus antepasados, quizá duplicando su número, y solo diez veces más que los soldados de la época, siendo cerca de 100 veces más personas.

Su elaboración era tan importante que varios autores clásicos estimaron necesario redactar obras exclusivamente dedicadas a ello, como Catón, Columela, Horacio, Paladio, Plinio, Varrón y Virgilio. Durante la época republicana los mejores vinos procedían de Grecia, aunque poco a poco la península itálica comenzó a producir excelentes caldos (como los de Campania), a los que se sumarian los de Hispania y la Galia. En el siglo II a. C. la cultura romana inició un periodo conocido como la «edad dorada» del vino, donde lo que antes había estado destinado a unos pocos se democratizó gracias al desarrollo de la viticultura y al aumento exponencial de los viñedos en toda la península, incorporándose a la dieta básica. Catón el Viejo opinaba que, incluso, era prudente entregar una ración semanal de vino a los esclavos (5 litros) para fortalecer su salud y ayudarles a trabajar con más ahínco. Como es lógico, solo las clases altas podían permitirse degustar los mejor valorados, mientras que el resto debía conformarse con otros de menor calidad procedentes de Creta o la Tarraconense entre los siglos I y II. Los soldados del pretorio, como sus altos oficiales, gracias a su capacidad económica pudieron disfrutar de los mejores vinos que Roma podía ofrecer en ocasiones especiales. Sabemos que la cohorte de guardia en la residencia imperial y los *singulares Augusti* se beneficiaron muchas veces de esa labor, siendo halagados por emperadores como Caracalla, con los vinos que solo él tenía a su disposición.[113] Sin duda una forma más de ganarse su apoyo y lealtad.

No obstante, al igual que sucedía con el aceite, el vino no solo se empleaba para la ingesta directa. Entre sus usos se encontraba el religioso (como parte indispensable del culto a Baco, pero también en el judaísmo y el cristianismo) o el medicinal, contra la depresión, el estreñimiento, la gota, problemas urinarios, dolores estomacales, etc. Era un remedio habitual frente a picaduras de serpiente, como antiséptico para las heridas de gladiadores y soldados o analgésico en operaciones de cirugía. En su obra *De antidotis*, como médico particular del emperador Marco Aurelio, Galeno informaba del cambio de los gustos romanos desdelos vinos espesos y dulces de épocas anteriores a otros secos y ligeros más fáciles de digerir. Sin embargo, también eran conscientes de los problemas que podía causar su exceso, entendiendo que podía llevar a la locura, por lo que quienes no temían tales consecuencias y lo ingerían públicamente en grandes cantidades estaban mal considerados y se les tenía por peligrosos. Los propios soldados que custodiaban los aposentos de Cómodo no prestaron demasiada atención a sus asesinos por estar bajo los efectos del alcohol.

En cuanto a su coste en el mercado, solo conocemos con seguridad los de algunos caldos y cervezas más comunes disponibles en la época del ya mencionado Edicto de Diocleciano (301). No olvidemos que este fue un momento de elevadísima inflación, por lo que no nos extrañan los altos precios.

Vinos

– De Picena, Tiburtino, Sabino y Falerno (los mejores) - 60 denarios/litro
– Vino añejo de primera calidad - 48 denarios/litro
– Vino añejo de segunda calidad - 32 denarios/litro
– Vino ordinario - 16 denarios/litro

Cerveza

– Cerveza gala o panónica - 8 denarios/litro
– Cerveza egipcia - 4 denarios/litro

Teniendo en cuenta que un bracero o un pastor de la época ganaban 25 denarios/día, el gasto en este tipo de productos era elevado para un consumo diario mencionado. En el caso del vino ordinario representaría dos tercios del jornal diario, lo que probablemente inclinaría la balanza hacia el consumo de cerveza o, simplemente, agua entre los sectores más humildes, pero no para los pretorianos.

[1] Ceñal (2008), 390.
[2] Tácito, *Historias*, I, 36-38.
[3] Juvenal, *Sátiras*, XVI, 7-34.
[4] Herodiano, III, 12, 6-10.
[5] Scriptores Historiae Augustae, *Marco Antonino*, XXVII, 3.
[6] Speidel (1994), 103.
[7] Ceñal (2008), 397.
[8]*BGU* 7, 1564 (=P. Berlín 117, 12).
[9] Sumner (2002), 5.
[10] Catón, *De Agricultura*, 59.
[11] Goldsworthy (2009), 74.
[12] Dión Casio, LXXVIII, 3, 3.
[13] Wild (1964), 535.
[14] Aurelio Víctor, *Caes*., XXI, 1.
[15] Speidel (1994), 104.
[16] Aurrecoechea Fernández (1998), 37-40, Figs. 1-2.
[17] Bishop y Coulston (2006), 109-110.
[18] Menéndez Argüin, (2006), 88.
[19]Petrikovits (1967), 24.
[20]Durry (1968), 212.
[21]Ceñal (2008), 522.
[22]Fuentes (1987), 60.
[23]Balty (1988), 100.
[24]Rankov y Hook (1994), 58; Sumner, (2003), 7.
[25] Southern y Dixon (1996), 121.
[26] Sumner (2002), 39.
[27] Menéndez Argüin, (2006), 87.
[28] Flavio Josefo, *A. J.* XIX, 85.
[29] Herodiano, II, 13, 1-12.
[30] Menéndez Argüin, (2006), 86.
[31] Bishop (1995), 1-3.
[32] Scriptores Historiae Augustae, *Alejandro Severo*, XXXIII, 3.

[33] Amiano Marcelino, III, 1, 10, 9.
[34] Sumner (2002), 38; Rankov y Hook (1994), 47-48; Charles (2002), 692-693.
[35] Feugère y Bonnamour (1996), 142.
[36] Fernández Ibáñez (2003), 49.
[37] Robinson (1975), 164-173.
[38]*Ibid*. (1975), 174.
[39] Bishop (2002), 77.
[40] Rollason (1961), 127-128.
[41] Plinio, XXIV, 18.
[42] Jenofonte, *Anab*., XII, 5.
[43] Rankov y Hook (1994), 58.
[44] Ceñal (2008), 397.
[45] Dión Casio, LXXIX, 37, 4.
[46] Rankov y Hook (1994), 61.
[47] Charles (2002), 672.
[48] Ceñal (2008), 399. Menéndez Argüin (2006), 95; Rankov y Hook (1994), 20, 28 y lámina B.
[49] Feugere (1994), 81-82.
[50]*Ibid*., (1994), 49, 79-80.
[51] Robinson (1975), 45, 51-61.
[52] MacDowall y Hook (1995), lam. E.
[53] Marcial, *Epig.* XIV, 129.
[54] Isidoro de Sevilla, *Orig.* XIX, 22, 10.
[55] Plutarco, *Marcelo* XXVI, 1; *Bruto* XL, 5; *Pompeyo* LXVIII, 6; Julio Cesar, *La guerra de las Galias*, II, 21.
[56] Tertuliano, *De corona*, I, 1-3.
[57] Sumner (2002), 33-4.
[58] Feugère (1993), 93-94
[59] Dión Casio, LXXIX, 37, 4.
[60] Charles (2002), 678.
[61]Connolly (1997), 44-49.
[62]Rankov y Hook (1994), 47-48; Charles (2002), 693.
[63] Marcial, *Epigramas*, X, 48, 1-2.
[64] Fernández Ibáñez (2003), 68-69.
[65] Ceñal (2008), 523.
[66] Cowan y McBride (2003), 63.
[67] Herodiano, II, 13, 10.
[68] Speidel (1992), 131-136.
[69] Charles (2002), 675.
[70] Ceñal (2008), 404.
[71] Rankov y Hook (1994), 53 y lámina I.
[72] Sumner (2003), 35.
[73] Flavio Josefo, *A. J.*, XIX, 85.
[74] Rankov y Hook (1994), 25, 48-49 y lamina F.
[75] Suetonio, *Caligula*, 52. Tertuliano, *Sobre la corona del soldado*, I, 3.
[76] Ceñal (2008), 406.

[77] Negin (2015), 36-37.
[78] Menéndez Argüín (2006), 37.
[79] Juvenal, *Sátiras*, XVI, 7-34.
[80] Herodiano, II, 13, 10.
[81] Menéndez Argüin (2006), 165.
[82] Crawford y Reynolds (1979), 177.
[83] Speidel (1994), 92.
[84] Dión Casio, L, 5, 1.
[85] Le Bohec (2004), 28.
[86]Durry (1968), 205; Rankov y Hook (1994), 26-27.
[87]Ceñal (2008), 387.
[88] Gury (2000), 564-595.
[89] Vegecio, *Epit.*, II, 18.
[90]*Ibid*., *Epit.*, II, 6-7; Flavio Josefo, *A. J.*, XVIII, 55.
[91] Tácito, *Historias*, I, 41.
[92] Herodiano, VIII, 5, 9.
[93] Durry (1968), 204.
[94] Suetonio, *Calígula*. 43.
[95] Menéndez Argüin (2006), 137.
[96] Ceñal, (2008), 389.
[97] Herrero Albiñana (1994), 244.
[98] Richardson (1992), 78.
[99] Menéndez Argüin (2006), 163.
[100] Amiano Marcelino, XVI, 12, 66.
[101] Durry (1968), 27
[102] Homo (1971), 169; Lopuszanski (1951), 31.
[103] Durry (1968), 269, nota 1.
[104] Menéndez Argüin (2006), 157.
[105] Herodiano IV, 4, 7.
[106] Suetonio, *Nerón*, 10.
[107]*Res Gestae* XXVII, 1.
[108] Vitrubio, VIII, 1, 1.
[109] Evans (1994), 126.
[110] Herodiano, VII, 12, 3.
[111] Freis (1967), 38-42; Durry (1968), 86.
[112] Birley (1969), 64; Menéndez Argüin (2006), 35.
[113] Casio Dión LXXVIII, 17, 4.

SEGUNDA PARTE. HISTORIA DE LAS COHORTES

VII. LA VIEJA GUARDIA

Los soldados de Escipión

> Después, al pasar revista a las legiones, (Escipión) seleccionó de entre ellas a los soldados que tenían más años de servicio […] a los que consideraba formados en la mejor disciplina y además muy duchos en el ataque a las ciudades después del prolongado asedio de Siracusa.
>
> TITO LIVIO, XXIX, 12-13.

Apenas podemos imaginar la figura de un emperador romano en público sin la cercana presencia, a veces imperceptible y otras veces imponente, de los poderosos soldados que debían protegerlo con sus vidas. Así fue la mayor parte de su historia o, al menos, debió serlo, aunque su origen debemos buscarlo en un tiempo anterior. En la República, la palabra *imperator* apenas guardaba relación con lo que ahora evoca. Se utilizaba para aludir a la capacidad (*imperium*) de un alto magistrado, cónsul o pretor, como funcionario capaz de dirigir tropas en campaña. Una potestad que no tenía sentido ni validez tras los muros de Roma.

Se discute si la denominación de «pretorianos» deriva de esta cualidad, lo más probable, o de *Praetorium*, como defienden algunos autores.[1] En los campamentos militares romanos designaba el alojamiento y oficina del general al mando, ubicado en el interior de la fortificación y rodeado por las tiendas de los *extraordinarii* para garantizar su seguridad. Soldados escogidos entre los aliados itálicos[2] asignados como última línea de defensa. La importancia de su misión y su trascendencia en combate requería una confianza ciega en sus cualidades, por lo que únicamente recibían órdenes directas del alto mando. Sin embargo, no existe constancia de recompensas especiales por su labor, y desconocemos el motivo por el que no fue asignada a ciudadanos romanos.

El ejército consular republicano estaba formado por dos legiones de ciudadanos y dos *alae sociorum* de aliados itálicos. Cada *alae* estaba dirigido por seis *Praefecti Sociorum* (prefectos de los aliados), nombrados directamente por el cónsul o pretor, quienes seleccionaban a los *extraordinarii* entre sus soldados más destacados. Una tercera parte entre los *pedites* o infantería y una quinta parte entre los *equites*[3] o caballería. Se alega que estos mostraban una mayor preparación y «profesionalidad» frente a los ciudadanos, movilizados únicamente de manera estacional. No parece suficiente defensa, pues, a pesar de ello, la mayoría de romanos actuaban como soldados en numerosas campañas anualmente, lo que garantizaba su experiencia. Asimismo, ello tampoco impediría que los *extraordinarii* se formaran con los mejores soldados de entre todos los disponibles, y no solo de una parte, independientemente de su procedencia o condición, pues el general dormiría más tranquilo si así fuera. Una explicación alternativa estaría relacionada con la confianza que altos oficiales como Julio César demostraron hacia sus escoltas extranjeros, pues la cercanía a su general de soldados ciudadanos habría posibilitado el éxito de atentados contra su persona motivados por intereses políticos a los que los aliados serían ajenos.

Es probable que podamos considerar a los *extraordinarii* como los antecedentes de los pretorianos, aunque un relato casi mítico nos habla de unos soldados elegidos para esta misma misión mucho antes. Su existencia nunca se institucionalizó ni pervivió en el tiempo, y su artífice fue el cónsul y dictador Aulo Postumio Albo. Se dice que en 498 a. C. cerca del lago Régilo se enfrentó al ejército de los aliados latinos dirigidos por el último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, que intentaba recuperar el trono tras haber sido expulsado de la ciudad.[4] Su victoria alcanzó la leyenda al propiciar el fin definitivo de la Monarquía, y para lograrla se había hecho proteger por sus mejores soldados, todos ellos ciudadanos. No se les conocía aún como pretorianos y tampoco se trataba de militares profesionales en este momento tan antiguo, pero quizá podamos considerarlos como su verdadero precursor.

Estos son mencionados por primera vez como unidad creada por Escipión Africano el Mayor a finales del siglo III a. C.,[5] quien seleccionó

a los mejores de entre sus legionarios (*milites*) más experimentados y valientes. La estirpe o los lazos clientelares poco importaban para garantizar su seguridad. Eran dispensados de otras labores y se les recompensaba adicionalmente elevando su salario un 50 por ciento.[6] Este acto implicaba mucho más que una simple decisión militar, suponía la «profesionalización» e instauración de tan mítica unidad. Su aparición no respondía a un dictado del Senado romano, sino a una acción particular. Los elegidos comenzaron a tomar conciencia de su especial importancia y posición en el ejército, más aún del carácter crucial de su misión y del lazo que los unía al oficial que los había elegido directamente. Su apelativo dejaba patente a quién servían, protegían y debían lealtad. Inicialmente, los pretorianos no incluyeron *equites* (jinetes) entre sus efectivos, como sucedía con los *extraordinarii*. Quizá estos se mantuvieron como una estricta unidad de caballería en lugar de ser disueltos, compensando así esta estructura durante el breve tiempo que ambas coexistieron.

No le faltaban razones para tomar esta decisión, incluso pudo haber conocido la hazaña de Albo por su enorme repercusión. Siendo apenas un joven patricio, tuvo su bautismo en combate junto a su padre en la batalla de Tesino, nada menos que frente a Aníbal. Allí tuvo que demostrar su valía rescatando a su padre tras la derrota, algo que pudo haberse evitado si su escolta no lo hubiera abandonado.[7] Aprendió la importancia de salvaguardar la figura del general al mando, no solo por su propia seguridad, sino también para evitar que su desaparición afectara a la moral de las tropas. Pronto, durante el asedio de Cartago Nova (209 a. C.), Escipión estaba ya escoltado por pretorianos. La primera acción conocida de esta unidad tuvo lugar en Hispania,[8] y será necesario más de un siglo para que las fuentes vuelvan a mencionarla.

Alrededor del siglo III a. C. existió una unidad militar que tradicionalmente se ha asociado al origen de los pretorianos, la *cohorte amicorum*.[9] Estrechamente unida a los generales romanos, es mencionada en detalle cuando Escipión Emiliano decidió formarla en su intento de acabar con la resistencia numantina (134 a. C.). El Senado no era capaz de encontrar nuevos reclutas con el valor para enfrentarse a tan terribles enemigos y se buscó una solución alternativa ya conocida. Los miles de

efectivos voluntarios que muchas familias nobles romanas y aliadas vinculadas a la *gens* Cornelia o al propio Emiliano por lazos de amistad o clientela[10] fueron organizados como unidad militar. Esa relación y el hecho de que, en el campamento, colocaban sus tiendas muy cerca del *Praetorium* han propiciado esta confusión. Su número era mucho mayor y no ejercían las mismas tareas que los pretorianos, ni siquiera que los *extraordinarii*. Actuaban, principalmente, como séquito y quizá los más allegados formarían parte del alto mando, como consejeros. La mayoría de ellos eran jinetes y no infantería, y no dependían económicamente de un salario o de su parte del botín, sino de las dádivas de su patrón (*dómine*). Su principal función tampoco consistía en protegerle o actuar realmente como soldados, pues desempeñaban las más variadas funciones como médicos, augures, eruditos, etc., por lo que no parece que ambas fueran la misma unidad.

Bárbaros en acción

El ánimo de los otros estaba quebrantado,
mas el soldado pretoriano bramaba.
TÁCITO, II, 44.

El final de la República estaba más cerca de lo que nadie podía pensar en la Roma del siglo I a. C. Las reformas militares propiciadas por Cayo Mario (107 a. C.) habían contribuido a multiplicar los territorios conquistados mediante una rápida expansión, pero también a generar cierta sensación de inestabilidad, en la que los intereses personalistas alcanzaron cotas nunca vistas. El Senado era incapaz de controlar tales ambiciones y muchos de sus protagonistas sintieron, más que nunca, la necesidad de asegurar su protección no solo frente a posibles enemigos políticos, sino también ante sus propias tropas regulares, cuya lealtad pocos podían

garantizar.[11] Era la situación propicia para que los pretorianos regresaran a escena.

La primera vaga noticia sobre unidades que podrían haber actuado con esas características es del año 89. Los mejores entre los jinetes celtíberos que acompañaban a Pompeyo Estrabón en el asedio de Asculum (actual Ascoli) fueron recompensados con la corona mural (máxima distinción al valor del ejército en un asedio, entregada a aquellos que eran los primeros en superar las murallas)[12] y, dado que su valor era entendido como reflejo del de su comandante, bien pudieron haber actuado como su escolta personal. No sería extraño si pensamos que el propio Mario, siete veces cónsul de Roma, creó una guardia personal (87 a. C.) compuesta por los llamados *bardyiae*, esclavos a sus órdenes que utilizaba para acabar con sus enemigos políticos.[13] El general Quinto Sertorio seguiría su ejemplo poco después, organizando en Hispania[14] su propia guardia de leales celtíberos para enfrentarse a Metelo y Pompeyo, enemigos enviados por Sila.

Será en este periodo cuando, por primera vez, tendremos conocimiento incluso de su actuación, no solo dedicada a la protección en combate de su general al mando, sino obedeciendo otro tipo de órdenes. En 70 a. C., el propretor de Sicilia Cayo Verres era conocido por su tiránico gobierno en la isla y los recelos suscitados le animaron a contar con sus propios pretorianos. Deseoso de incrementar su patrimonio, no dudó en enviarlos a saquear el templo de Hércules en Agrigento.[15] Es más, en una disputa surgida entre los campesinos de Agyrium y uno de sus lugartenientes, Apronio, Verres decidió que sus pretorianos se encargaran de juzgar el litigio,[16] por lo que también asumieron funciones judiciales y quizá administrativas si su máximo responsable así lo requería. Lamentablemente, desconocemos si de ello se encargaría el tribuno de la cohorte, alguno de sus centuriones o incluso una poco probable asamblea de soldados pretorianos establecida al efecto. Es necesario indicar que la identificación por varias fuentes como pretorianos cuando se refieren a este tipo de unidades republicanas podría ponerse en duda, si pensamos que escribieron varios siglos más tarde de los hechos que relatan y quizá emplearon un término propio de su época, pero no de este momento o, al menos, no con las mismas implicaciones. Sin embargo, en este caso las noticias provienen

de un prestigioso contemporáneo, Cicerón, más fiable si tenemos en cuenta que él mismo contó con pretorianos a su servicio poco después.

Nuevamente aparecen ejerciendo su función original cuando Marco Petreyo hizo frente a la conjura de Catilina (63-62 a. C.)[17] y sus tropas consiguieron derrotarlo gracias a la intervención postrera y decisiva de los pretorianos que lo acompañaban. Durante el combate solo entraron en acción cuando la batalla comenzaba a mostrar un final incierto, tratando de inclinar la balanza del mismo modo que actuarían habitualmente tras su oficialización como unidad militar. Del mismo modo, su formación respondía a las necesidades de una campaña concreta, por lo que no se trataba de una unidad permanente, como ocurriría más tarde. Este hecho quedará patente cuando el propio Petreyo, actuando en el bando pompeyano, se enfrente a César en Hispania (49 a. C.).[18] En ese contexto, decidió formar una cohorte pretoriana compuesta por los mejores entre los auxiliares hispanos que actuaban bajo sus mando,[19] pues estaban armados con el típico escudo íbero (*caetra*). Se trataba, por tanto, de soldados que combatían como infantería (*pedites*). Es más, probablemente las tropas auxiliares que reclutó allí superaban en número a sus propios legionarios, entre los cuales generó gran recelo la confianza que su general había depositado en aquellos bárbaros, por encima de sus propios conciudadanos, a los que ni siquiera había escogido para el pretorio. Petreyo tenía buenas razones para actuar de ese modo. En cualquier momento sus legionarios podían decidir que estaban apoyando al bando equivocado, pues los generales enfrentados eran ambos romanos. El combate contra un enemigo exterior evitaba cualquier suspicacia de los oficiales en ese sentido, lo que permitía seleccionar a los pretorianos entre sus legionarios. Ahora esos mismos legionarios podían no solo abandonarlo en cualquier momento, sino pasarse al bando cesariano, incrementado así su capacidad militar o, directamente, podían asesinarlo. Por ese motivo resultaba más lógico confiar su seguridad a soldados aliados leales a su general mediante lazos clientelares que reforzaban su compromiso. Nada tenían que ver con esas luchas de poder y nada ganaban con la muerte de su benefactor. Incluso, su elevado número ayudaba a evitar esas mismas defecciones, pues otorgaban la capacidad de imponer un castigo ejemplar.

Debemos tener en cuenta que en campaña el general al mando podía contar con distintas unidades militares privadas destinadas a su defensa personal, las cuales eran conocidas por distintos apelativos y a veces ejercían funciones diferenciadas. El propio Petreyo y Marco Antonio contaron con unidades de jinetes aliados (*alae*) para este fin, ostentando la graduación de custodes.[20] Se había convertido en habitual depositar tal confianza en tropas auxiliares. Sin embargo, las fuentes apenas ofrecen detalles sobre cómo se estructuraban estas unidades, su número de integrantes, tipos de soldados o forma de actuar en combate.

La famosa guerra de las Galias (58-51 a. C.) nos ofrece otro ejemplo, esta vez asociado a Julio César. Cuando sus soldados se negaron a enfrentarse con Ariovisto (58 a. C.), tuvo que amenazarlos con la vergüenza que sentirían si se veía obligado a convertir la laureada[21] *Legio X Gemina* en su guardia personal y marchar solo con ellos (la primera vez que se utilizaría para este fin a una legión al completo). Surtió efecto, pero pronto materializaría esa idea si es que ya antes no lo hizo.[22] En uno de los parlamentos con el líder germano, los términos acordados para llevarlo a cabo prohibían que ningún soldado de infantería estuviera presente. No confiando en sus jinetes galos aliados para acompañarlo, decidió crear su propia escolta personal seleccionando directamente a los mejores y más veteranos soldados de la *X Gemina* para convertirlos en unidad de caballería con el epíteto *Equestris*. Se trataba también de un importante acto simbólico que le ayudaría a ganarse la lealtad de sus soldados, al mostrarles su confianza, pues era la primera vez que tenemos conocimiento de su formación únicamente a partir de ciudadanos romanos. No obstante, el inicio de las guerras civiles debilitaría ese sentimiento, y los sustituyó por su propia escolta privada con efectivos hispanos y germanos.

En aquellas fechas, el senador Marco Tulio Cicerón fue nombrado gobernador de Cilicia y allí formó un cuerpo de guardia pretoriano (51 a. C.), que emplearía tanto en combate como en labores administrativas. En lo militar, no solo debían custodiar su persona, sino también actuar como unidad independiente para enfrentarse a las incursiones de los partos que amenazaban Antioquía, aun sin que su máximo responsable participara directamente. Cicerón había nombrado a su hermano legado militar, cuya

seguridad probablemente se encontraba en manos de los pretorianos, como más tarde sucedería con la custodia de la familia imperial. Sin embargo, es posible que la guardia de Cicerón ya hubiera sido formada por su predecesor en el cargo, acantonándola en la ciudad Cilicia de Epifania.[23] Parece que esta práctica estaba casi institucionalizándose, pues, aunque muchas veces vemos que surgieron durante un conflicto concreto antes de disolverse, también comienza a aparecer de manera más permanente formada por soldados itálicos.[24] En las provincias, más que la fidelidad a la persona concreta, su lealtad quizá se ligaba al cargo, independientemente de quien lo ocupara. Ello permitía una mayor estabilidad, siempre que el nuevo magistrado no mostrara interés en controlar su designación, quedando bajo su mando junto al resto de efectivos asignados a esa circunscripción.[25]

Pretorianos en las guerras civiles

> Esta legión (la cohorte pretoriana) era con la que más atenciones había tenido siempre César y en la que, a causa de su valor, más confiaba.
>
> JULIO CÉSAR, *La guerra de las Galias*, I, 40, 15.

El periodo de inestabilidad surgido desde la guerra civil entre César y Pompeyo hasta la derrota de Marco Antonio permitió el aumento de estas unidades especiales. Cuando el antiguo legado de César Tito Labieno decidió abandonarle y pasarse al bando pompeyano. Temiendo por su seguridad, escogió a los mejores de entre sus auxiliares galos y germanos para formar su escolta (46 a. C.).[26] Tras la muerte de César, uno de sus asesinos, Décimo Junio Bruto, contaba con una unidad de caballería gala entre sus efectivos, que probablemente actuó como escolta del ex-senador romano. Prueba de ello es que fueron los únicos soldados que no lo abandonaron en su viaje para reunirse con Bruto y Casio en Macedonia (43 a. C.).[27] No obstante, el propio líder de esta escuadra acabaría con su vida

antes de ello. Había decidido entregar su lealtad a Marco Antonio. Quizá no podamos considerar a estos soldados como cohortes pretorianas estrictas, aunque sin duda su misión era la misma, al igual que su posición junto al mando al que debían proteger y «aparentemente» mostrar fidelidad.

Antonio aprovechó la propuesta del Senado para oficializar sus propios pretorianos cuando controlaba Roma,[28] pues la plebe no dejaba de mostrar su recelo ante la nueva situación y ello amenazaba con generar desórdenes que hicieran peligrar su integridad. Los mejores de entre sus legionarios veteranos (*evocati*) fueron escogidos hasta alcanzar los 6.000 efectivos, una cifra nunca atestiguada. Roma se había convertido en un cuartel y la seguridad que sintió Antonio comenzó a ser inversamente proporcional a la inquietud de los senadores que, sin éxito, trataron de solicitarle su reestructuración. No les faltaban motivos. Antonio era una figura cercana a César, pero la militarización de la capital en un momento de inestabilidad política escasamente aliviaba esa sensación. Eso era lo que Antonio esperaba, formando varias cohortes que puso en manos de otros tantos tribunos militares con la intención de inclinar las decisiones senatoriales si era necesario. Solo él tenía la capacidad de neutralizar el ascendente que Octaviano se había ganado en Roma.

Por su parte, el futuro Augusto no era ajeno a estas maniobras, y mientras poco a poco sumaba apoyos entre los descontentos, trataba de formar su propio ejército entre los *evocati* que habían servido a César. Aquellos que se resistieron apelando a sus lazos clientelares que habían establecido con su padre adoptivo, fueron convencidos con grandes cantidades de dinero. Tan solo 3.000 soldados aceptaron su propuesta, un escaso resultado.[29] Era pronto para formar con ellos a sus propios pretorianos. Estaba utilizando la semejanza de esta unidad con la tiranía monárquica, esperando que despertara un propicio rencor popular mientras guardaba las formas. El conflicto no tardaría en iniciarse de nuevo.

Una vez recibido su nombramiento como propretor,[30] Octaviano ya no necesitaba artificios y designó a una parte de sus *evocati* como cohortes pretorianas. Estas actuaron valerosamente en la victoria de Mutina (43 a. C.), aunque sería necesario restituir sus enormes bajas varias veces. En ese contexto, generales de ambos bandos contaron también con sus propios

pretorianos, como el legado antonino Marco Junio Silano o el cónsul octaviano Aulo Hirtio,[31] aunque se redujeran a una sola frente a las numerosas de sus valedores. Incluso se intercambiaban según fuera necesario. Octaviano envió a parte de sus pretorianos en ayuda de su aliado Pansa durante la batalla, aunque fueron aniquilados en su enfrentamiento directo con sus homólogos bajo el mando de Antonio. Curiosamente, estos últimos correrían la misma suerte cuando los veteranos de Hirtio los alcanzaron.[32] El principal problema que nos plantean las fuentes es la habitualmente escasa y contradictoria información sobre la estructura, características, etc. de estos soldados del pretorio, que podemos asociar no solo a la dificultad para reunir información sobre estos momentos de crisis, sino a que esa misma situación obligaba a que estas unidades se organizaran de manera heterogénea, en función de la disponibilidad de efectivos, la urgencia y los fondos existentes.

Poco después, la formación del segundo triunvirato (Marco Antonio, Octaviano y Lépido) supuso un momentáneo cese de las hostilidades, que se aprovechó para licenciar a la mayor parte de los soldados regulares de ambos bandos. No obstante, el clima de tensa calma quedaba patente al no suceder lo mismo con los pretorianos, reestructurándose para proceder al reparto de sus efectivos. La escenificación de este acuerdo dejaba pocas dudas, cuando cada triunviro entró en Roma acompañado por una legión y una cohorte pretoriana. En 42 a. C. Octaviano y Antonio necesitaban refuerzos para enfrentarse a Casio y Bruto en la batalla de Filipos, enviándose por mar dos legiones y una cohorte pretoriana compuesta por 2.000 soldados. Las difíciles circunstancias bélicas del momento propiciaron que estas unidades de elite fueran mucho más numerosas de lo que ocurriría más tarde, en época imperial. A pesar de ello, parecía que en este caso la fortuna se aliaba con los asesinos de César cuando las inclemencias climatológicas destruyeron la armada que los transportaba. Nada más lejos de la realidad, la victoria se logró igualmente en aquella región macedonia y, como celebración, ambos generales decidieron fundar la colonia de Iulia Victrix Philippi con los pretorianos licenciados tras cumplir su tiempo de servicio. Aún quedaban en activo 8.000 de ellos, que se organizaron en cohortes asignadas de nuevo a los triunviros.

En este momento (37 a. C.), por primera y casi última vez una unidad pretoriana compuesta por 1.000 *evocati* fue asignada a una mujer, Octaviana, la hermana de Octavio,[33] que el juego político había convertido en esposa de Antonio como garantía de entendimiento entre ambos. Su vida no corría peligro, ya que este nunca se habría atrevido a arriesgar su popularidad, pero logró aprovecharse de ello con una hábil maniobra. En la práctica, esta cohorte debía obedecer y velar por Octaviana, aunque, como su esposo, Antonio estaba legalmente habilitado para utilizarlos, pues estaban igualmente obligados a proteger a cualquiera de los integrantes de su familia. Antonio se preparaba para iniciar una campaña contra los partos en Oriente y necesitaba las tropas de Octavio. No pudiendo evitar que su cuñado se encargara de seleccionar a los pretorianos de esta cohorte,[34] buscando seguramente que mantuvieran su fidelidad, su cuñado trató de atraerlos en previsión de los acontecimientos que se avecinaban. No era la primera vez que, oficialmente, una unidad pretoriana tenía la misión de proteger un núcleo familiar en lugar de únicamente a su general directo, ya lo apreciamos con los soldados de Cicerón, y así se perpetuaría en el futuro. El propio Antonio entregaría poco después una cohorte pretoriana a Cleopatra VII[35] (32 a. C.) para asegurar su protección. Se trata de los dos únicos casos en que una unidad de este tipo actuó bajo las órdenes de una mujer. Y es más sorprendente aún en el caso de la soberana egipcia, pues nunca volverían a servir bajo las órdenes de un extranjero.

En el año 40 a. C., un acontecimiento aparentemente intrascendente ofrece, sin embargo, importante información sobre las cohortes pretorianas.[36] La guerra civil no parecía tener fin y un nuevo enfrentamiento contra Sexto Pompeyo se avecinaba, las arcas del Estado estaban esquilmadas, eran incapaces de afrontarla y se establecieron nuevos impuestos que no gustaron al pueblo. Octaviano fue agredido durante un acto público en la capital, y solo pudo ser auxiliado por los amigos que lo acompañaban. La noticia llegó rápidamente a oídos de Antonio, que se encaminó a socorrer a su aliado, siendo también atacado hasta que ambos lograron refugiarse. ¿Dónde estaban sus pretorianos? Estacionados fuera de las murallas de la ciudad,[37] aunque desconocemos el motivo, y tuvieron que actuar

velozmente cuando fueron avisados. Es posible que ninguno de ellos quisiera asemejarse a los antiguos monarcas mostrándose rodeados de militares en la capital, aunque el propio Antonio lo hizo poco antes, para no incrementar aún más la tensión ciudadana. Un año antes, el cónsul Lucio Antonio había decidido entrar en Roma con sus tropas, proclamándose el libertador de la República que acabaría con los triunviros, pero fue expulsado y, más tarde, derrotado. Este episodio estaba demasiado reciente, y las nuevas imposiciones tributarias no propiciaban la presencia de soldados dentro de las murallas. Lucio no contaba con soldados pretorianos a sus órdenes, lo que llama la atención. Es posible que los triunviros se hubieran erigido como los únicos con ese derecho, aunque se tratara de magistrados autoimpuestos, frente a la escolta de cargos electos, como había sido tradicional.

La ambición de los triunviros pronto evidenciaría los intereses que habían propiciado un fingido entendimiento. Nuevos enfrentamientos propiciarían el retorno de los pretorianos al campo de batalla y sus unidades se reforzaron de manera encubierta, junto a las legiones leales a cada oponente. Los ejércitos en liza alcanzaron proporciones inimaginables,[38] iniciándose un periodo de actividad militar que no volvería a conocerse. Había demasiado en juego, y cada soldado experto valía su peso en oro, por lo que cualquier *evocati* deseoso de mantenerse activo era bien recibido. Las recientes luchas entre César y Pompeyo habían generado una gran cantidad de veteranos que siempre eran preferibles a nuevos e inexpertos reclutas. En la victoria final que Octaviano consiguió en Actium (31 a. C.) contaba con cinco cohortes pretorianas entre sus filas.[39] Antonio no debió disponer de muchos menos soldados del pretorio, aunque las fuentes no lo mencionan.

Hasta finales del s. I a. C. el papel e importancia de estas unidades de elite había pasado desde una posición inicial más discreta a otra decisiva, aunque su verdadera historia comenzaría ahora. Augusto, ahora procónsul, tenía en sus manos lo que quedaba de la República. Necesitaba consolidar tanto su posición como una paz duradera que pusiera fin a la inestabilidad y le permitiera crear el nuevo Estado romano que aspiraba liderar, iniciando importantes reformas para lograrlo. La gravedad de la situación quedó

patente cuando necesitó decenios para que Roma recuperara el esplendor perdido. Lo más urgente era desmovilizar la irracional cantidad de soldados en activo que habían generado las guerras civiles, y no había suficientes frentes abiertos con enemigos exteriores como para reubicarlos a todos. Los pretorianos no eran una excepción, y se convertirían en el germen de las cohortes que protagonizarían la época imperial.

[1] Durry (I968), 70; Mommsen (1900), 437.
[2] Tito Livio, XXVII, 12, 14; Polibio, XXVI, 5-9 y XXXI.
[3] Polibio, XXVI, 5-9.
[4] Tito Livio, II, 20, 5.
[5] Festo, *Breviario*, 223.
[6] Polibio, XXVII, 1-2.
[7]*Ibid*., X, 13, 3-4.
[8]*Ibíd*., X, 13, 1-3.
[9] Durry (1968), 70.
[10] Apiano, *Iberia*, VI, 84.
[11] Harmand (1967), 456.
[12] Julio Cesar, *La guerra de las Galias*, 17.
[13] Plutarco, *Mario,* 43.
[14] Apiano, *Guerras civiles*, I, 112.
[15] Cicerón, *Verr.* II, 4, 94.
[16]*Ibid*. II, 2, 30.
[17] Salustio, *Conjuración de Catilina*, LX, 5 y LXI, 2-3.
[18] Julio Cesar, *La guerra civil*, I, 75, 1-2.
[19] Harmand (1970), 192.
[20] Apiano, *Guerras civiles*, III, 45.
[21] Julio Cesar, *La guerra de las Galias*, I, 42, 5-6.
[22]Keppie (1984), 84.
[23]Cicerón, *Ad Fam* XV, 4, 7.
[24] Passerini (1939), 35-38; Ceñal (2008), 29.
[25] Cicerón, *A los familiares*, XV, 4, 7.
[26] Julio Cesar, *La guerra de África*, 19.
[27] Apiano, *Guerras civiles*, III, 97.
[28]*Ibid*., III, 4-5.
[29] Dión Casio, XLV, 12, 1-5. Apiano, *Guerras civiles*, III, 40.
[30] Apiano, *Guerras civiles*, III, 48.
[31] How (1962), 525.
[32] Apiano, *Guerras civiles*, III, 66-70.
[33] Plutarco, *Antonio*, XXXV, 7.
[34] Apiano, *Guerras civiles*, V, 95.
[35] Dión Casio, L, 5, 1.
[36] Veleyo Patérculo, II, 79.
[37] Apiano, *Guerras civiles*, V, 68.

[38] Cicerón, *A los familiares*, X, 30.
[39] Orosio, VI, 19, 8.

VIII. COHORTES IMPERIALES

Augusto instaura el Pretorio

> Su primerísimo acto (de Augusto) fue asegurar un decreto concediendo a los hombres que componían sus pretorianos el doble de la paga que era dada al resto de los soldados, así que él podía ser estrictamente protegido.
>
> DIÓN CASIO, LIII, 11, 5.

La derrota de Marco Antonio supuso un hito para la historia romana más importante de lo que ni siquiera el último amante de Cleopatra pudo haber imaginado. Un momento trascendental para las cohortes cuya situación, lamentablemente, apenas suscitó el suficiente interés en las fuentes como para ofrecernos detalles. Sabemos que los pretorianos supervivientes de ambos bandos fueron unificados al servicio de Augusto. Desconocemos el motivo para no desmovilizarlos en este periodo de paz y estabilidad que se iniciaba, aunque, probablemente, tuvo que ver con la necesidad de evitar la posible sublevación que ello habría provocado. Puede que Augusto decidiera aprovecharlos para afianzar su hegemonía política y la estabilidad del imperio. Las fratricidas guerras civiles habían generado grandes rencores y enemigos que podía hacer peligrar su vida, incluso la ciudadanía había demostrado constituir una amenaza ante cualquier medida impopular. Una protección adicional nunca estaría de más, sobre todo dentro de los muros de la ciudad donde estaría la residencia imperial.

Probablemente en un momento entre la victoria de Actium (31) y el inicio de la campaña contra los cántabros (29 a. C.), o poco después, inició un proceso reformador que culminaría con la instauración oficial de esta mítica unidad.[1] Al menos, sin duda era necesario reducir su elevado número y el primer paso obvio era licenciar a los efectivos que habían cumplido su servicio, empleando a algunos en la fundación de colonias militares. Consciente de la importancia de consolidar una fidelidad y

confianza mutua que garantizaran su seguridad, sustituyó a todos sus antiguos oficiales por los más leales. Tal medida no debió de resultar bien acogida, pero la duplicación de su salario ayudaría a mitigar su impacto. Desde este momento el pretoriano se situaría siempre muy por encima de cualquier otro soldado,[2] evidencia de su consideración como tropa de elite directamente unida al emperador. No en vano su misión era vital para la estabilidad del trono y el imperio, tarea a la que se sumarian nuevos cometidos paulatinamente.

Sin embargo, entregar tal responsabilidad exclusivamente a las cohortes suponía un riesgo, y Augusto nunca se caracterizó por asumirlos a la ligera. Ya durante la guerra, y al igual que otros muchos generales contemporáneos, había contado con una reducida escolta personal compuesta por selectos soldados procedentes de las tropas auxiliares, en concreto de origen calagurritano. Quizá sus efectivos no eran suficientes para mantener su función en Roma y decidió sustituirlos por una más nutrida tropa de guardaespaldas, aunque siempre inferior a una cohorte, esta vez procedentes de Germania, los *germani corporis custodes*.

Existe una amplia discrepancia entre las fuentes sobre el número de cohortes originales que estableció Augusto al institucionalizarlas oficialmente. Es posible que se viera obligado a formar doce de ellas debido a la elevada cantidad de soldados aún en servicio, a las que asignaría distintas tareas.[3] Quizá tratando de evitar cualquier duda sobre su ambición personal y de aparentar un retorno a los tiempos senatoriales previos al cruce del Rubicón protagonizado por su césar, Augusto encargó la defensa de las fronteras a las legiones que no había logrado disolver. Mientras que nueve cohortes pretorianas[4] recibieron la orden de defender el territorio itálico como únicos autorizados a actuar dentro de sus límites. [5] Estacionándose inicialmente en localidades cercanas a la capital (como Ostia, Tívoli, Preneste, Anzio o Terracina), o vigilando puntos estratégicos (como Aquileia o Nucera).[6] Tratando de evitar la alarma social que podría haber provocado un elevado número de tropas dentro de los muros de la ciudad, solo las tres restantes se localizaron allí para asegurar el orden público y la custodia del emperador. Esta posibilidad ayudaría a explicar las versiones de Suetonio y Tácito, mientras que las diez iniciales descritas por

Dión Casio[7] pudieron ser en realidad nueve, si la décima se refería a los *speculatores Augusti*[8] ya considerados en ese momento entre los más capaces y leales pretorianos. En Roma aún quedaban heridas abiertas, recelos ocultos o conocidos y rivalidades a las que era necesario prestar atención. De esta labor se encargarían los *germani corporis custodes*, pero, sobre todo, los *speculatores*.

Como ya antes sucediera en el caso de las provincias en las que actuaron, la mayoría de los pretorianos de Augusto quedaron adscritos a un territorio y no a una persona. Nueve cohortes suponían solo una menos de las que integraban una legión regular, quizá tratando con ello de evitar tal comparación y fomentar la concordia con el pueblo y el Senado. Poco después, las tres cohortes de la ciudad fueron reestructuradas con la nueva denominación de cohortes urbanas (*urbanae*) y entregó su control al Senado, en un intento por encontrar una fórmula que permitiera a estos soldados permanecer en Roma sin suscitar recelos. En la remota época en que Roma fue fundada y gobernada mediante un régimen monárquico, las tiránicas acciones que su último representante, Tarquinio el Soberbio, había protagonizado con ayuda del ejército generaron entre la población un odio imborrable. Su derrocamiento, y la instauración del modelo republicano, habían costado más sangre de la que los romanos estaban dispuestos a olvidar. Jamás aceptarían un nuevo rey y cualquier actuación que recordara aquellos aciagos días le costaría la vida a su autor, como demostraría el propio César.

Una de las consecuencias de aquella determinación era la prohibición de que cualquier fuerza militar cruzara las puertas de la capital, intentando evitar un golpe de Estado. Los soldados que debían prepararse para las campañas eran entrenados y acantonados fuera de las Murallas Servianas, en el Campo de Marte. Solo existía una excepción, cuando se otorgaba a un cónsul el triunfo, recibiendo el permiso para desfilar con sus tropas por las calles Roma. La presencia de las cohortes dentro del *pomerium* no era fácil de aceptar por los ciudadanos y el Senado. El temor a que soldados deambularan por la ciudad había existido durante siglos y las recientes guerras civiles no ayudaron a disiparlo. Augusto debía actuar con suma

cautela si quería conseguir el objetivo de tener cerca a los pretorianos, y los urbanicianos le ayudarían.

En la práctica, inicialmente las características de estos soldados y su remuneración eran las mismas que las del resto de pretorianos.[9] Eran reclutados en los mismos lugares con idénticos requisitos, se licenciaban y los enterraban juntos. Su numeración asignada (X, XI y XII) era correlativa a la de aquellos (I-IX) y cuando, más tarde, se crearon los *Castra Praetoria* (23), ambos contingentes se instalaron en el mismo lugar, pues en este momento todavía era arriesgado habilitar un campamento permanente. Su nueva misión consistiría en mantener el orden y seguridad en la capital, intentando que los ciudadanos se habituaran a su presencia. Augusto se presentaba así como garante del orden y la defensa tanto de la península itálica como de la capital. Al quedar reducidas a nueve, se evitaba su comparación con las diez que integraban una legión y lo que tal unidad militar representaba en la capital tras la guerra civil. Poco después, y una vez que Augusto entendió que había logrado disipar la oposición inicial, era el momento esperado para reagrupar las nueve cohortes dispersas en Roma.

Apenas tenemos datos sobre su organización o los detalles de este proceso. El registro epigráfico parece indicar que cada una estaba compuesta por *pedites* y équites, lo que se denominaba como *cohortes equitatae*. La infantería se estructuraba en tres manípulos de 160 soldados, divisibles en dos centurias de 80 efectivos, y estas, a su vez, en diez contubernios como unidad mínima; mientras que las tropas montadas aportaban tres escuadrones (*turmae*) de 30 caballeros. Así, una cohorte pretoriana de Augusto sumaba 480 infantes y 90 jinetes, hasta los 570 hombres, y por ello también eran conocidas como cohortes quinquenarias. Los nueve contingentes suponían 5.130 soldados, a cargo de nueve tribunos pretorianos como sus más altos oficiales en este momento. Las 27 turmas de jinetes podían actuar conjuntamente y de manera independiente a sus cohortes originarias si era necesario, formando un *alae* de caballería que incrementaba enormemente su valor táctico. Un aspecto polémico ha surgido en cuanto a si las cohortes de Augusto fueron quinquenarias o miliarias, teniendo en cuenta que muchas de ellas ya tenían varios miles de efectivos durante las guerras civiles,[10] lo que habría duplicado las cifras

mencionadas hasta más de 10.000 soldados estacionados en la capital romana. Es difícil creer que Augusto se hubiera arriesgado tanto ante sus opositores al rodearse del equivalente a casi dos legiones sin necesidad aparente, pues no solo incrementaría su comparación con los antiguos reyes, sino que podría evidenciar temor a ser atacado.

La dinastía Julio-Claudia

> Por su parte la tropa (pretoriana), vagando por toda la urbe al estar al completo los cuarteles y abarrotados los pórticos y templos por su enorme multitud, no sabía dónde estaba el lugar de reunión, no mantenía las guardias ni se robustecía con el ejercicio. En medio de las seducciones de la ciudad y de otras cosas que vergüenza da contar, desgastaban sus cuerpos en el ocio y sus ánimos en las pasiones... Encima, el orden propio del ejército se quebrantó por malicia o por complacencia.
>
> TÁCITO, *Historias,* II, 93.

Mención especial requiere un aspecto aparentemente alejado de sus obligaciones principales, pero que tuvo una enorme importancia en el devenir del Imperio romano. Su injerencia en este aspecto se produjo siempre por dos vías, siguiendo órdenes del emperador o enemistándose con él. En algunas ocasiones, su papel de unidad militar de confianza incluyó funciones de lo que podríamos llamar «policía política». Como parte de su juramento, todo militar romano (incluyendo, y con más razón, a los pretorianos) estaba obligado a comunicar a sus superiores cualquier información conocida y relevante para el mantenimiento de la paz y el orden del Estado. En este sentido, sus funciones asociadas al mantenimiento del orden en espacios públicos, escolta de personajes importantes o miembros de la familia real, su vigilancia en las *stationes* de la ciudad (como en el Esquilino) o en puestos clave de la administración imperial, los convertían en excelentes confidentes.[11] Así sucedió con el hijo de Agripina la Mayor y Germánico, llamado Nerón igual que el futuro emperador, cuando los pretorianos que escoltaban sus aposentos lo

escucharon planear la muerte de Tiberio para reclamar el trono. Estos informaron inmediatamente a su superior, el prefecto Sejano[12] y, junto con su madre, ambos fueron exiliados a la isla de Ponza (cerca del golfo de Nápoles), donde poco después murió de hambre (30). A continuación, mostraremos algunos de los episodios más importantes en este sentido, aunque no todos, pues más adelante, cuando tratemos la historia de las cohortes, los conoceremos en detalle.

El poder llama a la conjura, y fueron tan frecuentes como podía esperar el mayor de Occidente, convirtiéndose en un arma de doble filo al ser invocadas por algunos emperadores para deshacerse de sus enemigos políticos. No había nadie más fiable, en principio, para gestionar tan delicados asuntos que los pretorianos. Tiberio les ordenó, bajo falsas acusaciones, eliminar a sus opositores (16), como el antiguo cónsul Livio Druso Libón, o como elemento intimidador para infundir temor entre el resto. No sería el único: Claudio envió a sus pretorianos para acabar con su esposa Mesalina y su amante, el cónsul Cato Silio (48)[13] y, más tarde, el cónsul Vestino Ático corrió la misma suerte por orden de Nerón (65). Este sería conocido como el impulsor de las mayores depuraciones políticas de la historia romana, hasta el punto de que los pretorianos llegaron a negarse a cometer el asesinato de su propia madre, Agripina, sin que mediara una acusación grave y verídica. Queda claro que, como soldados leales al emperador, le debían fidelidad y obediencia, pero esta se extendía a la casa real. Si bien podían pensar que cumplir estas órdenes con personajes ajenos a ella era reprochable, tenían la obligación de obedecer, pero con un miembro de su familia y por capricho no era aceptable. Nerón conseguiría su objetivo por otros medios, pero ello no impediría que los pretorianos mostraran su oposición, como sucedería con la muerte de Vestino, en este caso en relación a Claudia Octavia, la esposa de Nerón y también víctima de su marido, sin implicación del pretorio. Tras el periodo convulso en que tuvieron que verse involucrados en este tipo de cometidos de más que cuestionable honorabilidad, no tenemos noticias de otros episodios hasta la época de Septimio Severo, quien les encomendó la ejecución sumaria de su rival por el trono Clodio Albino.

Muchas de estas acciones se prepararon de forma que, ante la inexistencia de pruebas reales, los pretorianos sugerían «amablemente» al elegido que se suicidara como opción más honorable que evitaría males mayores. Si recibían una negativa, ellos mismos se encargarían de simular tal escenario. Del mismo modo, dependiendo de la categoría del personaje la tarea se encomendaba a un oficial de menor rango, como un centurión, o se recurría a un tribuno, como muestra de deferencia en esos últimos momentos.

Más importante, y quizás más conocida, fue su intervención en la destitución y ascenso al trono de varios emperadores romanos. La capacidad coercitiva y seguridad que ofrecían las cohortes al emperador pronto demostraron a cualquier conjurado la necesidad de contar con su apoyo o, al menos, la convicción de que no intervendrían si albergaban alguna posibilidad de éxito. Oponerse abiertamente a ellas era un suicidio político y, en la mayoría de los casos literal, pues nadie en Roma poseía los efectivos militares necesarios para enfrentarse a ellos. Solo algunos de los generales que servían en el frente podían aspirar a utilizar sus leales tropas legionarias con ese fin, y no pocas veces se convertiría en realidad (como sucedió con Vespasiano), pero si la trama se urdía dentro de los muros de Roma, esa opción quedaba descartada. El manual del buen conspirador romano podría comenzar con un consejo básico: «Consigue el apoyo de los pretorianos». Lograrlo casi garantizaba el éxito y evitaba cualquier complicación innecesaria o represalia por tan reprochable acción, pero no era tarea fácil. Los soberanos eran los primeros conscientes de ello y, como sabemos, trataron de garantizar la lealtad de sus protectores con todos los medios a su alcance. En principio, ello buscaba que los pretorianos tuvieran poca o ninguna intención personal de cambiar su situación. Si el emperador fallecía, nadie les aseguraba que su sucesor fuera a mantener todo aquello que tanto les había costado alcanzar. Aun más, se trataba de participar en un crimen de lesa majestad, ya fuera directa o indirectamente, lo que suponía la pena capital, además de la deshonra propia y familiar. Por ello, los beneficios que los conjurados debían ofrecerles tenían que superar con creces todo lo que ya atesoraban, además del indulto judicial ante cualquier acusación por traición. No eran condiciones sencillas, pero tampoco

imposibles si contaban con los medios económicos y políticos necesarios, así como con la promesa del futuro emperador de cumplir lo pactado. Así, este patrón se sucedería en los ascensos al poder de muchos de los emperadores como Nerón, Claudio, Otón, Domiciano, Marco Aurelio, Cómodo, Elvio Pertinax y Didio Juliano. Una vez que el nuevo aspirante ocupaba el trono, era igualmente consciente de que no lo mantendría más de lo que tardaría en dar gracias a los dioses si su primera acción, por delante de presentarse al propio Senado, no consistía en hacerlo ante los pretorianos, como muestra de complicidad. Su aprecio aseguraba la aprobación del Senado, aunque solo fuera por temor.

Algunas conspiraciones que hemos llegado a conocer han adquirido mayor fama. La conjura de Sejano fue una de las primeras y más importantes en época imperial, por cuanto la dirigió uno de los primeros prefectos del pretorio. En el año 30. Lucio Elio Sejano había alcanzado el cargo a la sombra de Tiberio, convirtiéndose en el promotor de la construcción de los *castra* pretorianos en la capital, al presentar el proyecto al emperador como una necesidad vital para su propia seguridad. Precisamente, el agrupamiento de las cohortes hacía posible contar con sus soldados en los difíciles momentos que se avecinaban, y no dejó de ganarse su lealtad por todos los medios, por lo que lo más difícil ya estaba hecho. Su envidiable posición era bien conocida, pero su ambición aún no estaba satisfecha, porque aspiraba al trono a costa de su benefactor. El siguiente paso era conseguir apoyo suficiente entre la elite senatorial, mediante dádivas, promesas y amenazas. Sin embargo, había un elemento crucial en juego que Sejano no había tenido en cuenta, o esperaba que no tuviera la relevancia que demostraría tener: el afecto que el pueblo sentía por Tiberio era proporcional al rencor que Sejano se había ganado ante él, y el emperador pudo evitar peligro. Sejano fue ajusticiado, y se encargó a los vigiles el proceso para evitar la actuación de los pretorianos. Sin embargo, el peligro todavía no había pasado. El pueblo, indignado con Sejano, quiso tomarse la justicia por su mano atacando a los sospechosos de haber colaborado, mientras los pretorianos, dolidos por las acusaciones recibidas y la predilección que el emperador había mostrado hacia los vigiles, comenzaron a causar incidentes en la ciudad. Tiberio tuvo que prometer

hacer justicia con los culpables y recompensar a los soldados del pretorio para calmar los ánimos.

Un nuevo episodio ocurriría poco después, en un momento en que nadie podía imaginar lo que sucedería poco después. Transcurridos menos de cuatro años desde que comenzó su mandato (41), Calígula parecía decidido a ganarse la enemistad de todos los estratos sociales, políticos y militares al mismo tiempo. No era tarea fácil, sin embargo el nuevo emperador demostraría poseer unas dotes a la altura de lo requerido. Sus continuas extravagancias, desprecios, burlas y excentricidades pronto encaminaron al imperio hacia una situación desesperada. Sin embargo, aun antes de que cualquier conspiración pudiera siquiera nacer, sus desvaríos le llevaron a pensar que ya existía con toda seguridad. Él mismo ería, a la postre, el artífice de su propio fin. Convencido de que sus pretorianos lo criticaban a sus espaldas preparando el magnicidio, sus sospechas llegaron a los oídos de los mandos de las cohortes. Conscientes de que tales acusaciones no tenían fundamento real, no por falta de motivos, se vieron obligados a convertirlas en realidad antes de ser ajusticiados igualmente.[14] Tras dos intentos frustrados, varios libertos de confianza del emperador y tribunos pretorianos, el propio prefecto del pretorio y algunos ciudadanos lograrían acabar con su vida en palacio.[15]

Los gritos del emperador alertaron tarde a los únicos fieles que le quedaban, los *germani corporis custodes*, quienes acabaron con algunos culpables y otros inocentes, al ser incapaces de distinguir a amigos de enemigos. Ni siquiera pudieron salvar a su esposa e hija, que murieron para acabar con su linaje. El Senado se reunió con urgencia para tratar de controlar la situación y calmar a la tropa pretoriana que esperaba ser castigada por no evitar la muerte de aquel al que debían guardar. Fue ese el momento en el que un soldado encontró a Claudio, tío de Calígula que había sido apartado del poder alegando deficiencias físicas, aterrorizado mientras se escondía pensando que correría el mismo destino. Sin embargo, su supervivencia ofrecía la oportunidad de restablecer el orden colocándolo en el poder. Así fue nombrado emperador por los pretorianos, que le escoltaron hasta los *Castra Preatoria* para protegerlo a la espera de acontecimientos. El Senado tuvo que ceder a su nombramiento ante el

apoyo del pueblo, y hubo de abandonar la creciente idea de retornar a la República, pues los senadores nada podían hacer frente a los pretorianos. [16] La única opción era contar con el apoyo de las cohortes urbanas, pero estas se encontraban acantonadas con aquellos a quienes consideraban hermanos, por lo que se negaron y juraron fidelidad a Claudio. Como era de esperar, su primera medida tras recibir el juramento fue asegurarles una generosa donación que enmascaraba la compra de su vida y su nueva posición. Fue este el germen del sentimiento de odio que, en el futuro, siempre guardarían muchos senadores a los pretorianos, pues se habían autoasignado la potestad de elegir al emperador por la fuerza. Sin embargo, el miedo que Claudio sintió aquella noche aciaga para su familia no le abandonaría nunca. Aquellos que lo apoyaban lo harían solo mientras fuera útil, lo que le llevó a mostrar siempre una actitud cautelosa. Ordenó que cualquier persona que se acercara a él fuera meticulosamente registrada previamente. Jamás hizo nada sin que varios soldados estuvieran casi al alcance de su mano. Condenó a algunos de los culpables de la muerte de Calígula para mostrar justicia por un delito de tal magnitud, pero, sobre todo, ejemplo para que no se repitiera. No dudó en hacer uso de los pretorianos para acabar con su esposa Mesalina, y se cuidó de exculpar a aquellos que lo habían encumbrado de cualquier responsabilidad al considerar sus actos justificados.

No tendremos que esperar mucho tiempo para encontrar otro de los episodios más conocidas de este convulso periodo, la «conjura de Pisón». Los pretorianos habían colocado en el trono a Nerón, pero el propio prefecto y varios de sus altos mandos estaban decididos a cambiar la situación (65). Cayo Calpurnio Pisón era un rico aristócrata romano que había sufrido, como muchos otros, los caprichos de Calígula, hasta verse abandonado por su esposa Livia Orestila, para convertirse en la segunda esposa de aquel y, más tarde ser desterrado de Roma. Claudio intentó reparar las afrentas sufridas y no solo propició su regreso, sino que lo nombró cónsul. Sin embargo, la llegada de Nerón volvería la situación insostenible debido a la asfixiante política impositiva que aplicaba a las provincias para financiar proyectos incomprensibles, como el canal de Corinto o la Domus Aurea, entre otras muchas razones. Con el deseo de

convertirse en soberano, ya había fallado en un intento previo (62) y debía actuar rápido. El lugar elegido fue un espectáculo en el Circo Máximo, donde uno de los implicados lo asesinaría con la ayuda de su escolta. Los pretorianos, en vista de los precedentes existentes, no parece que albergaran reparos en repetirlos, convencidos de que estaban salvando al Estado de nuevo y conscientes de su poder para imponer al sustituto ya pactado. Su carácter afable y sus dotes de orador le proporcionaron el apoyo de la aristocracia senatorial, de importantes figuras como Petronio o Séneca, e incluso de altos cargos pretorianos como el prefecto del pretorio, Fennio Rufo y varios tribunos y centuriones.[17] Nada podía quedar al azar en esta ocasión, pues Nerón estaba en guardia permanentemente, y fue avisado del peligro, iniciándose una depuración sin precedentes.[18] Las medidas de seguridad a su alrededor se multiplicaron, la ciudad se llenó de pretorianos y la situación derivó en lo que podríamos llamar un Estado policial. Las detenciones a cargo de los *germani* y los soldados del pretorio recién admitidos se multiplicaron, ante la dudosa lealtad del resto. Los acusados se contaban por cientos, aunque su implicación fuera más que cuestionable. Es más, el propio Nerón utilizó el proceso para purgar a muchos opositores que nada habían tenido que ver. Sabedor de su destino, Pisón se suicidó antes de ser ajusticiado. Otros, seguirían sus pasos,[19] como el propio Séneca, al que acompañaron la mayor parte de los mandos pretorianos (siete tribunos y un número indeterminado de centuriones).

Los pretorianos evocan a soldados de elite, lujosamente uniformados transitando por las calles de la Roma imperial y siempre a la sombra del emperador. Es cierto, pero no siempre. Ya en esta época actuaron en muchos lugares de la península itálica, realizando las labores más variadas y, sobre todo, acudiendo al combate en los frentes más lejanos. La imagen del pretoriano arriesgando su vida en los bosques de Germania o cruzando los desiertos de Oriente no es tan conocida. Hasta aquellos parajes siguieron a su emperador o actuaron por orden suya a las órdenes de sus prefectos, tribunos o algún importante personaje de la familia real. Muchos fueron los soldados y oficiales del pretorio cuya actuación fue más que reprochable, pero sería injusto olvidar que las cohortes contaban con miles de soldados que, en su mayoría, nada tuvieron que ver con aquellos episodios y

sirvieron con honor hasta su licenciamiento o hasta perder sus vidas para mayor gloria del imperio y de su soberano.

Antes de su institución oficial por Augusto, miles de pretorianos habían combatido a sus órdenes o junto a otros generales como Marco Antonio, incluso enfrentándose entre ellos, frente a legionarios o enemigos extranjeros. El gobierno del primer emperador inició un periodo de paz relativa que no supuso la inactividad de los soldados del pretorio. Varias cohortes participaron en la derrota de los salassi (25 a. C.) a manos del general Murena.[20] Los salassi eran un pueblo de origen celta o ligur asentado en los Alpes. Muchos veteranos se establecieron en la colonia Augusta Praetoria Salassorum para asegurar la región. Aunque no tengamos noticias de ello, dado que Augusto viajó a Hispania durante la conquista de las tribus cántabras (26-25 a. C.), es probable que los soldados del pretorio lo acompañaran para escoltarlo, incluso ayudando a Agripa en combate. A partir de ese momento, quizás actuaran en las campañas dirigidas por varios de sus generales, como Agripa, Druso y Tiberio, en Recia, Norico y Panonia, y podemos sospechar su presencia en las campañas de Iliria o Renania. Lo que sabemos con seguridad es que no se encontraban presentes en la derrota del bosque de Teutoburgo (9) sufrida por Quintilio Varo.

A las órdenes de su sucesor, Tiberio, dos cohortes fueron enviadas con Germánico para custodiarlo y acabar con la sublevación de las legiones del Rin. Una vez logrado, no dudó en emplear a sus soldados para responder al peligro que generaban las tribus germánicas de los marsos, catos y queruscos (15-17), cruzando el río para devolverles el golpe sufrido en Teutoburgo. Sus victorias, sobre todo la obtenida en la batalla de Idistaviso frente a Arminio, le proporcionaron fama de excelente militar. A finales del año 17 Germánico viajó a Roma para ser premiado con el triunfo, seguido por los pretorianos. Lo mismo sucedería con Druso, que en sus campañas empleó una *vexillatio* compuesta por dos cohortes del pretorio, un contingente selecto adicional y todas las turmas de *equites* pretorianos para calmar a dos legiones sublevadas en la frontera panonia. Estas tropas estaban comandadas por el prefecto del pretorio Sejano, aunque bajo mando de Druso.[21]

Calígula demostró casi tan poco interés en acudir al frente como Tiberio. Solo conocemos un episodio que a veces se ha asociado a la tentativa de conquistar Britania, pero que en realidad consistió únicamente en unas maniobras operativas de sus tropas cerca de la frontera germana. [22] Los pretorianos ejercieron su función de escolta y no volvieron a abandonar Roma durante su gobierno, a excepción de enfrentamientos menores al otro lado del Rin, donde actuaron los *equites* pretorianos. Una vez que Claudio ocupó el trono, y consciente de que necesitaba ganar prestigio para afianzar su posición, entendió que la mejor manera era participando en una campaña militar exitosa, a ser posible no demasiado complicada, decidiendo marchar sobre Britania en el año 43.[23] Junto a las legiones, los pretorianos le proporcionaron algunas victorias como la conquista de Camulodonum (actual Colchester), en su única actuación militar a lo largo de este periodo. Escaso bagaje para lo que estaba por venir. El convulso periodo que propiciaron las disputas entre Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano pondría a prueba la capacidad y destreza de las cohortes como pocas veces en el pasado.

Generales al poder

> Estas fueron las palabras de Otón. Los soldados, cuando las oyeron, sintieron a la vez admiración por el hombre y pena por qué fuerza le contenía a él mismo; y derramaron lágrimas de dolor y pena, llamándole padre. «Nuestras vidas penden de ti», dijeron, «y por ti moriremos todos».
>
> DIÓN CASIO, *Historia romana*, LXIII, 14.

Nerón había escapado de nuevo a una conspiración, pero no sería la última. En el año 68 su extrema desconfianza y la férrea seguridad a su alrededor impedían otro intento que no viniera del exterior, y así fue. El gobernador de la Galia Lugdunensis, Vindex, decidió alzarse y se aseguró el apoyo de su homólogo en la Hispania Tarraconense, Servio Sulpicio Galba. Como antiguo miembro de la aristocracia senatorial, Galba contaba con

partidarios en Roma y podría lograr muchos más. Nerón entró en pánico, ni siquiera con todos sus efectivos era rival para las tropas combinadas de sus oponentes, y tampoco estaba seguro de la lealtad de sus soldados tras los recientes acontecimientos. La única alternativa era huir.[24] Ordenó que la flota se preparara en Ostia y solicitó, sin éxito, a los altos oficiales del pretorio que lo acompañaran, pues ya no temían ocultar su parecer. El propio prefecto del pretorio, Ninfidio Sabino, ambicionaba el trono y esperaba su oportunidad.[25] La noche antes de su partida los pretorianos que custodiaban la residencia imperial se retiraron siguiendo la orden del Senado, eliminaron a los pocos partidarios que aún tenía Nerón en la ciudad (como el prefecto Escipilo) y se atrincheraron en los *castra* para saludar a Galba como su nuevo soberano. Los ejércitos romanos de la frontera con Germania, liderados por Lucio Verginio Rufo, habían logrado derrotar a Vindex,[26] provocando su suicidio. Sin embargo, la proclamación conjunta del Senado y el pretorio a favor de Galba acabaron con cualquier oposición y Galba se apresuró para llegar a Roma. La situación de Nerón era ya más que desesperada, sin apoyos para revertir la situación y declarado enemigo del Estado. Resuelto a abandonar la ciudad a toda prisa, ni siquiera pudo traspasar sus murallas sin que su propia guardia personal, los *germani*, decidieran abandonarlo[27] como el resto. Incapaz de suicidarse y poco antes de ser capturado, le pidió a su secretario que lo apuñalara en la Vía Salaria.[28]

En contra de lo esperado por sus partidarios, la llegada de Galba a Roma no acabaría con los problemas. Con la esperanza de mantener su puesto y privilegios como recompensa a su apoyo, los pretorianos salieron a recibirlo y se toparon, no sin cierta lógica, con la cautela de alguien que sabía cómo habían traicionado a su predecesor, que decidió posponer una respuesta. Visiblemente contrariados, los pretorianos comenzaron a provocar altercados cada vez más serios, hasta que Galba decidió enviar a sus legionarios para detenerlos. Más de 7.000 pretorianos cayeron ante oponentes mucho más experimentados en combate. No contento con ello, los supervivientes fueron diezmados como castigo y otros muchos licenciados antes de tiempo para deshacerse de ellos. Incluso, cuando se arriesgaron a solicitarle el dinero prometido por su apoyo, replicó:

«Acostumbro a reclutar soldados, no a comprarlos».[29] El inicio de la relación entre Galba y los pretorianos prometía una convivencia difícil. La famosa severidad y avaricia asociadas a Galba no parece que hubieran sido tenidas en cuenta, o se entendieron como una buena opción, en comparación con los excesos de Nerón, de la que ahora comenzaban a arrepentirse. La disoluta vida de Nerón se había extendido a sus soldados, incapaces de adaptarse y aceptar la rigidez militar de Galba.[30] Más aún, sus recelos aumentaron al comprobar que su negativa a entregarles un donativo no se aplicaba en otros asuntos, donde se mostraba más generoso. En realidad, el nuevo emperador no estaba obligado por promesa alguna a realizar tales pagos, era el Senado quien había propuesto el acuerdo, probablemente con la esperanza de que Galba lo confirmara, pero no fue así. Sin embargo, debe de ser cierto que la personalidad de Galba no era, precisamente, del tipo que gana simpatías con facilidad, pues sus opositores crecían por momentos, incluso entre los senadores.

Los pretorianos pronto decidieron apoyar un nuevo cambio en el poder. Habían roto su sagrado juramento al abandonar a Nerón, incluso acabaron con su prefecto Ninfidio cuando este se autoproclamó emperador antes de que Galba pisara Roma, pero a cambio solo recibieron castigos y desconfianza. Nuevas destituciones entre la alta oficialidad del pretorio, los urbanicianos y los vigiles generarían todavía más inquietud ya entre todos los soldados de la capital. Quizá al corriente de ello, en apenas un año las legiones de Germania proclamaran a su general, Vitelio, como nuevo emperador. Las alarmas debieron de resonar por todo el Palatino, pues Galba no contaba con efectivos para derrotarlo, menos aún sin el apoyo de los mermados y descontentos pretorianos o del Senado. Debió de pensar que su única alternativa pasaba por nombrar un sucesor que calmara los ánimos, pues contaba ya con setenta y dos años, y adoptó a Lucio Calpurnio Pisón Frugi Liciniano. No obstante, Galba tampoco aprovechó la situación para ofrecer el tradicional donativo que las tropas esperaban.[31] Ingenuamente consideraba suficiente adulación realizar la ceremonia en los *castra* antes que en el Senado, esperando que los pretorianos se sintieran más allegados a su sucesor que a Vitelio. La situación era ya incontrolable, y un nuevo candidato lo aprovechó antes que el comandante de las legiones

del norte. Marco Salvio Otón era un hombre de confianza de Galba decepcionado por no ser el elegido. Debía actuar deprisa y aprovechó el descontento del pretorio para ganar su apoyo con halagos y regalos. Es posible que la actitud de Galba, aunque se debiera principalmente a su rectitud y sentido tradicionalista, también tuviera que ver con el estado en que Nerón había dejado las arcas públicas. Solo en donativos entregó más de 2.200.000.000 sestercios[32] que el nuevo emperador quiso recuperar mediante una comisión encargada de abrir la vía judicial contra los beneficiarios.

Otón sabía que para alcanzar la toga púrpura debía acabar con la vida de Galba antes que Vitelio. Con la ayuda de los *speculatores Augusti* del pretorio eligió el día y la hora para actuar. Momentos antes, Otón se ausentó del palacio alegando que debía supervisar la compra de una casa y corrió literalmente hacia los *Castra Praetoria*, donde fue recibido entre vítores y aclamaciones.[33] Sin embargo, Galba fue advertido y, junto con Liciniano, trató de reunir a los *germani* y otras unidades, pero todos se negaron a obedecer. La única opción era la cohorte pretoriana de guardia en el palacio, que Liciniano se ganó apelando a su honor y prometiéndoles, esta vez sí, el donativo deseado. Los esfuerzos del hijo adoptivo de Galba poco podían hacer ya frente al carisma que Otón había alcanzado entre el resto de soldados de la urbe. Los pretorianos abandonaron los *castra* y localizaron a Galba cuando atravesaba el foro rodeado por sus compañeros, la mayoría de los cuales no tardaron en unírseles.[34] Solo un pretoriano se mantuvo firme antes de ser reducido. No merece menos que un alto en este relato para rendir homenaje, al igual que ya hicieron los clásicos, al valor, coraje y honor demostrados por el centurión Sempronio Denso. Pocas veces tenemos noticia de acciones individuales al margen de los personajes más importantes de la Historia, pero cuando aún resuenan hazañas como esta no podemos por menos que contribuir a que sirvan como ejemplo. A pesar de ser superado en número, acusó a sus otrora hermanos por los crímenes cometidos y les animó a enfrentarle para ganar tiempo en la huida de Liciniano. El 15 de enero del 69 fue el último día para Galba y Liciniano tras menos de un año de reinado.[35] La crueldad del asesinato no pasó desapercibida para los senadores romanos, al ver cómo las cabezas de

Galba y Liciniano eran cercenadas y enviadas a Otón. Decidieron mostrarse alegres ante lo sucedido, esperando proteger las suyas.

Otón había logrado su objetivo gracias a los pretorianos y no tardó en agradecérselo, sabedor de que Vitelio se acercaba y los necesitaría para mantenerse en el trono. Entre los numerosos privilegios concedidos, les permitió que escogieran a uno de sus nuevos prefectos y al prefecto urbano. Dentro del pretorio era conocida por todos la existencia de sobornos entregados por los soldados rasos a sus oficiales para evitar las pesadas tareas que les correspondían. Se cree que hasta un tercio de cada manípulo (aproximadamente 50 de 160 efectivos) utilizaba una parte de su salario anual para comprar estas dispensas, incluso obteniendo permisos especiales, llamados *vacationes*, si se satisfacía la cantidad necesaria. Es más, si un centurión llegaba a conocer la procedencia adinerada de un recluta, lo acosaba obligándolo a realizar los más penosos trabajos entre malos tratos hasta que decidía pagar. Ello generaba un profundo rencor acumulado de los soldados hacia sus mandos. La procedencia de los pagos no era materia de interés para los centuriones, por lo que no pocos soldados tenían que recurrir a cualquier medio para conseguirlo, fuera licito o no (robos, extorsiones a civiles, etc.).[36] Otón sabía que debía erradicarlo para evitar conflictos entre la tropa, pero encontrando la manera de no enemistarse con los centuriones, y decidió pagarles lo que obtenían de su propio bolsillo si terminaban con esta práctica.[37] Una medida que mantendrían posteriores soberanos, pues derogar privilegios adquiridos era peligroso.

En este contexto, Vitelio y Otón trataron de iniciar conversaciones sin alcanzar un acuerdo. Otón se escudaba en el apoyo (impuesto) del Senado, mientras Vitelio enviaba cartas a los pretorianos para ganarse, sin éxito, un favor que Otón no podía perder y que justificaba ese trato de favor. Por el mismo motivo, el pretorio no tenía necesidad de oponerse a un emperador aupado por ellos mismos y que les colmaba de atenciones, frente a un candidato elegido lejos por las legiones. Una nueva guerra civil había comenzado, con la corona imperial como premio para un vencedor que, a la postre, sería Vespasiano.

Entre el año 68 y el 69, el trono que brevemente perteneció a Galba ahora estaba en manos de un Otón que necesitaba acabar con las

aspiraciones de Vitelio si aspiraba a mantenerlo. Desde Germania Inferior, su enemigo marchaba hacia Roma al frente de varias legiones curtidas en combate y necesitaba detenerlo con sus escasos recursos. Pretorianos y urbanicianos tendrían que demostrar de qué estaban hechos, formando *vexillationes* que tratarían de interceptarlo en la Galia Narbonense, antes de que las legiones fieles a Otón llegaran en su ayuda desde Dalmacia, Panonia y Mesia.[38] Si no se mostraba firme todo habría acabado. Vitelio dividió su ejército, entregando una parte a su legado Fabio Valente y el emperador tuvo que hacer lo propio. Frente a soldados acostumbrados a combates diarios ni siquiera con la ayuda de los pretorianos pudo Otón detener a Valente y decidió enviar cinco cohortes del pretorio y parte de sus turmas de *equites* para unirse a las legiones que habían logrado llegar a tiempo al norte de Italia (*VII Galbiana, XI Claudia, XIII Gemina, XIV Gemina Martia Victrix)* y enfrentarse el grueso del ejército de Vitelio. Mientras, otro contingente de Vitelio a cargo del legado Aulo Cecina Alieno había atravesado los Alpes y se encontraba cerca de las murallas de Piacenza. Allí se habían hecho fuertes tres cohortes pretorianas y algunos efectivos más a cargo de su general Vestrucio Espurina, para complicar su avance. Sin embargo, quizá deseosos de demostrar su capacidad, y ante la negativa de su comandante, que prefería utilizar la ventaja de las murallas frente al enemigo, los pretorianos lo forzaron a abandonar la plaza en dirección al río Po y encontrarse cuanto antes con su enemigo.

En ese trayecto sucedió un hecho importante para conocer la preparación y capacidad de los pretorianos en esa época. Marchando hacia el enemigo, Espurina ordenó a sus pretorianos levantar un campamento al acabar el día, necesario para resistir un ataque sorpresa. Los soldados obedecieron de mala gana, por tener que realizar tareas que consideraban demasiado sufridas, y no se rebelaron porque su general consiguió calmarlos. Sin duda, los pretorianos en campaña solían esperar pacientemente mientras los legionarios se encargaban de ello, y ahora no contaban con esa ayuda, lo que demuestra el grado de relajación que habían vivido y que Otón no había evitado para ganarse su favor. Muy a su pesar, pronto comprendería su error. Espurina, ante tal situación, regresó a Piacenza y allí lograría resistir hasta que Cecina desistió y se puso en

marcha hacia Bedriacum (Crémona). Los conatos de enfrentamiento entre pretorianos y legionarios de Otón fueron constantes, pues estos últimos no dejaban de increparles llamándolos cobardes y perezosos. No obstante, sin duda su capacidad militar era mayor de lo que este tipo de incidentes puedan hacernos creer, ya que lograron mantener su posición frente a los veteranos legionarios vitelianos incluso en una tarea, la defensa de una plaza, en la que los nunca antes se habían visto.

En Bedriacum, Cecina esperaba reunirse con Valente para la batalla decisiva. En su camino descubrió que otro contingente otoniano al mando del general Suetonio Paulino, tenía el mismo destino y preparó una emboscada para resarcirse de la derrota en Piacenza. Con Paulino viajaban tres cohortes y 300 *equites* del pretorio con 700 auxiliares de caballería que pusieron en fuga al legado de Vitelio tras una valerosa actuación. Sin embargo, Otón entendería como un acto de traición la decisión de Paulino de no perseguirles, permitiendo que los supervivientes alcanzaran a Valente. Paulino, el antaño vencedor de la britana Boudica, era uno de los que aconsejaron a Otón no enfrentarse a los legados de Vitelio sin esperar la llegada de las legiones aliadas a esa posición, pero su hermano y cónsul Ticiano, y el prefecto del pretorio Próculo ansiaban el combate y el emperador decidió destituir a Paulino para entregarles el mando.[39] Considerando sus nuevos generales que la presencia de Otón era peligrosa e innecesaria, lo convencieron para que se retirara a la cercana Brixellum (actual Brescello) con un ejército de reserva, los *speculatores* del pretorio, que aún formaban como unidad independiente y hasta algunos infantes de marina reconvertidos en soldados para aguardar a los refuerzos que ya se encontraban en Aquilea (apenas a diez días de marcha de allí). Las cosas no saldrían como tenían previsto.

Ni siquiera la ayuda de las tropas de Espurina, que habían abandonado Piacenza para unirse a la batalla, evitaría que se convirtiera en la mayor y, a la postre, definitiva derrota de los otonianos frente a los partidarios de Vitelio. Lamentablemente, no conocemos los detalles de la batalla y, sobre todo, del papel de los pretorianos en ella. Simplemente han pervivido sus quejas sobre la excesiva duración de la campaña, que esperaban concluir cuanto antes para regresar a la comodidad de Roma.[40] Esta versión

concuerda con lo sucedido en el episodio de Espurina, aunque no podemos estar seguros de si tal afirmación es verídica, pues muchas fuentes mostraron siempre un claro recelo hacia la institución pretoriana. Ello dificulta creer que los soldados del pretorio huyeran antes incluso de combatir, como demostraría su ardor guerrero poco después. Tácito solo señala que, tras la batalla, los pretorianos supervivientes clamaron que habían sido traicionados,[41] sin referir el motivo. Sea como fuere, la derrota no tenía que ser definitiva. Otón contaba con algunas tropas en Brixellum y solo debía resistir unos días hasta que las legiones lo alcanzaran para contar con un ejército nada desdeñable. Sin embargo, y contra todo pronóstico, Otón decidió rendirse y, a la mañana siguiente, se suicidó. Antes se dirigió a sus tropas, dejando una frase muy significativa: «Es mucho más justo morir uno por todos que todos por uno». Otón apenas había gobernado tres meses, pero el grado de compromiso que consiguió de sus pretorianos quedó claro cuando, desconsolados, muchos de ellos decidieron seguir sus pasos ante tal pérdida, arrojándose a las llamas de la hoguera prendida para incinerarlo.

Si esos noventa días supusieron para los soldados del pretorio la mayor actividad militar tras tres generaciones de licenciamientos, los siguientes no se quedarían atrás. Vitelio se había alzado con el poder y, albergando serias dudas sobre la lealtad de los pretorianos supervivientes, licenció a los soldados de elite de Otón a la vez que incrementó sus filas a partir de sus legiones hasta los 16.000 soldados (dieciséis cohortes ahora miliarias). Sin duda necesitaba efectivos para enfrentarse al nuevo candidato al trono surgido en Oriente, Vespasiano, pero cometió dos errores que resultarían fatales. Estos soldados no fueron escogidos entre los mejores, sino que ofreció formar parte del cuerpo pretoriano a quienes lo desearan, uniéndose a la institución muchos soldados dudosamente aptos. Por otro lado, los antiguos pretorianos de Otón, resentidos por perder su lugar, no dudaron en incrementar las filas de Vespasiano para enfrentarse de nuevo a Vitelio, esperando con ello que este les restituyera en la unidad si alcanzaba el trono.

Poco antes de tales sucesos, Nerón había encargado a Vespasiano la misión de acabar con una rebelión judía que terminaría por conocerse como

la primera guerra judeo-romana. Sin embargo, y en vista de la situación, sus tropas y las legiones de Egipto, Panonia, Iliria, Dalmacia, etc. pensaron que era el mejor candidato posible a ocupar el trono. Su general aceptó de buena gana, pero se encontraba lejos de la península itálica cuando conoció la muerte de Otón. Antes de dirigirse a Italia, envió un ejército de avanzada liderado por el general Antonio Primo, que debía alcanzar Bedriacum y enfrentarse a los soldados de Vitelio mientras Vespasiano se dirigía a Egipto para asegurar el envío de suministros. En esa batalla, los antiguos pretorianos de Otón formaron en la reserva y su victoria generó serias dudas sobre el tiempo que quedaba para que Vitelio siguiera los pasos de Otón y Galba. Al mismo tiempo, Valerio Paulino, antiguo tribuno pretoriano convertido en procurador de la Galia Narbonense, convocó a los veteranos del pretorio que quisieran unírsele para defender la plaza de Forum Julii (actual Fréjus), evitando que Valente la conquistara. La situación se complicaba, aunque los nuevos pretorianos de Vitelio aún no habían entrado en acción, y este decidió alcanzar el frente con catorce de sus dieciséis cohortes, todos los jinetes del pretorio y la legión adicional de infantes de marina. En la capital quedó el resto de soldados, los urbanicianos y los vigiles, por si era necesario replegarse y defenderla. El emperador decidió dividir sus tropas, enviando una parte con los prefectos del pretorio Julio Prisco y Alfeno Varo hacia Narni (en el centro de Italia) y otro contingente con seis cohortes y 500 jinetes más al norte, a Campania, comandados por su hermano Lucio Vitelio.

No obstante, las tropas de Narni decidieron rendirse a Primo y toda la estrategia de Vitelio se tambaleó. El temor alcanzó Roma, donde Vespasiano ganaba adeptos que acabaron enfrentándose a los vitelianos en las calles. Poco podían hacer frente a los pretorianos que aún custodiaban sus muros, ni siquiera con la ayuda de dos cohortes de urbanicianos que se habían unido a la revuelta dirigidos por el prefecto urbano Flavio Sabino (hermano mayor de Vespasiano). Rechazados y acorralados, se refugiaron en el Capitolio antes de que sus enemigos lo destruyeran para acabar con ellos.[42]

[1] Bingham (1997), 23.

[2] Dión Casio, LIII, 1, 5.

[3] Suetonio, *Augusto*, 4, 1-2.

[4]Tácito, *Anales*, IV, 5, 3.
[5] Passerini (1939), 44-47.
[6] De la Bédoyère (2017), 42.
[7] Dión Casio, LV, 24, 6.
[8] Bingham (1997), 25
[9] Ceñal (2008), 59; Keppie (1996), 109.
[10] De la Bédoyère (2017), 29-30.
[11] Menard (2004), 32.
[12] Tácito, *Anales*, IV, 60.
[13]*Ibid*., XI, 37, 1-38.
[14] Suetonio, *Caligula*, 56.
[15] Dión Casio, LIX, 29. Paulo Orosio, *Historias*, VII, 5, 9.
[16] Flavio Josefo, *G. J.*, II, 10.
[17] Tácito, *Anales*, XV, 49, 1-2.
[18] Dión Casio, LXII, 24, 1-3.
[19] Juvenal, *Sátiras*, X, 9-18.
[20] Estrabón, IV, 6, 7; Dión Casio LIII, 25, 5.
[21] Tácito, *Anales*, I, 24.
[22] Bicknell (1968), 496-505.
[23] Dión Casio LX, 21, 2.
[24] Suetonio, *Nerón*, 47, 1-3.
[25]Tácito, *Historias*, I, 5.
[26] Dión Casio, LXIII, 24.
[27] Juan de Antioquia, frag. 91, v. 35-38.
[28] Suetonio, *Nerón*, 48.
[29] Dión Casio, LXIII, 3, 1-3.
[30] Tácito, *Historias*, I, 5.
[31] Suetonio, *Galba*, 17. Tácito, *Historias*, I, 14, 1.
[32] Tácito, *Historias*, I, 20. Probablemente una cifra exagerada.
[33]*Ibid*., I, 27-31.
[34] Suetonio, *Galba*, 19. Dión Casio, LXIII, 5-6.
[35] Aurelio Víctor, *Caes.*, VI, 2-3.
[36] Ceñal (2008), 336.
[37] Tácito, *Historias*, I, 46.
[38]*Ibid*., I, 87.
[39] Plutarco, *Otón*, 8.
[40]*Ibid*., 9.
[41] Tácito, *Historias*, II, 44.
[42] Tácito, Historias, III, 71.

IX. CAMBIAR PARA PRESERVAR

La política pretoriana

> Y es que el soldado de Vitelio (pretoriano) en situación de peligro no se mostraba falto ni de astucia ni de firmeza. En el lado contrario los soldados temblaban, el jefe carecía de energía y, como si estuviera ido, no era capaz de valerse de su lengua ni de sus oídos […]; prohibía lo que había ordenado y ordenaba lo que había prohibido; luego según suele ocurrir en las causas perdidas todos mandaban y nadie obedecía; por ultimo arrojaban las armas y miraban por dónde podían huir y la manera de pasar desapercibidos. Irrumpen los vitelianos y todo lo llenan de sangre, hierro y fuego.
>
> TÁCITO, *Historias*, III, 73, 1-2.

La situación en la capital parecía controlada, al menos de momento, pero el escenario global era poco esperanzador. Vitelio quiso abdicar ante Primo pero los pretorianos se opusieron y lo obligaron a regresar a Roma para defender allí sus intereses. Sabían muy bien que si Vespasiano llegaba al trono perderían su recién adquirido estatus a favor de sus partidarios, y decidieron resistir en los *Castra Praetoria*. Antonio Primo no tardó en alcanzar el campamento, pero superar sus formidables defensas no sería fácil. En el momento de dar la orden, los antiguos pretorianos de Otón le rogaron dejar el asalto en sus manos. Su orgullo estaba herido, se trataba del que había sido su hogar, lo conocían mejor que nadie y estaban decididos a recuperarlo ante unos enemigos que ni siquiera consideraban merecedores del puesto que disfrutaban. Tras un largo y duro asedio las tropas de Vitelio fueron superadas. En la confusión, el todavía emperador intentó escapar para reunirse con sus tropas fieles que seguían acantonadas en Campania, pero fue capturado y decapitado. Vespasiano era el nuevo emperador, pero debía ocuparse de la institución pretoriana. Volver a licenciar a los antiguos soldados de Otón, que tanto valor habían demostrado, era demasiado peligroso, y diseñó un proceso a largo plazo para lograrlo sin incidentes. De ello se encargaría uno de sus hombres de confianza, Muciano.

Los doce años del gobierno de Vespasiano (69-79) y su hijo mayor Tito (79-81) discurrieron sin que los pretorianos regresaran al frente, lo que no harían hasta la época de Domiciano. Tribus germanas y dacias volvían a amenazar las fronteras y el último miembro de los Flavios necesitaba el prestigio militar para ser reconocido como sus predecesores. Un ejército de legionarios y pretorianos[1] estableció su campamento en Mogontiacum (Maguncia),[2] enclave estratégico para la vigilancia de la frontera del Rin, para derrotar a los catos. La victoria no resultó tan decisiva como se esperaba y quizá parte de los soldados del pretorio debieron permanecer allí para asegurar la región antes de que un nuevo conflicto estallara en Dacia (85). El gobernador de Mesia, Opio Sabino, había intentado sin éxito derrotar a sus enemigos y el emperador decidió convertir la venganza en un éxito personal que alejara cualquier duda sobre su capacidad al frente del imperio. Sin embargo, las cinco legiones y cohortes pretorianas enviadas a cargo del prefecto Cornelio Fusco correrían incluso peor suerte, pues a los miles de bajas sufridas se uniría la pérdida de las enseñas pretorianas (*signa*), lo que suponía una enorme deshonra. Domiciano no podía permitir que estos desastres empañaran su mandato, necesitaba recuperar los estandartes y asegurar la región antes de que fuera tarde. La nueva campaña estaría comandada por el propio soberano, siempre junto a los pretorianos, y el general Tercio Juliano, venciendo en la batalla de Tapae (actual Tapas, Rumanía) ante el caudillo Decébalo. Sin embargo, la tranquilidad en la frontera estaba lejos de conseguirse. Poco después los dacios contraatacaron hasta derrotar al ejército romano en Sarmizegetusa, mientras las tribus germanas de los cuados y marcomanos amenazaban de nuevo la frontera del Rin. Domiciano no podía actuar en dos frentes a la vez, y firmó un tratado de paz con Decébalo a cambio de un pago anual que asegurara la estabilidad. Una decisión muy criticada en Roma,[3] pues suponía reconocer la incapacidad del emperador para acabar con un enemigo que utilizaría el tiempo y dinero obtenidos para generar más problemas en el futuro, solo resueltos finalmente por Trajano (106).

Los germanos reclamaban toda la atención, aunque el resultado de la campaña (89) no fue el esperado, y poco después invadieron Panonia (92) antes de que Domiciano lograra por fin expulsarlos al otro lado del Rin tras

una gran victoria.[4] Sin detalles de lo sucedido, los pretorianos debieron de jugar un papel importante, quizá apoyando también al general Lapio Máximo y Trajano (futuro emperador y entonces legado de la *Legio VII Gemina* en Hispania) cuando fue enviado a Mogontiacum para acabar con la rebelión del gobernador de Germania Superior, Antonio Saturnino, y sus aliados de la tribu germana de los chatii. Es probable que Domiciano recompensara a sus pretorianos con honores especiales en el momento de su licenciamiento, si no antes, como se desprende del diploma ya mencionado, por su actuación en estas campañas.

Como el primero de los gobernantes hispanos que alcanzaron la púrpura imperial, Trajano tenía tantos o más frentes abiertos que su predecesor, y ese peligro se reflejaría en la actividad de los soldados del pretorio. Las consecuencias de la política fronteriza de Domiciano pronto se dejarían sentir en Dacia, pero Trajano estaba resuelto a acabar con Decébalo de manera expeditiva. Varias legiones y las cohortes pretorianas se pondrían en camino hacia la capital enemiga, Sarmizegetusa, con su prefecto, Claudio Liviano, al frente (102). Las tropas cruzaron el Danubio a través de las Puertas de Hierro (un cañón natural de 135 kilómetros de largo, hoy parte de la frontera entre Serbia y Rumanía) y lograron la victoria, no sin un elevado coste humano que obligó a concluir la campaña antes de tiempo. Trajano estaba presente y celebró un triunfo tras regresar a Roma, pero la región no se mantendría en calma hasta que Decébalo desapareciera. Poco después (105), cruzaría el Danubio con nuevos efectivos cuyos saqueos en territorio romano obligaron a Trajano a regresar. Esta vez sería la última. Trece legiones y las cohortes pretorianas se encargarían de ello, un ejército nunca visto desde tiempos de Augusto y cuya aventura quedaría inmortalizada en la Columna Trajana. Los ingenieros romanos construyeron un puente de piedra, de 1.135 metros de longitud, sobre el Danubio, al este de las Puertas de Hierro, con la intención de asegurar los suministros en territorio enemigo. Nada pudieron hacer los dacios para impedir la destrucción de su capital, la pacificación de todo el territorio y la captura de las ricas minas de la región. Esta se convertiría en una de las grandes victorias de Trajano, que culminó con la muerte del caudillo enemigo y la anexión de Dacia al Imperio romano.

No sería la última gran campaña para los pretorianos junto a su emperador originario de Itálica (actual Santiponce). En Oriente, el imperio parto aspiraba a ampliar su territorio a costa de los romanos, sin imaginar su contundente respuesta. Trajano atravesó el territorio enemigo, sin que lograran detenerlo (114-117), hasta conquistar la capital parta, Ctesifonte. Sus victorias le proporcionaron el control de Armenia y Mesopotamia, extendiendo la frontera del imperio hasta el río Tigris,[5] las más lejanas tierras que un pretoriano pisaría jamás. Nada sabemos de las misiones o el papel que desempañaron en las grandes batallas y asedios que se produjeron, lo mismo que con la segura presencia de los *equites singulares Augusti*, salvo la representación de la escena LXXXIX en la Columna Trajana, donde aparecen marchando cerca de Trajano. La última de sus actuaciones en este momento se produjo inmediatamente después, cuando los judíos residentes en Egipto, Chipre, Mesopotamia y Judea iniciaron una rebelión conjunta que amenazaba con convertirse en un problema serio si no se atajaba a tiempo. Con el prefecto Quinto Marcio Turbo, fueron enviados a Egipto, de todos aquellos lugares el principal para asegurar el envío de grano a Roma, logrando reinstaurar la paz en Alejandría[6] tras vencer en la llamada Guerra de Kitos (en hebreo «rebelión en el exilio»).

Sin descendientes a quienes tratar de entregar un imperio a cuya grandeza había contribuido enormemente, el sucesor de Trajano sería uno de sus mejores generales y también de origen hispano, Adriano. En este momento, la indignación de los judíos contra la dominación romana estaba lejos de desaparecer y se materializó en lo que conocemos como la Rebelión de Bar Kojba (132-135). El líder de los opositores se había autoerigido como «Nasi» (príncipe), y el emperador decidió enviar allí a sus tropas antes de que la situación se complicara. Judea fue arrasada por 12 legiones y varias cohortes pretorianas, hasta acabar con el líder enemigo y sus partidarios. En el proceso perdieron la vida 580.000 judíos (la gran mayoría civiles), mientras 50 pueblos fortificados y 985 aldeas fueron destruidos. Por su parte, la *Legio XXII Deiotariana* fue aniquilada, junto con gran parte de la *Legio X* y, probablemente, los soldados del pretorio también sufrieron cuantiosas bajas, hasta el punto de que el propio Adriano

no pronunció la frase protocolaria inicial de los emperadores en sus comparecencias ante el Senado «Yo y las legiones estamos bien».[7]

No tendremos más noticias sobre los pretorianos en el frente hasta treinta años más tarde. Los partos llevaban tiempo preparando su venganza en Oriente y habían ocupado Siria, por lo que Marco Aurelio decidió enviar a su coemperador Lucio Vero (162-166). Pocas veces una guerra es rápida y fácil. Fueron necesarios cuatro años de duros combates protagonizados por legionarios y pretorianos para obtener la victoria. No obstante, aunque las plegarias de los soldados romanos por el inicio de un periodo de paz no fueron escuchadas, los dioses convirtieron este enfrentamiento en una escaramuza en comparación con la amenaza de los germanos en el Rin. Hicieron falta diez años para contener a duras penas las incursiones de cuados y marcomanos (167-180), sin que tengamos noticias de la segura participación pretoriana. Es más, la necesidad de hacer pasar a un emperador la mayor parte de su longevo gobierno en el frente muestra la gravedad de la situación. Los germanos llegaron a cruzar los Alpes, penetraron en la Galia Cisalpina y sitiaron Aquilea (en el norte de Italia), obligando a movilizar la mayor parte de las cohortes, los urbanicianos y hasta los vigiles de la capital, junto a *vexillationes* integradas por infantes de las armadas de Miseno y Rávena. La mayoría sin experiencia en combate no fue rival para sus enemigos y perecieron junto a su comandante, el prefecto Tito Furio Victorino. No sería el único. Poco después uno de sus sucesores, Macrinio Vindex, sufrió un destino similar, y el propio Marco Aurelio les seguiría en el campamento de Vindobona (actual Viena). Esta vez el emperador contaba con un heredero natural, Cómodo, sin duda menos interesado en las labores de Estado que sus predecesores, y aún menos en los peligros del frente. Su primera decisión supuso el fin de los enfrentamientos para lograr regresar a Roma donde, a buen seguro, llegó escoltado por los pretorianos supervivientes.

No disponemos de información sobre los decenios siguientes en cuanto a la actuación de los pretorianos en combate, y ni siquiera podemos suponerla con cierto grado de certeza. Los nuevos conflictos surgidos en Dacia y Britania no suscitaron el interés de Cómodo más que los anteriores como para acudir al frente, mientras que los reinados de Pertinax y Didio

Juliano apenas alcanzaron entre ambos los seis primeros meses del año 193. Ni siquiera cuando Septimio Severo se apoderó del trono fue necesario, finalmente, que tomaran las armas, aunque a buen seguro se arrepintieron de no haberlo hecho. Poco antes, los desmanes del emperador Cómodo amenazaban con hacer bueno a Calígula,[8] iniciándose una nueva conjura que contaba con el apoyo del prefecto del pretorio Quinto Emilio Leto (192). La fecha escogida, el 31 de diciembre, propiciaría que muchos soldados del palacio estuvieran de permiso o relajados por el vino. Los pretorianos conjurados ya habían elegido a su sucesor para evitar la interferencia del Senado, el actual prefecto urbano Elvio Pertinax, conocido por su buena fama.[9] Este aceptó y prometió no solo el perdón, sino un generoso donativo, mientras, para evitar poner en peligro su vida, era conducido a los *Castra Praetoria* para ser allí proclamado. Con ayuda de su amante Marcia, esta envenenó la cena del emperador sin esperar que vomitaría el veneno a tiempo.

Había que actuar rápido y uno de sus libertos, Narciso, lo estranguló en la bañera momentos después y sin que nadie acudiera a socorrerlo. Leto explicó al pueblo que había muerto por causas naturales (apoplejía), y los soldados lo escoltaron camino del Palatino.[10] No tardarían los pretorianos en comprender que habían aceptado demasiado a la ligera la propuesta de Leto. Las arcas estatales estaban al borde de la ruina por la actuación de Cómodo, lo que impedía acometer el pago prometido. Del mismo modo, la vida disoluta de aquel les había permitido obtener ciertas libertades que pronto acabarían, pues su sucesor estaba dispuesto a instaurar la férrea disciplina perdida y a acabar con los abusos que estaban acostumbrados a cometer con la ciudadanía. Los primeros altercados apenas tardaron tres días en iniciarse, cuando muchos soldados decidieron no acatar sus órdenes. Alegaron que no deseaban servir a un emperador ya en la vejez, y que no hacía más que recriminarles veladamente pasadas traiciones. Los indignados trataron de obligar a uno de los senadores más respetados a que les acompañara a los *castra* y aceptara el cargo, pero este logró escapar para informar a Pertinax de lo sucedido. El emperador entró en pánico y, para calmar los ánimos, decidió ratificar todos los privilegios que Cómodo les había otorgado. No parecía estar en disposición de ofrecer una recompensa

que habría sido muy útil, pues tales concesiones se mostrarían insuficientes para evitar un nuevo cambio político. El 25 de marzo de ese mismo año, y a pesar de que el Estado romano parecía recuperarse poco a poco de la crisis, un grupo de soldados logró acceder al palacio. En vista del peligro, algunos aconsejaron al soberano que escapara en busca del favor que el pueblo le dispensaba por su buen gobierno, pero rechazó esa opción y quiso parlamentar a fin de calmar el tumulto. Sus esfuerzos se mostrarían vanos, y Pertinax fue decapitado.[11] Parece probable que el propio Leto estuviera de nuevo implicado, aunque las fuentes no aseguran que los soldados asaltantes fueran pretorianos; es más, ofrecen detalles sobre la procedencia del uno de ellos, un tungro procedente de Germania, y por tanto pudo tratarse de uno de los *equites singulares Augusti*[12] que el prefecto había logrado atraer prometiendo grandes beneficios.

Apenas ocuparía el cargo unos meses antes de pasar a engrosar la lista de emperadores que no lograron alcanzar el Eliseo con la calma esperada. Era el momento de buscar a un sustituto, pero los pretorianos aún estaban perplejos ante lo sucedido. Los principales agraviados por el nuevo emperador no tenían conocimiento de esta conspiración y, por tanto, no se habían preparado. La prudencia se impondría frente al temor de ser acusados como cómplices y la indignación que el pueblo podía manifestar hacia ellos aconsejaba permanecer en los *castra*. Sin embargo, nada sucedió. El Senado y el pueblo de Roma les temían tanto que no se pronunciaron, y la incertidumbre dio paso a una proclama sin precedentes en la historia de Roma. Varios pretorianos se encaramaron a los muros del campamento y anunciaron que la corona imperial estaba en venta al mejor postor. Ellos se encargarían de proteger al elegido y escoltarlo hasta el palacio real.[13] Si la vergüenza que podía haber manchado su historia por otras actuaciones no era suficiente, aquellos que debían proteger al soberano no solo eran incapaces de ello, sino que se atrevían a subastar su designación como si de un bien propio se tratara. Entre los ofertantes terminaría destacando un antiguo y adinerado cónsul, Didio Juliano, quien, enterado de la proclama no quiso desperdiciar la sorprendente posibilidad de convertirse en emperador. Prometió a los pretorianos mantener los beneficios que disfrutaron con Cómodo, así como 25.000 sestercios para

cada uno de ellos. Era suficiente para imponerse al único hombre que aspiraba a ganar la puja, Tito Flavio Claudio Sulpiciano, el prefecto urbano de quien temían que tratara de vengar la muerte de su predecesor y, además, yerno. Los pretorianos por fin veían reconocidas sus aspiraciones y el donativo que Pertinax nunca hizo efectivo. Roma tenía un nuevo emperador que, hasta esa misma tarde, nunca hubiera soñado con el honor de convertirse en el «propietario» del imperio. Los pretorianos se encargarían de asegurar la aceptación del pueblo y el Senado.

Juliano permitió que los pretorianos eligieran a sus propios prefectos, y aumentó la cantidad inicialmente hasta los 30.000 sestercios, como muestra de que habían elegido sabiamente. No obstante, el episodio de su ascenso supondría el odio del pueblo, que lo increpó y atacó siempre que quiso aparecer en público. El emperador incluso trató de comprar a los agitadores, sin éxito, pues estos pretendían mostrar la entereza moral de que habían carecido los pretorianos.[14] Solo estos lograron mantenerlo con vida y, conscientes de ello, no dudaron en retomar el libertinaje sin temor a represalia alguna. La disoluta vida que Juliano disfrutaba entre lujos y derroches no contribuyó en exceso a que no le perdieran el respeto debido, pero pronto se descubriría el engaño. El nuevo emperador nunca tuvo tanto dinero como prometió entregar, y las arcas del Estado todavía estaban lejos de ofrecerle el consuelo deseado. Apenas dos semanas después de su nombramiento, a los rumores sobre su liquidez se unió la rebelión de las legiones del Danubio, proclamando como emperador a su general, Septimio Severo. Al mismo tiempo, las tropas orientales entregaban su apoyo a Pescenio Niger y las acantonadas en Britania lo hacían a Clodio Albino. Apenas un detalle separaba las posibilidades de los aspirantes, la memoria de la rectitud de Pertinax y el aprecio que había despertado en el pueblo de Roma aún no se habían marchitado, y Septimio Severo gobernaba una provincia que antes había estado en manos de aquel, Panonia. Una circunstancia aparentemente trivial, se revelaría como decisiva llegado el momento, inclinando el apoyo de la plebe a su causa. Septimio era consciente de ello desde el principio[15] y se presentó como el único capaz de vengar su muerte, castigar a los pretorianos por sus ofensas, rescatar del miedo a los senadores y acabar con Juliano. Por si fuera poco, Panonia se

encontraba mucho más cerca de la península itálica que Oriente o Britania, lo que le proporcionaba una ventaja táctica para alcanzar la capital antes de que sus oponentes pudieran impedirlo. En un encendido discurso ante sus tropas, Severo apeló al mayor valor y destreza de sus tropas frente a los pretorianos para avivar rencillas ya tradicionales entre ambos cuerpos del ejército. No siempre había sido así, pero quedaban ya lejos en la memoria los tiempos en que demostraron su capacidad como soldados de elite junto a Octavio y Marco Antonio, o más recientemente con Trajano en las guerras dacias.

Sin tiempo que perder, Severo organizó su ejército y marcho hacia Roma. La situación era desesperada para Juliano. No contaba con tropas para oponerse y todos deseaban su caída. Reunió toda su fortuna, que incrementó con el apoyo de algunos amigos, saqueó lo poco que quedaba en las arcas del Estado y los templos de la ciudad para comprar a los pretorianos, pero estos, aunque aceptaron el pago, no hicieron nada por él aunque tampoco lo depusieron. Sin opciones, decidió preparar la ciudad para resistir un asedio, pensando en emplear los *castra* pretorianos como último reducto si era necesario. Incluso quiso habilitar los elefantes que esperaban su destino en los juegos para utilizarlos como armas de guerra. Todo sería inútil. Severo estaba ya muy cerca, y los pretorianos no estaban acostumbrados ni al combate ni a llevar a cabo tales tareas de fortificación, que realizaron con desgana y lentamente. Hacía casi dos décadas que no pisaban un campo de batalla, y aquellos que lo hicieron ya habían sido licenciados mucho antes. El esfuerzo y el trabajo ya no formaban parte de su vocabulario, por lo que difícilmente podrían imponerse a los curtidos y motivados legionarios de Severo.

Juliano quiso enviar a varios senadores como embajada para negociar, pero el riesgo que tal misión suponía para ellos significó la oposición del Senado en pleno. Hasta tal punto llegaron las increpaciones al emperador que este ordenó una medida impensable, acabar con todos los miembros del Senado. No obstante, ya de por si poco inclinados a obedecer a su títere, los pretorianos se negaron a obedecer. Los senadores lo sentenciaron a muerte y esta no tardó en alcanzarle cuando se encontraba en palacio presa del pánico,[16] a manos de sus soldados. Septimio Severo había logrado entrar

en Roma como emperador sin entrar en combate, pues los pretorianos esperaban que cumpliera su promesa de inmunidad, pero el sucesor de Juliano tenía otros planes que iban más allá de lo que ninguno podía imaginar.

El compromiso existía, pero también había dejado claro que castigaría a los responsables de la muerte de Pertinax y esa sería la razón de que fueran engañados por segunda vez. Severo entendía que, como responsables de la seguridad del emperador, todos los pretorianos eran culpables, y estaba decidido a deshacerse de ellos desconfiando tanto de su lealtad como de su capacidad. Las palabras previas solo buscaban evitar un enfrentamiento que ocasionara bajas entre sus tropas, y solucionaba el problema de tener que encargarse de Juliano personalmente. Aun sin ser conscientes de todo ello, los pretorianos recibieron la orden de formar en el exterior del campamento, desarmados, con la aparente intención de que le prestaran juramento de lealtad. Confiados, obedecieron, portando sus mejores galas hasta que, para su sorpresa, fueron rodeados por los legionarios del nuevo emperador. Mientras, una tropa escogida se apoderó de unos *castra* vacíos y los aseguró a la espera de noticias. En un discurso encendido, les acusó formalmente de todos los crímenes cometidos y los sentencio a muerte. Sin embargo, quiso mostrar benevolencia y les perdonó la vida a condición de que marcharan al exilio.[17] Sin otra opción, los que un día habían sido soldados pretorianos se marcharon avergonzados. El plan de Severo había resultado un éxito. Se había deshecho, en un momento, de las cohortes pretorianas de Roma sin una sola baja.

Sus tropas ocuparon la capital y la aseguraron cometiendo todo tipo de desmanes, que despertaron el recelo del pueblo.[18] No acudiría al Senado hasta la mañana siguiente, rodeado por sus soldados, para anunciar que las cohortes pretorianas habían sido licenciadas al completo. Anuló todas las decisiones de Juliano, divinizó a Pertinax y castigó con la pena de muerte a los que acusó de ser sus asesinos.[19] La desaparición de las cohortes pretorianas quizá fue, con mucho, la decisión que más pudo sorprender a los senadores y al pueblo de Roma. Desde su creación nunca había sucedido un hecho similar, y las implicaciones políticas no eran escasas. El emperador perdía su principal medio de presión y aquel que le aseguraba el

trono. Sin embargo, nunca llegó a disolver el pretorio, únicamente licenció sin honores a todos sus integrantes (*missio ignominiosa*), les arrebató sus estandartes como signo de degradación y les aplicó el castigo habitual para los desertores.

Severo necesitaba a los pretorianos, pero no a aquellos carentes de honor y lealtad más allá de sí mismos. De ese modo, el castigo, sin duda merecido, recaía en los soldados y no en una institución que no pocas veces había protagonizado también acciones gloriosas. Acabar con siglos de tradición en ella equivaldría a desmantelar las legiones por el deshonor que los miembros de una de ellas hubieran demostrado. Como era de esperar, para sustituirles nombró a sus propios legionarios, esta era la verdadera razón. Sin duda su lealtad no se encontraba en entredicho, sino que agradecerían el ascenso y se sentirían recompensados por su apoyo. Una medida aceptada por el pueblo y el Senado, sin duda cansados de los abusos de sus predecesores. A pesar de ello, Severo era plenamente consciente de que era necesaria una reforma urgente de las cohortes pretorianas para evitar que tales sucesos volvieran a repetirse. No obstante, y como demostrará el tiempo, los nuevos soldados del pretorio terminarían por cometer los mismos delitos, acabando con la vida de algunos de sus prefectos (como Ulpiano) o colocando en el trono a nuevos emperadores (tal es el caso de Alejandro Severo o Gordiano III), por lo que no hay duda de que el carácter de la institución estaba por encima de quienes fueran sus integrantes. Por otro lado, aunque las fuentes literarias señalan que Severo licenció a todos los pretorianos antes de iniciar sus reformas, los registros epigráficos muestran evidencias de que algunos continuaron sirviendo en las cohortes o como *evocati*.

Las nuevas reglas de Septimio Severo

> (Severo a sus legionarios) Vosotros os habéis ejercitado en el campo de batalla en vuestros continuos combates contra los bárbaros, y estáis acostumbrados a soportar todo tipo de fatigas... La piedra de toque de los soldados es el esfuerzo, no la vida muelle. Los

pretorianos, ebrios de la vida en la que se han desarrollado, no resistirían ni vuestro grito de guerra, ni mucho menos vuestro ataque.

HERODIANO, *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, II, 10, 2-6.

A partir del siglo III se oficializó el cambio en la tendencia relativa al origen de los aspirantes, comenzando a predominar candidatos ajenos a la península itálica, ya fuera procedentes de las mismas regiones que ya con anterioridad habían participado en este proceso (Tracia, Panonia, Moesia, Dacia, Norico, Macedonia, Épiro, Acaia, Dalmatia, Germania, África Proconsular, Numidia, Asia, Ponto y Bitinia, Licia y Panfilia, Cilicia, Syria e Hispania, de la Gallaecia y la Bética) o de otras con menor presencia hasta la fecha (Raetia, Gallia Bélgica, Gallia Lugdunensis, Capadocia o Galatia), pero todas ellas caracterizadas por contar con la presencia de tropas del imperio. El porcentaje de soldados que cada una aportó al pretorio variaba, destacando ahora las regiones situadas en la frontera con el Danubio (casi siete de cada diez pretorianos),[20] ya que muchos de los nuevos pretorianos provendrían de las legiones regulares. Del mismo modo, es lógica la preeminencia inicial de aquellas regiones que habían apoyado a Severo y, más tarde, de las que contaban con más efectivos para contener las amenazas en las fronterizas, para asegurar su preparación, experiencia en combate y valentía.[21] No obstante, parece que los nuevos pretorianos procedentes de las legiones supusieron más una parte importante de las incorporaciones que la mayoría. En realidad, los registros epigráficos indican que la edad de los nuevos reclutas se mantenía muy similar a la tradicional, oscilando entre los quince y los veintiséis años, por lo que muchos de ellos no pudieron haber servido previamente en una legión o actuado en otro puesto militar (entre quince y dieciocho), y en sus dedicatorias tampoco se menciona, como aparece entre quienes sí lo hicieron.

Como ya sucediera, muchos de los nuevos aspirantes tenían una característica en común, su padre había sido veterano de las legiones. No solo eso, numerosas inscripciones muestran que habían nacido y crecido en campamentos militares.[22] Se trataba de jóvenes que desde su más tierna infancia solo conocían la vida militar, sus normas, quehaceres, trabajos y

formas de actuar. Lo llevaban en la sangre y lo respiraban cada día. Por si no fuera suficiente carta de presentación, que lo era tras la reforma del pretorio, sin contar con experiencia propia acreditable, muchos no dudaron en presentar la hoja de servicio de sus padres o hermanos como aval sobre su idoneidad. Una estirpe adecuada nunca dejó de constituir una credencial importante. También ingresaron hijos de cargos provinciales, ya fuera por influencia familiar o por destacar entre sus pares, aunque procedieran de la vida civil. De esta forma, se aprecia cómo el nuevo sistema instaurado por Severo no logró imponerse totalmente sobre la tradición. En realidad, este cambio en la tendencia de ingreso respondía al interés del propio emperador por premiar a sus veteranos y admitir a sus hijos sin servicio previo,[23] pues estos garantizaban una lealtad férrea tan importante como una impecable hoja de servicio. No buscaba garantizar la igualdad de oportunidades entre los legionarios sobresalientes del imperio, como se trató de hacer creer, pues, en la práctica, el acceso dependía enormemente del origen y linaje del aspirante.[24] En este sentido, cabe matizar también las consecuencias de estos cambios en cuanto al nivel cultural de los nuevos pretorianos o el destino de los jóvenes itálicos según las fuentes. Si bien es cierto que las maneras y actitud de los soldados provinciales no debieron de ser las mismas que los antiguos pretorianos, no es fácil creer que se comportarían como bárbaros tras años de vida en la urbe. Del mismo modo, el descenso en el ingreso de jóvenes itálicos no era una razón real que les llevara al bandolerismo para subsistir, pues su origen nunca debió de situarse entre las clases más bajas, y existían muchas opciones de promoción en el ejército o en política. En cualquier caso, el pretorio nunca absorbió a todos ellos entre sus filas, sino solo a una pequeña parte.

En principio, Severo optó por mantener el servicio en los dieciséis-diecisiete años reglamentarios para los nuevos reclutas que no habían actuado antes en el ejército; mientras que el resto vería descontado el tiempo dedicado a las legiones.[25] Algunos autores elevan esa cifra a dieciocho años, y numerosas inscripciones muestran a pretorianos que no vieron reducido ese canon tras actuar en el ejército regular, alcanzando muchos entre diecinueve y veintitrés años sumados ambos destinos, sin ni siquiera llegar a ser licenciados, ya que cayeron en servicio. Podríamos

pensar que, en realidad, era necesario cumplir el total del servicio en las cohortes, independientemente de los años cumplidos antes de ser transferidos, o que esos dieciséis o diecisiete años era un ideal mínimo de cumplimiento habitualmente superado. Sin embargo, los *laterculi* (listas de licenciamiento para aquellos que alcanzaban la *honesta missio*) de los primeros años del siglo III muestran cómo los primeros reclutados por Septimio nada más acceder al trono (193) apenas habían cumplido siete u ocho años de servicio en el pretorio, lo cual solo podría entenderse si antes no hubieran cubierto el resto sirviendo en las legiones, lo que implicaría que sí que se descontaba. Una posibilidad implica que se tratara de un premio para aquellos soldados de las legiones que lo habían apoyado para ocupar el trono, permitiéndoles licenciarse mediante ese cómputo, mientras que las nuevas incorporaciones procedentes de las legiones (no así a los nuevos reclutas) aunque no existía un tiempo establecido de permanencia previa en ellas (conocemos inscripciones desde solo dos años hasta doce),[26] no tendrían esa suerte.

Es difícil pensar que, al no mencionar las inscripciones ese cambio de estatus, se tratara de *evocatus* reenganchados, pues incluso en los escasos ejemplos que contamos de licenciamientos antes del tiempo mínimo estipulado lo indicaban por el honor que suponía. La explicación quizá puede encontrarse en el enorme coste que el ejército suponía para unas arcas del Estado ya esquilmadas, más aún cuando cada licenciamiento implicaba realizar los pagos estipulados, llegándose a acuñar monedas para ello con menor valor del habitual, lo que generó una elevadísima inflación. Era preferible que los soldados siguieran en activo todo lo posible, con más motivo en periodos de elevada actividad militar. De ese modo, si un pretoriano tenía la suerte de cumplir su servicio en un periodo de paz y bonanza económica podría hacerlo tras dieciséis o dieciocho años en las cohortes, de lo contrario ese tiempo podía alargarse enormemente, lo que aumentaba las posibilidades de acabar sus días en acto de servicio para regocijo del Estado, que evitaba el pago prometido. Quizá por ese motivo se abandonó la tradición de incluir en los *laterculi* el año de alistamiento, ya que era difícil que aquellos soldados que se licenciaban juntos se hubieran incorporado al mismo tiempo. La reforma también afectaría al régimen

jurídico de los legionarios, quedando permitido que contrajeran matrimonio legal antes de licenciarse, mientras los *principales* ganaron el derecho a portar el anillo áureo y a colegiarse. Los *collegia* («juntos por ley») eran asociaciones privadas que actuaban como instituciones con estatutos reconocidos por el derecho romano y cuya finalidad podía alcanzar desde lo religioso a lo profesional. Servían para dar asistencia a sus miembros en determinadas circunstancias, defender sus intereses legales, etc. y llegaron a alcanzar un importante peso político como grupos de presión.

Sin duda, la reforma de tan importante institución, más si cabe cuando aún el nuevo emperador no había tenido tiempo de afianzar su posición en el trono, requería mayores garantías que las aportadas por sus nuevos pretorianos. Para evitar cualquier oposición en estos momentos de incertidumbre, Severo mantuvo acampa a su poderosa *Legio II Phartica* en el cercano Monte Albano. Sus solo 10 hectáreas lo convertían en un acuartelamiento más reducido que los *Castra Praetoria* y que los campamentos legionarios habituales, lo que se ha explicado indicando que allí solo se alojarían los soldados que aún no se habían casado. El resto vivía con sus familias en las habituales tiendas o cabañas (*canabae*) que surgían cerca de estos, donde se encontraban los comerciantes que pretendían hacer negocio con ellos.[27] Su presencia, incrementaba el número soldados en la urbe, y Severo tenía planes para ellos.

Ahora bien, debemos analizar en qué grado estas medidas afectaron a los soldados del pretorio. En cuanto al matrimonio (*conubium*), este derecho existía ya de manera tradicional para el pretorio, aunque, si la mujer era extranjera, solo si la unión se producía una vez cumplido el servicio activo, sus descendientes recibirían la ciudadanía romana. Sin embargo, negar que, en la práctica, ya se produjeran uniones con anterioridad al licenciamiento no es imposible, a pesar de que se haya defendido alegando la necesidad que el emperador tenía de asegurar la lealtad exclusiva de sus tropas de elite y garantizar su dedicación completa al servicio.[28] La mención a esta disposición jurídica en los diplomas no implicaba su vigencia real, sino más bien el mantenimiento de fórmulas tradicionales carentes ya de sentido práctico. Lo mismo sucedía en época de Caracalla cuando estos documentos mencionaban esposas extranjeras de

pretorianos (o sea, provinciales) cuando estas legalmente no lo eran desde que concediera la ciudadanía a todos los habitantes del imperio, o que los soldados efectivos auxiliares que ya eran ciudadanos antes de licenciarse mencionaran la recepción de ese derecho como premio en sus inscripciones. Es más, no podemos imaginar que el propio Severo, en un momento de especial delicadeza como era la toma del poder, decidiera enemistarse con el pretorio otorgando un derecho a los legionarios que ellos no podrían disfrutar, ya que, incluso entre los auxiliares del ejército, los marinos, etc., la prole nacida en servicio quedaba legitimada a su conclusión.[29] Ello supondría no solo una merma en sus privilegios que, de por sí, debían ser superiores a los de los legionarios para engrandecer la institución, hacerla atractiva y asegurar su apoyo. Si un legionario contraía matrimonio durante su servicio, basándose en ese derecho, ¿qué debería hacer si, más tarde, accedía al pretorio? El supuesto legal, aunque quizá no muy frecuente, podía existir (obligándoles a abandonar a sus familias), y provocar malestar en aquellos en los que esperas confiar no es una decisión muy sabia. En época de Vitelio numerosos jinetes auxiliares que lograron convertirse en *equites* pretorianos estaban ya casados, y Vespasiano respetó esa situación, aunque desconozcamos si el reconocimiento legal se produjo ya entonces o tras su licenciamiento. Del mismo modo, permitir esos supuestos y negar la posibilidad a los nuevos reclutas suponía un agravio comparativo añadido. Por si aún quedaran dudas, son varias las inscripciones epigráficas de soldados pretorianos que mencionan a sus esposas antes de acabar su servicio, algunos de ellos casados antes de su ingreso, y otros dejaron constancia de su condición de padres cuyos hijos eran legítimamente reconocidos.

La concesión de la *honesta missio* quedó establecida en una fecha concreta anual, pues se pretendía instaurar la celebración de un acto único donde coincidieran pretorianos y legionarios para facilitar su gestión administrativa. En el caso de Septimio, esta quizá se produjo en febrero, aunque su hijo Caracalla impuso el 7 de enero. Como era de esperar, los donativos tradicionales no desaparecieron, pues su importancia estaba fuera de duda para todo emperador que quisiera mantener su puesto y conciliar el sueño, y no fueron pocas las ocasiones en que se entregaron a partir de este

periodo. Caracalla y Geta lo otorgaron cuando sustituyeron a su padre, Septimio Severo (211), y el primero lo repetiría poco después tras deshacerse de su hermano para hacer olvidar ese hecho y gobernar en solitario.[30] Es más, el mismo día que incrementó el salario de sus pretorianos hasta los 2.500 denarios, les entregó esa cantidad por este concepto. En 238 el ya anciano emperador Gordiano I no faltó a la cita en su proclamación, extendiendo su generosidad al propio pueblo romano, aunque solo conocemos una noticia más a este respecto antes de la disolución de las cohortes y relacionada con el ascenso al poder de Tácito (275).

En lo que respecta al ámbito militar, estaba claro que muchos de los nuevos pretorianos no carecían de experiencia, pero si esperaban iniciar en la capital una placentera y tranquila vida estaban muy equivocados. El nuevo emperador era un hombre de acción, hábil estratega que como antiguo gobernador de la fronteriza Panonia Superior conocía bien los peligros que amenazaban al imperio, y también sus debilidades. Los enemigos se multiplicaban sin que la maquinaria bélica romana se engrasara para evitarlo, amenazando con alcanzar la propia península itálica si no se remediaba. La solución tradicional para contenerlos ya no era adecuada a nivel operativo, y las fronteras amenazaban con colapsar al unísono provocando una situación que resultaría incontrolable. El sistema de defensa consistía en situar un número de legiones variable (en función de la gravedad de la amenaza) y permanente en lugares estratégicos para contener a importantes enemigos como germanos, partos, godos o sasánidas. En caso necesario, para evitar costes y ganar tiempo se movilizaban legiones enteras o *vexillationes* a partir de los ejércitos permanentes más cercanos. Sin embargo, en ocasiones estos efectivos no solo no eran suficientes, sino que implicaban reducir la defensa en las regiones de origen, con el consecuente peligro adicional. Es más, si se producía un ataque simultáneo en dos provincias limítrofes, la posibilidad de que ambas se auxiliaran entre si quedaba anulada, y esta eventualidad cada vez resultaba más factible. Si alguno de estos enemigos consiguiera imponerse a las legiones fronterizas, no quedaría nadie para impedirles no solo arrasar la provincia, sino avanzar hacia el interior, pues solo se

prestaba atención a la defensa del perímetro. Por si fuera poco, a los ejércitos enemigos se unían otros peligros no menos preocupantes como revueltas, aparición de usurpadores y otros.

Los avances que Marco Aurelio había logrado en esta tarea necesitaban continuidad si los ciudadanos del imperio estimaban en algo su bienestar.[31] Severo decidió que la única manera de reforzar ese sistema era crear un ejército autónomo en reserva, capaz de movilizarse en cualquier momento y acudir rápidamente donde fuera necesario. En cuanto a su composición, el emperador no tenía que buscar muy lejos. Contaba con una legión completa, experimentada y leal que se encontraba ociosamente acampada junto a la capital, la *Legio II Parthica*.[32] No era suficiente, las amenazas eran demasiado poderosas para una sola legión, y los pretorianos se encargarían de reforzarla. El problema para que otros mandatarios no hubieran empleado antes a tantos soldados del pretorio y con tanta asiduidad en el frente tenía que ver con el riesgo de no contar en la capital con efectivos suficientes para garantizar su control y la seguridad del emperador, por lo que decidió incrementar sus filas. De este modo, Severo formó un ejército nada desdeñable con 5.300 legionarios, entre 10.000-15.000 pretorianos y 2.000 *equites singulares Augusti* (cuyos integrantes se duplicaron).[33] En total entre 17.300 y 22.300 soldados,[34] a los cuales, en caso necesario, podrían unirse los ahora 6.000 urbanicianos (cuyas cuatro cohortes pasaron de 1.000 a 1.500 efectivos)[35] y los 7.000 vigiles existentes en este momento,[36] ambos cuerpos también beneficiados en número por estas medidas hasta igualar a los pretorianos.[37]

Las cohortes pretorianas pasaron a quedar constituidas no solo como la fuerza de elite del ejército romano para la seguridad del emperador, sino como parte de la nueva maquinaria romana encargada de la estabilidad en todo el imperio. Sus efectivos tendrían que abandonar los lujos de la vida en Roma con más frecuencia que nunca y durante largas temporadas, pero la ciudad quedaría a cargo de los ahora más numerosos urbanicianos y vigiles, que incluso podían unirse a ellos en situaciones de extremo peligro, y no sería la primera vez. A pesar de todo, hacía falta algo más. Enviar a un ejército de reserva poderoso ayudaría a aliviar la tensión en un momento concreto y un punto específico de las extensas fronteras romanas sin

necesidad de desviar efectivos de otros lugares, pero no disipaba el temor a un ataque simultáneo en regiones alejadas entre sí, donde tendría que dividirse en *vexillationes* para actuar y perder parte de su efectividad. En realidad, los pretorianos siempre habían existido como fuerza de reserva teórica (a veces también en la práctica), por lo que los sucesores de Severo, pronto añadieron efectivos adicionales entre las unidades que más lo requerían. La mayor parte de los legionarios y pretorianos eran tropas de infantería a las que poco podían apoyar tan solo 1.000 *jinetes* del pretorio y 2.000 *singulares*. Por ese motivo nuevos contingentes de caballería auxiliar experimentada como los mauri y los osroeni se sumarian a una unidad de *equites extraordinarii* compuesta por germanos y sármatas.[38]

Por si fuera poco, a lo largo del siglo III se inició la creación de puestos de vigilancia en lugares estratégicos, *stationes*, donde contingentes de pretorianos recibirían la nueva misión de ocuparlos. Se situaron en las principales vías romanas de comunicaciones hasta lugares como Asia, Numidia, Hispania, etc., garantizando la seguridad de la logística imperial (sobre todo del envío de suministros para la *annona*), asegurando esos pasos y puertos comerciales, informando de incursiones y enfrentando cualquier posible peligro. Del mismo modo, *vexillationes* procedentes de este ejército central quedaron acantonadas en lugares especialmente conflictivos para apoyar a las legiones allí estacionadas, reduciendo enormemente el tiempo de respuesta y evitando que el ejército central se movilizara.

Esta nueva responsabilidad exigía mucho más de lo que esta unidad había afrontado nunca, incluso superando a las legiones. Junto a la *Legio II Parthica*, tenían que estar preparados para afrontar desde el calor de los desiertos de Mauritania, contra enemigos que empleaban tácticas de guerrilla, hasta el no menor de Asia, hogar de los catafractarios sasánidas (caballería pesada acorazada), o soportar las lluvias torrenciales y el frío de Germania mientras trataban de sobrevivir al coraje de los bárbaros. Sin duda, los legionarios de la *Parthica* aparentaban estar mejor preparados para tales peligros, al provenir de una de las regiones fronterizas más duras del imperio, y la admisión de antiguos legionarios en el pretorio solo ayudó a paliar ese aspecto en parte, pues el resto de reclutas sin experiencia en

combate podían suponer un problema en cuanto a su efectividad en el campo. La *Legio Parthica* no solo contaba con efectivos de infantería, caballería, arqueros, auxiliares, etc., sino que sus especialistas también eran expertos en el uso de maquinaria bélica (*ballista*, *scorpio*, etc.), muy útiles para la labor que les esperaba. Sin embargo, las nuevas necesidades a las que tendría que hacer frente (diversidad de enemigos, ambientes, misiones ofensivas y defensivas) obligaron a incorporar otras unidades como los *lanciarius* (soldados de infantería y caballería armados con *lanceae* y escudo oval) y los *phalangiarius* (falangistas con largas lanzas al estilo de las *sarissas*), cuya existencia también permitía ampliar o modificar las tácticas de combate habituales. De este modo, cualquier *vexillatio* formada a partir de este ejército contaría con soldados de todo tipo para asegurar su idoneidad. Lógicamente, como parte de estas tropas los pretorianos debieron de protagonizar su propia adaptación, comenzando a ser adiestrados en el uso del arco y otro tipo de armamento como el *pilum* y la *lancea*.

Muy pronto, apenas sin tiempo para asimilar tales cambios, Severo movilizó sus tropas ante aquella de las amenazas posibles que suponía un peligro mayor para el emperador que para el imperio, los usurpadores. Ningún pretendiente en su sano juicio se postularía sin saber que tenía el apoyo de un número de tropas, cuanto menos, suficiente para alimentar su ambición, y de ello dependía que se convirtieran en un problema o un gran peligro. Las legiones que se podían poner de su lado suponían una dificultad añadida al retirarlas de la provincia donde estaban acantonadas, incrementando el riesgo de un ataque externo que aprovechara la situación y que, más tarde, también habría que afrontar. En este momento, los candidatos eran Pescennio Niger (gobernador de Syria, quien había logrado reunir a las legiones de Asia Menor y Egipto para controlar la parte oriental del imperio) y Clodio Albino (quien hizo lo propio en la Galia y Britania). Solo conocemos la participación segura de los pretorianos en la batalla que acabó con este último en Lugdunum (197),[39] aunque probablemente estuvieron presentes en todos los enfrentamientos que Severo tuvo que librar. Sin embargo, en este momento las cohortes pretorianas aún sirvieron a la antigua usanza, junto a su emperador y como fuerza de reserva que solo

tomó parte cuando fue necesario. A partir de entonces, los pretorianos asumirían su nuevo papel, independientemente de la presencia de su soberano y, a las órdenes de Septimio y Caracalla, su efectividad quedó patente no solo frente a la ya tradicional amenaza de los partos en Oriente (195-196, 197-199 y 202)[40] sino también en Britania (208 y 211).

No obstante, el nuevo papel de esta unidad de elite estaba lejos de evitar que siguiera manteniendo muchas de las características tradicionales y de las señas de identidad que las habían convertido en uno de los más importantes grupos de influencia política del Imperio romano. Su participación en el frente de combate, aun siendo mucho mayor, en la práctica pocas veces supuso la movilización de todos sus efectivos, al seguir siendo considerados como los directos responsables de la salvaguarda del emperador y su familia, su cuartel se mantenía dentro de los muros de la urbe, su cometido en cuanto a la seguridad y el orden no desapareció a pesar de los nuevos efectivos urbanicianos y vigiles, y conservaron el favor del emperador en todo momento. Todo cambia para que todo siga igual, la reforma lampedusiana de Severo habría podido firmarla Alphonse Karr, pero nunca fue tan profunda como podría esperarse, y tampoco fue esa nunca su finalidad, aunque pudiera parecerlo. En realidad, Severo siempre tuvo claros sus objetivos y los pretorianos eran una herramienta más para alcanzarlos, estaban a su servicio y no al revés, pero no tardarían mucho en recuperar su antigua influencia.

Los hijos de la discordia

> Mientras estaba contemplando (Caracalla) una carrera de cuadrigas, el público abucheó a un auriga por el cual él se interesaba. Interpretando que era él el afrentado, ordenó a las tropas (pretorianas) que arremetieran contra la muchedumbre y que detuvieran y ejecutaran a quienes hubieran insultado al auriga. Viéndose con licencia para matar y robar, no pudiendo, por otra parte, descubrir a los responsables de los abucheos, los soldados detenían de forma indiscriminada a quienes caían en sus manos y les daban muerte, o tras quitarles todo lo que tenían en concepto de rescate, a lo último les perdonaban la vida.
>
> HERODIANO, *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, IV, 6, 4.

El nuevo emperador siempre se había mostrado como un gobernante enérgico y previsor, por lo que (211) debió de confiar en una sucesión sin incidentes a su muerte, al dejar establecida la corregencia entre sus dos herederos varones, Caracalla y Geta, con veintitrés y veintidós años de edad. No podía imaginar, o quizá sí y por ello tomó tal medida, que no conseguiría calmar su ambición, surgiendo pronto la desconfianza mutua. Ambos temían que el otro tratara de eliminarlo para gobernar en solitario, escogieron a sus propios guardaespaldas personales para que les protegieran en todo momento y solo aparecieron juntos en contadas ocasiones.[41] Caracalla estaba decidido a hacer valer su primogenitura, aunque ello supusiera la muerte de su hermano, y solo necesitó unos meses para poner en marcha sus planes. Era consciente de que sería difícil emprender cualquier acción contra su hermano, pues estaba permanentemente vigilado. Necesitaba buscar la manera de sortear ese cerco, y la respuesta estaba en su propia madre, Julia Domna. Estuviera implicada o no, se desconoce, Caracalla le pidió que convocara a ambos hermanos en palacio, sin protección, para mejorar su relación. Geta accedió, probablemente por el aprecio que sentía hacia ella, pero cuando madre e hijos se encontraban juntos, varios centuriones pretorianos se presentaron ante un Geta que, desarmado e indefenso, corrió hacia Julia buscando su ayuda, aunque era tarde.[42]

Roma no tardó ni un año en volver a tener un único emperador, y Caracalla se preparó para asumir su papel sin mostrar remordimiento por el precio pagado para lograrlo. Nada más lejos de su ánimo, necesitaba ocultar su implicación en tan cruel acto y dio comienzo a una particular obra teatral. Con la sangre de su hermano aún en las ropas de su madre, salió de la habitación solicitando auxilio al resto de la guardia, clamando que habían tratado de asesinarlos a ambos y solo él había logrado escapar a duras penas. Fuertemente escoltado, hizo que lo trasladaran a los *Castra Praetoria* en plena noche, alegando que solo allí estaría a salvo (en realidad de la ira del pueblo, si conocía lo sucedido), y nada más llegar se refugió allí donde las cohortes guardaban sus enseñas, el lugar más sagrado para ellos, antes de contar su versión a los pretorianos. Se esforzó en alegar que eran los dioses quienes habían decantado la balanza de aquel fingido

combate a su favor, acusando a su hermano de haber tratado de envenenarle y de comportarse irrespetuosamente con su propia madre antes de atacarlo y recibir la ayuda los valientes centuriones que acabaron con su vida.[43] Caracalla sabía que necesitaba convencer a los pretorianos si quería conservar la suya, pues con su apoyo el Senado no podría condenarlo, si es que se atrevía a tal cosa. Su discurso se cerró con la promesa de un donativo de 2.500 denarios a cada soldado para agradecer la ayuda divina, acompañado de un aumento considerable en su salario, que sirvió para despejar cualquier duda, además de una generosa recompensa para sus supuestos salvadores. Sabía que la hábil gestión de su padre había recuperado, en parte, las vacías arcas del Estado y pronto utilizó tales fondos para este fin. De poco sirvió conocer la verdad, pues aquellos soldados no pretendían perder lo que se les había prometido y nada ganaban con eliminarlo, salvo un futuro incierto.[44] Caracalla había apelado a su honor, alegando que era su deseo «vivir con ellos y morir con ellos en combate, si así debía ser», no podía imaginar entonces lo poco que tardaría en cumplir su promesa, aunque no exactamente de ese modo. A pesar de todo, algunos pretorianos iniciaron una sublevación, indignados al conocer el ajusticiamiento de sus compañeros, que, solo siguiendo órdenes, habían actuado como guardaespaldas de Geta. Lamentablemente, no eran suficientes para resistir al resto de los pretorianos y los disturbios acabaron pronto con la ejecución o destierro (no es conocido con seguridad) de uno de los tribunos pretorianos que los encabezaba.

Al día siguiente, Caracalla se presentó ante el Senado escoltado por todas las cohortes pretorianas armadas,[45] portando su coraza bajo la toga senatorial, pues temía que los senadores hubieran preparado una conjura en su contra. Pero necesitaba la ratificación de la más alta magistratura romana. Caracalla repitió la misma versión ante los ojos suspicaces de los senadores, que sin embargo no se atrevieron a acusarlo, vigilados como estaban por aquellos soldados. Sin demora, ordenó encarcelar a todos cuantos estaban cercanos a su hermano, poco después de mandar que quemaran su cadáver. La cifra pudo alcanzar los 20.000 damnificados, en cuya captura y ejecución sumaria debieron de tomar parte sus fieles pretorianos. Solo la desaprobación del pueblo ante la brutalidad e injusticia

de los arrestos logró obtener el perdón para algunos, en un intento por mostrarse clemente y calmar su ira, y alegó que sus pretorianos se habían excedido en sus órdenes. Como castigo, mandó ejecutar a los responsables, aunque en realidad la pena se aplicaba por no haberlos ejecutado antes para evitar tales escenas, lo que le llevó a enemistarse todavía más con el pretorio, hasta que la desconfianza hizo que los urbanicianos se encargaran de esa tarea. Sea como fuere, unos y otros aprovecharon por igual para lograr beneficios adicionales, saqueando las posesiones de aquellos supuestos conjurados. La transición no estaba resultando tan sencilla como el primogénito de Severo podía esperar. Había centrado sus esfuerzos en ganarse a los pretorianos, pero había olvidado o no consideró una amenaza importante, a la *Legio II Parthica*, que se encontraban cerca de la ciudad. Estos legionarios, a pesar de que muchos de sus otrora compañeros ascendidos al pretorio pronto habían comenzado a comportarse como era tradicionalmente conocido, se resistieron a aceptar soborno alguno en cuanto conocieron la realidad de lo sucedido. Caracalla no podía arriesgarse a un enfrentamiento militar a las puertas de Roma, y solo consiguió acceder a su campamento tras arduas negociaciones y la promesa de entregar una cantidad de dinero desmesurada.[46]

Necesitaba mejorar su imagen pública y una victoria militar ayudaría a ello. Los pretorianos mantuvieron su nuevo papel en combate y protegieron su vida colaborando en la derrota de los caledonios, tribu de origen celta en la actual Escocia. En el año 213 acudió a la frontera del Rin para detener a los alamanes (cuyo apelativo «todos los hombres», refleja la alianza de varias tribus germánicas como los hermiones, jutungos, bucinobantes, lentienses, semmones, cuados y teutones). Sin duda, el emperador romano contaba con los pretorianos, pero la victoria obtenida cerca del río Meno no debió de ser tan clara como se quiso mostrar, pues el acuerdo de paz obligaba a un pago periódico para mantenerlos con Roma.[47] No le faltarían nuevas oportunidades para demostrar la capacidad del sistema defensivo creado por su padre. Apenas un año después, los godos cruzaron el Danubio para saquear el territorio romano (214) y los partos volvieron a la carga para ampliar sus dominios (215).[48] Justo antes de partir hacia Oriente, durante la estancia del soberano en Alejandría, estalló allí una

nueva revuelta que los pretorianos atajaron con una enorme masacre que fue premiada con 25.000 denarios para cada uno. A buen seguro los pretorianos estuvieron siempre presentes en tales conflictos junto a su máximo responsable, pero solo podemos asegurarlo en estos sucesos y la subsiguiente campaña asiática.

Sus temores se materializarían poco después (217), cuando Marco Opelio Macrino, ayudante personal del prefecto del pretorio Plautiano, revisando el correo del emperador, leyó una carta procedente del prefecto urbano Flavio Materniano en la que instaba al emperador a deshacerse del comandante del pretorio.[49] Sorprendido y asustado a partes iguales, Macrino debía actuar antes de que llegara a oídos del emperador, pues, sin duda, él correría la misma suerte. Podía haber intentado huir, pero quizá temeroso de que lo encontraran decidió invertir los papeles y eliminar al emperador utilizando el rencor de un pretoriano de su escolta privada. Martialis era un *evocati* del pretorio que actuaba como *strator* del prefecto, quien acusaba al emperador de ejecutar a su hermano sin pruebas fundadas, haberlo injuriado a él mismo o retrasar deliberadamente su ascenso a centurión (las fuentes difieren pero no podemos descartar que existieran todos a la vez). Desde luego, no parecía muy razonable mantener a este soldado cerca de su figura, pero Caracalla no parecía preocupado y, poco después inició su viaje a Asia. Encontrándose en Carrhae, quiso rendir culto a una de las más populares deidades locales, Selene, en su templo de Edessa. El lugar se hallaba lejos, por lo que se hizo acompañar por una escolta de caballería, pero de camino una indisposición estomacal hizo que la comitiva se detuviera y, rápidamente, el emperador se alejó de los presentes ordenando que no se acercaran para permitir su desahogo. Era el momento que Martialis había estado esperando.[50] Simuló que el emperador le hacía señas, corrió hacia el lugar y, contra todo decoro, mientras Caracalla se desprendía de sus pantalones, le clavó un puñal en la clavícula. El primogénito de Severo tardó poco en acompañar a su hermano en la soledad de aquel páramo, mientras Martialis trató de escapar al galope sin conseguir evitar que el resto de la escolta lo capturara. Al conocerse la noticia, Macrino se dirigió al lugar y fingió compartir la pena que mostraron el resto de los pretorianos, sin que estos sospecharan que no solo este, sino

su colega el prefecto del pretorio Marco Oclatinio Advento, varios tribunos, el prefecto de la *Legio II Parthica*, Traciano, el comandante de la flota Martio Agripa, el oficial al mando de los *equites extraordinarii* y otros efectivos de las cohortes estaban también implicados y pronto se apresuraron a sugerir que Macrino debía ser su sucesor. Martialis no solo no fue castigado (pues nunca delató al resto de conjurados), sino que recibió su recompensa e incluso se erigieron estatuas en su honor. Nunca dejó de recibir honores por parte del pueblo cada vez que aparecía en público.[51]

El nuevo emperador había sido nombrado en Asia, pero le faltaba ser reconocido en Roma y sabía que, para ello, la primera parada obligada eran los *Castra Praetoria*. No obstante, los partos eran ajenos a las intrigas romanas y aún amenazaban la frontera. El nuevo soberano quiso aprovechar la situación para ganar méritos, pero el resultado de la batalla de Nisibis fue incierto, aun a pesar de la presencia de los pretorianos. Si la campaña se prolongaba podía perder su posición ante otro candidato y también la vida, optando por llegar a un acuerdo al precio que fuera. Este incluía la entrega de Armenia y el pago de 200 millones de sestercios a sus enemigos, aunque no disponía de tal cantidad, y la manera en que decidió conseguirla no resultó ser la mejor para sus intereses. Tuvo que recortar el salario de los legionarios (no de los pretorianos, por supuesto). Ni siquiera podía hacer realidad el donativo tradicional prometido a las cohortes, así como un nuevo incremento en su salario esperando que fuera suficiente para que le concedieran su apoyo y consintieran que su hijo Diadumeno le sucediera algún día. La semilla del rencor había sido plantada y arraigó sin dificultad. Cuando el emperador se encontraba en Antioquía, la tía materna de Caracalla, Julia Mesa, aprovechó para iniciar una revuelta con la ayuda de la *Legio III Gallica* para colocar a su nieto Heliogábalo, de apenas catorce años de edad, al frente del imperio como sucesor legal de su sobrino. Una dura batalla entre los partidarios de ambos pretendientes no tardaría en desencadenarse. En junio de 218 las tropas de Macrino fueron derrotadas en la batalla de Immae. Ni siquiera la valiente actuación de pretorianos y *singulares* logró reconducir los combates[52] cuando descubrieron que su emperador había decidido huir antes que perder la vida, y aceptaron

rendirse. Macrino sería descubierto, capturado y ejecutado junto con su hijo.

Tan inesperado acontecimiento presagiaba tiempos turbulentos, pues este soberano pronto se mostraría distinto a los demás. Ferviente seguidor y sacerdote del dios sirio El-Gabal, nada más parecía preocupar a la cabeza del imperio que su adoración y los excesos que lo hicieron famoso, a pesar de que no eran pocos ni insignificantes los asuntos urgentes que reclamaban su atención. Ni siquiera trató de ganarse a los pretorianos por su propia seguridad, llegando a nombrar como su prefecto a un liberto perteneciente al mundo del teatro y el baile. Heliogábalo no parecía ser consciente de la situación en la que se encontraba o de la propia historia de Roma, aunque quizá no podamos culparle en exceso, si pensamos en que apenas contaba con dieciocho años antes de que todo se desmoronara. En vista de la situación, los soldados del pretorio pronto buscaron una figura más afín a sus intereses y no tardaron en encontrarla: el primo del emperador, Alejandro Severo. Alejandro era la antítesis de Heliogábalo, frente a las fiestas en que aquel se maquillaba y bailaba hasta ser el centro de atención, este se comportaba siempre con una moderación que demostraba inteligencia. No obstante, el soberano no era tan indolente como aparentaba y pronto comprendió el peligro que representaba su primo, por ello los pretorianos comenzaron a escoltarlo, temiendo por su vida. Su madre, Mammea, cuidaba de que no lo envenenaran, rechazando cualquier presente que enviara Heliogábalo, y en secreto premiaba a sus escoltas para ganarse su afecto (a la manera de Otón).

En vista de que no conseguía deshacerse de aquella molestia, parece que el emperador dio la orden directa de acabar con Alejandro a un grupo de sus más estrechos colaboradores, pero cometió la imprudencia de adelantarse a los hechos y, antes de confirmar el asesinato, inició un proceso conocido como *damnatio memoriae*. Consistía en borrar todo rastro de la persona «condenada», eliminando su nombre de inscripciones, destruyendo sus efigies y cualquier otro soporte donde su recuerdo pudiera perdurar una vez muerto. En nuestro caso, ordenó que las estatuas de Alejandro se cubrieran de lodo, pero aún era pronto para eso. Al contemplarlo, los pretorianos entendieron rápidamente lo que estaba a punto de suceder, si es que no

había tenido lugar ya. Corrieron en busca de Alejandro y, para su consuelo y el del muchacho, lo encontraron aún vivo, pero el peligro no había desaparecido por completo y decidieron escoltarlo hasta los *castra* para asegurarlo.[53] Heliogábalo pronto fue consciente de su error y, mientras se ocultaba rogando por escapar a su cólera, envió a uno de los prefectos del pretorio para calmar a los soldados de guardia, que ya lo buscaban registrando las estancias del palacio. El otro prefecto fue enviado a los *castra* para intentar lo propio con el resto de las cohortes, hasta que, finalmente, y solo gracias a la promesa de que Heliogábalo apartaría de su lado a sus consejeros más afectos para comenzar a comportarse como correspondía a su condición, la situación se calmó, momentáneamente.

En este sentido, es interesante mencionar que en época de Calígula conocemos la primera noticia sobre la custodia de las estatuas del emperador por parte de los pretorianos. Desde luego no era su misión habitual, pero no es tan extraña si tenemos en cuenta que el fervor religioso y el elevado celo jurídico de los romanos hicieron que las estatuas del soberano (*imago*) fueran consideradas un lugar de asilo para todo aquel que lo necesitara, siendo castigados con la pena de muerte quienes les causaran desperfecto alguno. En algún momento debió de existir un problema de vandalismo que el emperador quiso atajar proporcionando escolta armada a sus imágenes, las cuales sabemos que fueron arrancadas de sus pedestales a su muerte, o trató de garantizar la seguridad de cualquiera que quisiera hacer uso de ese derecho. La propia madre de Calígula, Agripina la Mayor, se acogió al asilo de una de las estatuas del emperador cuando fue acusada por Sejano.[54]

Los pretorianos se resistían a un nuevo magnicidio, a pesar de los acontecimientos vividos, y aceptaron darle una oportunidad que este no tardaría en desperdiciar. Un nuevo intento frustrado del emperador de deshacerse de Alejandro fue el detonante. Este volvió a ser custodiado hasta los *castra* y comenzaron unas protestas que ya ni siquiera sus prefectos pudieron controlar. Aquellos soldados habían llegado al límite, no estaban dispuestos a creer más mentiras ni a seguir obedeciendo a aquel al que llegaron a odiar. Heliogábalo, su madre y algunos de sus consejeros fueron asesinados (222), sus cuerpos arrastrados por la ciudad, mutilados y

arrojados al Tíber. Alejandro fue proclamado por los pretorianos en los *castra*, aunque, quizá por caprichos del destino, contaba en ese momento con la misma edad que tenía su primo cuando ocupó el trono imperial, por lo que se encontraba bajo la tutela de su madre y abuela.

El último soberano de la dinastía Severa (222-235) tuvo el dudoso honor de ser el primer gobernante romano en enfrentar la nueva amenaza oriental, la de los persas sasánidas. Para instaurarse habían logrado lo que nunca consiguieron los romanos, acabar para siempre con los partos, lo que sin duda auguraba un peligro todavía mayor para el emperador occidental. Sin embargo, aún necesitarían tiempo para ello y eso le permitió un inicio de gobierno relativamente tranquilo. En 227 decidió enviar a sus pretorianos para contener la amenaza de los bárbaros en la frontera de Panonia Inferior, pero la verdadera prueba se produciría cuando el rey sasánida Ardashir atacó las provincias romanas orientales (232). No sin esfuerzo, legiones y pretorianos lograron que sus enemigos se retiraran, aun sin un ganador claro, lo que Alejandro aprovechó para celebrar un triunfo cuya alegría duraría poco. Si Oriente estaba en guerra la frontera germana no podía ser menos, y volvería a cobrar protagonismo cuando los alamanes cruzaron la frontera y atacaron Germania Superior (233). Y fueron convocados de nuevo poco después (235).

El nuevo emperador era joven, cierto, pero el temor no tiene edad, y Alejandro aprendió pronto que el número de años de vida que le quedaban por delante era proporcional al celo que demostrara para elegir a sus más cercanos protectores. A esta tarea dedicó grandes esfuerzos, hasta el punto de memorizar los nombres, puestos, años de servicio, etc. gracias a interminables listas con las que hizo tapizar sus aposentos privados. Estudió con detalle los ascensos que debía otorgar, los méritos de cada uno, e incluso la identidad de aquellos que habían avalado la concesión de tales honores. No era tarea sencilla, pero le permitía estar permanentemente informado de todo lo que sucedía. Sin embargo, el destino no pensaba facilitarle las cosas a pesar de sus esfuerzos y, si bien había conseguido mantener un perfil apropiado para no levantar resentimientos, no todo dependía de él mismo. A principios del año 223 se iniciaron enfrentamientos entre el pueblo y los pretorianos,[55] empeorando una

mala relación que se mantuvo hasta culminar años después. Lamentablemente, desconocemos los motivos que llevaron a tal situación. Sabemos que el pueblo mantuvo siempre una aversión a duras penas contenida hacia aquellos soldados, no solo por acantonarse en la ciudad, sino por alcanzar un poder tal que les hacía considerarse los dueños del trono. Por si fuera poco, los desmanes que los pretorianos cometían con los civiles eran constantes y rozaban lo intolerable, pero contaban con el apoyo del emperador, siempre temeroso de contrariarlos, y cualquier acusación en su contra estaba avocada al fracaso y un castigo aún peor.[56] Es posible que la situación llegara a un punto límite en esta época, y los enfrentamientos comenzaron a producirse periódicamente con características similares. Grupos de civiles y pretorianos combatían durante días con grandes bajas, hasta que los pretorianos incendiaban los lugares donde se refugiaban sus oponentes, obligándoles a tratar de extinguirlos si no querían que las llamas alcanzaran sus propias casas, y a rendirse o solicitar una negociación en términos desastrosos.

Los momentos finales de Alejandro estaban siendo los más agitados y, lejos de encontrar una solución, poco o nada hizo para calmar los ánimos. Acudió al campo de operaciones, pero no solo el resultado de los combates fue incierto, sino que sus propias tropas reprocharon los regalos entregados a los germanos para calmar la situación, sobre todo tras los recortes salariales de Macrino. Como era de esperar, las legiones se sublevaron y el apoyo de los pretorianos era una sentencia de muerte para el emperador, que se firmó en el campamento de Maguncia (actual Mainz). Allí mismo, la *Legio IV Itálica* proclamó nuevo emperador a Maximino el Tracio, uno de sus legados que, si creemos a las fuentes, padecía gigantismo,[57] hasta el punto de que su estatura se señalaba en 2,59 metros, un soldado cuanto menos intimidante. Esperaban que su apariencia, enérgica personalidad y dotes militares sirvieran para vencer a los germanos y recuperar sus ingresos. Sin embargo, apenas tres años después de aquellos acontecimientos las luchas por el poder entre varios candidatos que contaban con apoyos y soldados suficientes para justificar sus opciones, darían paso a un periodo de inestabilidad y guerras civiles que sería conocido como la «Anarquía Militar» (238-285).

[1] Roxan y Eck (1993), 67-74.
[2] Suetonio, *Domiciano*, 6.
[3] Dión Casio, LXVII, 7.
[4] Suetonio, *Domiciano*, 6.
[5] Dión Casio LXVIII, 17-19.
[6] Alston (1995), 75-77.
[7] Dión Casio LXIX, 14, 3.
[8] Dion Casio, LXXIII, 20.
[9] Herodiano, II, 2, 1-2.
[10]*Ibid*., II, 2, 9-10. Scriptores Historiae Augustae, *Pertinax*, IV, 5-8.
[11] Scriptores Historiae Augustae, *Pertinax*, X, 4-XI.
[12] Perea Yébenes (2006), 79-80. Ceñal (2008), 356.
[13] Herodiano, II, 6, 4. Zósimo, I, 7, 2-3.
[14] Dión Casio, LXXIV, 13, 3-4.
[15] Herodiano, II, 9, 7-8.
[16] Dión Casio, LXXIII, 17, 1-5.
[17] Herodiano, II, 13, 1-12. Dión Casio, LXXV, 1, 1-3.
[18] Scriptores Historiae Augustae, *Severo*, VI, 11 y VII, 4.
[19] Aurelio Víctor, *Caes.*, XX, 1. Zósimo, I, 8, 2.
[20] Ceñal, (2008), 450.
[21] Dión Casio, LXXIV, 2, 4-6. Herodiano, II, 14, 5.
[22] Smith (1972), 490.
[23] Ceñal (2008), 453.
[24] Al contrario de lo que sugiere Passerini (1939), 172.
[25]Kennedy (1978), 275-280.
[26]Cowan (2002), 34.
[27]Le Bohec (2004), 225.
[28]Menéndez Argüin (2006), 42.
[29]Durry (1968), 296.
[30]Herodiano, IV, 4, 7.
[31]Smith (1972), 483.
[32]Forni (1953), 97.
[33]Rankov y Hook (1994), 14.
[34]Speidel (1965), 14-15.
[35]Freis (1967), 38-42; Durry (1968), 86.
[36] Birley (1969), 64; Menéndez Argüin (2006), 35.
[37] Coulston (2000), 78-81.
[38] Dión Casio (LXVIII, 5, 5) llama a estos nómadas «escitas», pero en esta época ya hacía siglos que habían desaparecido de aquellas tierras, por lo que mantuvo esa denominación tradicional, pero probablemente se refería a los sármatas.
[39] Dion Casio, LXXVI, 6, 5-7.
[40] Durry (1968), 342-343.
[41] Herodiano, IV, 1, 5.
[42] Dión Casio, LXXVIII, 2, 1-3.
[43] Scriptores Historiae Augustae, *Caracalla*, II, 4 y III, 2.

[44] Dión Casio, LXXVIII, 3, 1 y 4, 2.
[45] Herodiano, IV, 5, 1.
[46] Scriptores Historiae Augustae, *Geta*, VI, 1-5.
[47] Dión Casio, LXXVIII, 14, 2.
[48] Herodiano, IV, 10-11.
[49]*Ibid*., IV, 13, 1-7.
[50] Scriptores Historiae Augustae, *Caracalla*, VII, 1-2.
[51] Dión Casio, LXXIX, 8, 2-3 y LXXXIX, 18, 3.
[52] Dión Casio, LXXIX, 37, 2-4. Herodiano, V, 4, 8-10.
[53] Dión Casio, LXXX, 18, 4 y 20, 2. Scriptores Historiae Augustae, *Heliogábalo*, XIV-XXXIII.
[54]Tácito, *Anales*, IV, 67, 6.
[55] Passerini (1939), 325.
[56] Menard (2004), 75.
[57] Historia Augusta, *Vida de Maximino*, II, 2. Herodiano, VII, 1, 2.

X. JUEGO DE TRONOS

El gigante tracio

> El pueblo, entonces, fue masacrado por los pretorianos al ser incapaz Balbino de contener las revueltas con eficacia. Finalmente una gran parte de la ciudad fue incendiada.
>
> *Scriptores Historiae Augustae*, los dos Maximinos, XX, 1-6.

Los soldados no iban del todo desencaminados, pues Maximino supo derrotar a sus enemigos y recuperó los límites tradicionales de la frontera romana.[1] Durante su estancia en el norte los antiguos pretorianos de Alejandro se mantuvieron a su lado y participaron activamente en varios enfrentamientos a lo largo de la frontera del Rin,[2] mientras en Roma se mantenía un pequeño contingente al mando del prefecto Viteliano. Hombre de confianza del tracio, debía mantener la ciudad en paz y controlar al Senado hasta que el nuevo soberano pudiera personarse para oficializar su ascenso. Comenzaba una época que supuso todo un reto para el devenir de las cohortes pretorianas, tanto en lo militar como en lo político, y que pondría a prueba su existencia. Maximino no provenía de la nobleza romana, al contrario, y los senadores no estaban dispuestos a aceptar un soberano casi bárbaro que apenas hablaba latín, menos aún cuando en el Norte de África surgió un nuevo pretendiente al trono. En realidad, nunca creyó necesitar su apoyo y no lo buscó,[3] se lo debía todo a sus compañeros y en ellos centró sus atenciones para derrotar a los germanos. No obstante, el despliegue de medios que requería para ello pronto acabó con las arcas del Estado y, sin temor alguno, optó por utilizar todos los medios disponibles para aumentar los ingresos. Como era de esperar, los impuestos se incrementaron considerablemente, pero su recaudación era lenta y comenzó a emplear medidas más expeditivas. Consciente de que no despertaba demasiadas simpatías entre una clase senatorial en Roma a la que había humillado, ordenó iniciar una purga entre sus opositores y

confiscar sus bienes en beneficio propio. No era suficiente, ¿qué más podía hacer? Rápidamente puso sus miras en las arcas municipales, expoliando los fondos que atesoraban las ciudades más importantes del imperio. La situación era crítica, el odio hacia el nuevo e indolente emperador no hacía sino extenderse más rápido de lo que los germanos trataban de atravesar las defensas del norte.

La mecha podía prender en cualquier momento y se encendió en la provincia de África Proconsular. Allí la aristocracia local se negó a obedecer, ejecutaron al procurador imperial enviado por Maximino y nombraron emperador al procónsul al mando, Marco Antonio Gordiano, quien se dirigió a Cartago mientras aseguraba los medios para lograr su objetivo. La antigua capital del imperio cartaginés era una de las más pobladas, y también de las más ricas, pues su puerto era un hervidero de comercio en el Mediterráneo Occidental desde hacía casi un milenio. Allí alistó a los más fuertes y valerosos jóvenes para formar su propia guardia pretoriana, pues se sentía ya emperador gracias a que, deseoso de vengarse por los agravios sufridos, el Senado se apresuró a ratificarlo al mismo tiempo que condenaba a Maximino. Sin embargo, el poder de esta institución no alcanzaba más allá de los muros de la capital romana y las aspiraciones de Gordiano fueron erradicadas tan rápido como habían comenzado. El renegado líder tracio ordenó a la *Legio III Augusta* que acabara con su rival, y las pocas tropas que este pudo reunir apresuradamente sirvieron de poco. Su hijo, Gordiano II, murió en combate y el recién proclamado emperador africano decidió suicidarse. El Senado había perdido al candidato que esperaba que restituyera sus privilegios, pero ya no había vuelta atrás.

Una gran sublevación estalló en la capital, que Viteliano fue incapaz de contener con sus escasos efectivos, viéndose obligado a atrincherarse en los *castra*. Finalmente ambas partes llegaron a un acuerdo, pues había que actuar mientras Maximino se encontrara lejos. Con el apoyo popular aprobaron el nombramiento temporal de dos emperadores entre sus más insignes miembros, Pupieno Máximo y Calvino Balbino,[4] con la misión de gobernar y defender al Estado conjuntamente hasta que el pequeño Gordiano III alcanzara la mayoría de edad. No parecía existir un peor

momento para que las rencillas entre el pueblo y los pretorianos se manifestaran de nuevo con mayor virulencia que nunca. Los acontecimientos se precipitaron cuando varios pretorianos fueron asesinados a manos de dos importantes senadores: Lucio Domitio Galicano (cónsul *suffectus* y de origen cartaginés) y Publio Mesio Augustino (antiguo pretor). Todo comenzó cuando los soldados, enterados de que en el Senado se debatían importantes decisiones, decidieron acercarse vestidos como civiles para obtener información.[5] Las fuentes no indican que fueran leales a Maximino, ya que los pretorianos habían aceptado las anteriores disposiciones del Senado sin mayor oposición, por lo que pudo tratarse de mera curiosidad.

Sea como fuere, la mala fortuna quiso que se cruzaran con aquellos senadores, quienes los reconocieron inmediatamente y los apuñalaron con una resolución inusitada, sin que nada pudieran hacer estando desarmados. Quizá los senadores pensaron que habían acudido allí a matarlos, una tarea difícil en esas condiciones, y optaron por adelantarse sin mediar palabra, más bien guiados por su ambición para aprovechar la tensa situación entre soldados y civiles. Al presenciar aquella escena, los compañeros que habían quedado fuera, sin portar sus armas, huyeron antes de correr la misma suerte, mientras Galicano se apresuraba a relatar al pueblo su versión. No le costó mucho instigar a la multitud para que persiguiera a los fugitivos, acusados de traidores al Estado y aliados de Maximino, resultando algunos heridos mientras trataban de alcanzar las puertas de los *castra* y refugiarse. La llama que se había prendido sería muy difícil de apagar ya, por lo que Galicano decidió continuar hasta sus *últimas* consecuencias, animando a los presentes a que derribaran las puertas del campamento. En su interior y cubriendo las almenas, los pretorianos que permanecían como retén en la ciudad estaban listos para defenderse. El pueblo, a instancias del cónsul, asaltó las armerías públicas (que albergaban principalmente armas para los juegos gladiatorios), buscó en sus casas todo aquello susceptible de convertirse en un arma y asaltaron los *castra* como pocas veces. Nunca se había sentido allí tal furor. Siglos de rencores acumulados salieron al exterior de manera incontrolada: si el pueblo tenía una oportunidad de hacer pagar a aquellos soldados todo lo que habían padecido, era aquella, con los

soldados mermados en número y agazapados tras sus murallas. No obstante, aquel lugar estaba más que preparado para resistir cualquier ataque con apenas unos pocos soldados, era el mayor baluarte de la ciudad y las sucesivas remodelaciones que había sufrido durante siglos casi lo hacían inexpugnable. Es más, la población civil, por enardecida que estuviera y numerosa que fuese, iba mal armada y sin experiencia militar previa (menos aun en tareas como un asedio) y tenía pocas opciones de lograr su objetivo. Y no lo hizo.

La población que se agolpaba bajo la muralla no avanzaba más allá de su propia muerte a manos de cientos de flechas y golpes de lanza que los pretorianos descargaron sobre ella. Las bajas entre los atacantes se multiplicaron sin beneficio alguno y el ardor inicial comenzó a disiparse. La llegada de la noche les hizo retirarse sin entender que, a pesar de su superioridad numérica, un cese de hostilidades requiere el acuerdo de las dos partes, y los pretorianos aprovecharon para hacer una salida. La matanza alcanzó proporciones épicas y solo se detuvo cuando los soldados, alejándose demasiado de la protección que ofrecía su campamento, decidieron regresar. Los cadáveres cubrían todo el terreno frente a las puertas de los *castra*, los gladiadores que se habían sumado a la revuelta tras ser liberados se convirtieron en el objetivo principal de sus oponentes, como los más peligrosos, pero no fueron rivales y acabaron sus días lejos de la arena. Balbino se encontraba en la ciudad, pero todo sucedió tan rápido que no pudo evitarlo y, probablemente, tampoco contaba con los medios para hacerlo, pues todos los soldados que el Senado había logrado reunir se encontraban junto a Máximo. La situación estaba lejos de calmarse; por el contrario, el odio del pueblo a los pretorianos se incrementó, formándose grupos armados de civiles que cargaban a diario contra la muralla de los *castra*, aunque sin mayor éxito. Balbino trató de apelar a la reconciliación y prometió el perdón a los pretorianos si deponían su postura, pero nadie quiso escucharle. Los atacantes coincidieron en que la única opción era cortar el suministro de agua,[6] y el pánico que ello provocó entre los defensores les forzó a una salida que acabaría con parte de la ciudad en llamas.[7] Morirían o vencerían antes que rendirse, y protagonizaron una nueva matanza gracias a refuerzos inesperados, pues la indignación de la

población se había extendido hacia los veteranos ya licenciados del pretorio que vivían en la ciudad y estos, temerosos por sus vidas, decidieron unirse a sus antiguos compañeros. Enardecidos por una victoria fácil, persiguieron a sus enemigos, que trataron de esconderse en sus casas, cerraron las puertas y subieron a los tejados para arrojarles todo tipo de proyectiles (tejas, piedras, otros objetos). Por primera vez los pretorianos comenzaron a sufrir bajas importantes y, ante la imposibilidad de eliminarlos casa por casa sin caer en continuas emboscadas, decidieron prenderles fuego para que las llamas hicieron el trabajo por ellos. Roma era la ciudad más poblada del imperio, el espacio dentro de sus murallas hacía ya siglos que apenas podía contener a tal cantidad de personas. Era la situación perfecta para que el fuego se propagara a gran velocidad y sin remedio alguno.

El caos se apoderó de toda la ciudad. Miles de casas ardían y muchos murieron intentando apagarlas sin éxito, o perdieron no solo sus hogares, sino todo lo que poseían. Los saqueos de las haciendas de la aristocracia no se hicieron esperar, y no había nadie dispuesto a ofrecer auxilio, pues tales acciones estaban protagonizadas por civiles y militares. Algunos autores achacan el interés de Galicano a su origen norteafricano, señalando que pudo actuar así para apoyar a los gordianos;[8] sin embargo, no tiene mucho sentido generar disturbios y muertes en una ciudad que debe prepararse para resistir a Maximiano, lo que hacía necesarios a todos sus efectivos. Los enfrentamientos provocarían destrozos, bajas, odios, etc., todo lo que no necesitaban en ese momento, y menos cuando el nieto de Gordiano ya había sido aceptado por todos en la capital, pretorianos incluidos. Resulta interesante que, nuevamente, las fuentes nada indican sobre la actuación de urbanicianos y vigiles.[9] Desconocemos los motivos aunque, probablemente, sabían que poco podían hacer frente a pretorianos atrincherados en los *castra* y tampoco querían apoyar a aquellos para ser acusados por el pueblo, más numeroso, por lo que debieron optar por mantenerse al margen, quizá a instancias de Balbino y el Senado. Sea como fuere, las fuentes no mencionan nuevos enfrentamientos posteriores, por lo que debemos suponer que, una vez que el incendio fue controlado, se consiguió alcanzar un acuerdo entre las partes que terminó con aquellos días turbulentos. El Senado utilizó al pequeño Gordiano III para acercar

posiciones, el pueblo y los pretorianos lo aclamaron como emperador y, por fin, la paz se restableció.

La situación se complicaba para Maximino. Roma había escapado a su control, el Senado lo declaraba enemigo del Estado y sus opositores se preparaban para la batalla con los pretorianos de la capital, ahora junto a sus nuevos soberanos. No había tiempo que perder, la defensa de la frontera septentrional tendría que esperar. El tracio confiaba en la veteranía de sus legiones y el apoyo de la mayor parte de los pretorianos para recuperar lo perdido, y se puso en marcha hacia Italia tan rápido como pudo. Mientras, sus enemigos también se prepararon. Pupieno dirigiría un ejército hacia el norte para tratar de detenerlo, esta vez sin sus pretorianos, que estaban en Roma, quizá por temor a que decidieran traicionarle y regresar junto a sus compañeros. Balbino aguardaría allí para organizar la defensa si su colega era derrotado, aunque, finalmente, no sería necesario. Maximino decidió controlar el acceso a la península itálica desde Panonia y Noricum para evitar la posible ayuda de otras legiones, pero necesitaba apoderarse de la ciudad que lo custodiaba, Aquileia. Esta permanecía fiel a Roma, y su resistencia sorprendió al propio general tracio, que tuvo que emplear mucho más tiempo y esfuerzo de lo esperado. Sus soldados comenzaban a desesperarse, y algunos de ellos con mayores motivos. Los legionarios de la *II Parthica* sabían que sus posibilidades de terminar aquella aventura con éxito eran reducidas si se mantenía estancada la situación, pues el Senado podría actuar tomando represalias contra sus familias, establecidas en el Monte Albano. Si Máximo aparecía en ese momento, atrapados entre dos frentes, el fin estaba asegurado, y optaron por deshacerse del emperador. Durante las operaciones de asedio, varios legionarios y pretorianos se infiltraron en su tienda, lo asesinaron junto a su hijo[10] y ensartaron su cabeza en una lanza para mostrar a los defensores de Aquileia su defección y el fin de las hostilidades. Le siguieron pronto el prefecto del pretorio y el resto de sus más allegados, todos sufriendo el mismo tratamiento. Sus cabezas fueron enviadas a Roma, un mensaje lo suficientemente claro para no requerir mayores explicaciones. Sin duda habían elegido la opción que más les convenía, pues no solo aseguraban el bienestar de sus familias, sino que evitaban un enfrentamiento que habría puesto en riesgo sus vidas. Los

pretorianos debieron de sentir por aquel emperador tan poco afecto como el resto de las tropas, sobre todo después de sufrir sus mandatos. Es más, había sido el artífice de la eliminación de su antecesor, al que s*í* habían elegido ellos y no los legionarios.

Agradecido por el fin de la guerra, Máximo regresó a la capital con las cohortes pretorianas, a quienes prometió un donativo para celebrar su lealtad. Balbino y Gordiano III salieron a recibirle y dispensarle los honores que merecía, junto con los senadores y el pueblo romano. Parecía que todo se había solucionado, pero los problemas estaban lejos de desaparecer. A pesar de su promesa, Máximo se hacía acompañar por auxiliares germanos, tropas en las que confiaba plenamente para su protección al conocerlas desde su etapa como gobernador en aquellas tierras. Los pretorianos se veían apartados por uno de aquellos emperadores que había elegido el Senado sin tenerlos en cuenta, lo cual volvió a generar un descontento que poco tardarían en ser incapaces de controlar. Por si fuera poco, el buen gobierno que tales soberanos estaban propiciando les garantizó la simpatía del pueblo, y los germanos se habían instalado en la ciudad con intención de quedarse y amenazar su posición de privilegio. La situación era insostenible para ellos. Un día en que gran parte del pueblo se encontraba disfrutando de diversos espectáculos, el Senado hizo pública una aclamación a sus emperadores que las cohortes entendieron como un intento de humillarlos ante la plebe, con la que no guardaban buena relación. Se armaron y se encaminaron hacia el palacio.

Cuando los tres emperadores conocieron lo que estaba sucediendo, Máximo solicitó el apoyo de sus leales germanos para contener aquella sedición, pero Balbino lo impidió. El aparente buen gobierno que aquellos soberanos desempeñaban escondía las suspicacias surgidas entre ellos, pues Balbino temía que Máximo lo aprovechara para proclamarse emperador único. Enfrascados en tales discusiones, el tiempo para reaccionar había pasado. Los pretorianos irrumpieron en la residencia imperial, apresaron a ambos, los desnudaron y arrastraron al exterior en dirección a su campamento, torturándolos sin descanso hasta que murieron en el camino. Para evitar represalias del pueblo o los germanos, proclamaron a Gordiano III como emperador en solitario, pues, en ese momento, no existía otro

candidato, y se llevaron al muchacho al campamento a la espera de acontecimientos. Contra todo pronóstico, cuando los germanos encontraron lo que quedaba de Máximo y Balbino decidieron olvidar lo sucedido y regresar a sus cuarteles, pues ya no tenían a quien proteger y no estaban dispuestos a arriesgar sus vidas sin un beneficio más allá de la venganza.

El nudo gordiano

> Así que el emperador (Aureliano), viendo congregado en las llanuras frente a *Emessa* al ejército palmireno, decidió hacerles frente con la caballería dálmata, con mesios y con panonios, así como con noricenses y retios, fuerzas estas pertenecientes a los contingentes celtas. Estaba, además, la tropa imperial (*equites* pretorianos y *singulares*), elegida entre todos por su excelencia y que superaban a todos.
>
> ZÓSIMO, *Nueva Historia*, I, 52, 3-4.

En el Imperio romano, si no existían enemigos extranjeros no faltaban los propios, y si Gordiano esperaba algo distinto, al menos durante su juventud, estaba muy equivocado. Un nuevo emperador implicaba nuevas oportunidades para quienes deseaban saber hasta dónde podía llegar. El soberano sasánida Sapor I quiso ser el primero cruzando el Éufrates para atacar Mesopotamia, obligando a que el joven emperador acudiera con sus legiones y pretorianos a las órdenes de quien había sido su mentor, tutor y ahora suegro, el prefecto Timesiteo. Sin que existan detalles, parece que consiguió una importante victoria en la batalla de Rasaena (243), aunque el propio Timesiteo perdió la vida y fue sustituido por Marco Julio Filipo. Gordiano III no tardaría en seguir sus pasos, aunque se desconoce lo sucedido. Las fuentes sasánidas indican que sus tropas se reorganizaron, contraatacaron y vencieron a los romanos cerca de la actual Faluya, falleciendo el emperador, aunque los autores romanos no mencionan ese enfrentamiento y lo colocan como víctima de un asesinato a manos de su nuevo prefecto y futuro gobernante Filipo el Árabe. El tiempo que transcurrió entre el reinado de Gordiano III y el de Diocleciano (284-305)

culminaría con la aparición de la Tetrarquía, pero antes de ese momento no menos de veinte emperadores ocuparon el trono romano en apenas cuarenta años, y el primero de ellos estaba lejos de perpetuarse tanto como hubiera deseado. Las fronteras del Rin y el Danubio pronto reclamarían toda la atención del ejército romano a manos de los alamanes y los godos (244). Filipo fue capaz de reconducir una situación donde, acompañados por la *Legio II Parthica*, los pretorianos también se desplazaron a la Dacia Malvensis para detener a los carpos, pero el escaso botín obtenido y la instauración de nuevos impuestos propiciaron el descontento de militares y civiles hasta lograr su caída (249). El artífice fue Decio, comandante de las legiones del Danubio, tras derrotar a Filipo en Verona y propiciar el asesinato de su hijo, con tan solo once años, cerca de los *Castra Praetoria* en Roma.[11]

En cualquier caso, las victorias frente a los enemigos externos nunca fueron definitivas. Más tarde, el éxito de la campaña del general Emiliano contra los godos (253) propició el apoyo de las legiones para alzarse contra el emperador Treboniano Galo. Los pretorianos, parte de los urbanicianos, los *equites singulares* y la *Legio II Phartica* fueron reunidos en Roma para detenerlo, sin saber que aquellos que debían custodiarlo lo asesinarían antes de partir para abrir las puertas de la ciudad al nuevo soberano. En el mejor de los casos, no sumarian más que 17.000 efectivos y debieron de pensar que no serían capaces de resistir frente a los 35.000 soldados de Emiliano. [12] En realidad, Treboniano contaba con la lealtad del general de las legiones del Rin, Valeriano, pero este se encontraba lejos y, tras conocer la muerte de su emperador decidió emplear a sus soldados para ocupar el trono marchando hacia Roma en ese mismo momento. La situación era complicada para Emiliano tras solo tres meses en el cargo, pues sus tropas tampoco podrían superar a su nuevo enemigo. Los pretorianos también lo sabían, ya habían acabado con Treboniano y un asesinato más no suponía ningún cargo de conciencia si podían evitar la muerte en combate y ganaban el agradecimiento del nuevo líder. Desde Alejandro Severo, los pretorianos estaban cobrando un protagonismo político en Roma mayor, si cabe, que en cualquier otro momento.

Como consecuencia de tales acontecimientos, la marcha de las legiones del Danubio y el Rin había dejado las fronteras desguarnecidas, una oportunidad única que sus enemigos no tardarían en aprovechar. Los alamanes se aliaron con los francos para atacar, y los sasánidas de Sapor I ocuparon Armenia y capturaron Antioquia sin demasiados problemas. Era necesario acudir lo antes posible y Valeriano designó a su hijo Galieno como coemperador para que viajara al norte con parte de los pretorianos (253-254)[13] mientras el soberano se dirigía a Oriente con el resto. En la frontera germana los combates se prolongaron hasta 259, pero Galieno logró que sus enemigos retrocedieran al otro lado del Rin. Su padre no tuvo la misma suerte. Tras recuperar parte de las posiciones perdidas, las 70.000 bajas sufridas en las derrotas de Edesa y Carrhae propiciaron el inicio de unas negociaciones con Sapor I en las que Valeriano fue capturado y ejecutado, convirtiendo a Galieno en su sucesor. Parte del alto mando romano y quizá cerca de 20.000 soldados fueron también apresados, lo que permite suponer que había pretorianos entre ellos. Esta enorme cantidad de cautivos no sería desperdiciada por los sasánidas, que, en lugar de entregarlos o pedir rescate, utilizaron la habilidad de los ingenieros enemigos y su mano de obra para construir la presa de Band-i-Kaisar («presa de los soldados del emperador encadenado»), en la región de Gundeshapur.

La sucesión no fue tan sencilla como cabría esperar, Galieno tuvo que acudir a Panonia desde Germania no solo para imponerse varias veces ante nuevos asaltos de godos y alamanes, sino también para acabar con el usurpador Ingenuo, antiguo tutor de su hermano pequeño (260),[14] con ayuda del pretorio.[15] Los problemas se multiplicaban. En la Galia el general Póstumo ni siquiera intentó proclamarse emperador, sino que proclamó directamente la independencia de esa parte del imperio para gobernarla, naciendo así el Imperio galo. El imperio no recuperaría esos territorios (que llegaron a incluir Hispania y Britania tras varias conquistas) hasta el éxito de Aureliano catorce años más tarde. El modelo de esta nueva formación política, como no podía ser de otro modo, era Roma, con un Senado propio o la elección de dos cónsules anuales, mientras el propio Póstumo contaba con cohortes pretorianas para su seguridad. Galieno no

tenía tiempo para ocuparse de Ingenuo, menos aún con la tensión que crecía en Oriente tras la muerte de su padre. Y había más. El propio general que había enviado para acabar con el usurpador, Aureolo, utilizó sus tropas y los refuerzos enviados por el emperador para proclamarse él mismo soberano, marchando sobre el norte de Italia hasta tomar Mediolanum (actual Milán). Poco antes, sin Valeriano el ejército de Asia aclamó a su general, Macriano el Viejo, como emperador. Este no quiso aceptar por su avanzada edad, pero, con la ayuda del antiguo prefecto del pretorio Calisto Balista,[16] sus dos hijos compartirían el cargo y también se dirigieron a Italia. Contra todo pronóstico, Aureolo se encargó de derrotarlos (261) antes de seguir con sus aspiraciones, sin esperar que aparecerían nuevos pretendientes al trono. En esta ocasión el prefecto de Egipto, Musio Emiliano, decidió que era el momento al controlar los envíos de grano para el abastecimiento de Roma, pero fue derrotado por Aurelio Teodoto, el general enviado por Galieno.

Había que recuperar Mediolanum, pero en el transcurso de las operaciones Galieno murió en extrañas circunstancias. Aureolo no dudó en reclamar el trono, pero sus tropas decidieron apoyar a otro candidato, Claudio II, siendo los pretorianos quienes acabaron con su vida.[17] Claudio II comenzaría su breve reinado (268-270) derrotando a los alamanes en el Danubio y expulsando a los godos que habían invadido Iliria y Panonia. En la batalla de Naissus destacaría uno de sus generales de caballería, Aureliano, que no tardaría en sucederle. Era el momento de afrontar el problema del Imperio galo, logrando recuperar Hispania y el valle del Ródano, pero la muerte lo alcanzó antes de culminar la reunificación. En una campaña iniciada para contener a vándalos y jutungos en el Danubio, cayó enfermo, siendo deificado por el Senado como uno de los más diligentes soberanos en mucho tiempo. Nada sabemos de la actuación de los pretorianos en estas campañas, aunque hay pocas dudas.

Aureliano había demostrado sus dotes como hábil estratega frente a los godos y durante su gobierno la actividad militar de los pretorianos probablemente no decayó. Sus tropas lo apreciaban y lo proclamaron emperador frente al candidato elegido por el Senado de Roma, Quintilio, hermano de Claudio, superándolo en combate hasta conseguir el trono. Por delante tenía una tarea difícil, pues los enemigos externos no daban

descanso, mientras más usurpadores comprometían la estabilidad política y económica, además de la existencia del Imperio galo. Si quería recuperar la Galia antes era necesario asegurar las fronteras para desviar efectivos y recursos a esta tarea, y no lo lograría sin la ayuda de los pretorianos, priorizando la reorganización de las mermadas cohortes tras años de conflictos. Los godos se convirtieron en su primer objetivo, consiguiendo aniquilarlos con tal fuerza que pasaría casi un siglo hasta que representaran de nuevo en una amenaza. Jutungos, sármatas y vándalos no tuvieron mejor suerte en el Danubio, y contribuyeron a reafirmarlo en el trono. Varios aspirantes, como Urbano o Felicísimo, caerían igualmente y, ante tan numerosos peligros, decidió construir la Muralla Aureliana para mejorar la defensa de Roma. Era la primera vez que se ampliaba el recinto cercado por la Muralla Serviana desde su construcción, alrededor de medio milenio atrás. Era el momento de mirar hacia Oriente, donde el reino de Palmira había adquirido una enorme importancia tras la muerte de Valeriano y la derrota de los hijos de Macriano. No era un problema menor, pues la reina Zenobia no solo rechazó las incursiones sasánidas, sino que consiguió controlar Siria, Palestina, Egipto y gran parte de Asia Menor. El imperio se desmembraba.

La mayoría de ciudades y territorios orientales se entregaron a las tropas de Aureliano sin oposición, logrando derrotar a Zenobia en tres grandes batallas que propiciaron la conquista y saqueo de Palmira. Por suerte, el historiador griego Zósimo quiso dejar constancia del valor demostrado en esta época por los pretorianos, seleccionados personalmente por Aureliano de entre sus mejores legionarios.[18] Los territorios orientales se habían recuperado y la frontera septentrional estaba tranquila. Era el momento de acabar con el Imperio galo. Su escasa vida había estado plagada de intrigas y combates para repelar las incursiones de las tribus germánicas en su territorio. En realidad, desconocemos absolutamente todo acerca de los pretorianos galos, aunque a buen seguro actuaron en la defensa de este efímero imperio frente a los legionarios de Aureliano y sus propios soldados del pretorio. Sí conocemos que, igual que había sucedido en Roma, altos oficiales pretorianos no faltaron entre los soberanos galos. Victorino, antiguo tribuno del pretorio galo antes de reinar apenas dos años,

fue uno de ellos.[19] En realidad, desconocemos absolutamente todo acerca de la organización, estructura, etc. de los pretorianos galos, aunque a buen seguro actuaron en la defensa de este imperio efímero frente a los legionarios de Aureliano y sus propios pretorianos. En 274 comenzaron las operaciones. Aureliano obtuvo una gran victoria ante el emperador galo Tétrico en la batalla de Châlons-sur-Marne (muy cerca de donde, casi dos siglos después, se produciría la batalla de los Campos Cataláunicos entre el general Aecio y su aliado, el rey visigodo Teodorico, frente a Atila el Huno). El Imperio galo pasó a la Historia ese día y sus territorios volvieron bajo control romano. Aureliano había logrado lo impensable en tan solo cuatro años y el Senado no solo le concedió un triunfo en el que Tétrico y Zenobia acabarían desfilando encadenados ante los enfervorecidos ciudadanos, sino también el título de *Restitutor Orbis* («Restaurador del Mundo»). Los efectivos de Tétrico no fueron rival para las curtidas legiones romanas y los pretorianos galos nada pudieron hacer para inclinar la balanza frente a sus homólogos del emperador.

Un asunto queda por relatar. Durante su reinado se inició una revuelta en Roma protagonizada por los *monetarii* (encargados de las cecas imperiales para la acuñación de moneda). En ese momento, probablemente, solo quedaba allí un pequeño retén de pretorianos que, sin duda con la ayuda de los urbanicianos y hasta los vigiles, lograrían controlarla no sin esfuerzo, tras contabilizarse 7.000 bajas entre ambos bandos.[20] Los disturbios que enfrentaron a este gremio, encargado de la acuñación de moneda, y las fuerzas del orden comenzaron cuando el *rationalis Felicissimus*, responsable de supervisar la ceca de Roma,[21] fue acusado de sustraer parte del metal destinado a su elaboración. Quizá esperando evitar el castigo o demostrar su inocencia, instigó a sus compañeros a un levantamiento con el apoyo de algunos senadores, que no fue fácil controlar. A pesar de todo, Aureliano pronto pasaría a engrosar la lista de emperadores asesinados por los soldados del pretorio. El emperador había preparado una campaña para enfrentarse a los sasánidas, únicos que aún se atrevían a cuestionar la frontera romana, pero la conjura se produjo de camino, en Tracia (275). Las fuentes indican que su administración siempre fue muy estricta, castigando ejemplarmente a cualquiera que sospechara

que era corrupto, aunque perteneciera al pretorio, generándole no pocos enemigos. Uno de los secretarios personales de Aureliano, Eros, fue acusado de un delito menor y, temeroso por su vida, urdió un plan para salvarla. Decidió falsificar un documento supuestamente firmado por el emperador que contenía una lista de altos mandos del ejército para ser ejecutados. Entre los señalados había varios oficiales del pretorio, pues astutamente Eros sabía que debía implicarlos para culminar sus planes. Poco más hizo falta, pues aquella falsa firma en realidad estaba rubricando la sentencia de muerte del emperador.

Uno de sus generales y sucesor, Tácito, apenas pudo retener el cargo seis meses, pero sabía bien lo que hacía cuando colocó a su hermano Floriano como prefecto de los pretorianos, esperando evitar futuras sorpresas. Sin apenas tiempo de disfrutar de Roma, los alanos llamaban a la guerra en el Rin y los godos se habían desplazado a Asia Menor en busca de mejor suerte. Los pretorianos le siguieron en sendas victorias, pero su soberano falleció repentinamente en Capadocia (276). Floriano ocuparía el cargo con la aprobación del Senado y el pretorio, pero las legiones orientales tenían su propio candidato, Probo.[22] El enfrentamiento parecía inevitable y el emperador electo acudió con sus pretorianos sin saber que serían sus verdugos. Probo conocía bien la mayoritaria procedencia centroeuropea de miembros del pretorio de su oponente, climas fríos que resistían mal el calor de aquellas tierras, y rehuyó el combate una y otra vez, esperando que ocurriera lo que así sucedió. Sin Floriano las tropas de ambos bandos lo proclamaron soberano tras ganar prestigio previamente como general para Valeriano, Tácito y Aureliano. No le quedó más remedio al Senado que ratificarlo.[23] Sin embargo, su astucia pareció desvanecerse cuando, antes que dejarlas ociosas, decidió emplear a sus tropas en un periodo de inusual inactividad, para reparar las infraestructuras abandonadas del imperio o que habían sufrido daños tras siglos de guerras. Como cabría esperar, la simpatía que ganó entre ellos se convirtió enseguida en un rencor nada apropiado cuando nuevos usurpadores aparecieron en escena. La frontera del Rin pronto reclamó su atención, logrando derrotar a la tribu franca de los longiones, a vándalos y burgundios, además de acabar con un usurpador surgido en Britania y de

solventar nuevos problemas en el Danubio. Sus victorias le proporcionaron un triunfo que disfrutó en Roma poco antes de preparar una nueva aventura contra los sasánidas al otro extremo del imperio. Allí lo acompañarían las turmas de caballería pretoriana, aunque, nuevamente, mientras cruzaba Panonia sus soldados de elite lo asesinaron para sustituirlo por su prefecto, Marco Aurelio Caro (282).

Acompañado por su hermano Numeriano, y asegurada la capital instalando allí a su hijo Carino antes de dirigirse a ella para ser ratificado, decidió aprovechar el operativo militar para derrotar a los sasánidas y obtener así el prestigio que le permitiría instaurar una nueva dinastía. Con ayuda de sus pretorianos no tardó en deshacerse de cuados y sármatas en la frontera danubiana. Luego conquistó la capital sasánida, Ctesifonte, sin que Bahram II pudiera impedirlo. Curiosidades del destino, parece que en ese momento el nuevo emperador fue alcanzado por un rayo y murió en el acto, [24] aunque otras fuentes ofrecen alternativas como una enfermedad[25] o el efecto de las heridas sufridas en los enfrentamientos anteriores.[26] Su hermano se hizo cargo de las tropas durante el regreso a Occidente con mayor confianza sobre su seguridad de la que debía. Igual que Caro se había deshecho de Probo, el nuevo prefecto del pretorio Arrio Apro lo emularía y se deshizo de él con el apoyo pretoriano. Ese fue el momento en que apareció la importante figura de Diocleciano, quien actuó con rapidez para ajusticiar a Apro por el crimen cometido. Se desconoce con certeza el puesto que ocupaba entre los altos oficiales; quizá dirigía los *equites singulares*, aunque algunas fuentes tardías lo asocian al pretorio, sin que podamos estar seguros.

Solo Carino se interponía en su ratificación, y Diocleciano logró derrotarlo durante la batalla de Margus en Panonia (285). Es fácil suponer que los pretorianos actuaron en ambos bandos, aunque, en realidad, Carino fue asesinado por sus propios oficiales en la contienda, lo que facilitó mucho las cosas. Sin duda este difícil periodo no había dejado a los pretorianos un momento de respiro, pues participaron en todos los frentes de combate, varios contingentes lucharon frente a frente cuando unos u otros apoyaron indistintamente a emperadores o usurpadores. Muy lejos quedaban los reproches por el estilo de vida despreocupado en Roma. Lo

que nunca podrían adivinar era el poco tiempo que se mantendría esta unidad. El reinado de Diocleciano (285-305) se caracterizaría por otorgar cierta tranquilidad política al imperio. Sin embargo, la reorganización ideada para asegurarla se apoyaba en un gobierno compartido que obligaría a los pretorianos a multiplicar sus esfuerzos y actuaciones, velando por la vida de todos sus protagonistas allí donde decidieron residir o emprender combate.

[1] Scriptores Historiae Augustae, *Severo Alejandro,* VI, 1, 8.
[2] Herodiano, VIII, 1, 2.
[3] Rostovtzeff (1926), 947 y 960.
[4]*Scriptores Historiae Augustae*, los dos Maximinos, XX, 1-6.
[5] Herodiano, VII, 11-12, 7.
[6]*Scriptores Historiae Augustae*, Máximo y Balbino, X, 4-8.
[7] Herodiano, VII, 11, 2.
[8] Menard (2004), 86.
[9] Durry (1968), 390.
[10]*Scriptores Historiae Augustae*, Máximo y Balbino, VIII, 4. Herodiano, VIII, 5, 8-9.
[11] Aurelio Víctor, *Caes.* XXVIII, 10-11.
[12] Menéndez Argüin (2006), 132.
[13] Eutropio, IX, 8, 1.
[14] Aurelio Víctor, *Caes., XXXIII,* 1.
[15] Okamura (1991), 387-388.
[16] Zonaras, XII, 23.
[17] Zósimo, I, 41; Zonaras, XXVI, 1f.
[18]Zósimo, I, 52, 4.
[19] Canduci (2010), 92.
[20] Aurelio Víctor, *Caes.,* XXXV, 6; Eutropio, IX, 14, 1.
[21] Watson, (1999), 52-53.
[22]Zósimo, LXIII, 2-1, LXIV, 1.
[23] Scriptores Historiae Augustae, *Probo*, X, 9.
[24] Aurelio Víctor, *Caes.,* XXXVIII, 3.
[25] Scriptores Historiae Augustae, *Caro,* VIII, 2.
[26] Zonaras, XII, 30.

XI. EL FIN DE LA HISTORIA

Diocleciano asume el mando

> Y ocurrió que cuando por estas fechas murió Constancio, la guardia de palacio no estimó a ninguno de sus hijos legítimos con capacidad para ocupar el trono; como por otro lado repararan en que Majencio tenía buena presencia, exaltados además por la perspectiva de esplendidos obsequios, lo revistieron de la dignidad de césar.
>
> ZÓSIMO, *Nueva Historia*, II, 9, 1 - 3.

Las necesidades militares del imperio requerían nuevas medidas que aseguraran una respuesta adecuada. Las reformas de Severo no eran ya suficientes y los cambios que iniciaron algunos de sus predecesores, como Galieno, no se habían extendido al pretorio. Desde la creación del *comitatus* del emperador, nuevas unidades militares de caballería creadas para dotarlo de mayor movilidad (*lanciarii*, *equites dalmatae*, *equites promoti*, *equites stablesiani*, *equites mauri*, etc.)[1] comenzaron a rivalizar en prestigio con los soldados del pretorio, aunque inicialmente su rango era inferior.[2] Por si fuera poco, surgieron también cuerpos de guardaespaldas como los *protectores sacri lateris* y legiones como la *Legio I Iova* y la *Legio II Herculia*, compuestas por soldados especializados en armas como la *lancea* y destinados a actuar como unidades principales en enfrentamientos, que mermaron a*ú*n m*á*s su posición, desplazando también a la *Legio II Parthica* y convirtiéndose en la nueva «guardia pretoriana» de facto (como se aprecia en el mosaico del Ambulacro de la Caza Mayor de la Piazza Armerina, en Sicilia). Diocleciano decidió segregar a los *equites* pretorianos de sus cohortes y los convirtió en una nueva unidad independiente de caballería que unir al *comitatus*, los *equites promoti domini nostri*, a cargo de un *exarcus* (prefecto), mientras que los *equites singulares Augusti* pasaron a ser conocidos como *comités domini nostri*.[3] Estos cambios, unidos a la división de las diez cohortes pretorianas entre los miembros de la tetrarquía

(Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio) pudieron ser los causantes de que algunos autores[4] afirmaran que los pretorianos habían reducido su número por orden imperial, cuando realmente las inscripciones mencionan las diez habituales. El problema radica en que no conocemos cómo se produjo el reparto de los soldados del pretorio entre los máximos mandatarios, pudiendo realizarse según el rango de cada uno de ellos, y no podemos descartar que el menor número de soldados que ello suponía a las órdenes de cada gobernante se supliera con un incremento de los efectivos por cohorte (no de las cohortes) o con esas nuevas unidades del *comitatus*. Cada emperador elegía personalmente a sus integrantes entre los legionarios del imperio.

Durante un tiempo la tetrarquía había logrado poner fin a la crisis política, económica y social que se había iniciado desde la muerte de Alejandro Severo, alcanzando importantes resultados en lo militar. Las fronteras se aseguraron y Diocleciano ejercía como máximo mandatario para disipar cualquier problema. No obstante, las desavenencias por el poder no tardarían en ocasionar las primeras disputas, a pesar del sistema que este había ideado para aportar seguridad a la sucesión. Inicialmente, había optado por el establecimiento de una diarquía, donde el emperador (con el título de augusto) elegía un colaborador (y sucesor) con el que compartir el poder y que se conocería como césar. No sería la primera vez que se utilizaba una solución similar, como sucedió con Marco Aurelio y Lucio Vero, y Diocleciano eligió para tal honor a Maximiano (285). Sin embargo, este sistema pronto sufriría cambios, pues tan solo un año después lo propuso como augusto, equiparándose totalmente la dignidad y poder de ambos, y más tarde se creó la tetrarquía, añadiendo nuevas figuras al poder.

Nada más acceder al trono, probablemente Diocleciano tuvo que enfrentarse a cuados y marcomanos en campañas en las que habrían participado los pretorianos, quizá a las órdenes del prefecto Aurelio Aristóbulo, ya en el cargo con Carino, y que mantuvo como muchos otros altos cargos. A pesar de sus esfuerzos, la multitud de peligros existentes en el imperio y la necesidad de mejorar la capacidad de reacción del Estado propiciaron también el nombramiento de Maximiano, uno de sus oficiales de confianza. El ejército se dividiría entre ambos para asegurar las

fronteras, ocupándose este de la rebelión de los bagaudas en la Galia, mientras Diocleciano se encargaría de Oriente. En su camino los sármatas solicitaron una audiencia para recuperar el territorio que habían perdido ante sus enemigos o la entrega de tierras dentro del imperio, y la negativa de Diocleciano inició un nuevo enfrentamiento sin claro vencedor. Más suerte tendría con los sasánidas, llegando a un entendimiento con Bahram II que evitó una guerra poco conveniente para ambos. Por su parte, la victoria de Maximiano en la Galia no evitó que surgieran nuevos problemas cuando uno de sus comandantes, Carausio, que debía acabar con las incursiones de los piratas francos y sajones, se proclamó emperador tras lograr el control del norte de la Galia y Britania. Una *vexillatio* integrada por una cohorte pretoriana y numerosos soldados de la *Legio II Parthica* había recibido la orden de acabar con él, pero sus soldados decidieron unírsele en lugar de combatirlo. Antes de ocuparse de ello Maximiano necesitaba asegurar la frontera germana, logrando expulsar a burgundios, alamanes, chaibones, francos y hérulos en el Rin. No sería suficiente, Diocleciano tuvo que enfrentarse a los alamanes tras regresar de Oriente para que Maximiano pudiera preparar la campaña contra Carausio. Ni un solo día habían pasado ambos sin abandonar el campo de batalla desde su nombramiento, y el futuro cercano no auguraba cambios en ese sentido. Los sármatas volvieron a causar problemas y Diocleciano se puso en marcha de nuevo.

Se desconoce con seguridad si realmente Diocleciano llegó a pisar Roma en esta época, y Maximiano utilizó Mediolanum (Milán) como su cuartel general, al encontrarse mucho más cerca de las fronteras del norte y del camino a Oriente, lo que operativamente implicaba muchas ventajas, y la presencia allí de numerosas tropas disuadió a muchos de los enemigos del imperio. Los conflictos se multiplicaban, usurpadores y secesionistas no dejaban de aparecer, y los frecuentes cambios en el poder obligaban a que cada nuevo emperador ganase el respeto en el campo de batalla, donde también lograrían el apoyo de sus tropas si actuaban diligentemente. Roma se había convertido en una capital más honorífica que real, y los mandatos del Senado cobraron todavía menos importancia de la que ya disfrutaban. Por ese motivo, ya hacía tiempo que la mayoría de pretorianos adscritos a los séquitos de los emperadores pisaban poco los *Castra Praetoria*, y

menos aún permanecían allí tanto tiempo como sus predecesores. No obstante, su importancia formal se mantenía intacta, pues una de las pocas reuniones de este periodo entre Diocleciano y Maximiano se celebró allí mismo (289), lo que suponía una nueva afrenta al Senado, que necesitó enviar allí una comisión si quería estar representado. Esta fue quizá la última vez que se reunieron todos los efectivos pretorianos, y no podía ser en otro lugar. La sentencia «Roma está donde está el emperador» cobró más sentido que nunca, aunque es probable que en ningún otro lugar se habilitaran instalaciones semejantes a los *Castra Praetoria*, ni se menciona su existencia.

Diocleciano decidió otorgar al prefecto del pretorio de Maximiano, Constancio Cloro, y a Galerio, el marido de su hija y también su propio prefecto, el título de «césar», en apoyo de aquellos a quienes iban a suceder y compartiendo con ellos el poder. Había nacido la tetrarquía. Un sistema destinado a dividir las tropas y el poder político entre los principales líderes del imperio, para que ninguno tratara de imponerse sobre el resto. El primero debía mantener la paz en Occidente, para lo que necesitaría encargarse de Carausio, mientras que su homónimo haría lo propio en Oriente. Desde este momento las cuatro máximas figuras del Estado romano contarían con sus propios pretorianos allí donde estuvieran. Esta solución incluía el acuerdo de nombrar al hijo de Maximiano, Majencio, y al de Constancio, Constantino, como césares cuando los dos emperadores abdicaran o murieran y los ahora encargados de ese puesto lo abandonaran para ocupar su lugar. Decidido a demostrar su valía, Cloro consiguió derrotar a las tropas de su enemigo y a sus aliados francos en la Galia, pero aún tenía que recuperar Britania y comenzó la construcción de una enorme flota. Aun sin conocer la muerte de Carausio a manos de uno de sus consejeros, Alecto, poco importaba cuando la armada del prefecto del pretorio de Cloro, Julio Asclepiodoto, desembarcó en la isla de Wight (frente a Southampton) y acabó con siete años de sublevación, mientras Maximiano tomaba el control de Londinium (Londres).

Los máximos responsables del imperio habían logrado recuperar los territorios occidentales, pero la guerra nunca descansa. Diocleciano vencería de nuevo a los sármatas (294) y se enfrentaría a los carpianos

(296) antes de asegurar toda la frontera mediante el establecimiento de una línea de contención llamada *Ripa sarmática*, vigilada por nuevos campamentos fortificados, ciudades con defensas mejoradas y el estacionamiento allí de 15 legiones. En ese periodo también tuvo que viajar a Egipto para sofocar una revuelta local con la ayuda de los *equites promoti dominorum nostrorum* y, poco después (297), en ese mismo lugar tuvo que acabar con otro usurpador, Domicio Domiciano, probablemente empleando su ayuda. Por su parte, Galerio se encontraba ocupado en Oriente conteniendo nuevas incursiones sasánidas, y se decidió que una gran cantidad de *vexillationes* con oficiales propios se asentaron en las provincias fronterizas para su defensa, actuando al margen de los gobernadores provinciales. Todo ello incrementó enormemente el número de efectivos que Roma podía poner en liza llegado el momento, y logró asegurar los puntos más sensibles del imperio. Para conseguir efectivos convirtió el servicio militar en hereditario, y las provincias tuvieron que suministrar regularmente un cupo de soldados que solo podría permutar por el dinero necesario para suplirlos con mercenarios. Para extender el operativo empleado en el Danubio fundó las *limitanei* (tropas destinadas permanentemente a proteger las fronteras, y que en Asia se denominaría *Strata Diocletiana*) y las *comitatenses* (tropas escogidas y situadas en las cuatro capitales del imperio para protegerlas y actuar rápidamente donde fuera necesario). Los soldados pretorianos formarían parte de estos últimos, aunque con cambios que veremos más adelante. Sin duda una gran reforma militar para la protección del imperio.

A pesar de ello, el nuevo soberano sasánida, Narsés, estaba dispuesto a mantener el tradicional enfrentamiento con Roma y logró vencer a Galerio (297), pero este recibió el apoyo de varias legiones veteranas del Danubio y cohortes pretorianas que consiguieron imponerse tan solo un año más tarde, llegando a conquistar Ctesifonte y obligar a su enemigo a la firma de una paz que mantendría la región en calma un tiempo. Poco después, una nueva postura anticristiana marcaría el resto del gobierno de Diocleciano, aunque no pocos hacen responsable a Galerio por su enemistad tradicional hacia los seguidores de Cristo, iniciándose la destrucción de iglesias (como la de Nicomedia) y la persecución de sus practicantes, muchas veces a cargo de

los pretorianos. Hoy en día se duda del verdadero alcance de estas medidas, que, desde luego, nunca lograrían acabar con la fe cristiana, mucho menos cuando muy pronto Roma abrazaría esta religión oficialmente abandonando el tradicional paganismo. Una de las pocas menciones a los soldados del pretorio de Diocleciano es aquella que indica que fueron ellos los encargados de demoler la mayor edificación cristiana de la propia Nicomedia, adonde este había decidido establecer su capital en lugar de Roma, por lo que sabemos que allí existieron pretorianos aunque desconozcamos si se les facilitó un especio propio al estilo de los *Castra Praetoria*, algo poco probable si pensamos en que casi todo su reinado estuvieron combatiendo en diversos frentes.

Por su parte, el occidente norteafricano quedaba a cargo de Maximiano, donde varias tribus beréberes estaban causando problemas a las ciudades romanas, hasta el punto de iniciarse una campaña (297) con la participación de los soldados del pretorio. Tras cruzar Hispania, los rebeldes fueron perseguidos atravesando la cordillera del Atlas hasta la frontera con el Sáhara. La contundencia que los soberanos estaban demostrando ante sus enemigos propició que Maximiano comenzara a llevar una vida más relajada, dejando en manos de Cloro las nuevas victorias que este lograría frente a los francos y otras tribus germanas al norte del Rin. Ambos césares se mostraban más que cualificados en sus puestos y, sin duda, todo apuntaba hacia ellos como sus sucesores tal y como estaba pactado. Diocleciano mantenía la preeminencia reconocida por todos (investido de la *Auctoritas Senioris Augusti*) pero, tras veinte años de gobierno (305) decidió que los augustos dejaran paso a los césares. Era el momento que esperaba Galerio para tratar de acaparar el poder de su compañero y convertirse en gobernante único. La retirada de Diocleciano y Maximiano dio inicio a la nueva etapa de inestabilidad que el primero siempre quiso evitar (aun viviría hasta el año 311). Galerio había demostrado su influencia convenciendo al resto de tetrarcas para, una vez que él y su compañero se convirtieran en augustos, los elegidos para los cargos vacantes fueran personajes afines a sus intereses como Maximino Daya (sobrino de Galerio) y Severo (compañero de armas de aquel), en lugar de los que previamente habían acordado, es decir, el hijo de Constancio (Constantino) y el de

Maximiano (Majencio). El traspaso de poder se realizaría sin incidentes, pero estos no tardaron en aparecer.

Tan solo un año después de convertirse en augusto, Constancio perdió la vida luchando contra los pictos en Britania (306). Como si de una venganza por las maquinaciones de Galerio se tratara, las legiones y pretorianos allí presentes decidieron volver a recuperar el protagonismo político que habían perdido con Diocleciano y proclamaron a Constantino como su sucesor.[5] No sería el único. Visiblemente contrariado por perder su posición, Majencio logró el apoyo de los pretorianos en Roma para alcanzar el poder: la promesa de grandes recompensas y el miedo a que Galerio desarticulara las cohortes inclinaron la lealtad de unas tropas que no quisieron perder la oportunidad de recuperar hábitos perdidos.[6] El Imperio romano debía prepararse para nuevas luchas intestinas, mientras Galerio y Maximino Daya se encontraban lejos, en Oriente. Parecía que las tropas trataban de recuperar los nombramientos iniciales que Galerio había logrado evitar con tanto esfuerzo político, pero, en realidad, cada contingente había encontrado en ellos una opción que servía a sus propios intereses. Ni siquiera los propios pretorianos mostrarían ya cierta unidad en su forma de pensar, pues cada cohorte permaneció junto a quien estimó oportuno, al modo en que toda la vida lo habían hecho las legiones. Sin duda, la cohesión que siempre habían mostrado gracias a mantenerse acantonados juntos en la capital se había perdido cuando la división del poder político los separó, y con ellos, sus intereses.

En parte, Galerio tenía mucho que ver en esa decisión. En vista de que la mayoría de pretorianos habían sido reasignados al *comitatus* de los cuatro tetrarcas (acantonándose donde estos situaron su residencia), apenas quedaba en Roma un pequeño retén (*reliquatio*) que quiso suprimir[7] quizá buscando también recortar el gasto que suponía mantener operativos los *Castra Praetoria*. Cuando la noticia llegó a Roma, los pretorianos lo consideraron una ofensa a su honor y a los siglos de servicio prestado. El mismo temor debieron de sentir los *equites singulares Augusti* y las cohortes urbanas, uniéndose a ellos en su apuesta por el poder. Majencio hizo gala de una excepcional capacidad para aprovechar tales acontecimientos, pues no tardó en presentarse como la solución a todos sus

problemas. A cambio de su apoyo les recompensaría m*ás* allá de lo imaginable, asegurando su pervivencia y posición. Una oferta que no podían rechazar.[8] En vista de la situación, mientras Constantino ya se encontraba con sus tropas en la Galia, Galerio concedió prioridad a la recuperación de la capital y envió a Severo con su ejército para enfrentarse a los sediciosos.[9] Pocos en ese momento podían adivinar lo que iba a suceder. Mientras Severo asediaba las murallas de Roma, sus propios soldados lo traicionaron y se pasaron al bando de los defensores, pues aún guardaban lealtad al padre de Majencio tras haber servido a sus órdenes. A duras penas consiguió salvar la vida y escapó hacia el norte, esperando reunirse con Galerio y reconducir la situación, pero sus perseguidores lo alcanzaron y fue asesinado en Rávena. Por su parte, Aunque Maximiano se había retirado siguiendo los dictados de Diocleciano, no debió de hacerlo de buen grado y quiso aprovechar los éxitos de su hijo para alcanzar el título de emperador único (308). Sin duda esperaba que su hijo le entregara el mando de las tropas en la capital, y su sorpresa debió de ser digna de ver al recibir una negativa rotunda. Ni siquiera su discurso en los *castra* pretorianos hizo que estos cambiaran su lealtad, al considerarlo poco adecuado hacia su hijo.

La situación se complicaba para este nuevo (o tal vez viejo) aspirante, que tuvo que huir de Roma hacia la Galia. Sus opciones pasaban por intrigar contra Constantino y recuperar el control de la parte occidental del imperio. Si todo salía según esperaba, una rápida actuación evitaría la interferencia de Galerio y, con las tropas antes leales a Constantino, podría tratar de tomar Roma con garantías. No obstante, el destino no parecía estar de su lado. Aquel tampoco estaba dispuesto a renunciar a sus derechos, y utilizaba a las tropas que lo secundaron para controlar la Galia y deshacerse de los francos. A pesar de que tropas pretorianas sirvieron a su padre, nunca se mencionan junto a su hijo. Ello no niega su existencia, que de hecho es muy probable, pero tratándose del emperador que más tarde disolvió las cohortes, las fuentes bien pudieron omitir este dato para no mostrar su decisión poco coherente. De camino, el padre de Majencio fue traicionado por su hija, tuvo que huir y apenas logró alcanzar Massalia antes de ahorcarse para evitar ser capturado. En muy poco tiempo dos de los

candidatos al poder habían acabado sus días antes de lo que esperaban, pero aún quedaban en liza Constantino, Majencio, Maximino Daya y Galerio. En Roma, Majencio decidió otorgar a las unidades pretorianas un nuevo epíteto para agradecer su apoyo. Desde entonces se conocerían como *cohortes romanas palatinas*. Se hacía referencia al lugar donde se asentaba el poder que lo sustentaba en el trono, y se trataba de engrandecer su figura con la legitimidad que le confería tener a sus órdenes a los protectores de la residencia palatina o mostrar la cercanía recíproca y existente entre estos soldados y su emperador.[10]

A pesar de tales disposiciones, la situación estaba lejos de resolverse para ninguno de los rivales. La medida contra los pretorianos de Roma no era la única polémica generada por Galerio. Ordenó la elaboración de un censo de todos los ciudadanos del imperio, con la finalidad de aumentar la recaudación de impuestos, lo cual suponía que la mayoría de ciudadanos de la península itálica que, hasta entonces, habían estado exentos, debieron comenzar a tributar en contra de su voluntad, y no estaban dispuestos a ello. Ese fue el motivo por el que el pueblo también apoyó a Majencio, cuando este prometió mantener la situación tradicional. Sin embargo, quedaban nuevos aspirantes decididos a aprovechar la convulsa situación y alzarse con el trono, como el vicario de África, Domicio Alejandro. Esta noticia llenó de preocupación a Majencio, pues no se trataba de cualquiera. Si bien militarmente no suponía un problema, lo importante era que controlaba una de las principales regiones productoras de grano para el imperio y ya hacía tiempo que ningún barco llegaba desde Egipto, en manos de Galerio. Domicio era consciente de ello y pronto los suministros dejaron de enviarse, hasta que la escasez dio paso al inicio de disturbios en Roma.[11] El hambre provocaba ira, y esta causaba incendios por toda la ciudad y enfrentamientos entre el pueblo y los pretorianos, que a punto estuvieron de reducirla a cenizas. Entre los edificios afectados estaba el templo de la Fortuna. En el momento en que muchos trataban de sofocar las llamas parece que un pretoriano gritó palabras ofensivas a la diosa, que, al ser escuchadas por sus devotos provocaron su linchamiento y este la carga de sus compañeros contra la ciudadanía. El pueblo romano pronto comenzó a dudar de la capacidad de Majencio para cumplir sus promesas y garantizar

su bienestar, y sus apoyos empezaron a desaparecer casi tan rápido como se habían manifestado. Las fuentes indican que, lejos de tratar de buscar alternativas de suministro o de calmar los ánimos generales, decidió castigar los alborotos con mano dura, lo que generaría su fama de tirano.

Si analizamos detenidamente lo sucedido, no tiene sentido que Majencio actuara de esa manera. Ordenar a los soldados que eliminaran toda oposición por la fuerza y sin juicio alguno[12] habría incrementado los incidentes y su mala imagen. Probablemente los pretorianos reaccionaron ante tales sucesos por su cuenta, pues tampoco se requería mucho para inflamar de nuevo el rencor siempre vivo entre el pueblo y los soldados. Algunos autores especulan con la posibilidad de que aquellas blasfemias las lanzara un soldado cristiano,[13] pero no podemos saberlo. Por su parte, Constantino hizo gala de una gran perspicacia cuando promovió que sus partidarios provocaran nuevos altercados en la ciudad para desestabilizar a su oponente.[14] Finalmente, el prefecto Rufio Volusiano se impuso a Domicio Alejandro en Cartago (311), y el reabastecimiento contribuyó a calmar los ánimos. Sin embargo, ya era tarde. A pesar de sus promesas, la necesidad de contar con fondos para mantener sus aspiraciones le habían llevado a iniciar también una política fiscal que no gustaba a nadie. Muchos senadores comenzaron a distanciarse y, con ellos, las intrigas aumentaron.

Constantino o el inicio de la leyenda

> Con la anuencia divina las maquinarias […] puente se desbarató, y las embarcaciones con todas sus tripulaciones en tropel se van a pique, siendo el primero aquel infortunado (Majencio), y tras él los portadores de escudo y los doríforos (pretorianos), en la forma en que las divinas palabras lo tiene profetizado: se sumergieron como plomo en el agua preciosa.
>
> EUSEBIO, *Vida de Constantino*, I, 38, 1-4.

A comienzos del siglo IV la lucha por el trono *únicamente* tomaba un rumbo prometedor para Constantino. Había logrado evitar las intrigas de

Maximiano sin perder un solo hombre. Consiguió controlar Britania, la Galia e Hispania. La frontera del Rin parecía asegurada y no presentaría problemas en su retaguardia, al menos de momento. Galerio parecía ajeno a todo y la situación empeoraba para Majencio. Al margen de ello, si bien ya antes Heliogábalo había mostrado una inclinación religiosa ajena a las creencias tradicionales romanas, nunca se atrevió a llegar tan lejos como Constantino, quien abrazó el cristianismo abandonando la religión politeísta oficial del imperio, que había estado vigente durante un milenio. Esta decisión no solo era arriesgada, sino que tenía unas implicaciones políticas, militares y económicas difíciles de cuantificar brevemente. La religión cristiana contaba ya con tres siglos de historia y había pasado por momentos difíciles dentro de las fronteras romanas. No pocos emperadores se habían opuesto al monoteísmo que promulgaban sus fieles, y algunos trataron de erradicarla sin éxito. No obstante, el afán reformista de Constantino alcanzaba también a la fe, y un Dios único representaba bien el intento de convertirse en emperador único. Habría tiempo de solucionar los inconvenientes que ello provocara si es que conseguía doblegar a sus oponentes.

La muerte de Severo había supuesto un duro golpe para Galerio, quien estaba obligado a reconducir la situación antes de que fuera tarde. Solo había una opción: movilizó las legiones de Oriente en dirección a Roma mientras Constantino aún estaba organizando los territorios aliados. Pronto comprendería que sus enemigos no solo se encontraban en la capital. Las duras medidas impositivas que quiso instaurar habían puesto en su contra a toda la península itálica, lo que dificultó mucho su avance, hasta el punto de desistir cuando estaba a 60 kilómetros de la capital. Majencio quería evitar un enfrentamiento contra aquel veterano de guerra y sus experimentadas tropas, por lo que trató de sobornar a sus soldados para que lo abandonaran y Galerio temió que lo consiguiera. Debía retirarse antes de acabar asesinado por cualquiera de los que debían protegerle y, aunque lo consiguió, no quiso marcharse sin arrasar cuanto encontró a su paso, como castigo. Ya sin posibilidad de imponerse por las armas, el emperador de Oriente convocó a sus oponentes para resolver diferencias en una conferencia (308). Esta se produjo en vida de Maximiano y también acudió

Diocleciano. Se trataba de negociar hasta lograr un acuerdo. Galerio se mantendría como augusto en Oriente con Maximino Daya como césar, mientras que un buen amigo suyo, Licinio, obtendría el título de augusto en Occidente, con Constantino como césar. Majencio quedaba apartado de estos acuerdos y declarado usurpador sin que su padre mediara en contra. No obstante, ni Constantino ni Majencio participaron en tales deliberaciones y mucho menos las aceptaron. No solo eso, el propio Maximino Daya, que gobernaba Egipto y Siria, estaba cansado de esperar su momento y reclamaba convertirse inmediatamente en augusto sin escuchar a Galerio.

En vista de que su sueño de ser emperador único era poco menos que eso, un sueño, Galerio decidió centrarse en el gobierno de sus circunscripciones, manteniendo su título hasta el último día (311). A su muerte, Maximino Daya y Licinio se repartieron el control de las provincias romanas orientales, algo que ni Majencio ni Constantino estaban aún es disposición de evitar. Maximino quiso formar una alianza con Majencio para deshacerse de Constantino, pero Licinio debió de entender que solo buscaba mayor protagonismo antes de librarse de él, optando por reunir a sus tropas para vencerlo en la batalla de Tzirallum. Maximino consiguió escapar a Tarso, pero no tardó en morir envenenado. Como único soberano de Oriente, Licinio no mostró interés en las disputas por el poder en Occidente. Solo quedaban allí dos contendientes y Constantino cruzó los Alpes en dirección a Roma. En Verona se encontraba ya el prefecto Ruricio Pompeyano, esperándolo con el ejército que Majencio había podido reunir para detenerlo gracias a que muchos soldados de Galerio decidieron aceptar su oferta, por lo que el enfrentamiento era más que inevitable. Sin embargo, el hijo de Maximiano sab*í*a que el objetivo de su oponente era Roma, por lo que el grueso de sus tropas permaneció a su lado para aprovechar la ventaja de sus muros. Sabía que no podrían derrotar a Constantino, pero, al menos, esperaba que el enfrentamiento mermara sus efectivos y que la hostilidad de las regiones por las que tendría que pasar le hiciera desistir, igual que a Galerio. No hubo opción. Constantino aniquiló al ejército enemigo sin mayores problemas y continuó su camino.[15] Las pérdidas habían recaído

entre los legionarios y auxiliares, por lo que únicamente podía ya contar con los pretorianos, los *equites singulares* y las cohortes urbanas.

Por su parte, su enemigo contaba con cuatro legiones, una *vexillatio* de la *Legio IIII Flavia*, y numerosas tropas auxiliares[16] (como catafractos de caballería pesada, arqueros montados o los *cornuti*). Las fuentes indican que Constantino, ya desde su acceso al poder, había manifestado públicamente su oposición a los pretorianos; sin embargo, existen razones para creer que se encontraban entre los soldados que lo aclamaron en Britania y aquellos que lo siguieron a Roma, pues ya antes habían servido a su padre. Debido a que sería este emperador quien, a la postre, disolvió las cohortes, es posible que los autores clásicos fueran reacios a indicarlo para evitar la hipocresía que ello hubiera supuesto. Por ese motivo, cuando tenían que referirse a ellos emplearon términos arcaicos como el de *doríforos*, el mismo que utilizaron para nombrar a los pretorianos de Majencio, lo que deja pocas dudas. Este apelativo tenía otra finalidad, la de señalarlos como el origen de los posteriores *protectores domestici*. Esta nueva unidad del ejército romano bajoimperial estaba formada por los nuevos escoltas del emperador, incluidos como parte de la casa imperial, y a los que algunos autores siguieron aplicando el apelativo de «pretorianos» mucho tiempo después de que estos desaparecieran.[17]

Sobre los sucesos que ocurrieron a continuación debemos reseñar que, aunque en parte es cierto que la Historia la escriben los vencedores (aunque no siempre), en este caso los relatos de las fuentes están enormemente teñidos de propaganda destinada a denigrar a Majencio y ensalzar al victorioso Constantino. Por ello debemos analizarlos con sumo cuidado, pues abundan las burlas hacia el hijo de Maximiano, tildándolo de cobarde que solo se escondía tras las murallas de la ciudad sin presentar batalla.[18] En realidad, no tenía muchas más opciones. Sus tropas no podían igualar las de su enemigo en número o experiencia militar. Salir a campo abierto con ellas era poco menos que un suicidio, por lo que tratar de resistir defendiendo la ciudad y empleando excelentes fortificaciones esplendidas como los *Castra Praetoria* se presentaba como la única posibilidad de sobrevivir, por muy pequeña que fuera. Siempre le quedaría la esperanza de que, si el asedio no prosperaba, los soldados de Constantino lo

abandonaran, y si esto no funcionaba podría tratar de sobornarlos como había hecho anteriormente. En cualquier caso, de lo que podía estar seguro era de que el asedio supondría un reto mayor que enfrentarse a Severo, pues su enemigo nunca abandonaría la tarea por difícil que fuera, y muchos personajes influyentes de la ciudad deseaban verlo caer tanto como Constantino.

No sabemos si temía ser asesinado en palacio por algún conjurado o por los propios pretorianos, o si quiso demostrar a su oponente que no le faltaba valor y decidió jugárselo todo a una carta. Ordenó formar a sus tropas al norte de la ciudad, en el puente Milvio, y allí esperó a que llegara el 28 de octubre del 312. Probablemente Constantino no podía creer la fortuna que le deparaba su nuevo Dios, ni tampoco las fuentes escritas que lo atribuyen a la intervención divina o al carácter supersticioso de Majencio. La ciudad nunca había sido tomada al asalto en toda su historia, y las defensas se habían preparado para prolongar el asedio almacenando provisiones y armas. Era una oportunidad que no podía desperdiciar y, rápidamente, aprestó a sus hombres para la batalla. No entraremos aquí a analizar los pormenores de tan famosa contienda. Baste decir que el ejército de Majencio fue derrotado y, cuando sus tropas ya habían emprendido la huida atravesando el puente, este cedió.[19] Las aguas del Tíber se llevarían al último de los emperadores paganos de Roma, lo que fue calificado también de obra divina[20] como castigo por su mal gobierno. No olvidemos que la victoria de Constantino supondría, a la postre, que el cristianismo alcanzara el rango de religión oficial en el Imperio romano, por lo que esta se nos presenta como predestinada y el oponente fue demonizado como pocos de sus predecesores.

La versión más razonable supone que Majencio, si bien debió de tener serias dudas sobre sus opciones reales de vencer en campo abierto, esperaba obtener lo mismo que no consiguió su prefecto en Verona. Si sus hombres se mostraban capaces de diezmar al enemigo, podría retirarse y entrar en la ciudad para defenderla ante oponentes menos numerosos y m*ás* desmoralizados. Es más, parece que había preparado el puente como una trampa para atraparlos cuando intentaran cruzarlo en su persecución, lo que aumentaría sus bajas y retrasaría el avance permitiéndole alcanzar las

murallas Si estas eran superadas, aún le quedaban los *Castra Praetoria* como último reducto. Sin embargo nada salió bien, y sus planes se volvieron contra él. Cuando sus tropas comenzaron a ceder, la huida desorganizada y, quizá, la providencia se encargó del resto. El pesado equipo que portaban los soldados en combate hacía imposible escapar a la corriente a nado y las bajas, aunque desconocidas, debieron de ser enormes. El puente de piedra que allí existía había sido derribado con anterioridad para detener a Galerio, y se había sustituido por uno provisional de pontones que, al ceder, convirtió la ya fuerte corriente del río en una maraña de troncos sin control imposible de superar. El propio emperador acompañó a sus soldados en este último viaje, frente a la atenta mirada de los ciudadanos romanos, encaramados a la Muralla Aureliana para ser testigos de la derrota. La escena debió de ser tan impresionante que el nuevo emperador ordenó inmortalizarla en el arco que erigió en su honor. Un triste colofón a una historia salpicada de actos deshonrosos, pero aún más llena de acciones heroicas, la última, cuando ya derrotado el ejército de Majencio los pretorianos se mantuvieron firmes para que los supervivientes alcanzaran la ciudad antes de afrontar su destino. Quizá ellos mismos fueron conscientes de que podía ser su última batalla y quisieron que su valor tratara de borrar los errores anteriores.

No fue la desaparición de su oponente el único beneficio que obtuvo Constantino en ese encuentro. La mayoría de los pretorianos habían muerto en combate o arrastrados por el rio, lo que suponía una ventaja táctica y política enorme. Sin ellos ya no tendría que asaltar los *Castra Praetoria*, algo que le hubiera costado mucho esfuerzo, sino que facilitaría la tarea que, probablemente, ya tenía en mente, pues no existiría oposición para disolver las cohortes. Esta fue la primera medida que tomó nada más cruzar las puertas de la ciudad. Eran muy pocos los soldados del pretorio que aún vivían, la mayoría de los que sobrevivieron a la batalla eran prisioneros y el resto no tardó en entregarse. Sus armas fueron confiscadas, sus símbolos eliminados y su campamento reducido a cenizas.

El único recuerdo aún vivo de aquel era la parte del perímetro que compartía con la Muralla Aureliana. Los campamentos de los *singulares Augusti* correrían la misma suerte[21] y la unidad fue igualmente suprimida.

Sin apenas inmutarse, Constantino había acabado con una de las más prestigiosas tropas del ejército más importante en la Antigüedad occidental. Los pretorianos contaban, en ese momento, con más de tres siglos de historia como cuerpo de elite encargado de la seguridad del emperador. El devenir del imperio había pasado por sus manos en más ocasiones de las que casi se podían recordar, habían actuado en campañas desde Germania a Mauritania, desde Hispania hasta Asia. Se habían enfrentado a los enemigos más valerosos y a los conspiradores más cobardes. Habían participado en tantas conjuras como aquellas que ayudaron a desbaratar. La gloria había sido suya en igual medida que la deshonra. Ahora todo había acabado. Lo que muchos antes nunca se atrevieron a hacer, por fin sucedió. Nunca más un pretoriano desfilaría con sus *caligae* por el foro de Roma.

La decisión era más importante de lo que pueda parecer, pues uno de los poderes facticos clave del imperio había desaparecido. Su influencia política destacó sobre la militar, aunque esta no le fue a la zaga, y su existencia no fue menos determinante en lo económico, pues los fondos destinados a pagar su lealtad se habían convertido en una prioridad difícil de soslayar a pesar de las dificultades. Se cree que una de las causas de que este fuera el momento elegido tenía que ver con las enormes bajas que las cohortes habían sufrido en la reciente batalla. Sin lugar a dudas, así fue, y el resto no podía ofrecer resistencia a tal decisión. No obstante, Septimio Severo había logrado, mucho antes, deshacerse de ellos nada más acceder al poder, y en lugar de acabar con la institución optó por reformarla. Igual de improbable parece otro de los motivos aludidos, la dificultad que habría supuesto volver a hacer operativas a estas tropas. Este cometido era tan sencillo como incorporar al pretorio a las unidades de confianza del emperador que conformaban su *comitatus* o usar sus propios legionarios, como ya habían hecho el propio Severo o Gordiano I, cuando utilizó a los jóvenes de Cartago. Los *castra* se habían tomado intactos y no necesitaban reformas, y gran parte de su armamento todavía se encontraba en el arsenal o en manos de los soldados capturados. La inversión no sería mayor de la que otros muchos emperadores habían tenido que acometer con anterioridad y en peores circunstancias. La nueva religión se ha postulado como otra causa de su desaparición, pues Constantino habría pensado en formar su

escolta personal con soldados afines a su Dios único. En realidad, deseaba acabar con todo símbolo de paganismo en las instituciones romanas, ya fueran políticas, militares, o de otro tipo, y las cohortes pretorianas formaban parte de la tradición politeísta que se pretendía erradicar a favor de la, ahora, fe verdadera.

Nuevamente la solución era sencilla, ya existían entre sus tropas muchos cristianos que podrían haberse convertido en pretorianos devotos sin mayores inconvenientes. Del mismo modo, aunque es cierto que desde la instauración de la tetrarquía los emperadores ya no sentían la necesidad de residir en Roma para desempeñar sus funciones,[22] la capital mantenía su prestigio, ganado tras siglos de grandeza. El imperio era muy extenso y sus necesidades habían cambiado. La mayoría de tetrarcas pocas veces visitaron Roma, ya fuera porque preferían otros lugares o porque se encontraban permanentemente en campaña. No obstante, en el *comitatus* que les acompañaba existían pretorianos sin que ello hubiera supuesto la desaparición de esta institución o la clausura de los *Castra Praetoria*, a pesar de que la infantería pretoriana había perdido parte de su importancia como unidad militar estratégica. Ya Galieno dejó clara la preeminencia que la caballería había alcanzado frente a ellos, pues la mayoría de su escolta personal eran *equites*. El propio Constantino, tras disolver a los *singulares*, en realidad los sustituyó por los *scholae palatinae*, una nueva tropa de jinetes que tendría las mismas funciones. A pesar de todo, derivar de ello la desaparición de los pretorianos es complicado, pues todo ejército necesitaba infantería, y los pretorianos formaban parte de aquel que debía apoyar a las tropas fronterizas desde época de Severo. Ese mismo supuesto podría emplearse para hacer desaparecer las legiones, cuya importancia táctica siguió siendo incuestionable.

Constantino quería mostrarse como un gobernante reformador, que aspiraba a iniciar una nueva época de esplendor lejos de las tradiciones anteriores, como símbolo de un nuevo carácter para un imperio que necesitaba adaptarse a los nuevos tiempos si quería sobrevivir. No era una apuesta poco arriesgada, pues Roma las había defendido y esgrimido como baluarte de una cultura que entendían más elevada que cualquier otra. El respeto y atención a ellas se había convertido en un deber durante siglos, y

tratar de cambiar todo aquello no sería tarea fácil de argumentar e imponer al Senado y al pueblo. Roma había dejado de ser el centro del universo, y quizá quiso mostrar ejemplo de su determinación acabando con uno de los símbolos más arraigados de la época imperial, aquellos que a sus ojos se habían condenado a sí mismos al cometer traición y apoyar a Majencio. No transcurrió mucho tiempo hasta que el nuevo emperador fundó Constantinopla, muy lejos de allí, lo que equivalía a destacar la importancia de la parte oriental del imperio sobre la occidental, que siempre se había tenido como la principal por estar allí la ciudad eterna. El verdadero problema tenía que ver con la existencia de miles de soldados de elite estrechamente unidos, con unos privilegios y posición preocupantes, que si decidían actuar no existía nadie en la capital capaz de oponérseles. Ni siquiera *urbanicianos*, *vigiles*, *equites singulares Augusti* (o los *germani* en su momento) juntos lo hubieran conseguido. Ahora tenía la excusa perfecta y, probablemente, no estaba dispuesto a poner su vida en manos de soldados que podían cambiar de intereses fácilmente, como sin duda sabía.

En cualquier caso, el emperador necesitaba una escolta que lo protegiera en todo momento, pues la desaparición del pretorio no suponía la de todos los peligros que acechaban un poder tan codiciado. No obstante, asignar sus tareas a varios pequeños grupos de soldados con características diferentes, misiones propias y compuestos por muchos menos efectivos era una solución magnifica para acabar con tales peligros. Contaba con su *comitatus* y creó las *scholae palatinae*, etc. de manera que tratar de unirlos a todos para atentar contra su vida nunca sería tarea fácil para cualquier conspirador, y si se conseguía el apoyo de algunos, el resto tendría capacidad más que suficiente de neutralizarlos y acabar con cualquier intento de usurpación. Sobornarlos a todos habría supuesto un gasto difícil de asumir y no exento de riesgo ya que a m*á*s conspiradores mayores eran las posibilidades de que alguno decidiera revelar sus planes. Ninguna de estas unidades contaba con cuarteles adecuados para resistir e imponer su voluntad. Era una solución tremendamente práctica que encajaba bien con esa faceta reformadora. Había logrado reunir las herramientas políticas, religiosas y militares necesarias para acometer tan importante tarea y no las desaprovecharía.

Una vez tomada la decisión, no sabemos en qué momento exacto, pero seguro muy meditada, había que decidir cuál sería el destino de los pretorianos supervivientes, y lo mejor para su imagen era mostrar benevolencia. Cuando un personaje tiene poder, motivos y la ocasión para castigar a quienes se le han opuesto abiertamente, evitar dejarse llevar por la venganza siempre se interpreta como una muestra de coraje, entereza, carácter elevado y verdadera piedad cristiana. Así era como Constantino quería ser reconocido. No fueron licenciados con deshonor, encarcelados, arrojados a las fieras o, directamente, masacrados, pues habría sido también un desperdicio de soldados experimentados a los que había encontrado otra utilidad. Corrían tiempos difíciles en los que los enemigos no escaseaban, cada vez eran más audaces y mejor preparados, y los reclutas nunca llegaban a cubrir todas las necesidades de efectivos.[23] Fueron degradados y convertidos en legionarios. No solo eso, su destino sería la frontera del Rin y el Danubio,[24] uno de los lugares más peligrosos del imperio, donde cualquier aportación sería bien empleada. Desconocemos si todos ellos acabaron en el mismo lugar o fueron diseminados, pero lo que es seguro es que sus privilegios desaparecieron para siempre y los placeres que habían disfrutado en Roma se convertirían en un vago recuerdo. Les había perdonado la vida, sin duda, pero a buen seguro muchos de ellos hubieran preferido cualquier otro final que un lugar donde cada día podía ser el último, rodeados de soldados que odiaban a los pretorianos y de enemigos para quienes sus cabezas serían un bonito trofeo. Nunca más volvería a saberse de ellos.[25]

Las fuentes nos hablan de aquel final para los pretorianos perdonados, pero quizá no todos acabaron allí. No es que se tratara de una opción mucho mejor, pues si los germanos eran aguerridos los sasánidas no andaban a la zaga. Restos epigráficos datados a finales del siglo IV muestran la existencia de una unidad llamada *Ala Prima Praetoria Nu(p)er Constituta* en Armenia, bajo el mando del dux que gobernaba aquella región. Es probable que los *equites* del pretorio y los *singulares Augusti* acabaran siendo destinados a esta región como unidad de caballería que podría proporcionar un mejor servicio contra los jinetes catafractos, manteniéndose hasta el final como unidad que aun quería recordar glorias pasadas. Sin embargo, no

podemos descartar que su origen se encuentre en las tropas pretorianas que debieron actuar a las órdenes de Licinio en Oriente, hasta que fue derrotado por Constantino en 324. El apelativo *nuper* indica que había sido creada recientemente y, en este momento, no tenía sentido referirse a aquellos soldados del pretorio que habían desaparecido casi un siglo atrás salvo que se tratara de un tradicionalismo, como hemos visto en otras nomenclaturas. Sea como fuere, a falta de nuevas pruebas arqueológicas, es posible que nunca lo sepamos con certeza.

[1] Luttwak (1976), 185.
[2] Scriptores Historia Augusta, *Probo*, VI, 5.
[3] Speidel (1987), 376-377.
[4] Aurelio Víctor, *Caes.*, XXXIX, 47.
[5] Eusebio, *Vida de Constantino*, 22.
[6] Aurelio Víctor, *Caes*., XXXX, 3-6.
[7] Lactantio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, XXVI, 1-3.
[8] Zósimo, II, 9, 1-3.
[9] Paulo Orosio, *Historias*, VII, 28, 5-10. Eutropio, *Breviario*, X, 2, 4.
[10] Speidel (1988), 186-187.
[11] Zósimo, II, 13.
[12] Eusebio, *Vida de Constantino*, XXXV, 1.
[13] Menard (2004), 97.
[14] Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, XLIV, 7-8.
[15] Eusebio, *Vida de Constantino*, I, 37, 1.
[16] McDowall y Hook (1995), 53-54.
[17] Amiano Marcelino, *Historia*, XVII, 10.
[18]*Panegíricos latinos*, XII, 14, 3-6.
[19] Zósimo, II, 16, 2-4. Aurelio Víctor, *Caes.*, XXXX, 23-25. *Panegíricos latinos*, XII, 17.
[20] Eusebio, *Vida de Constantino*, I, 38, 1-4.
[21]Speidel (1986), 256.
[22]Durry (1968), 395.
[23]MacDowall y Embletton (1994), 8-10.
[24]*Panegíricos latinos*, XII, 21, 2-3.
[25] Ceñal (2008), 545.

EPÍLOGO

A pesar de la infinita deuda que la cultura occidental tiene con la Antigüedad, no son muchos los recuerdos que de ella permanecen, al margen de quienes dedican su vida a que esta no caiga en el olvido. Nombres de personajes destacados, restos de antiguos templos, batallas de las que solo quedan ecos lejanos comportan la mayor parte de ellos. Sin embargo, existen episodios que han traspasado la sutil línea que separa un recuerdo borroso del olvido, han quedado en el imaginario colectivo más allá de lo que podía esperarse y aún más de lo que sus protagonistas hubieran siquiera imaginado, y uno de ellos son los pretorianos. La importancia del papel que desempeñaron en el destino de uno de los más grandes imperios del pasado está fuera de toda duda, pero a la deuda que contrajimos desde hace milenios con aquellos acontecimientos se ha unido la necesidad de desterrar los estereotipos y prejuicios que el paso del tiempo surgieron a su alrededor.

La actuación de las cohortes pretorianas fue muchas veces criticada ya en la Antigüedad por varios autores clásicos, y en muchos casos no les faltaba razón, pero no todo lo que nos contaron sobre ellos quedó libre de su visión personal, lejos de partidismos a veces infundados. No hemos querido aquí demonizar a los pretorianos, tampoco idealizarlos, solo quisimos contar lo que sucedió de la manera más objetiva posible, esa es la tarea de un historiador. La opinión y el juicio sobre lo que sucedió deben quedar siempre en manos de quienes hayan sentido la necesidad de ir un poco más allá de aquella vaga imagen en el recuerdo, para descubrir lo que realmente pasó, al menos hasta donde podemos conocerlo. Su participación en la política romana, las guerras que libraron, las conjuras que culminaron, su actitud ante el poder y los ciudadanos muchas veces han sido presentados con la mera intención de mostrarlos como personajes carentes de escrúpulos, codiciosos y más alejados del honor y la lealtad que se les suponía de lo que nadie podría imaginar. Así fue en no pocas ocasiones,

pero los escasos detalles que conocemos sobre su historia aún dejan más lagunas que certezas al respecto.

La cercanía al emperador y su presencia en la capital les permitió involucrarse activamente en asuntos políticos. Sin duda, para la inmensa mayoría de legionarios que sobrevivían en los confines del imperio la figura del emperador era algo lejano, un soberano que el culto imperial se había encargado de convertir en «dios viviente», pero del que apenas sabían nada salvo en los casos en los que decidían personarse en el frente y, aun así, pocos eran los que llegaban a contemplarlo con más nitidez que una borrosa silueta. La visión que un soldado pretoriano tenía del emperador era totalmente opuesta. Lo conocían bien, estaban al tanto de su vida, sus actos, sus fortalezas y debilidades. Para ellos no era un dios inaccesible y misterioso del que apenas habían oído hablar, sino un hombre de carne y hueso cuya vida dependía de ellos, aunque también participaran en sus ceremonias religiosas. Es más, como bien señala Ceñal,[1] las preocupaciones de pretorianos y legionarios solían ser muy distintas. Cuando un soldado se encontraba en su campamento fronterizo, sabía que sus enemigos eran muchos y fuertes y podían acabar con él en cualquier momento. Eso ayudaba a centrar sus pensamientos en vivir una noche más. Los pretorianos muchas veces eran ajenos a tales inquietudes y, por tanto, disponían de tiempo para emplearlo en buscar la manera de asegurar su situación y mejorarla si era posible. A pesar de ello, no siempre ejercieron ese papel con la exclusividad y libertad que a muchos les hubiera gustado. En Roma nadie podía oponérseles, pero lejos de ella perdían gran parte de su influencia. Sin interferencias indeseadas, y en presencia de las legiones que servían en aquellas lejanas fronteras, muchos candidatos surgieron mostrándose cercanos a aquellos soldados, preocupados por su bienestar más que lo que lo hacían en la capital, y supieron canalizar en beneficio propio la lealtad que sus hombres les guardaban por compartir con ellos su destino, alcanzando el trono sin intervención de los pretorianos. De este modo, el destino de cada dirigente político siempre estuvo estrechamente relacionado con el poder militar, ya recayera en unos u otros, más a*ú*n en un imperio que debía su grandeza y riquezas a sus soldados.

Si comparásemos la participación de ambas unidades en el acceso al trono romano descubrir*ía*mos una realidad interesante. Los pretorianos colaboraron decisivamente y con total certeza en la muerte de no menos de siete emperadores en toda su historia: Calígula (41), Galba (69), Didio Juliano (193), Caracalla (217), Heliogábalo (222) y tanto Máximo como Balbino (238). Sin contar al sucesor de Filipo el Árabe, su hijo Marco Julio Severo Filipo, que murió a manos de los pretorianos[2] pero antes de ser nombrado (249), o a Pertinax (193) por debérselo a los *singulares*. Del mismo modo, y estrechamente conectados con estos hechos, impusieron su criterio para colocar a otros seis gobernantes: Claudio (que sustituiría a Calígula), Otón (a Galba), Didio Juliano (a Pertinax), Alejandro Severo (a Heliogábalo), Gordiano III (como único regente ya sin Máximo y Balbino) y Majencio. Por su parte, los legionarios no se quedaron atrás en esta labor, más bien los superaron ampliamente. Eligieron unilateralmente, a veinticuatro gobernantes: Galba (68), Macro (69), Vitelio (69), Vespasiano (69), Pescennio Niger (193), Septimio Severo (193), Clodio Albino (193), Macrino (217), Heliogábalo (218), Vero (218), Maximino (235), Filipo el Árabe (244), Decio (249), Treboniano Galo (251), Emiliano (253), Valeriano (259), Claudio II (268), Quintilio (269), Aureliano (270), Floriano (276), Probo (276), Caro (283), Carausio (287) y Constantino (306). Por si fuera poco, en sus manos acabó la vida de siete emperadores: Alejandro Severo (235), Maximino (238), Emiliano (253), Aureliano (270), Tácito (275), Probo (276) y Caro (283); sin contar las sublevaciones en que tomaron parte a favor de sus protagonistas como Claudio Marino Pacatiano (Moesia Superior, 248), Laelio Ingenuo (Pannonia Inferior, 259), Regaliano (Pannonia Inferior, 260), Marco Fulvio Macriano (261), en la creación del imperio gálico (entre el 267-275) o la de Domicio Domiciano (297) entre otras muchas.

En vista de ello, comparativamente hablando, no solo fueron muy pocos los emperadores romanos que lograron acabar sus días plácidamente o en combate frente a sus verdaderos enemigos, sino que los mayores impulsores de las candidaturas a ocupar la residencia palatina no fueron los pretorianos, sino los legionarios del ejército. Es cierto que el papel jugado por las cohortes en estos procesos no deja de ser importante, debemos desmitificar

su imagen de «dueños del poder», título que deben ceder en favor de sus compañeros. A pesar de las numerosas ocasiones en que los emperadores decidieron incrementar los efectivos pretorianos, siempre fueron inferiores en número a las legiones, y cuando una o varias de ellas decidían apostar por un candidato nada podían hacer si su apuesta no lograba sumar más tropas a las de la ciudad. Los legionarios de las fronteras se contaban por decenas de miles y su experiencia en combate tras enfrentamientos continuos con germanos o partos, al menos hasta la reforma de Severo, era muy superior. El apoyo de los legionarios a un candidato se producía allí donde estos se encontraban, en las fronteras del imperio, lejos de interferencias, y las escasas ocasiones en las que los pretorianos se encontraban presentes, si es que no compartían el mismo parecer, su desventaja numérica les obligaba a aceptar los hechos consumados por temor a iniciar un enfrentamiento que, a buen seguro, perderían. Su única opción pasaba por esperar un mejor momento para revertir la situación, a salvo de represalias. Sabían que, tarde o temprano, todos los emperadores debían pasar por Roma para regir el imperio, y allí siempre podrían deshacerse de los soberanos impuestos. En realidad, esa era la única ventaja de que disponían y la aprovecharon siempre que sus intereses estuvieron en juego.

En cualquier caso, debemos ser justos, pues si no podemos condenar a miles de pretorianos por episodios protagonizados por unos pocos de ellos, tampoco es adecuado señalar a todas las legiones por los actos de algunas de ellas. Durante más de un milenio de historia romana, las legiones que actuaron para servir a su grandeza llegaron a contarse por cientos, lo que convierte esas proclamaciones casi en excepciones. Baste como ejemplo pensar que en época de Diocleciano estaban activas entre 30 y 40 legiones que podían haber sentido deseos de participar en política, y algunas lo hicieron, pero la mayoría se mantuvo leal a su deber.

Del mismo modo, algunos de los momentos más reprochables en que los pretorianos se vieron implicados apenas tienen que ver con unos pocos de ellos. Otras veces esos mismos medraron para que el resto les siguiera y, en ocasiones, incluso creyeron actuar en beneficio de Roma más que en el suyo propio (aunque casi siempre ambos fueran de la mano para ellos). No

sabemos si el parecer de los que atentaron contra el honor de sus compañeros o la confianza que se había depositado en ellos era compartido por todos. A veces olvidamos que cuando el nombre de alguno de ellos aparece en los relatos, en realidad eran miles los que estaban en activo. A veces la masa se deja llevar por el individuo si este tiene el carisma, el poder y la oportunidad para conseguirlo, como demuestran muchos discursos pronunciados en los *castra*, pero en muchas ocasiones los actos de unos pocos no fueron conocidos por sus compañeros hasta que fue tarde y nada podían hacer para revertirlos. Tampoco recordamos los momentos en que pretorianos demostraron con creces el valor que se esperaba de todos ellos, como Sempronio Denso cuando dio su vida por Galba, o el que demostraron en los campos de batalla de medio mundo frente a todo tipo de enemigos. Muchos pretorianos no fueron ángeles como los que se relatan en la religión de Constantino, pero tampoco todos ellos encarnaron a sus peores demonios.

Es cierto, Roma tenía muchos placeres que ofrecer a soldados privilegiados y adinerados, y a buen seguro resultaba difícil abstraerse de aquello a pesar de tener tan claro su deber. La disoluta vida que muchos llevaron se convertiría en paradigma del desprecio que el resto de legionarios y soldados del ejército les dispensaron, y el pueblo no les andaba a la zaga en tales demostraciones, por su carácter altivo, por la corrupción demostrada o por su forma de actuar. No siempre fue así, los pretorianos surgieron como la unidad militar más selecta de la República y el Imperio romanos, muchas veces demostraron estar a la altura de tal consideración, enfrentándose no solo entre ellos mismos, sino a situaciones difíciles de solventar para los propios legionarios cuando su actuación era capaz de revertir el curso de una batalla perdida. Se tenían a sí mismos como los mejores, era lo que se esperaba de ellos, para ese fin eran minuciosamente escogidos, y tenían el deber de defender la vida del emperador. Aunque su lealtad pudiera fluctuar como el viento más allá de lo que muchos hubieran querido, había algo que nadie ponía en duda, eran los soldados de elite del imperio. Muchas veces se aprovecharon de ello, otras tantas lo demostraron.

Muchas preguntas aún quedan sin respuesta y estamos lejos de poder ofrecerla. No sabemos nada de lo que realmente sentían por pertenecer a tan prestigiosa unidad, cómo se llevaban entre ellos o con otras unidades del pretorio, cómo discurría su vida diaria, detalles de su actuación en campaña, el reglamento que se les aplicaba o cómo transcurría la vida de los veteranos lejos de todo aquello. Hasta donde ha sido posible, hemos tratado de revisar tanto los textos de las fuentes clásicas sobre un periodo de tiempo tan extenso y agitado, como las evidencias arqueológicas, las pruebas epigráficas y los análisis realizados por autores contemporáneos que han estudiado con detenimiento su historia. Solo gracias a ello hemos podido ofrecer la visión más actualizada posible sobre la guardia pretoriana a través de un arduo trabajo de investigación sistemática. La objetividad total será siempre una quimera, pero nunca debe dejar de convertirse en la mayor aspiración; para ello hubiéramos querido ofrecer todavía más información, y mostrarla mucho mejor de lo que se ha hecho. Por ese motivo todavía esperamos más benevolencia del lector en su juicio postrero de la que mostró Constantino con los pretorianos. *Alea iacta est*.

[1] Ceñal (2008), 520.

[2] Aurelio Víctor, *Caes.*, XXVIII, 9-11.

GLOSARIO

***Acies*:** línea de soldados dispuestos en orden para la batalla y que conforman un ejército. Locuciones: *acies triplex*: disposición de las tropas en tres líneas, con intervalos entre las cohortes.

***Aedicula*:** altar o pequeño edificio con carácter religioso dedicado a distintas deidades.

***Aerarium militare*:** apelativo para la tesorería militar que acuñó Augusto en el 6 d.C., encargado de administrar la financiación del ejército, tanto respecto al salario como a las cantidades entregadas por cada licenciamiento.

***Agmen*:** columna de soldados de un ejército en formación durante la marcha.

***Alae*:** ala. En época republicana designaba al ejército auxiliar de itálicos que acompañaban a los soldados romanos en el campo de batalla. En época imperial pasaría a designar a cada mayor unidad de caballería del ejército romano, similar en tamaño a una cohorte.

***Alae sociorum*:** unidad del ejército romano republicano que integraba a los efectivos auxiliares (*socii*). Formaban una legión por cada una de legionarios ciudadanos que integraran cada ejército y en apoyo de esta.

***Annona*:** o *cura annonniae*, dirigida por un *praefectus annonae*, tenía como función el control, transporte y reparto de productos básicos, como el trigo, y hacerlos accesibles para evitar los efectos de la hambruna o encargarse del abastecimiento donde fuera necesario.

***Aquila*:** principal estandarte de las legiones regulares romanas. Símbolo del Estado con esa forma en plata o dorada.

***Aquilifer*:** suboficial del ejército romano encargado de portar y proteger el estandarte de la legión.

Ariete: larga y pesada viga de madera transportada por soldados para derribar las puertas de una fortificación mediante el golpeo reiterado. Un entramado de cuerdas lo sustentaba y permitía el balanceo mientras una estructura de madera, llamada *vinea*, lo protegía de los ataques de

los defensores. El extremo donde se producía el impacto era reforzado mediante una pieza de hierro, generalmente con forma de cabeza de carnero, que simulaba las arremetidas usuales del animal.

***Armamentarium*:** término latino utilizado para definir un arsenal. Lugar donde es posible almacenar, reparar y fabricar equipo militar.

***Armillae*:** brazaletes concedidos a los soldados como premio por acciones distinguidas.

***Auctoritas*:** asociado al prestigio e influencia de los altos mandatarios romanos, en gran medida incrementada o mermada en base a los éxitos y derrotas militares.

***Auxilia*:** tropas auxiliares del ejército romano republicano e imperial. Combatían en cohortes, *alae* de caballería o *vexillationes* (nunca formando una legión), y eran reclutados entre los efectivos de las provincias imperiales o los pueblos aliados. Solían estar formados por especialistas en determinados tipos de armas o tácticas de combate, como los honderos baleares, los jinetes celtíberos, mauritanos o germanos, arqueros númidas, etc.

***Ballista*:** máquina de guerra similar a una catapulta de torsión capaz de lanzar dardos y piedras con gran fuerza y precisión. Las había de varios tamaños.

***Ballistarius*:** artilleros del ejército romano encargados de manejar la *ballista*, considerados con la categoría de *immunes*.

Bárbaro: vocablo de origen griego empleado para designar a los miembros de pueblos extranjeros que, por tanto, pertenecen a culturas diferentes y hablan una lengua distinta. Era empleado con un cierto tono despectivo, por cuanto griegos, y más tarde romanos, entendían que se trataba de elementos incivilizados por contraposición a su elevada consideración hacia sí mismos.

***Baritus*:** grito de guerra típico de los soldados germanos.

Bátavos: tribu de origen germánico que combatió contra las legiones romanas, aunque algunos de sus miembros actuaron como soldados auxiliares para el imperio.

***Beneficiarius*:** soldado del ejército romano que ha alcanzado cierta categoría tanto por su experiencia como por el grado de especialización

adquirido en una tarea concreta. Como *inmunes* estaban exentos de las labores menos agradables del ejército.

***Caligae*:** típicas sandalias militares romanas sujetas mediante tiras de cuero y a las que se añadían tachuelas de metal en la parte inferior de la suela.

***Campus*:** terreno abierto, ubicado junto a los *Castra Praetoria* y a la Muralla Aureliana de Roma, asociado al campamento como parte de las instalaciones de entrenamiento destinadas al uso de los soldados del pretorio.

***Campus Martius*:** Campo de Marte. Extensa explanada situada a las afueras de Roma, junto al río Tíber. Se entendía fuera del *pomerium* o recinto sagrado de la ciudad y, por tanto, era el lugar asignado para uso militar. Allí se organizaban los ejércitos republicanos, realizaban entrenamientos y se celebraban comicios centuriados electorales. En sus templos aledaños el Senado se reunía con magistrados o embajadas extranjeras que tenían prohibido el acceso a la ciudad.

***Canabae*:** tiendas o instalaciones donde los comerciantes que acompañaban a los ejércitos romanos les ofrecían entretenimiento.

***Capitolium*:** una de las colinas de Roma más prestigiosas. Contaba con dos cumbres, la que albergaba la ciudadela fortificada de la capital y aquella que acogía el Templo de Júpiter Capitolino.

***Castellum divisorium*:** construcción que recibía el agua del acueducto y la repartía entre los diferentes conductos de distribución.

***Castra*:** campamento militar romano de carácter defensivo, temporal o permanente. Generalmente de planta rectangular defendido por un terraplén (*agger*), foso (*fossa*) y empalizada (*vallum*). En el interior, las tiendas se disponían en sectores delimitados, a los que se accedía por vías principales y secundarias que se cortaban en ángulo recto. En la intersección de las dos principales se encontraba el *Praetorium*. Un ejército en marcha lo erigía cada noche y lo abandonaba cada mañana al amanecer si no disponía de una ciudad aliada y defendible para alojarse en ella o se encontraban en territorio enemigo. Los campamentos permanentes actuaban como cuarteles de tropas estacionadas para defender las fronteras de las amenazas enemigas.

***Castra Aestiva*:** campamentos romanos en campaña destinados a cortos periodos de tiempo en épocas no invernales.

***Castra Hiberna*:** campamentos romanos de larga duración, destinados a albergar a las tropas en los periodos donde el frío impedía el avance de la campaña y construidos de manera más resistente.

***Castra Peregrina*:** campamento permanente en Roma que acogía a los contingentes de jinetes y soldados extranjeros allí acantonados, como *frumentarii*, auxiliares como los osroani o los mauri, etc., a cargo del *Princeps Peregrinorum*.

Catafracto: soldado a caballo. Tanto el jinete como su montura estaban fuertemente acorazados para realizar poderosas cargas contra la infantería enemiga.

Centuria: originalmente agrupación de ciudadanos creada por el rey romano Servio Tulio para la votación en los comicios centuriados y el cobro de impuestos. Posteriormente vocablo empleado para designar a una formación de soldados compuesta por 80 hombres bajo las órdenes directas de un centurión, agrupables en unidades mayores, como las cohortes, y divisibles en menores, como los contubernios.

***Cingulum*:** cinturón militar romano utilizado para ceñir la túnica y sustentar tanto la espada como el puñal que portaban los soldados.

Cohorte: formación militar compuestas por aproximadamente 500 soldados (en las llamadas quinquenarias) o aproximadamente 1.000 (en las miliarias). Era la décima en que se dividían los efectivos de una legión, aunque podían existir unidades estructuradas únicamente en cohortes como los pretorianos, urbanicianos, vigiles o infantería auxiliar del ejército regular. Se estructuraban en tres manípulos cada una (160 soldados), estos en dos centurias cada uno y, finalmente, cada una de ellas en diez contubernios de ocho soldados.

***Collegium*:** institución privada con carácter legal y asociativo. Contaba con estatutos y finalidades concretas según los motivos sociales, religiosos, comerciales, etc., para los que fuera creada.

***Comitatus*:** «que acompaña». Era un tipo de relación militar propia del mundo germánico, donde un grupo de guerreros decidían libremente ponerse a las órdenes de un jefe al que debían lealtad. En Roma eran las

tropas que formaban la comitiva del emperador y actuaban a su servicio directo.

Cónsul: la más alta magistratura política y militar romana durante la República. Era elegido por el Senado, aunque con un papel más honorifico durante el periodo imperial en que el cargo lo otorgaba el emperador. Era colegiada y anual, aunque su mandato militar podía extenderse si eran nombrados procónsules.

Contubernio: unidad mínima del ejército romano, compuesta por ocho soldados, que era el número máximo de los que podían alojarse en cada tienda de los campamentos temporales.

***Cornicularius*:** funcionario que realizaba labores administrativas en el despacho de altos oficiales o gobernadores provinciales.

***Cornuti*:** unidad de infantería adscrita al *comitatus* de Constantino, que pasaría a incorporarse al *auxilium palatinum* o unidades del ejército romano tardío en campaña, a partir del 325 d.C. Su nombre se debía a la tribu gala de donde procedían sus componentes, que se caracterizaban por utilizar cascos con cuernos de carnero.

Corona: premio distinguido a los soldados por acciones meritorias. Existían distintos tipos, y la forma dada a la corona trataba de relacionarse con el hecho que la había propiciado. La *corona muralis* recompensaba al primero en escalar la muralla de una fortificación enemiga.

***Cursus honorum*:** apelativo con el que se conocía a la secuencia oficiosa de magistraturas en las que tenía que actuar todo candidato a ostentar la más alta carrera política en Roma.

Decurión: oficial de caballería que originalmente comandaba unidades de diez jinetes, pero que durante el Principado pasó a dirigir una turma de 30 soldados.

Denario: moneda de plata más utilizada en la historia de Roma y peso variable que comenzó siendo de 4,54 gramos hasta los 1,7 en época de Septimio Severo. Equivalía a cuatro sestercios.

***Dii campestres*:** seres tutelares de los campos de entrenamiento militares.

***Dilectus*:** reclutamiento de soldados en situaciones de emergencia.

***Dominus*:** vocablo latino referido a «señor», «propietario» (de la casa, etc.).

***Duplicarius*:** soldado del ejército romano que recibía el doble de salario que los pertenecientes al rango inicial y que podía realizar labores de oficial de bajo rango.

***Equites*:** caballeros. Clase social elevada, solo por debajo de los senadores, que había adquirido una enorme importancia política desde la época de los Graco. El apelativo serviría para designar también a los soldados de caballería ciudadanos romanos.

***Equites singulares Augusti*:** jinetes de elite que conformaban la unidad de escolta más próxima al emperador. A finales del siglo I d.C. sustituyeron en esa función a los *germani*. En Roma se acantonaron primero en los *Castra Prioria* y más tarde en los cercanos *Castra Nova*.

Escorpión: máquina de guerra similar a una enorme ballesta capaz de arrojar enormes dardos a gran distancia. Su precisión y potencia permitían atravesar cualquier armadura o escudo enemigo, rompiendo su formación.

***Expeditus*:** soldado que ha dejado el equipo que transporta para permanecer alerta y listo ante un inminente combate. El *agmen expeditum* se refiere a la formación en columna de marcha lista para repeler un posible ataque enemigo.

***Extraordinarii*:** soldados seleccionados por los *Praefecti Sociorum* entre los aliados itálicos, encargados de proteger a su general como última línea de defensa en los ejércitos consulares republicanos. Un tercio de los jinetes aliados se convertirían en *equites extraordinarii* (600 efectivos) y un quinto de los infantes en *pedites extraordinarii* (1.680 soldados), organizados en cohortes y turmas.

Falera: originalmente disco de metal donde se unían las correas del casco que pasó a convertirse en elemento decorativo de soldados o sus monturas, así como una condecoración militar por acciones distinguidas.

***Falx*:** arma típica de los soldados dacios. Similar a una hoz, podía existir en dos modelos, uno más ligero para utilizar con una mano y el pesado, más grande y empleado a dos manos.

***Foederati*:** apelativo asignado a pueblos que han firmado un tratado de amistad (*foedus*) con Roma, pasando a formar parte de su territorio a cambio de determinados beneficios.

***Foedus*:** tratado diplomático entre Roma y otros pueblos al que se otorga un carácter sacro. Se establecía por mediación de los sacerdotes feciales nombrados al efecto.

***Frumentarii*:** soldados asignados a la supervisión del suministro de grano. Realizaban constantes viajes por todo el territorio romano, tanto en los lugares de entrega y almacenamiento como en los encargados de la producción, lo que les serviría para realizar labores de espionaje por orden del emperador. En Roma se alojaban en los *Castra Peregrina*.

***Gens*:** vocablo latino referido a «familia», refiere un gremio u organización social formado por un grupo de individuos relacionados con un antepasado común, que le otorgaba el nombre a la gens, o sea el *nomen gentilicium*. Cicerón manifestó las principales características de las *gens*: ninguno de sus antepasados fue esclavo, todos sus miembros siempre habían sido personas libres y nunca perdieron la libertad ni la ciudadanía ni dejaron de ser parte de su familia.

***Gladius*:** espada. Arma corta típica de los soldados romanos de infantería. Normalmente se refiere al tipo conocido como *gladius hispaniensis* originaria de la península ibérica y que los romanos emplearon hasta el siglo III. Se realizaba en acero, pues estaba pensada para ensartar en lugar de cortar al enemigo.

***Hastae*:** lanza diseñada para actuar como jabalina o pica por los jinetes. La extremidad superior (*cuspis*) era de hierro, con un cuerpo central de madera al que podía añadirse un anillo o asa (*ansa*) o una correa (*amentum*) que mejoraban el agarre y en el extremo inferior se fijaba una punta de hierro (*spiculum*) para clavarla en el suelo.

***Hastati*:** soldados que formaban parte de la primera línea en la estructura del ejército romano manipular previo a las reformas de Mario.

***Hiberna*:** apelativo asociado a los campamentos militares romanos destinados a albergar tropas durante el invierno, época en que las operaciones se suspendían. Su estructura era más sólida que los acuartelamientos temporales.

***Horrea*:** edificios de piedra o ladrillo y planta rectangular, divididos en salas destinadas al almacenamiento de mercancías, grano, etc.

***Horti Pinciorum*:** «colina de los jardines», albergaba los más magníficos de Roma, propiedad del emperador. Situados al norte del Campo de Marte, enfrente de la colina del Quirinal.

***Hospitium*:** obligación de ofrecer hospitalidad amistosa y con carácter sagrado formalizada mediante un pacto que implicaba derechos y deberes mutuos. Otorgaba prestigio al hospedador.

***Imaginifer*:** soldado encargado de portar y custodiar el estandarte militar con la imagen del emperador o de algún miembro de su familia.

***Immunis*:** soldado romano ascendido a una categoría superior a la del soldado raso (*munifex*), con las ventajas que ello comportaba.

Impedimenta: elementos pesados necesarios para el ejército en campaña, tales como las raciones, los componentes de las máquinas de guerra, armas de repuesto, herramientas, etc., con ayuda de carros tirados por centenares de acémilas, bueyes y caballos. Se diferencia del equipamiento y enseres que cada soldado debía transportar a título individual (*sarcinae*).

***Imperator*:** título otorgado a altos magistrados romanos con carácter temporal o, poco antes de la época imperial, en determinados casos de manera permanente, que les señalaba como generales *cum imperio*, relativo al derecho a comandar tropas. De ella deriva la palabra «emperador».

***Imperium*:** máximo poder militar romano que se concedía en época republicana a cónsules, pretores y dictadores, y en época imperial al emperador, así como a sus máximos generales y oficiales militares. Sus atribuciones eran bastante más amplias de lo que hoy podríamos creer, pues permitía ordenar levas de nuevos soldados, establecer impuestos en territorios conquistados, firmar tratados, administrar justicia, etc.; aunque esta facultad quedaba anulada dentro del *pomerium* de Roma.

***Lanceae*:** tipo de jabalina más corta de lo normal, habitualmente empleada por las tropas auxiliares del ejército romano.

***Lanciarius*:** soldados que podían actuar a pie o a caballo empleando una o varias *lanceae* y un escudo oval al estilo de las tropas auxiliares, más ligero que el *scutum* de los legionarios.

***Legatus*:** uno de los más altos oficiales del ejército romano que poseía *imperium* de manera delegada, quien podía comandar un ejército directamente o actuar como segundo del general en jefe (*legatus legionis*), así como dirigir una provincia (*legatus Augusti*). Generalmente otorgado a miembros del orden senatorial.

***Legio*:** leva. Unidad táctica del ejército romano más conocida y artífice de sus conquistas. Creada tras las reformas del cónsul Mario entre los siglos II-I a.C. Estaba formada por diez cohortes de infantería, junto con unidades adicionales de caballería hasta un tamaño aproximado de entre 5.000-6.000 soldados.

***Legio X Gemina*:** legión romana reclutada c. 70 a. C. en la Galia Cisalpina y estacionada en la Galia Narbonensis. Su símbolo era el toro y permaneció activa hasta el siglo V d.C.

***Lorica*:** coraza metálica de los soldados romanos. Hubo varios modelos a lo largo de la Historia. La *lorica squamata* (de escamas), la *segmentata* o la *hamata* (cota de malla).

***Ludus*:** escuelas de gladiadores de carácter privado o estatal, a cargo de un lanista.

Manípulo: subdivisión de una cohorte dentro del ejército romano. En época republicana daba nombre al ejército manipular dividido en este tipo de unidades tácticas antes de las reformas de Mario. Estaba compuesto por 160 soldados (dos centurias).

***Merlatura*:** parte superior de los elementos de mampostería que componen las almenas y se sitúan a intervalos regulares.

Miliario: del latín *miliarium*, columna cilíndrica, oval o paralelepípeda de piedra con una base cúbica o cuadrada, una altura de entre 2 y 4 m y un diámetro de 50 a 80 cm que se colocaba en el borde de las vías para señalar las distancias cada milla romana (aproximadamente 1.480 m).

***Milites*:** término genérico sinónimo de «soldado» empleado para los soldados romanos ciudadanos del ejército regular no especializados.

Milla romana: equivalente a mil pasos romanos, aproximadamente 1.481 metros.

***Missio*:** licenciamiento otorgado a los soldados romanos una vez cumplido el límite de servicio establecido a su unidad. Suponía su retorno a la

vida civil y podía obtenerse en diversas variantes. La *honesta missio* aludía a un licenciamiento con honores y comportaba un premio en metálico o en tierras para establecerse dentro de las fronteras del imperio. El soldado recibía la parte proporcional aportada a la caja de la unidad y quedaba asignado a la reserva estratégica por un tiempo, aunque tenía la posibilidad de reengancharse como *evocatus*. La *causaría missio* significaba un licenciamiento antes de tiempo por imposibilidad física a causa de heridas graves o enfermedad. La *ignominiosa missio* comportaba un licenciamiento sin honores ni derechos que se otorgaba a desertores, traidores, etc.

***Modio*:** medida de capacidad romana equivalente a 8,75 litros aproximadamente.

***Munifex*:** soldado raso del ejército romano. Rango más bajo tras superar la instrucción que no comportaba privilegio alguno.

***Optio*:** ayudante del centurión que actuaba como segundo al mando en una centuria.

***Opus caementicium*:** «hormigón romano», mortero formado por la acumulación de pequeñas piedras y cascotes de todo tipo.

***Opus mixtum*:** técnica constructiva que combina diferentes aparejos en un mismo muro.

***Opus reticulatum*:** tipo de mampostería realizada con ladrillos de toba en forma romboidal colocados en ángulo alrededor de un núcleo de *opus caementicium*, tratando de generar un patrón diagonal.

***Opus signimun*:** realizado con trozos de cerámica o tejas rotas con agregado de cal para formar una especie de cemento que se apisonaba para formar una superficie lisa y alcanzaba mayor solidez que otros materiales empleados para este fin.

***Opus spicatum*:** «espina de pescado», mortero realizado con ladrillos o piedras talladas colocadas en forma de espina de pez, al situarse oblicuas y encajar en ángulo recto con una inclinación alterna de derecha a izquierda.

***Opus vittatum mixtum*:** técnica de construcción mediante bloques de toba volcánica atravesados por hiladas de ladrillos a distancias regulares o irregulares y fijados con *opus caementicium*.

***Ordo*:** puede referirse a cada una de las clases sociales o políticas en que se dividía la población romana (ecuestre, senatorial, sacerdotal, etc.), así como a un tipo de formación militar.

***Paludamentum*:** capa militar más larga que el *sagum*, empleada por los altos oficiales y frecuentemente adornada como símbolo de estatus.

Paracarro: elementos en forma de cilindro o paralelepípedo realizados en mármol o piedra. Se colocaban en los bordes de las calzadas para delimitarlas y para señalar y alertar a sus usuarios sobre la presencia de elementos como edificios, viaductos, cañerías, etc., a fin de salvaguardar su seguridad.

***Pedites*:** soldado de infantería romano.

***Peregrinus*:** extranjero no ciudadano de Roma que reside, trabaja o transita en o por el territorio del imperio.

***Phalangiarius*:** falangistas armados con largas lanzas al estilo de las *sarissas* macedonias.

***Pilum*:** tipo de jabalinas empleadas como arma militar. Las había de dos tipos: el pesado, para distancias cortas, y el ligero, que actuaba como arma arrojadiza en combates a corta distancia. Los soldados de las primeras filas lanzaban estos últimos contra el frente enemigo cuando alcanzaban el momento adecuado durante su avance. Estaban formados por un asta de madera de 1,30 metros como elemento principal, con una punta de hierro larga y estrecha.

***Pomerium*:** término de carácter religioso, pero con connotaciones políticas que aludía al territorio sagrado adscrito a la ciudad de Roma, señalizándose sus límites.

***Praefectus*:** alta magistratura romana que puede asociarse a cargos civiles y militares. El *praefectus praetoriae* era el máximo responsable de las cohortes pretorianas; podía ser un cargo colegiado o ejercido individualmente a instancias del emperador. El *praefectus aerarii* era el máximo responsable del tesoro público. El tiempo de permanencia en el cargo era variable y quedaba a cargo del emperador.

***Praefectus Sociorum*:** oficial romano al mando de un ala de *socii*, es decir de itálicos u otros pueblos aliados que actuaban en los ejércitos romanos republicanos como tropas auxiliares.

***Praefectus Urbi*:** magistratura romana que, originalmente, se encargaba de la supervisión de la ciudad en ausencia de los cónsules, manteniendo esa labor a las órdenes de los emperadores.

***Praetor*:** magistrado romano con atribuciones tanto judiciales como militares para el gobierno de una provincia durante el año que duraba su designación, aunque era prorrogable si se les concedía el cargo de *propraetore*.

***Praetorium*:** espacio físico localizado dentro de los campamentos romanos que servía como alojamiento del general en jefe del ejército, utilizado también para funciones administrativas y judiciales.

***Primi ordines*:** resto de centuriones de la primera cohorte de una legión concedido a veteranos.

***Primus pilus*:** primer centurión de más alta graduación y veteranía, responsable de la I Cohorte de una legión o de la I Cohorte pretoriana en Roma durante un año.

***Princeps*:** originalmente cargo instaurado por Augusto para designarse como el *primus inter pares* (primero entre iguales) y que dará nombre al periodo del Principado (37 a. C. a 235). El príncipe asumía varios poderes antes en manos de otros tantos altos magistrados romanos con atribuciones militares, civiles y religiosas.

***Princeps Peregrinorum*:** literalmente «comandante de los extranjeros», oficial de mayor graduación a cargo de los *Castra Peregrina* con el rango de centurión.

Príncipes: soldados que formaban la segunda línea en la formación del ejército romano manipular. Eran soldados más experimentados que los *hastati*, aunque armados de manera muy similar.

***Principia*:** conjunto de edificaciones que constituían el centro administrativo de un campamento militar romano. Incluía el *Praetorium*, espacios religiosos, un terreno abierto para arengar a los soldados o realizar discursos, almacenes, etc.

***Probatio*:** prueba destinada a asegurar la idoneidad de los aspirantes a convertirse en soldados del ejército romano.

***Propugnaculum*:** estructura fortificada o parte de ella que forma un ángulo saliente.

***Pugio*:** daga típica de los soldados romanos. A veces profusamente decorada como elemento de distinción.

***Reliquatio*:** destacamento militar reducido (retén) que actuaba vigilando una posición estratégica en ausencia del grueso del ejército.

***Sagum*:** especie de larga capa militar que llegaba hasta la rodilla; era abierta y se abrochaba sobre el hombro derecho, de manera que dejaba libre el brazo para utilizar el arma.

Sármatas: pueblo nómada de origen indoiranio destacado por sus jinetes guerreros y asentado en los territorios esteparios al norte del mar Negro.

***Schola*:** término latino traducido por «escuela» pero con muchos otros significados. En arquitectura hacía referencia a un edificio destinado a la reunión de determinados colectivos.

***Scutum*:** escudo. Arma defensiva cuya forma y características varió a lo largo de la historia romana. Usualmente rectangular u ovalado, formado por la superposición de varias planchas de madera reforzadas con metal y cuero, un sistema de agarre mediante correas también de cuero y un umbo central. Se decoraban con colores y símbolos propios de cada unidad militar.

***Sesquiplicarius*:** Soldado especialista y oficial de menor rango que recibía una paga y media del salario habitual.

Sestercio: moneda de plata romana equivalente a cuatro denarios y utilizada desde 212 a.C.

***Signifer*:** soldado romano de elevada graduación encargado de portar el *signum* de cada centuria, así como de tareas administrativas asociadas a la caja de la unidad.

***Signum*:** enseña militar romana. Era portado por el *signifer* y existía uno característico para cada unidad en que se dividía la legión (desde las cohortes hasta las centurias). Consistía en una larga vara llamada *vexillum* a la que se fijaban los símbolos propios de manera escalonada.

***Spatha*:** espada más larga que el *gladius*, empleada por la caballería romana.

***Stationes*:** puestos de guardia situados en lugares específicos para controlar el paso, evitar el bandolerismo, etc.

***Stationarii*:** soldados pertenecientes a una unidad concreta pero enviados a vigilar una guarnición.

***Stipendium*:** estipendio. Salario militar que los soldados recibían mientras formaban parte del ejército. Normalmente se dividía en varias pagas anuales de las que se descontaban gastos como la manutención, entrega y mantenimiento de las armas, aportaciones a la caja de la unidad, etc., pero que podía verse incrementado por donativos del emperador o por el botín sustraído a los enemigos. Las cantidades percibidas variaban sensiblemente en función del rango o la unidad de cada soldado, siendo el de los pretorianos muy superior al de cualquier otro cuerpo del ejército.

***Tabulae lusoriae*:** *alveoli* o *abaci*. Especie de tableros para distintos juegos que podía encontrarse inscritos en el pavimento de distintos edificios públicos, calles, etc., o realizados en madera, cerámica… para el ocio con o sin apuestas y realizados por los propios jugadores.

***Testudo*:** tortuga. Tipo de formación táctica muy famosa en el ejército romano. Consistía en formar un cuadro donde los soldados de los extremos cubrían los laterales con sus escudos mientras los del centro hacían lo propio con la parte superior. Se trataba de una estructura típicamente defensiva, principalmente utilizada en contextos donde el enemigo atacaba con gran cantidad de proyectiles.

***Triarii*:** tercera y última fila de soldados romanos que formaban la estructura táctica básica del ejército manipular previo a las reformas de Mario. Se trataba de los efectivos más veteranos, quienes solo entraban en acción si era necesario. Su armamento difería del resto al primar el uso de la lanza.

Tribuno: alto magistrado romano que podía actuar en labores militares (*tribunus militaris*) o civiles (como el *tribunus plebis*). En el primer caso existía un tribuno asociado a cada cohorte pretoriana y seis por cada legión regular. Los tribunos pretorianos podían recibir el mando supremo derivado del prefecto del pretorio u ocuparse de comandar sus unidades establecidas como contingentes separados, así como formando *vexillationes*. Normalmente se concedía a miembros del orden senatorial, aunque, como en el caso de los prefectos del pretorio, la

necesidad de desvincular esta unidad del Senado a favor del emperador hizo que se entregara al orden ecuestre.

***Triunphus*:** triunfo. La más alta distinción que el Estado romano podía hacer a un máximo responsable de un ejército victorioso, siempre que se aprobara y se considerara que la acción era merecedora de tal distinción. Consistía en una solemne procesión donde las tropas desfilaban por las calles de Roma junto al botín adquirido y ante la aclamación del pueblo, participando los prisioneros y principales líderes enemigos encadenados, si habían sobrevivido a la guerra, siendo ejecutados al final del acto. La comitiva alcanzaba el templo de Júpiter Capitolino donde se realizaba un sacrificio en agradecimiento al principal dios romano por su ayuda.

Triunviro: término asociado a los tres miembros que conformaban la unidad de gobierno del Estado romano conocida como triunvirato, que en origen debían reconstruir el Estado tras las guerras civiles. Para ello se les concedieron poderes dictatoriales por un periodo de cinco años.

***Turmae*:** escuadrón de caballería romana conformado por la unidad mínima en que podía subdividirse un *alae*, es decir 30 jinetes a cargo de un decurión.

Umbo: elemento central metálico colocado en la cara externa de los escudos romanos, Solía tener forma circular y sobresalía en su superficie para desviar los proyectiles enemigos y ayudar en las acciones en que los soldados cargaban con sus escudos para derribar al enemigo.

Urbanicianos: unidad militar organizada en cohortes con su sede principal en Roma (en los *Castra Praetoria* hasta su traslado a los *Castra Urbana*) y funciones policiales, aunque no pocas veces actuaron en combate. Su número se incrementó con el tiempo, destinándose algunas cohortes a otros lugares del imperio. Su oficial al mando era el prefecto urbano, aunque en última instancia quedaban integrados en el mando del prefecto del pretorio.

***Vacatio munerum*:** concedida a todos los rangos militares por encima del inicial que se convertían en *immunis* como premio consistente en la exención de las tareas físicas propias del ejército más onerosas.

***Valetudinarium*:** del latín *valetudo* (buena salud), referido a los hospitales instalados en los campamentos romanos para atender a los soldados.

***Velites*:** soldados de infantería ligera formados en cohortes o centurias adscritas a cada legión romana. Se componían de efectivos aportados por pueblos con los que se establecía un *foedus* y normalmente actuaban como avanzadilla que empleaba armas arrojadizas a las formaciones enemigas o en labores de exploración.

***Venationes*:** combates entre animales o entre hombres y animales que se realizaban como parte de los espectáculos de circos y anfiteatros en la Antigua Roma. Existían más modalidades, como simples exhibiciones con animales domesticados o condenas como la *damniatio ad bestias*, donde los sentenciados morían a manos de animales salvajes ante el público.

***Vexillatio*:** destacamento extraordinario del ejército romano que podía incluir desde varias cohortes hasta centurias o decurias, según las necesidades, creados a partir de otras unidades regulares para actuar en misiones específicas.

***Vexillum*:** estandarte militar que hacía visible para el resto de las tropas la posición de su general en el campo de batalla, que en este caso era de color rojo y forma cuadrada y se colocaba sobre un mástil. También se empleaba para como enseña de las *vexillationes*.

***Vicennalia*:** celebración realizada por los emperadores romanos para conmemorar sus veinte años de ascenso al trono.

***Vigiles*:** funcionarios romanos principalmente instalados en Roma, aunque también en otros lugares. Se formaban en seis cohortes por Augusto, con un prefecto al mando. En la capital se asociaban a cada una de las catorce regiones administrativas en que esta se dividía, encargándose de labores relacionadas con la extinción de incendios o la vigilancia durante la noche.

***Vivarium*:** del latín «lugar de vida»; área cerrada para guardar y criar animales salvajes que participaban en los juegos romanos.

BIBLIOGRAFIA

ABSIL, M., *Les préfets du prétoire d'Auguste à Commode*, París, 1997.

ADAMS, J. P., *Logistics of the Roman Imperial Army*, Michigan, 1976.

ALSTON, R., *Soldier and Society in Roman Egypt*, Londres, 1995.

ANGELA, A., *Un día en la antigua Roma. Vida cotidiana, secretos y curiosidades*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.

APARICIO PÉREZ, A., *Las grandes reformas fiscales del Imperio Romano*, Universidad de Oviedo, 2014.

ASHBY, T. y BAILLIE REYNOLDS, P. K., «The Castra Peregrinorum», *The Journal of Roman Studies*, vol. 13, 1923, pp. 152-167.

AURRECOECHEA-FERNÁNDEZ, J., «Aprons Fittings from Flavian Times Found in Spain», *Journal of Roman Military Equipment Studies*, vol. 9, 1998, pp. 37-44.

BAILLIE REYNOLDS, P.K., «The Troops Quartered in the Castra Peregrinorum», *The Journal of Roman Studies*, vol. 13, 1923, pp. 168-189.

BALTY, J. Ch., «Apamea un Syria in the Second and Third Centuries A. D.», en *The Journal of Roman Studies*, vol. 78, 1988, pp. 91-104.

BARNES, T. D., «Emperors on the Move», *The Journal of Roman Archaeology*, vol. 2, 1989, pp. 247-261.

BARRETT, A. A., *Caligula: the Corruption of Power*, Yale University Press, 1990.

BÉDOYÈRE, G., *Praetorian. The Rise and Fall of Rome's Imperial Bodyguard*, Yale University Press, 2017.

BÉRARD, F., «Le rôle militaire des cohortes urbaines», *Melanges de l'École Française de Rome. Antiquité*, vol. 100, 1988, pp. 159-182.

BERTOLINI, F., *Historia de Roma*, Fomento Empleo Minusválidos, Madrid, 1999.

BICKNELL, P., «The Emperor Gaius' Military Activities in AD 40», *Historia*, 17, 1968, pp. 496-505.

BINGHAM, S. J., *The Praetorian Guard in the Political and Social Life of Julio-Claudian Rome*, National Library of Canada, Ottawa, 1997.

—, «Security at the Games in the Early Imperial Period», *Echos du Monde Classique. Classical views*, 43, 1999, pp. 369-378.

BINGHAM, S. y COPP, S., «Incide the Scorpion's Nest: the *Castra Praetoria* Re-examined», *American Journal of Archaeology*, vol. 102, 1998, pp. 370-371

BIRLEY, E., «Septimius Severus and The Roman Army», *Epigraphische Studien*, VIII, Bonn, 1969, pp. 63-82.

—, «The Evocati Aug: A Review», *Zeitschrift fur Papyrologie und Epigraphik*, 43, 1981, pp. 25-29.

BISHOP, M. C., «Aketon, *Thoracomachus*, and *Lorica Segmentata*», *Exercitus*, 3:1, 1995.

—, *Lorica Segmentata: a Handbook of Articulated Roman Plate Armour*, vol. 1, Amatura Press, 2002.

BISHOP, M. C. y COULSTON, J. C. N., *Roman Military Equipment. From the Punic Wars to the fall of Rome*, Oxbow Books, Oxford, 2006.

BLAKE, M. E., *Roman Construction in Italy from Tiberius through the Flavians*, Camegie Institution, Washington, 1959.

BREEZE, D. J., «The Organization of the Career Structure of the Immunes and Principales of the Roman Army», *Bonner Jahrbucher de Vereins von Altertumsfreuden im Rheinlande*, Bonn, 1974, pp. 245-292.

BREWER, R., *The Second Augustan Legion and the Roman Military Machine*, National Museum Wales Books, 2002.

BRUNT, P. A., «Princeps and Équites», *The Journal of Roman Studies*, vol. 3, 1983, pp. 42-75.

BRUUN, C., «Water for the *Castra Praetoria. What were the Severan "opera min*."?», *Arctos*, 21, 1987, pp. 7-18.

CAMPBELL, J. B., *The Emperor and the Roman Army*, Oxford, 1984.

—, *The Roman Army 31 BC- AD 337. A sourcebook*, Londres, 1994.

CANDUCI, A., *Triumph and Tragedy: The Rise and Fall of Rome's Immortal Emperors*, Murdoch Books Pty Limited, 2010.

CAGNAT, R., *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, IV-1, 1907.

CARCOPINO, J., *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del imperio*, Temas de Hoy, Madrid, 1994.

CEÑAL MARTÍNEZ, H, *La guardia pretoriana. Composición, funciones e historia*, tesis doctoral no publicada dirigida por el profesor Narciso Santos Yanguas, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Oviedo, leída el 15 de enero de 2009.

—, «Las relaciones interpersonales entre los soldados de la guarnición de Roma», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, t. 23, 2010, pp. 217-230.

—, «Soldados hispanos en las cohortes urbanas», *Hispania Antiqva*, 33-34, 2009-2010, pp. 131-138.

—, «Uso del arco en las cohortes pretorianas», *Gladius*, 31, 2011, pp. 77-82.

CHARLES, M. B., «The Flavio-Trajanic *miles*: the Appearance of Citizen Infantry on Trajan's Column», en *Latomus*, 61, 2002, pp. 666-695.

COELLO, T., *Unit Sizes in the Late Roman Army*, Oxford, 1996.

CONNOLLY, P., «Pilum, Gladius and Pugio in the Late Republic», *JRMES* 8, 1997, pp. 41-57.

COULSTON, J. C., *Ancient Rome: the Archaeology of the Eternal City*, Oxford, 2000.

COWAN, R., *Aspects of the Severan Field Army. The Praetorian Guard, Legio II Phartica and Legionary Vexillations, AD*, 193-238, tesis doctoral de la Universidad de Glasgow, leída en 2002.

COWAN, R. y MCBRIDE, A., *Imperial Roman Legionary AD 161- 284*, Osprey, Oxford, 2003.

CRAWFORD, M. H. y REYNOLDS, J. M., «The Aezani Copy of the Prices Edict», *ZPE*, 34, 1979, pp. 163-210.

CROOK, J. A., *Consilium Principis*, University Press, Cambridge, 1955.

DAUGHERTY, G., «The Cohortes Vigilum and the Great Fire of 64 AD», *CJ*, 87.3, 1992, pp. 229-240.

DAVIES, R. W., «The Daily Life of the Roman Soldier under the Principate», *Aufstieg und Niedergang der Romischen Welt*, II, 1, 1974, pp. 299-338.

DE VISSCHER, F., «La caduta di Seiano e il suo macchinatore Macrone», *Rivista di Cultura Classica e Medioevale*, 2, 1960, pp. 245-257.

DESSAU, H., *Die Geschichte der Romischen Kaiserzeit*, Vero Verlag, Berlín, 1924.

DOMASZEWSKI A., *Die Rangordnung des Römischen Heeres*, Hanse Books, Colonia, 1967.

DOMASZEWSKI, A. y DOBSON, B., *Die Rangordnung des Romischen Heeres*, Nabu Press, Colonia-Gratz, 1967.

DOBSON, B., *The Primipilares of the Roman Army*, vols. I y II, Durham Theses, Durham University, 1955.

—, «The Primipilares in Army and Society», en *Kaiser: Heer und Gesellschaft in der Römischen Kaiserzeit. Gedenkschrift E. Birley*, G. Alföldy, B. Dobson & W. Eck, Stuttgart, 2000, pp. 139-152.

DOBSON, B. y BREEZE, D. J., «The Rome Cohorts and the Legionary Centurionate», *Epigraphische Studien*, 8, 1969, pp. 100-132.

DRESSEL, H., «Di un grande deposito di anfore rinvenuto nel nuovo quartiere del Castro Pretorio», *BullCom*, VII, 36-112, 1879, pp. 143-196.

DURRY, M., «Le christianisme dans les cohortes pretoriennes», *Hommages a J. Bidez et a F. Cumont (Latomus 2)*, Bruselas, 1949, pp. 85-90.

—, *Les cohortes prétoriennes*, E. de Boccard, París, 1968.

DUŠANIC´, S., «An Early Praetorian Diploma», *Epigraphica*, 1993, pp. 9-43.

EVANS, H. B., *Water Distribution in Ancient Rome. The Evidence of. Frontinus*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1994.

EVERITT, A., *Augusto. El primer emperador*, Planeta, Barcelona, 2008.

FABIA, P., «Les pretoriens de Vitellius», *Revue de Philologie et Litterature et d'Historie Anciennes*, N. S. 38, 1914, pp. 32-75.

FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C., «Equipamiento armamentístico del legionario altoimperial», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, t. 16, 2003, pp. 41-81.

FEUGÉRE, M., *Les armes des romains de la Republique á l'Antiquité tardive*, París, 1993.

—, *Les casques antiques. Visages de la guerre de Mycénes á l'Antiquité tardive*, París, 1994.

FEUGÉRE, M., BONNAMOUR, L., «Les armes romaines de la Saone», en REDDÉ, M., *L'Armée romaine en Gaule*, Errance, París, 1996, pp. 133-146.

FORNI, G., *Il reclutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano*, *Bocca*, Milán, 1953.
FREIS, H., *Die Cohortes Urbanae*, Böhlau Verlag, Colonia, 1967.
GARZETTI, A., *From Tiberius to the Antonines*, Routledge, Londres, 1974.
GOLDSWORTHY, A., *The Punic Wars*, Cassell, 2001.
—, *El ejército romano*, Akal, Madrid, 2005.
—, *How Rome Fell: death of a superpower*, Yale University Press, 2009.
GRAINGER, John D., *Nerva and the Roman Succession Crisis of AD 96-99*, Routledge, Londres, 2003.
GRANT, M., *The Army of the Caesars*, M. Evann & Co., Nueva York, 1974.
GRIMAL, P., *El Siglo de Augusto*, Eudeba, Buenos Aires, 1983.
GURY, F., «L'idéologie impériale et la lune: Caligula», *Latomus*, 59, 2000, pp. 564-595.
HARMAND, J., *L'armée et le soldat à Rome, de 107 à 50 avant notre ère*, París, 1967.
—, «César et l'Espagne durant le second *bellum civile*», en *Legio VII Gemina*, León, 1970.
—, *Legio VII Gemina*, León, 1970.
HENNIG, L., *Aelius Sejanus Untersuchungen zur Regierung des Tiberius*, CH. Beck, Múnich, 1975.
HENRIETTE, P., *La préfecture* de l›annone service administratif impérial d›Auguste à Constantin, École Française de Rome, 1976.
HERRERO ALBINANA, C., *Introducción a la numismática antigua. Grecia y Roma*, Editorial Complutense, Madrid, 1994.
HOMO, L., *Rome impériale et l'urbanisme dans l'antiquité*, Albin Michel, París, 1971.
HOWE, L. L., *The Praetorian Prefect. From Commodus to Diocletian*, Chicago, University Press, 1942.
HOW, W., *Cicero: Select Letters*, Oxford University Press, Oxford, 1962.
JALLET-HUANT, M., *La garde prétorienne dans la Rome Antique*, Charenton-le-Pont, 2004.
JOHNSON, A., *Roman Forts*, St, Martin's Press, Londres, 1983.
JONES, B. W., *The Emperor Domitian*, Routledge, Londres, 1992.

KENNEDY, D. L., «Some Observations on the Praetorian Guard», *Ancient Society*, 9, 1978, pp. 275-301.

KEPPIE, L., *The Making of the Roman Army from Republic to Empire*, Barves & Noble Books, Londres, 1994.

—, «The Army and the Navy», *Cambridge Ancient History*, vol, X: *The Augustan Empire, 43 BC - AD 69*, Cambridge, 1996.

—, *Legions and Veterans. Roman Army Papers 1971-2000*, Stuttgart, 2000.

LANCIANI, R., *Notes from Rome*, British School at Rome, Fairford, 1988.

LE BOHEC, Y., *La troisième légion auguste*, ECNRS, París, 1989.

—, *The Imperial Roman Army*, Hippocrene Books, Batsford, 1994.

—, *Urbs. Rome de César à Commode. Histoire d'une ville et d'une capitale*, París, 2001.

—, *El ejército romano. Instrumento para la conquista de un imperio*, Ariel, Barcelona, 2004.

LEVICK, B., *Tiberius the Politician*, Routledge, Londres, 1976.

LENOIR, F., «*La Littérature De Re Militari*», en PASCHOUD, F. (ed.), *Les littératures techniques dans l'Antiquité Romaine; Statut, Public et Destination*, Ginebra, 1996.

LOPUSZANSKI, G., «La police romaine et les chrétiens», *AC*, 20, 1951, pp. 5-46.

LUGLI, G., *I monumento antichi di Roma e suburbio. La grandi opere Pubbliche*, Bardi, Rome, 1934.

LUTTWAK, E. N., *The Grand Strategy of the Roman Empire. From the First Century A. D. to the Third*, Londres, 1976.

MACDOWALL, S. y EMBLETTON, G., *Late Roman Infantryman 236-565 AD*, Oxford University Press, Oxford, 1994.

MACDOWALL, S. y HOOK, Ch., *Late Roman Cavalryman AD 236-565*, Osprey, Oxford, 1995.

MALISSARD, A., *Los romanos y el agua*, Herder, Barcelona, 1996.

MARANON, G., *Tiberiuss: A Study in Resentment*, Londres, 1956.

MATYSZAK, P., *Legionario. El manual del soldado romano*, Akal, Madrid, 2010.

—, *La antigua Roma por cinco denarios al día*, Akal, Madrid, 2012.

MÉNARD, H., *Maintenir l'ordre à Rome (IIe-IVe AP. J.-C.)*, Seyssel, Champ-Vallon, París, 2004.

MENÉNDEZ ARGÜIN, A. R., *Pretorianos. La guardia imperial de la antigua Roma*, Madrid, Almena, 2006.

—, «La guardia pretoriana en combate II. Rutinas de entrenamiento, operaciones, tácticas y despliegues», *Habis*, 42, 2011, pp. 229-252.

MILLAR, F., *The Emperor in the Roman World*, Bristol Classical Press, Londres, 1977.

MOMMSEN. T., «Praetorium», *Hermes*, 37, 1900, pp. 437-442.

NEGIN, A. Y., «Roman Helmets with a Browband Shaped as a Vertical Fronton», *Historia I S´wiat*, nr 4, 2015, pp. 1-12.

NIPPEL, W., *Public Order in Ancient Rome*, CUP, Cambridge, 1995.

OKAMURA, L., *Roman Frontier Studies 1989*, Exeter, 1991.

PANCIERA, S., «Una diciannovesima coorte pretoria?», en *Romische Inschriften-Neufunde, Neulesungen und Neuinterpretationen. Festschrift fur Hans Lieb*, R. Frei- Stolba y M. A. Speidel, Berlín, 1995, pp. 113-121.

PASSERINI, A., *Le Coorti Pretorie*, Centro editoriale internazionale, Roma, 1939.

PEREA YÉBENES, S., *Collegia militaria. Asociaciones militares en el Imperio Romano*, Madrid, 1999.

—, Águilas de plata. Lecturas sobre ejército romano y religión, Signifer Libros, Madrid, 2006.

PÉREZ CASTRO, L., «Los agmina romanos y los significados de pilatum agmen y quadrato agmine», *Emerita. Revista de Lingüística y Filología Clásica*, 2006, pp. 1-16.

PETRIKOVITS, H., *Die römischen Streitkräfte am Niederrhein* (= Kunst und Altertum am Rhein. Führer des Rheinischen Landesmuseums in Bonn. Bd. 13), Rheinland-Verlag, Düsseldorf, 1967.

PITILLAS SALAÑER, E., «Soldados originarios del NW de Hispania que sirvieron en las cohortes pretorianas. Su testimonio epigráfico», *Historia Antigua*, XXVIII, 2004, pp. 141-152.

PLATNER, S. A., «Castra Praetoria», en *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Londres, 1929, pp. 106-108.

RAINBIRD, J. S., «The Fire Stations of Imperial Rome», *PBSR*, 54, 1986, pp. 147-169.

RANKOV, B. y HOOK, R., *The Praetorian Guard*, Osprey, Oxford, 1994.

RAMÍREZ SÁDABA, J. L. y LE ROUX, P., «Nuevas inscripciones funerarias de Mérida», *Anas*, 6, 1993, pp. 85-93.

RICHARDSON, L., *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, JHU Press, 1992.

RICHMOND, L. A., «The Relation of the Praetorian Camp to Aurelian's Wall», *PBSR*, 10, 1927, pp. 12-22.

RESINA SOLA, P., «Algunas precisiones sobre los campamentos romanos», *revistaseug.ugr.es/index.php/florentia/article/download/4340/4255*

ROBINSON, H. R., *The Armour of Imperial Rome*, Arms & Armour Press, Londres, 1975.

ROBINSON, O. F., *Ancient Rome: City Planning and Administration*, Londres, 1992.

ROLLASON, E. C., *Metallurgy for Engineers*, Londres, 1961.

ROSTOVTZEFF, M., *Historia social y económica del Imperio romano*, Oxford, 1998 (1926).

ROXAN, M. y ECK, W., «A Military Diploma of ad 85 for the Rome Cohorts», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 96, 1993, 67-74.

SÁEZ ABAD, R., «La poliorcética. El éxito asegurado en las operaciones de asedio», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, t. 16, 2003, pp. 19-39.

SHERK, R., «Roman Geographical Exploration and Military Maps», *ANRW*, II, 1, 1974, pp. 534-562.

SIMPSON, C., «The Conspiracy of AD 39», *Studies in Latin Literature and Roman History*, II, Bruselas, 1980, pp. 347-366.

SMITH, R. E., «The Army Reforms of Septimius Severus», *Historia*, XXI, 1972, pp. 481-500.

SOUTHERN, P. y DIXON, K., *The Late Roman Army*, Yale University Press, 1996.

SPEIDEL, M. P., *Die Equites Singulares Augusti. Begleittruppe der romischen kaiser des zweiten und dritten jahrhunderts*, Bonn, 1965.

—, *The religion of Iuppiter Dolichenus in the Roman Army*, Leiden, 1978.

—, «Maxentius and his *Equites Singulares*», *Classical Antiquity*, 5, 1986, pp. 253-263.
—, «Later Roman field Army and the Guard of the High Empire», *Latomus*, 46, 1987, pp. 375-379.
—, «Les pretoriens de Maxence. Les cohortes palatines romaines», *Mélanges de l'École Francaise de Rome. Antiquité*, 100, 1988, pp. 183-186.
—, *Roman Army Studies II*, Mayors 8, Stuttgart, 1992, pp. 131-136.
—, *Riding for Caesar. The Roman Emperor'Horse Guard*, Batsford Ltd., Londres, 1994.
SUMNER, G., *Roman Military Clothing (1) 100 BC – AD 200*, Osprey Publishing, Oxford, 2002.
—, *Roman military clothing (2) AD 200 – 400*, Osprey, Oxford, 2003.
SYME, R., *The Augustan Aristocracy*, Clarendon Press, Oxford, 1986.
—, «The Imperial Finances under Domitian, Nerva and Trajan», *The Journal of Roman Studies*, 20, 1930, pp. 55-70.
WARRY, J., *Warfare in the Classical World*, Londres, 1980.
WATSON, A., *Aurelian and the Third Century*, Routledge, Londres, 1999.
WATSON, G. R., *The Roman Soldier*, Ithaca, Nueva York, 1969.
WILD, J. P., «The Caracallus», *Latomus*, t. 23, fasc. 3, 1964, pp. 532-536.
YAVETZ, Z., *Plebs and Princeps*, Routledge, Londres, 1969.